

A young woman with long, straight blonde hair is looking directly at the camera from behind a window. Her hands are pressed against the glass, one on each side of her face. She is wearing a blue lace-trimmed garment. The lighting is dramatic, with strong shadows on her face and the window frame. The background outside the window is dark and indistinct.

El internado
SUIZO

JOANNA GOODMAN

Una exitosa escritora regresa a su internado de élite en Suiza para llegar al fondo de un trágico accidente que tuvo lugar mientras era estudiante veinte años antes.

¿Hasta dónde llegaría para descubrir la verdad?



Una noche de primavera de 1998, la bella Cressida Strauss se precipita desde un balcón del tercer piso del Lycée Internationale Suisse y las consecuencias son catastróficas.

Lo último que las autoridades quieren es que el internado, un bastión de la riqueza y del glamour europeo, sea víctima de la mala prensa. Por eso, la policía rápidamente clasifica lo sucedido como un «accidente», pero todavía quedan dudas: ¿Fue un intento de suicidio? ¿O alguien empujó a Cressida?

No era un secreto que ella tenía una veta egoísta ni que, a lo largo de sus años en el internado, había acumulado tantos enemigos como aliados. Kersti Kuusk, su mejor amiga y estudiante becada del Lycée, no puede dejar de pensar en las incógnitas que rodean la muerte de Cressida, aun cuando ya ha pasado tiempo desde su graduación.

Años más tarde, Kersti se casa y se convierte en una escritora exitosa, pero nunca deja de preguntarse sobre la obsesión que Cressida tenía con la Sociedad Helvetia, una sociedad secreta prohibida años antes de que ellas llegaran al internado.

Cuando Kersti recibe una invitación para participar en el 100º aniversario del Lycée, no puede evitar investigar más sobre la muerte de su amiga, y así es cómo descubre una aterradora red de mentiras que se oculta detrás de los muros de la prestigiosa institución. Solo es cuestión de tiempo para que Kersti tome una decisión que la puede unir para siempre a Cressida.

El internado

SUIZO

JOANNA GOODMAN

Traducción de María Candela Rey

 **UMBRIEL**

Argentina · Chile · Colombia · España
Estados Unidos · México · Perú · Uruguay

Para Miguel, Jessie y Luke, que lo son todo.

«De las no muchas maneras conocidas de librarse del cuerpo, la caída, la caída, la caída es el método supremo, pero hay que elegir el alféizar o el reborde con sumo cuidado para evitar herirse a uno mismo o herir a los demás».

—*Vladimir Nabokov*

«Te quiero, aun cuando no exista nada de mí, ni del amor, ni siquiera de la vida misma».

—*Zelda Fitzgerald*

Quiero que conozcáis la historia de cómo llegasteis a existir y que entendáis por qué tuve que hacer lo que hice. Sé que algunas de las cosas fueron locuras. Hay personas que creen que me excedí, que perdí la cordura. Hubo momentos en los que yo creí lo mismo. Pero, a pesar de lo insólito o irreal que parecía todo, yo sentía que los hechos escondían una lógica perversa.

Estoy aquí para deciros que ha valido la pena. Vosotros habéis valido la pena. Si tuviera que volver a elegir, tomaría la misma decisión y lo haría todo de nuevo. Desafío a cualquier mujer que hubiera estado en mis zapatos a alejarse de aquella oportunidad que se me presentó como caída del cielo, a elegir la derrota cuando una solución milagrosa había aterrizado sobre mi regazo.

Nunca creí ser el tipo de persona que no se detiene ante nada para conseguir lo que quiere, pero este último año ha demostrado que eso es exactamente lo que soy. Encontré, en mi interior, un egoísmo y una implacabilidad que no sabía que tenía. Esas no siempre son malas cualidades, sobre todo en alguien como yo. Alguien que pocas veces ha reclamado lo que quería.

Fuisteis vosotros quienes despertasteis eso en mí; mi deseo de teneros triunfó por encima de todo lo demás, incluso la necesidad de complacer y agradar a todos, y de actuar siempre de forma razonable. Nada de lo que me ha traído hasta aquí ha sido razonable. Nada en vuestra historia hasta el momento coincide con la mujer que creí que era. Me invocasteis para luchar, para hacer lo impensable y ser tenaz en mi ambición. Es curioso, cuanto más lucho —no solo por vosotros, sino también por la verdad—, más me gusto a mí misma.

Resulta que no soy tan distinta a Cressida después de todo. Debéis vuestra vida a eso.

Capítulo 1



TORONTO — septiembre de 2015

Lille está muerta.

Kersti vuelve a leer la carta, que había llegado en un sobre inocente enviado por su agente, Rona Sharpe. Lo había abierto con la expectativa de encontrar el típico resumen de regalías, con el familiar «Para tus archivos» escrito por Rona encima del texto. Pero dentro del sobre había otro sobre, todavía cerrado, con una carta. Estaba dirigido a Kersti Kuusk-Wax, a/c Agencia Literaria Rona Sharpe. Tenía un matasellos de Connecticut y en la solapa de atrás estaba impreso el apellido Robertson.

Kersti abre el sobre y lee el Post-it amarillo que estaba pegado a la carta y que había sido escrito por la madre de Lille.

Kersti, encontramos esta carta en el ordenador de Lille después de su muerte. La había olvidado hasta que recibí una invitación para el 100º Aniversario del Lycée. Lille no terminó de escribirla, pero quizás te interese.

Saludos, Jaqueline Robertson

La boca de Kersti está seca. *¿Después de su muerte?* Al desdoblar la carta, siente un hormigueo en la punta de los dedos. *¿Una carta después de tantos años de silencio? No tiene sentido.*

Querida Kersti:

Mua, mua, mua. Tres besos por los viejos tiempos. Sé que han pasado muchos años, pero he estado siguiendo tu carrera literaria y he leído tus últimos dos libros, y estoy muy feliz por ti. Mi favorito ha sido *La luna se pone en Tallin*. (Intenté encargar *La hija del fabricante de esquís*, pero es como si no existiera).

No podré leer el próximo. Moriré pronto.

Después de graduarme en el Lycée (me quedé hasta terminar el año: ¿a dónde más podría haber ido?), me aceptaron en Brown, donde conseguí terminar la carrera de Psicología. Consideré, por un instante, la posibilidad de convertirme en

una analista Junguiana. ¡Ja! Al final decidí que no podía arriesgarme a seguir socavando la fragilidad mental de mis potenciales clientes. Así que realicé algunos cursos de fotografía. Me encanta la fotografía. Incluso monté una exhibición en una galería pequeña en Williamsburg en el 99, pero mi confianza no estaba lista para encarar todo el escrutinio que conlleva colgar las obras en la pared para que la gente las juzgue. Ni siquiera me sentía digna de la atención positiva. No se vendió nada. No era muy buena, pero seguí con la fotografía, aunque solo como hobby.

He tenido una vida decepcionante, incluso para mí. Podría haber conseguido más (la verdad es que mi cerebro retorcido cuenta con un intelecto bastante agudo), pero mis acciones nunca parecieron coincidir con mis deseos e ideas.

El miedo. Ese fue mi problema. Siempre me he sentido como una niña encogida de miedo en el rincón. Es curioso que a lo único a lo que nunca le he temido ha sido a la muerte. Tuve miedo a no gustarle a los demás; a no ser lo suficientemente buena; a no ser digna; a no ser respetada; a no ser bella; a no ser feliz, ni útil, ni productiva; tuve miedo a estar expuesta, a ser abandonada, a ser vista, a ser juzgada, a ser rechazada.

Pero nunca le tuve miedo a la muerte. (Al final eso resultó ser algo bueno). ¿Te acuerdas de ese libro que salió hace unos años, El secreto? Todo el mundo estaba hablando de la Ley de la Atracción y de cómo podías manifestar cualquier cosa que quisieras con tan solo pensarlo, pero también podías manifestar cualquier cosa que no quisieras con tan solo pensarlo. El concepto era una simplificación y muchos lo explotaron en exceso, pero encerraba algunas verdades. Creo que el miedo que estaba dentro de mí terminó por convertirse en un tumor y alojarse en mi pecho. Era grado 4 en el momento del diagnóstico. Diecisiete ganglios linfáticos infectados. Parece que era mucho el miedo que tenía.

El proceso de morir despierta todo tipo de mierda, Kerst. Mi intención no es que esto sea una confesión, pero hay muchas cosas que tengo guardadas desde hace años. Me pregunto si debería haberlas compartido, aunque sea en terapia. Me imagino a toda esa basura que tengo guardada viviendo dentro de ese tumor. (¿Alguna vez leíste el cuento Bola de pelo, de Margaret Atwood? Después de que le extirpan un tumor, la protagonista lo guarda en formol, lo deja sobre la repisa de la chimenea y lo llama «Bola de pelo»). Así es como me imagino a mis tumores (ahora tengo muchos: en los huesos, en el hígado, en la columna).

Sé que hacer esto cuando me estoy muriendo es un cliché, pero hay algunas cosas en particular que todavía me atormentan:

1. No creo que la «caída» de Cressida fuera un accidente.
2. Hay algo incriminatorio en el libro mayor de las Helvetianas. Creo que lo tiene Deirdre (si no, ¿dónde está?).

3. Me pregunto si Magnus vio algo (esa noche lo vi salir de la Casa Huber).
4. Desearía haber dicho algo antes.

El final de la carta es abrupto. Está claro que Lille tenía más para decir. Quizás estaba demasiado enferma; quizás empezó a debatir consigo misma sobre cuánto más confesar y murió antes de llegar a una decisión satisfactoria.

Kersti se da cuenta de que todavía está de pie delante de su escritorio y se desploma sobre la silla.

Lille está muerta.

Se queda pensando en eso durante un momento y un sentimiento de inquietud empieza a palpar en su interior. Hacía casi veinte años que no veía a Lille, así que no es que ahora haya un vacío físico, pero no hay duda de que está acongojada, como si la aplastara un sentimiento de terror que tiene más que ver con los recuerdos que Kersti tiene de aquella época; de aquello que destruyó a las personas más libres y optimistas que solían ser.

Lille había sido una chica rara y muy empática, y su torpeza e incomodidad con el mundo eran evidentes. Su sensibilidad era una aflicción, un nervio descubierto. Algunas personas no sorprenden cuando mueren jóvenes. La muerte de Lille, a pesar de ser trágica, había sido una de esas muertes poco asombrosas. Su espíritu siempre tuvo una cualidad triste, como si atravesara la vida con una resignación cansina que probablemente no habría llegado a la vejez.

Cressida era lo opuesto. Era la vida misma. Era como si la belleza, la vitalidad y la posibilidad se hubieran combinado para animar un cuerpo exquisito. Era la encarnación del poder, tanto interno como externo. Era inolvidable, y su ausencia no había disminuido su efecto.

Las dos se han ido, y el dolor que causó el accidente de Cressida y que Kersti había reprimido durante años estaba empezando a infectarse y a acercarse a la superficie. Puede sentirlo en el pecho, la garganta, la cabeza. Mientras dobla la carta y la guarda en el primer cajón —como si escondiéndola pudiera evitar que la verdad invadiera su vida—, Kersti ya sabe que recibir la noticia de la muerte de Lille tan pronto después de haber sido invitada a volver al Lycée será lo que al fin la obligue a encarar el tsunami de dolor y culpa que ha estado conteniendo desde los dieciocho años.

La invitación a la gala por el centésimo aniversario cuelga de la pizarra magnética que está sobre su escritorio. Le echa un vistazo, todavía sin decidir si ir o no. Sus años en Suiza fueron lo mejor de su vida; el modo en el que concluyeron, lo peor.

Está invitada a la celebración de nuestro 100^o Aniversario el 13 de
junio de 2016, en el Lycée International Suisse.
1005, Lausana, Suiza.

Dentro del sobre también hay una carta.

Estimada Kersti:

En 1946, el Lycée abrió sus puertas a un pequeño número de estudiantes que buscaban el más alto nivel educativo. Desde ese entonces, hemos sido acreditados por el Consejo Europeo de Escuelas Internacionales y nos hemos convertido en uno de los institutos reconocidos oficialmente por la Confederación Suiza. En 1925, nuestro instituto abrió sus puertas a alumnos varones, pero, aunque estamos muy orgullosos de sus abundantes logros, hemos elegido celebrar nuestro centenario con una selección de «Cien Mujeres del Lycée» que representan un siglo de nuestro éxito en la preparación de jóvenes mujeres para que alcancen su máximo potencial y prosperen como ciudadanas del mundo.

En el 2016, el Lycée celebrará su 100º Aniversario. Tenemos el placer de informarle que ha sido elegida como una de nuestras «Cien Mujeres del Lycée» por sus logros en las Artes Literarias. La invitamos a ser una de las oradoras principales en nuestra Fiesta en el Jardín por el 100º Aniversario el sábado 11 de junio de 2016...

¿Qué habría pensado Cressida sobre el hecho de que Kersti fuera seleccionada como una de las Cien Mujeres del Lycée? Seguro habría hecho que Kersti se sintiera como una idiota por sentirse halagada.

Cuando Kersti volvió de Lausana después del accidente, era difícil no pensar todo el tiempo en Cressida. Alcanzó un nivel de depresión y reclusión tal, que al final tuvo que tomar la decisión consciente de *dejar de pensar en eso*. A partir de ese momento, dejó de vivir en los recuerdos: los buenos, los malos y los irreales; dejó de visitar ese rincón oscuro y profundo de su cabeza y siguió con su vida. Eso significó ignorar todas las preguntas sin respuestas que habían quedado pendientes, lo que fue haciéndose más y más fácil con el correr de los años. Y sin embargo, allí está, esa bestia durmiente que después de tanto tiempo empieza a despertarse, con las garras extendidas y resuelta a arrastrarla de vuelta a ese lugar oscuro. Kersti no está sorprendida. Se necesita una cantidad excesiva de arrogancia para creer que se puede huir del pasado, y ella nunca ha sido arrogante. Cressida lo era, pero ella no.

Kersti abre el cajón del escritorio y vuelve a sacar la carta de Lille. La relee y se detiene en la parte que menciona a Magnus: «Esa noche lo vi salir de la Casa Huber».

La carta de Lille sirve para distraerla de la tensión de la última charla con Jay. Kersti se levanta, deja la carta sobre el escritorio y baja al sótano, donde busca una caja que dice LYCÉE dentro un armario. En el interior hay cosas que ha ido guardando, como boletines de la escuela, álbumes de fotos, anuarios y una caja de zapatos llena de recuerdos y *souvenirs*: un posavasos de

Bière Cardinal con el eslogan «... *moment d'amitié*»; los programas de la Fête des Vendanges en Morges y del Holiday on Ice de 1989 en el Palais de Beaulieu; tiques de telesilla de todos los viajes de esquí a los que asistió, desde Thyon hasta Gstaad; manteles individuales de la Brasserie de Niffenager —a la que llamaban «lo de Niffy»— y del café Le Petit Pont Bessieres —al que llamaban «el 2,50», que era el precio al que vendían el *chope*—; las medallas de los Campeonatos de Voleibol de Vaud; una foto de la Estructura Molecular en blanco y negro que pretendía ser artística; un menú de Chez Mario con un intenso olor a moho; y un manojo de fotos tomadas en fotomatonés: Kersti y Cressida, Kersti y Lille, Cress y Raf, Lille y Alison, Kersti y Noa. Fotos de las seis. Serias, ridículas, sonrientes, con la lengua fuera, dándose besos, con bronceados artificiales y reflejos rubios en el pelo, como se usaba en los noventa.

La nostalgia la perfora como si fuera un puñal. Desde hace casi dos décadas que no se permite hacer esto. Sin embargo, lo conserva todo. Allí había sido feliz, había sido ella misma.

El anuario no está firmado por ninguna de sus amigas. Se había ido de Suiza antes de que los repartieran entre los estudiantes y habían tenido que enviárselo por correo. Sus «Legados» ni siquiera se incluyeron; los de Cressida y Lille tampoco. Lee los Legados de Noa y Rafaella, y lo que le sorprende es lo rápido que pudieron recuperarse después del accidente y escribir sus resúmenes del año como si no hubiera pasado nada: «Lego mis pincitas a Komiko; mis *brownies* crudos, a Ali; el baño del segundo piso, a las “Helvetianas del 94”».

Era curioso, dado que una de sus mejores amigas se había precipitado misteriosamente desde su balcón del tercer piso solo unas semanas antes de que terminara el año escolar. A Kersti le había costado mucho más tiempo recuperarse. Quizás nunca lo había conseguido. Y no solo debía recuperarse del accidente, sino de la amistad misma. Al hojear de nuevo el anuario, Kersti no pudo evitar transportarse a esa etapa de su vida que, a pesar de ser tan breve, dejó en ella una huella profunda. Allí está en Stratford-upon-Avon, en Basilea, en la Bajada de Antorchas de Navidad, en Villars, en Verbier, Château-d'Oex...

—¿Kerst?

Levanta la cabeza, confundida. Jay, desaliñado y con cara de sueño, está al pie de la escalera. Debe de haberse quedado dormido en el sillón. Esta noche, Kersti siente como si estuviera muy lejos de él, no solo por todo lo que ha estado ocurriendo entre ellos —el estrés, las peleas, la tensión—, sino porque su cabeza está en el pasado.

En este momento, Jay parece más viejo, como si lo estuviera mirando con los ojos de su yo adolescente. Acaba de cumplir cuarenta; tiene una corona de plata en su pelo oscuro y un par de arrugas marcadas en la frente, que hace solo uno o dos años era lisa como la superficie de una vela. Pero está siendo demasiado dura con él. Su humor no es el mejor en este momento. Jay es atractivo y se mantiene en forma; se esfuerza. Si no fuera por la corona plateada y las recientes arrugas de la frente, no parecería tener más de treinta y cinco. Además, tiene un torso fantástico:

hombros anchos, cintura pequeña, buenos abdominales; todo gracias a la dieta libre de harina y azúcar que empezó después de cumplir treinta y nueve.

Jay avanza un paso hacia ella, pero se mantiene alejado.

—¿Qué haces? —pregunta mientras se pasa una mano por el pelo.

—Ha muerto una amiga —responde Kersti y cierra el anuario.

—¿Quién?

—Una chica del Lycée. Tenía cáncer.

—Mierda. Era muy joven.

No tan joven como alguien de diecisiete años, piensa Kersti, y recuerda algo que *madame Hamidou* le había dicho una vez sobre Cressida: «Cressida es demasiado brillante para desperdiciar sus talentos en una vida ordinaria —había pronunciado con admiración—. Tiene un gran destino por delante, y algún día el mundo lo verá».

Kersti siempre había creído que eso era cierto. Todos lo creían. Y Cressida sí había estado destinada a hacer algo más grandioso e impensable que el resto. Su gran destino había resultado ser la tragedia.

—Quizás vuelva a Lausana en primavera —le dice a Jay—. Para el centésimo aniversario.

Capítulo 2



LAUSANA — septiembre de 1994

Kersti y su madre llegan a la estación de tren de Lausana una mañana soleada de septiembre. Cuando salen de allí, el tiempo está húmedo y caluroso. La mayoría de su equipaje fue enviado al instituto con anticipación, así que solo tiene que ocuparse de una maleta. De cara al McDonald's que está al otro lado de la calle, la primera impresión que Kersti tiene de Suiza es que es igual que Toronto. No se parece en nada a las fotos de valles verdes, lagos cristalinos y montañas nevadas. Todo lo que ve es tráfico, comida rápida, gente de cara larga caminando con prisa al trabajo. Es irritante pensar que podría estar en cualquier ciudad genérica porque, entonces, ¿cuál es la gracia de haber ido hasta allí?

Su madre detiene a un taxi. Kersti sube y se desploma contra la ventana mientras su madre habla y habla de la *fondue* que solía comer en algún café en Place St. François. Su madre estudió en el Lycée, y siempre quiso que sus hijas tuvieran la misma experiencia. El «privilegio» recayó sobre Kersti, porque las notas de sus hermanas no eran suficientes para recibir la beca destinada a los hijos de exalumnos. Ella tiene las notas necesarias, aunque no la inclinación; pero era la última esperanza de su madre, así que su opinión no importó demasiado. Todos creen que sus padres le están obsequiando un regalo maravilloso, pero Kersti sabe que la verdad es que la enviaron lejos porque están exhaustos.

La madre de Kersti tenía cuarenta y cinco años cuando ella nació, lo que significa que tiene la misma edad que las abuelas de muchos chicos. Sus ojos azules están deslucidos y su pelo, rubio pálido, se ha puesto amarillo con los años, como si fuera un papel descolorado por el tiempo. Todavía es delgada, pero sus ángulos y líneas están redondeándose y acomodándose a la vejez. A Kersti siempre le molestó tener padres mayores. Ya desde muy pequeña se había dado cuenta de que habían agotado su energía y entusiasmo en la crianza de sus tres hermanas mayores; percibía su cansancio y su ligero desinterés. Ahora la envían a un internado, y Kersti siente que es más un acto de rendición que un privilegio para ella.

—Cuando te hayas acomodado —dice su madre con un acento estonio que la irrita más que de costumbre—, iremos a Place St. François a beber un chocolate caliente y a comer un *ramequin*. No sabes lo que es el chocolate caliente hasta que pruebas el que hacen aquí.

Kersti sigue mirando por la ventana mientras piensa en algunas de las cosas que ha leído en las docenas de folletos de Lausana que su madre le dio antes de viajar. Según recuerda, la ciudad se encuentra en la ladera sur de la meseta suiza y sube desde Ouchy, que está a orillas del lago Lemán. A medida que el taxi sube por las empinadas calles de adoquines, se empieza a vislumbrar una impactante imagen panorámica de los Alpes y la ciudad comienza a verse mucho más europea de lo que se veía cerca de la estación de tren.

Su nuevo instituto se encuentra en los suburbios de Lausana, alejado de la calle, rodeado por una verja negra de hierro fundido y escondido detrás de una fortaleza de árboles frondosos. Cuando Kersti nota los barrotes negros que están delante de las ventanas, no puede evitar comparar el instituto con una prisión para mujeres del siglo dieciocho. No puede creer que vaya a pasar los próximos cuatro años en este sitio.

El campus consiste en media docena de edificios, los dos más grandes unidos por un pasillo elevado que hace las veces de puente. Todos los edificios son blancos y tienen buhardillas talladas de color verde y techos de tejas rojas. En la entrada, un letrero proclama: LYCÉE INTERNATIONALE SUISSE. BIENVENUE.

Kersti arrastra su maleta hacia la Casa Huber, que, según su madre, es el edificio principal, donde está el comedor en la planta baja y los dormitorios en el primer, segundo y tercer piso. Las otras casas son Frei, Chateau y Lashwood.

El interior de la Casa Huber está oscuro y desvencijado, y la atraviesa una corriente de aire. A Kersti le hace acordar a la Casa de Estonia que está en su ciudad. Hay madera oscura por doquier: las mesas largas del comedor, las sillas, el suelo, los techos y sus molduras, la escalera y su barandilla. Las cortinas son de terciopelo verde oscuro y son tan largas que se amontonan en el suelo. En el vestíbulo hay una placa tallada que anuncia la misión para la que fue fundada la institución: PREPARAMOS A JÓVENES MUJERES PARA QUE SE CONVIERTAN EN CIUDADANAS DEL MUNDO DESDE 1915. El pasillo huele a guiso de carne y a humo de cigarrillo.

—Ah, los cigarrillos —exclama su madre con un suspiro de nostalgia—. Echo de menos Europa. —Su principal queja de Canadá es que ya nadie fuma.

En el vestíbulo, las recibe una mujer pequeña de pelo oscuro que tiene puesta una chaqueta roja con hombreras enormes, una falda de tubo del mismo color y unas Reeboks blancas deslumbrantes. Parece tener entre cuarenta y cinco y cincuenta y cinco años, pero es difícil de decir. No es demasiado atractiva —tiene un corte de pelo recto y masculino que no le favorece y que parece que se lo hubiera hecho ella misma con unas tijeras de cocina—, pero sus ojos castaños irradian cierta calidez. O quizás es su forma de sonreír, como si estuviera absolutamente encantada de verte.

—Mi nombre es *madame* Hamidou —dice la mujer al dar un fuerte apretón de manos a Kersti—. Bienvenida al Lycée y a la Casa Huber. Yo soy la encargada.

Su cuerpo, enjuto y atlético, la propulsa por la escalera, tocando solo uno de cada dos escalones con su impecable calzado deportivo.

—Para fin de año habrás entrado en forma —le asegura unos pasos por delante de ella. Kersti no consigue localizar el acento. Su inglés es perfecto y solo tiene un ligero dejo de algo europeo, tal vez francés o alemán—. Esta es tu habitación —anuncia mientras abre la puerta—. Tu compañera de cuarto es Cressida. Hace años que está aquí, así que podrá explicarte cómo funciona todo.

—¿Hace cuánto es vuestra estudiante? —pregunta la madre de Kersti con interés—. Yo estuve aquí desde cuarto año de primaria hasta mi graduación.

—Cressida está aquí desde segundo año de primaria.

¿Segundo año? Kersti mira a su madre y, por primera vez, se siente agradecida de no haber sido enviada al extranjero a los siete años.

—El almuerzo de bienvenida es a las doce y cuarto —anuncia Hamidou—. Es solo para estudiantes.

Kersti entra en la habitación y echa un vistazo a su alrededor. Es rara y anticuada; nada combina. Hay dos camas de una plaza, una al lado de la otra, y tienen cabezales de latón altos y la misma manta dorada con un estampado de cachemir de los años sesenta. Los muebles son de roble macizo: una mesa de noche ubicada entre las camas, dos escritorios idénticos, una estantería, dos armarios gigantes. El diseño de la alfombra, con círculos color marrón, mostaza y óxido, es un poco estridente; el empapelado floreado, en tonos rosados y verdes, está descolorido; las cortinas que cuelgan delante de las ventanas están gastadas; es posible que el lavabo que está en el rincón esté allí desde que se construyó el instituto en 1916.

—¿Esto es todo lo que nos dan por cuarenta mil dólares? —pregunta Kersti mientras se acerca a la cama y toca esa manta asquerosa.

Sabe lo que cuesta un año en el Lycée porque escuchó a su padre quejándose al respecto. Él no quería enviarla aquí, ni siquiera con una beca, pero su madre puede ser muy insistente.

—Espera a dormir bajo esa manta —señala su madre al tiempo que abre la maleta de Kersti—. Está rellena de plumas de ganso.

Kersti estaría contenta con la manta de poliéster vieja que tiene en casa. Ella quería ir a un bachillerato común en Toronto y tener una habitación propia con todas sus cosas. No necesita esquiar en los Alpes ni dormir bajo una manta de plumas de ganso ni aprender francés para tener una educación completa. Abre la ventana mirador que da a la parte de atrás del terreno del instituto y allí, al fin, está la postal que había imaginado: tejados rojos y chapiteles de iglesias apiñados hasta llegar al lago Lemán, brillante e iridiscente, que se estira hacia Francia y los majestuosos Alpes.

—Aquello es Évian —indica su madre—. ¿No es deslumbrante? Recuerdo el día que llegué...

Kersti deja de escucharla. La vista es bonita. Y huele bien, como a ropa limpia. Pero no es su hogar.

En el almuerzo sirven un guiso espeso y oscuro con unos fideos raros que parecen gusanos blancos fritos. También hay unos panecillos calientes que saben bien, chocolate caliente y kiwi. Kersti come en silencio junto a una chica alemana gigantesca que tiene un rudimentario corte de pelo de tipo tazón, ropa de los setenta y un hedor que llega hasta la otra punta de la mesa. De acuerdo con la etiqueta que tiene pegada en el pecho, su nombre es Angela Zumpt. El olor es tan desagradable que Kersti no puede girarse hacia ella sin sentir náuseas.

La profesora que está sentada a la cabecera de su mesa es la señora Fithern. Su pelo es castaño y rizado, y sus dientes delanteros sobresalen un poco y están levemente superpuestos. Les cuenta que viene de Inglaterra y les pregunta de dónde son, en qué año están y si les gusta Suiza. Kersti da gracias por estar en la mitad de la mesa, porque no tiene que contestar. Ella no es como las otras chicas. Solo está allí por una beca que nadie conoce.

Su compañera de cuarto no aparece en el almuerzo, ni tampoco está allí cuando la madre de Kersti la deja en el instituto después de cenar. El toque de queda es a las diez. ¡A las diez! La última vez que Kersti se acostó a esa hora fue cuando estaba en tercer año de primaria. Se sienta en su nueva habitación, mirando los Alpes por la ventana y sintiéndose completamente sola. Ya echa de menos a su madre. Se pregunta cómo hace para dejar a su hija en otro país e irse como si nada. ¿Cómo hicieron las madres de todas estas chicas huérfanas?

Kersti piensa en el tipo de madre que será cuando tenga sus propias hijas. Será cariñosa, protectora, divertida, presente. Nunca las enviará al extranjero. Será una madre activa y abnegada; *deseará* pasar el rato con ellas. Y las tendrá mucho antes de los treinta, para estar llena de energía y entusiasmo. Su primera hija será Eila; la segunda, Elise. Todavía no ha encontrado un nombre de varón que le guste, pero no cree que vaya a tener chicos.

Cerca de las diez, *madame* Hamidou asoma la cabeza por la puerta e interrumpe la fantasía de Kersti.

—Cressida estará aquí mañana —dice—. Te sentirás mejor una vez que te acostumbres, cariño.

Hamidou apaga las luces y cierra la puerta. Kersti la oye bajar la escalera con rapidez para llegar a la sala de profesores que está en el piso de abajo. El olor de sus cigarrillos llega hasta la habitación. Kersti cierra los ojos y se queda dormida, víctima del *jet lag*. Duerme como un bebé, con la suave manta de plumas sobre ella y el aire puro de Suiza que entra por la ventana abierta.

A la mañana siguiente, Kersti vuelve de la ducha y se encuentra con su compañera de cuarto, Cressida Strauss, que está deshaciendo una caja de libros. Durante un momento, Kersti se queda sin aliento; nunca ha visto a nadie igual.

—Hola —saluda Cressida mientras coloca algunos libros en la estantería.

Kersti está envuelta en una toalla, casi desnuda, solo con sus chanclas y un hilo de sangre que

cae de un corte que se hizo cuando se depilaba las piernas. Cressida lleva puesta una camisa Polo de cambray metida dentro de unos vaqueros Levi's gastados y unas botas de montar, todo muy casual. Sin embargo, cuando lo lleva *ella*... Parece que acabara de posar para un anuncio de Ralph Lauren, encima de un caballo, con la piel luminosa y el pelo peinado por el viento. A sus pies, hay una maleta y varias cajas.

—Soy Cressida —se presenta, como si fuera una persona normal.

Pero está muy lejos de ser una persona normal. Su pelo es una melena rebelde y magnífica que apunta a todos lados. Tiene la cabeza un poco grande en relación a su cuerpo esbelto, pero deslumbra con sus ojos verdes claros, pestañas exquisitamente largas y cejas prominentes y arqueadas. Kersti está fascinada con su piel rosada perfecta, resultado, sin duda, del aire puro de Suiza. También su postura, su altura y sus piernas largas forman parte de esa maravilla adolescente.

Kersti no hace otra cosa que mirarla boquiabierta y, en un arrebato de emociones, la odia, la adora y desea *ser* ella, todo al mismo tiempo. De pronto, se siente minúscula junto a ella, como difuminada. La belleza de Cressida está en un nivel completamente diferente. Pertenece a otro mundo.

—¿De dónde eres? —pregunta Cressida mientras coloca libros en uno de los estantes.

—De Canadá.

—Kersti Kuusk no parece un nombre canadiense.

—Mis padres son estonios, pero yo me he criado en Toronto.

—Estupendo. No tendremos problemas con el idioma. Mi última compañera de cuarto venía de Japón. No hablaba ni una palabra de inglés.

Kersti no puede evitar notar los libros que está acomodando en la estantería compartida: *Ulises*, *Las alas de la paloma*, *Al faro*, *El ruido y la furia*, *Suave es la noche*.

—¿Quieres ir a beber un *chope*? —pregunta Cressida con *El idiota*, de Dostoievski, en la mano.

—¿Qué es un *chope*?

Cressida sonríe. Sus dientes son espléndidos, blancos, brillantes, derechos.

Caminan por la calle hasta llegar al café Le Petit Pont Bessieres, una taberna iluminada por luces fluorescentes y repleta de viejos suizos desayunando cerveza. Cressida pide dos *chopes*, que resultan ser jarras de cerveza Cardinal con forma de barril.

—Bienvenida a Suiza —exclama Cressida y choca su jarra contra la de Kersti—. ¿Cuál es tu impresión hasta el momento?

—Los estudiantes son un poco raros —responde la joven—. Todos fuman, hablan varios idiomas y usan jerséis con hombreras.

Por lo que pudo ver en el almuerzo de ayer, la mayoría de los estudiantes del Lycée crecieron en internados europeos. Sus padres son príncipes, princesas, diseñadores famosos, actrices,

magnates petroleros de Medio Oriente.

—Me gusta el nombre Cressida —comenta Kersti—. Nunca lo había oído.

—Mi madre es fan de Shakespeare —explica—, así que no tuvo mejor idea que elegir mi nombre de una de sus obras más desconocidas y malinterpretadas. —Espera un momento, hasta que se da cuenta de que Kersti no tiene ni idea de qué está hablando—. Cressida era una traidora, el arquetipo de la duplicidad femenina. Traicionó al troyano Troilus, a quien supuestamente quería, y se unió a los griegos. Y después quedó prácticamente en el olvido.

—Mi nombre significa «discípula de Cristo», lo cual es irónico, porque mi madre y mi padre son ateos.

Cressida ríe y, de pronto, Kersti siente un deseo intenso de causarle una buena impresión, de escuchar esa risa una y otra vez.

—¿Cuál es tu historia? —pregunta Cressida.

—Creo que no tengo ninguna.

—Si estás aquí, tienes una historia.

Kersti lo considera un momento. No se siente segura de sí misma, pero es algo más que la constante sensación de inseguridad que suele sentir. La cerveza la está mareando. Todo gira: su cabeza, la taberna, su sentido del equilibrio.

Cressida le ofrece un cigarrillo de su cajetilla de Marlboro Lights.

—No fumo.

—Cierto. —Cressida enciende uno para ella y añade con confianza—: Dale tiempo. Aquí fumar es como respirar. Yo empecé a los doce.

—Mis padres son europeos. Los dos fuman.

—¿Ya has conocido a Claudine? —Cressida exhala anillos de humo perfectos que flotan sobre la cabeza de Kersti.

—¿A quién?

—*Madame* Hamidou. Nuestra madre postiza.

—Sí. Parece agradable.

—¿Tu padre a qué se dedica? —Cressida pasa de pregunta a pregunta.

—Tiene una agencia de viajes. —Cressida levanta una ceja—. Estoy becada —añade Kersti a modo de aclaración.

Cressida inclina la cabeza hacia un lado y sus ojos verde agua se fijan en Kersti, cristalinos y brillantes como dos piedras preciosas perfectamente redondas.

—Mi madre estudió en el Lycée —explica Kersti—. Sus padres tenían dinero, pero dejaron de compartirlo con ella cuando se mudó a Canadá con mi padre.

—Qué romántico.

Para Kersti, el matrimonio de sus padres no tiene nada de romántico. Es verdad que Anni Lepp

proviene de una familia pudiente —para los estándares de Estonia—, y que lo dejó todo para estar con Paavo, el padre de Kersti, pero habiendo crecido en la misma casa, bajo la sombra de esa rara unión, Kersti solo puede describir la decisión de su madre como impráctica y equivocada, *jamás* como romántica.

Anni nació en la Ciudad Vieja de Tallin y su padre había sido un arquitecto exitoso. Ella había tenido una infancia placentera. Vivían en una casa moderna que daba a un extenso bosque de pinos, y lo que recuerda con más cariño es ponerse sus esquíes de fondo todas las mañanas en el interior de la casa y bajar la escalera esquiando hasta llegar al bosque. Cuando tenía nueve años, su padre la envió a Suiza al Lycée. Era 1944 y quería que estuviera a salvo y que tuviera más oportunidades de las que habría tenido en un país pobre como Estonia. Al final se quedó casi una década. Su padre también enviaba su dinero a Suiza, para que estuviera seguro durante la guerra, y fue gracias a esa precaución que fue uno de los pocos que no perdió todo lo que tenía. Cuando Anni se graduó del Lycée, sus padres la enviaron a vivir con unos primos segundos a Canadá, siempre con la esperanza de que tuviera una vida mejor que la que Estonia podía ofrecerle.

Paavo era un hombre de clase trabajadora de Kalamaja, en el norte de Tallin. No había recibido educación y no tenía ninguna destreza o ambición aparente. Trabajaba en la línea de montaje de una fábrica de esquíes de fondo. En 1948, con dieciocho años, viajó a Canadá a bordo del *SS Walnut*, un buque repleto de refugiados bálticos que huían de la invasión soviética. Paavo no tenía nada sustancial para ofrecerle a una chica como Anni Lepp, pero era muy atractivo y carismático, y ella se enamoró de él en un baile organizado por el Club de Jóvenes Estonios. Él había llegado a Canadá cinco años antes, pero seguía haciendo chapuzas en fábricas. Todavía no había conseguido construir una vida.

Los padres de ella se enfurecieron. Todo el trabajo duro y los sacrificios que habían hecho para que su hija tuviera una buena vida habían llevado a Anni a un estonio de clase trabajadora que apenas podía ganarse la vida. Cuando se casaron, sus padres dejaron de pasarle dinero.

Cuatro décadas más tarde, los padres de Kersti tienen uno de esos matrimonios horribles donde no hay peleas agresivas, sino frecuentes períodos de silencio, largos y tensos.

—¿Sabes si se arrepiente? —pregunta Cressida.

—¿De haberse casado con mi padre?

—De haber sacrificado la fortuna familiar.

—No hablamos de esos temas.

—Casi ninguna familia lo hace —declara Cressida—. Nuestros padres tienen miedo de que sepamos que se equivocaron. Dios nos libre de enterarnos de que son humanos.

—¿Tus padres cómo son? —pregunta Kersti—. ¿Por qué te enviaron aquí desde tan pequeña?

—Era lo mejor para mí —responde Cressida, como si lo hubiera repetido un millón de veces y se lo creyera. Incluso Kersti se da cuenta de que es una respuesta prefabricada—. Mi madre es

actriz de teatro y mi padre es productor. Ella es británica y él viaja todo el tiempo entre Los Ángeles y Nueva York. Nunca están en la misma ciudad durante mucho tiempo. A los dos les pareció que un internado sería la opción más estable para mí.

—¿Y tenían razón?

—Por supuesto. —Kersti no sabe si lo dice en serio—. ¿Qué diferencia hay entre estar aquí sola o que me jodan la vida desde más cerca? —Es una pregunta retórica—. Al final es todo lo mismo.

Cressida termina su *chope* y le hace una seña al camarero, a quien parece no importarle que sean menores.

—¿Haces esto todos los domingos a la mañana? —pregunta Kersti.

—También los sábados después del almuerzo.

—¿Hay algo más para hacer?

—¿Además de esquiar? A veces vamos a Ouchy, que está a orillas del lago.

El camarero trae el *chope* y Cressida le dice algo en un francés perfecto y melódico. Los dos ríen y él apoya la mano sobre su hombro en un gesto de afecto.

—¿Qué más puedes contarme de Kersti Kuusk?

Kersti quiere contarle algo dramático e impactante que la impresione, pero no tiene muchos datos de ese estilo en su arsenal. Su padre bebe demasiado. Pero todos los padres beben demasiado. Es virgen. Todo se reduce a la sensación de alienación y desastre inminente que sienten todos los adolescentes.

—Soy bastante común.

—Debes tener algún secreto jugoso.

—Mi familia me llama Ônnetus —admite Kersti.

—¿Qué significa?

—«Accidente» —responde—. Mi madre se quedó embarazada de mí después de una ligadura de trompas, siete años después de la que se suponía que iba a ser su última hija. La verdad es que no me llevo bien con nadie de mi familia.

—¿No te adoraban ni te asfixiaban con mimos y cariño? ¿No es eso lo que suele ocurrir cuando el bebé de la familia llega así de tarde?

—No en mi familia. No me prestaban mucha atención. Es como si no fuera una Kuusk de verdad porque ni siquiera debería haber *nacido*. Creo que en realidad fue por eso que me enviaron aquí. No tienen la energía suficiente para ser mis padres.

—Sabía que tenías una historia. —Cressida declara triunfal.

—No pienso mucho en eso.

—Mientes. Seguro que piensas en eso todo el tiempo.

Cressida tiene razón. Kersti no deja de pensar en eso. Es electrizante creer que Cressida ya la entiende. Es la primera vez que se siente comprendida; de hecho, es la primera vez que alguien ve

a la verdadera Kersti y la acepta tal cual es. A Cressida no parece importarle una mierda que los padres de Kersti no sean nadie, que ella simule ser otra persona delante de los demás, que se vea como se ve o que finja ser más audaz de lo que es. Es como si hubiera metido las manos en el pecho de Kersti y estuviera tanteando en su interior en busca de algo a lo que aferrarse, algo desagradable y real que pueda sujetar entre las manos. Lo único que le interesa es la verdad más descarnada, y a Kersti eso le parece liberador.

—¿Y tú? —pregunta Kersti—. ¿Cuál es tu historia?

—Es nuestra primera cita —responde Cressida con una sonrisa—. Es demasiado pronto para revelar mi oscuro secreto.

Kersti sospecha que Cressida tiene más de uno.

Capítulo 3



TORONTO — septiembre de 2015

La vista que está al otro lado del ventanal del consultorio del doctor Gliberman, ubicado en el piso dieciocho, parece una foto granulosa en blanco y negro. Una cortina de lluvia golpea contra el cristal y desdibuja la silueta de Toronto hasta hacer desaparecer la Torre CN. Kersti está distraída. Ha estado pensando en Lausana, debatiendo consigo misma si volver o no. También ha estado pensando en Lille. No ha dejado de sentirse intranquila desde que recibió su carta. La información nueva de que Magnus Foley había estado en la Casa Huber la noche de la caída de Cressida no deja de taladrarle la cabeza. ¿Estaba Lille pidiéndole que hiciera algo? ¿Por eso le escribió? Y si es así, ¿qué es lo que quería que hiciera?

—¿Kersti?

Aparta los ojos del ventanal y los dirige a las fotos de bebés que están en el Muro del Éxito del doctor Gliberman. «¡Gracias por hacer que nuestros sueños se hagan realidad!», «¡Siempre estaremos agradecidos, Dr. G!», «¡Estas son Kiley y Kiera!», «¡Estos son Jack, Sam y Mason!». Hijos únicos, mellizos, trillizos. Las tarjetas que están colgadas de la pared parecen multiplicarse al mismo ritmo que las parejas infértiles que la rodean. Kersti quiere añadir una tarjeta suya a esa pared. «¡Esta es Eila!». Tiene el nombre elegido desde los seis años, cuando fue por primera vez a un campamento de verano en Estonia.

—Tenéis un par de alternativas —dice el doctor Gliberman.

Kersti gira la cabeza con brusquedad para mirarlo con la misma combinación de veneración y desesperación de siempre. Gliberman es altivo y posee una arrogancia agresiva, pero tiene fama de hacer que hasta las parejas con menos esperanzas tengan bebés. Su escritorio está abarrotado de fotos enmarcadas de sus propios cinco hijos, que parecen burlarse de Kersti cada vez que se sienta al otro lado.

Detrás de la cabeza del médico, hay un póster en tamaño real de una mujer amamantando a un bebé. Los dos tienen bigotes de leche, y debajo de ellos se lee una variación de un eslogan publicitario: ¿TIENES LECHE DE PECHO?

—No recomiendo que vuelvas a intentar con fecundación *in vitro*, Kersti. Ya hiciste seis ciclos y los óvulos que estás produciendo no son de buena calidad. De hecho, en el último ciclo, la

calidad de tus óvulos era como la de una mujer de más de cincuenta años.

Kersti suspira y baja la mirada, avergonzada. Solo tiene treinta y cinco años. Jay sostiene su mano y ella no puede evitar pensar en todas las promesas que hicieron el día de su boda. Había caminado hacia el altar con un sentimiento de triunfo absoluto, y allí la esperaba él, tan atractivo con su esmoquin negro y sus Converse blancas. En ese momento, ella había creído que el futuro solo les traería cosas buenas, que alcanzarían todos sus sueños y cumplirían todos sus deseos.

Jay, que acababa de renunciar a su trabajo y estaba a punto de abrir su propia agencia publicitaria, había decidido hacer un último viaje antes de que su nuevo negocio acabara con su libertad, así que se dirigió a Tours Kuusk, donde Kersti estaba trabajando para su padre. Ella se sintió cautivada en cuanto él entró por la puerta. Tenía el pelo oscuro hasta la mandíbula, sus ojos castaños parecían guiñarle sin moverse y la sonrisa la derritió al instante. Jay tenía puesto un traje con Converse y llevaba un bolso para transportar el portátil cruzado sobre el pecho. Podría haber sido tanto un estudiante como un corredor de bolsa, pero de lo que Kersti estaba segura era de que era su tipo. Supo enseguida, con un sentimiento desolador, que no estaba con la persona indicada. Hasta ese momento, la idea no había sido más que una sospecha molesta en relación a su novio de cuatro años, Aleks Rummo, el chico que había conocido en el campamento de verano en Estonia y que sus padres prácticamente habían seleccionado para ella, pero ahora se había convertido en un hecho ineludible que le revolvió el estómago.

Jay terminó por comprar un billete de avión a Estocolmo y, creyendo que Kersti era escandinava, la invitó a salir. Afortunadamente, no se decepcionó demasiado cuando se enteró de que Kersti era estonia y, cuando volvió de su viaje a Escandinavia, Kersti ya había cortado con Aleks.

En los años posteriores, la vida tomó caminos inesperados y maravillosos. Jay le propuso matrimonio y Kersti empezó a realizar cursos de escritura creativa en la universidad local. Después de la boda, que fue oficiada por un pastor asiático de la iglesia unitaria —un acuerdo razonable, dado que Jay es judío y Kersti es una luterana para nada practicante que descende de una larga línea de no creyentes—, Kersti decidió dejar de trabajar en Tours Kuusk y, con el apoyo moral y financiero de Jay, empezó a escribir su primera novela. El matrimonio estaba en una etapa de florecimiento. La agencia de Jay tenía éxito. Ella estaba escribiendo. Compraron una casa.

Y un día se miraron y los dos lo supieron. Estaban listos para tener un bebé. Kersti recuerda la emoción de decidir el momento apropiado. Qué inocente había sido al creer que podía *elegir* cuándo quedar embarazada. Pero los primeros meses que lo intentaron fueron maravillosos. Sexo por todos lados, todo el tiempo. Kersti se acostaba de cabeza, con las piernas en el aire, y realmente creía que así lo conseguirían.

—Creo que acabamos de concebir un bebé —decía entre risas—. Puedo *sentirlo*.

Cuando vieron que no pasaba nada, empezaron a asustarse. Comenzaron con los monitores de

fertilidad, con los termómetros, con una ansiedad que no dejaba de aumentar, hasta que todo culminó en el diagnóstico de trompas de Falopio obstruidas. Técnicamente, no estaban obstruidas —eso habría sido mucho más sencillo de solucionar—, sino *cerradas*. O incluso, en palabras de su ginecólogo, deformadas. El médico había dibujado unas trompas comunes y después había dibujado las de Kersti, que tenían forma de guantes de boxeo. A pesar de todo, el ginecólogo era optimista. Kersti era una candidata ideal para la FIV: tenía apenas más de treinta años y todo lo demás funcionaba a la perfección.

Así fue como iniciaron el largo camino que los había traído hasta aquí y que parece haber llegado a su fin. Esta había sido la última oportunidad de hacer algo para agradar a sus padres estonios, que todavía conservaban una mentalidad tradicional. La maternidad la habría ayudado a dejar de sentirse como una paria en su propia familia; al menos eso es lo que insiste en creer.

—Creo que es hora de explorar otras alternativas —sugiere el doctor Gliberman—. No quiero arriesgarnos a perder otro bebé...

De pronto, Jay se gira hacia Kersti.

—Podemos ir al crucero por el mar Báltico —exclama con un entusiasmo que la situación no amerita—. El *Belleza Báltica*, que va a Copenhague, Oslo y Rusia. E incluso podemos pasar por Tallin y quedarnos un par de semanas...

—¿Un crucero? —pregunta Kersti anonadada—. ¿En vez de ser *padres*?

—Habíamos dicho que volveríamos a nuestra vida normal si este ciclo no funcionaba. El doctor Gliberman nos está diciendo que se ha terminado...

—Nunca he dicho que se ha terminado —interrumpe el médico—. Puedo conseguir que Kersti se quede embarazada.

—Hicimos todo lo que pudimos —suplica Jay, sujetando la mano de su mujer con desesperación—. Podemos viajar juntos por el mundo. Hay que seguir adelante, Kersti, y recomponer nuestra vida...

—¿Qué puede hacer para que quede embarazada? —pregunta Kersti, mirando al doctor Gliberman.

—Podemos conseguir una donante de óvulos.

—No vamos a usar una donante. —Jay se pone de pie de un salto.

—Jay, solo escucha...

—Yo nunca accedí a esto —masculla y se pasa una mano por el pelo—. Hasta aquí llego. Te espero fuera.

Cuando están solos, Kersti pliega las manos sobre su regazo y mira al doctor Gliberman como si nada hubiera pasado.

—¿Cuáles son los próximos pasos?

Después de la consulta, Jay vuelve al trabajo y Kersti vuelve sola a la casa. Mientras avanza

por el camino que lleva hasta la puerta principal, se agacha una vez para inhalar el aroma dulce de sus lirios Stargazer, que todavía florecen felices bajo el sol, indiferentes del todo al sentimiento de lástima que tiene por ella misma. Le encanta su jardín, sobre todo ahora que está húmedo y vibrante, cubierto por una alfombra de césped verde. Los girasoles están infestados de trips, que perforan sus hojas y son impulsados por las ráfagas que siguen a las tormentas eléctricas. Por lo demás, no hay nada que se mueva en el vecindario. *La vida continúa*, piensa. Donde quiera que mire, la vida continúa, y no puede evitar que el recordatorio la haga sentir un poco más animada.

Dentro de la casa, el vestíbulo, claro y amplio, recibe la luz del sol; una mesa veneciana espejada centellea bajo una lámpara de araña de cristal innegablemente ostentosa. Las paredes son blanco nube, el suelo y las escaleras están teñidos casi de negro, las tres chimeneas son de mármol blanco tallado. A Kersti le gustan los espacios simples, claros y limpios. Los únicos colores intensos son los de sus piezas de arte: obras audaces y brillantes, seleccionadas especialmente para ellos por su marchante de arte de la Galería Bau-Xi. Apoya su cartera sobre la mesa y se dirige a la cocina para preparar el almuerzo. Saca del congelador la cacerola con lo que había quedado de *nõgesesupp*, la coloca sobre la cocina y va a buscar los huevos duros que hirvió esta mañana. Revuelve la sopa, la prueba con una cuchara de madera, añade sal y la vuelve a probar. La luz del sol entra por la ventana de la cocina e ilumina con delicadeza los seis huevos que están colocados de forma perfecta en un cuenco de vidrio. *Parece una pintura*, piensa mientras usa un cucharón para servir la sopa en un bowl de cerámica. Deshace uno de los huevos duros en trozos pequeños sobre el cuenco, lo coloca sobre una bandeja con una rebanada de pan de masa madre y la correspondencia del día, y sube a su oficina.

La oficina es un pequeño oasis que ocupa su propia ala al final del pasillo del primer piso. Tiene el techo inclinado, vigas de madera y una biblioteca que ocupa toda una pared, tal como Kersti siempre imaginó tener cuando soñaba con ser una escritora profesional. En este momento, su ordenador portátil está abierto sobre el escritorio, y las palabras del primer capítulo de su próximo proyecto, que no consigue hacer avanzar, se burlan desde la pantalla. Las tres novelas que están en la biblioteca con su nombre impreso en el lomo no ayudan a silenciar esa voz que está en su cabeza y no deja de chillar: *¡No eres una escritora de verdad! ¡Eres pésima! ¡Ahora sí que vas a hacer el ridículo!*

Su primer cuento fue publicado en la revista literaria *Tundra Peregrine Literary Review*, una prestigiosa pero poco conocida publicación de los territorios del noroeste, cuando todavía estaba en Humber. Gracias al apoyo y a las recomendaciones de su profesora de escritura creativa, Kersti había decidido convertir ese cuento en una novela. Trescientas diecisiete páginas más tarde, cuando ella apenas tenía veintiséis años, *La hija del fabricante de esquís* fue publicada por Snapping Turtle Press, una editorial pequeña de Nueva Escocia, y recibió reseñas decentes. La novela, que había vendido unas doce copias y pronto había sido retirada de las estanterías de las

grandes librerías, como Indigo y Chapters, se esfumó del panorama literario como si nunca hubiera existido. Sin embargo, su publicación ayudó a Kersti a firmar un contrato con Rona Sharpe, una agente literaria de Toronto de cierta importancia, y, sin ella, Kersti nunca hubiera conseguido que una de las grandes casas editoriales publicara su próximo libro, *La luna se pone en Tallin*, en Canadá y los Estados Unidos.

La luna se pone en Tallin, una historia de amor entre un refugiado estonio y su bella amante rusa, sorprendió a todos al vender unas cien mil copias solo en Canadá, lo que lo convirtió en un inesperado éxito en ventas. Kersti no tenía ni treinta años, lo que sumaba a todo el frenesí de relaciones públicas que circulaba alrededor del éxito del libro. La nominaron para premios literarios de todo tipo, incluso para el prestigioso Premio Luba Shishbaum al mejor escritor menor de treinta años, aunque no lo ganó. En ese momento se entregaba un sinfín de galardones por ser la Escritora Más Prometedoras debajo de los Treinta, o la Escritora Canadiense Más Prometedora debajo de los Treinta, o la Escritora de Ficción Histórica para Mujeres Más Prometedora debajo de los Treinta. Lo único que no había conseguido antes de sus treinta había sido tener un hijo.

Las ventas de su tercera novela fueron respetables y ella recibió otra ronda de nominaciones, pero ningún premio, al igual que la vez anterior. Y tampoco recibió la aprobación de sus padres. «¿Otra historia cursi sobre parejas de refugiados estonios condenados a la mala fortuna?», había dicho su padre. Al menos estaba consolidando su propio nicho literario, y no había riesgo de que otro escritor de menos de treinta años y con más talento apareciera para competir por su lugar. Había acaparado el mercado de los refugiados estonios.

A estas alturas, Kersti cree que no hay forma de complacer a sus padres, ni siquiera ganando el Premio Nobel a la Literatura. Lo único que los habría hechos felices habría sido que se casara con un estonio y que hubiera podido reproducirse.

Abre el cajón del escritorio y saca la carta de Lille. En el sobre hay un recorte de periódico que no había visto, y se da cuenta de que la señora Robertson también incluyó el obituario de Lille.

«Después de una larga lucha contra el cáncer...».

Lille nunca habría «luchado» contra el cáncer. Nunca había luchado con nada ni nadie. Lille sucumbió. Cressida era la luchadora. Luchaba por lo que quería y en contra de lo que no quería y, a veces, solo luchaba por luchar. Eso fue lo que hizo que la caída fuera tan desconcertante. Ya fuera que Cressida estuviera borracha y no le importara nada o que se hubiera suicidado, Kersti siempre sintió que la caída implicaba que se había rendido.

Uno de los últimos recuerdos que Kersti tiene de Cressida es de ella flotando a través del césped a la luz de la luna para encontrarse con uno de sus amantes, atreviéndose a reclamar la libertad de la que se creía merecedora. ¿Cómo puede alguien saber que todo está a punto de cambiar? La respuesta, desde luego, es que no se puede. Kersti no tuvo ninguna premonición. Esa noche estaba enfadada con Cressida. Se sentía traicionada.

Para ese entonces, Cressida había cambiado. Tanto Kersti como el resto del círculo de amistades más íntimo veían que su lado más egoísta y egocéntrico había tomado las riendas. La amistad entre ellas se había convertido en una montaña rusa de amor y odio. Cressida siempre había encontrado la forma de hacer que Kersti volviera a ella, pero aquella noche, mientras veía cómo Cressida huía del instituto, Kersti no estaba segura de poder permanecer a su lado mucho tiempo más.

A la mañana siguiente, cuando *madame* Hamidou le contó lo que le había sucedido a su compañera de cuarto, Kersti se quedó paralizada por la culpa. Esa misma noche había considerado abandonar a Cressida. Al final, Cressida fue quien la abandonó a ella.

Los días que siguieron al accidente todavía están algo confusos en su cabeza. Kersti recuerda a *madame* Hamidou sentada a su lado en los escalones de la entrada de la Casa Frei. Era el atardecer del mismo día que habían descubierto el cuerpo de Cressida. La ambulancia y la policía se habían ido hacía tiempo y un silencio sepulcral había descendido sobre el instituto. Hamidou le había dado un sedante a la mañana y, aunque ya era casi de noche, Kersti seguía atontada. Hamidou le entregó un cigarrillo, lo encendió, y después encendió uno para ella misma.

—Respira profundo —le indicó.

La voz de Hamidou temblaba, pero también era tranquilizadora. La joven intentó concentrarse en su sonido para calmarse.

—¿Sabes si salió anoche, *mon amour*? —Hamidou miraba a Kersti con ojos cálidos y expectantes—. ¿Sabes si se escabulló del instituto? —Kersti asintió con la cabeza—. ¿A dónde fue?

—No lo sé. —Era una mentira, y Kersti no estaba segura de que Hamidou le hubiera creído.

Hamidou puso un brazo alrededor de Kersti y la abrazó. Ella también quería a Cressida, prácticamente la había criado. Hamidou era una madre para todas las internas huérfanas que tenía a su cuidado.

La policía había interrogado a Kersti. ¿Sabía a dónde había ido Cressida la noche anterior? ¿Con quién se iba a encontrar? ¿Había oído algún ruido? ¿Alguna pelea? La respuesta de Kersti era siempre la misma: «No, no, no, no». ¿Le había dicho alguna vez en secreto que estaba deprimida? ¿Había tenido tendencias suicidas? ¿Se había peleado con alguien?

«No, no, no».

Revisaron la habitación en busca de una nota, pero no encontraron nada. Pronto salió a la luz que había estado muy borracha. Descubrieron una botella de vodka. Su nivel de alcohol en sangre era de 26. La noticia de que Cressida había bebido de más y había caído sin querer del balcón del tercer piso empezó a circular por el Lycée. No hubo mucho tiempo para especular antes de que la institución cerrara filas y diera fin a ese asunto desagradable. La caída fue declarada un accidente y así lo confirmó la investigación policial. Cualquier otra posibilidad habría sido mala para el

negocio. Y el Lycée era, ante todo, un negocio.

El siguiente recuerdo que tiene Kersti es de su madre en Lausana, de pie en mitad de la habitación, ayudándola a hacer las maletas. Puede ser que intentara convencer a Kersti de quedarse hasta terminar el último año, pero la joven se había negado. Tenía que irse de allí.

Siempre ha intentado que los recuerdos del Lycée que están más cerca de la superficie sean los más agradables y emotivos: abrir la ventana todas las mañanas y ver el lago Lemán; los viajes en tren a través de los campos verdes y las montañas nevadas; pasar toda la tarde en un café, bebiendo chocolate caliente a sorbos, comiendo un pastel de a trocitos, y cotilleando con sus mejores amigas. Caminar de noche por las calles adoquinadas con gente de la alta sociedad europea o ir a bailar a la discoteca con miembros de la realeza. Pero esa vida maravillosa escondida entre los Alpes tenía un lado oscuro que había culminado en el cuerpo perfecto de Cressida destrozado contra el suelo. Al final, sin importar lo mucho que Kersti se esforzara por borrarla de su cabeza, esa imagen terminaba desplazando a todas las demás.

Kersti bebe un par de cucharadas de sopa y vuelve su atención a su novela. La voz que está en su cabeza salta al ataque de inmediato: *¿cuántas novelas rosas con protagonistas estonios puedes escribir?*

No tarda en dejar de lado el capítulo que ha estado escribiendo y entrar a Google para buscar un sitio de donantes de óvulos, donde se pierde en el desfile infinito de donantes potenciales. Una tras otra, un sinfín de veinteañeras fértiles le sonrían; viendo lo jóvenes que son y sabiendo que sus órganos reproductivos funcionan como es debido, Kersti no puede evitar sentirse más inútil con cada clic.

—¿Qué es eso que huele mal? —grita Jay desde la planta de abajo y la sobresalta.

—¡Huevos duros! —responde, al tiempo que cierra el sitio de donantes y vuelve a abrir la ventana de la novela—. ¡Hay *nõgesesupp* en la cocina!

Unos momentos más tarde, Jay se asoma por la puerta de la oficina con un cuenco de sopa en las manos. Se sienta sobre el diván y hace equilibrio con el bowl sobre su regazo.

—Siento mucho lo de hoy, amor —dice—. Es solo que... no supe cómo reaccionar.

—Fue mucho para asimilar.

—¿Podemos tomarnos un par de días sin hablar del tema?

Kersti aprieta los labios y asiente. No se molesta en decirle que ya ha empezado a buscar posibles donantes. En algún momento, esta búsqueda se convirtió en algo que le pertenece a ella sola. No siempre había sido así. Cuando se enteraron de que Kersti tenía las trompas de Falopio deformadas, Jay la abrazó y declaró: «*Tendremos un hijo. Haremos todo lo que sea necesario. Estamos juntos en esto*».

—La sopa está exquisita —comenta Jay para llenar el silencio.

Kersti levanta la carta de Lille.

—¿Te puedo enseñar algo? —pregunta, con la intención de cambiar de tema—. Recibí esta carta de Lille. Mi amiga del Lycée que acaba de morir.

Jay acepta la carta y la lee en voz alta:

... hay algunas cosas en particular que todavía me atormentan:

1. No creo que la «caída» de Cressida haya sido un accidente.
2. Hay algo incriminatorio en el libro mayor de las Helvetianas. Creo que lo tiene Deirdre (si no, ¿dónde está?).
3. Me pregunto si Magnus vio algo (esa noche lo vi salir de la Casa Huber).
4. Desearía haber dicho algo antes.

—Nunca terminó de escribirla —observa Jay y levanta la mirada hacia ella.

—¿Qué debería hacer? —pregunta ella.

—¿Qué puedes hacer?

—No lo sé. Nunca me he cuestionado nada de lo que ocurrió. Solo di por sentado que todo había pasado como habían dicho, que Cressida estaba borracha y se cayó...

—¿En serio creíste eso?

—Ya no estoy segura —responde Kersti—. Pero creo que Lille sabía algo que nunca llegó a decirnos.

—¿Qué es ese libro mayor que menciona?

—Le pertenecía a unas chicas del Lycée que fueron expulsadas en los setenta —explica Kersti, sin querer entrar en detalles—. Cressida estaba obsesionada con él. Nunca supe por qué.

—¿Parecía ser la clase de persona que se suicida? —pregunta Jay.

Kersti se detiene para pensarlo y se da cuenta de que siempre ha sabido la respuesta.

—No —dice—. A veces era algo sombría, pero nunca estuvo deprimida ni perdió la esperanza. Siempre tenía una idea o un plan. Nunca creí que se tratara de un suicidio.

«Charlie y yo vamos a viajar por Europa en el verano». Eso es lo que Cressida le había contado a Kersti la noche anterior a su caída, y su entusiasmo parecía verdadero.

—Quizás Lille creía que alguien la había empujado —sugiere Jay.

—Quizás.

—Nunca hablas de lo que ocurrió en Suiza —dice él.

—Fue en otra vida.

—Tu mejor amiga cayó de un balcón y dejaste el instituto antes de graduarte. No parece poca cosa. Siempre me sentí un poco excluido de tu pasado.

Kersti se encoje de hombros sin saber qué responder.

—Ya te lo he dicho. No tenía ganas de desenterrar todo el asunto. Quería olvidarlo y seguir con

mi vida.

—¿Y lo has conseguido?

—Parece que no.

—¿Y qué pasa con este Magnus? ¿Puedes hablar con él?

—No lo sé...

—¿Y Deirdre? ¿Es posible que tenga el libro mayor? Está claro que el último deseo de tu amiga era que descubrieras qué le ocurrió a Cressida. Y no estaría mal que te distrajeras con algo...

Y allí está. Kersti se muerde el labio. Lo que Jay quiere es que ella ocupe su tiempo con otra cosa y así deje de presionarlo con la donación de óvulos.

—No sé dónde está el libro mayor —murmura.

—¿Qué son las Helvetianas?

—Era una sociedad secreta del Lycée. La prohibieron después de que expulsaran a esas chicas, mucho antes de que yo llegara al instituto. No tengo ni idea de qué tiene que ver todo eso con Cressida —explica—. Da igual. Debería volver a mi novela.

Mira la pantalla con determinación, pero los dos saben que no ha estado escribiendo.

—Parece que tienes todos los elementos de una buena historia de misterio entre tus manos —comenta Jay—. Quizás sería catártico escribir sobre lo que ocurrió en el Lycée. Podrías considerarlo como investigación para tu próxima...

—Quizás —interrumpe Kersti, apretando los dientes. Y aunque la sugerencia le resulta irritante, puede sentir cómo esa escritora feroz que tiene dentro empieza a despertarse con la posibilidad de una nueva presa.

Jay se pone de pie, recoge la bandeja con la sopa fría que no ha terminado y fuerza una sonrisa.

—Te dejo trabajar tranquila.

Kersti no responde, pero, una vez que Jay se va de la oficina, mira su portátil con desaprobación, odiando cada una de las palabras del párrafo inicial de su próxima novela sobre Estonia. No siente que *La joya de Reval* tenga vida.

A pesar de lo furiosa que está con Jay, la idea de explorar lo sucedido en Suiza no es mala. Con o sin bebé, Kersti ya puede sentir un cosquilleo creativo en su interior, esa chispa que suele decidir en qué dirección avanzar con un libro.

Capítulo 4



LAUSANA — febrero de 1995

Son las 10 p. m. de una noche de sábado helada. Las seis entran a la Casa Huber a tropezones y la puerta se cierra de un golpe. Toque de queda. La temperatura del vestíbulo es agradable. Sueltan risitas y se callan entre ellas. Seis chicas borrachas que pisotean la alfombra para sacarle la nieve a sus botas, que se quitan gorros y guantes, que abren sus abrigos. Alison Rumsky, Lille Robertson, Noa Vandrogenbroeck, Rafaella Schwartz, Cressida y Kersti.

Suben la escalera haciendo mucho ruido y dejando un rastro de nieve y agua en cada escalón. Kersti y Cressida van de la mano. Kersti está muy borracha y todavía se siente electrizada por su coqueteo con Magnus Foley. Cressida no deja de tirar hacia atrás, así que nunca llegan al segundo piso.

—¡Shhhhhh!—sisea Alison—. Haremos que Hamidou salga a callarnos.

Kersti y Alison están juntas en el equipo de voleibol. Kersti juega de zaguera, Alison es la rematadora estrella. Es de Vancouver —una de las pocas canadienses que están en el Lycée, además de Kersti— y tiene un aire amigable y desenfadado. Es pelirroja, tiene pecas doradas esparcidas sobre su piel rosada, y su cuerpo, alto y musculoso, es perfecto para su rol como capitana de los equipos de baloncesto y de voleibol, así como para las pistas de esquí. Es la estrella deportiva del instituto, la protegida del entrenador Mahler.

Mahler ganó las medallas de plata y de bronce de *bobsled* en los Juegos Olímpicos de Invierno de 1948 y 1952, respectivamente. Ha estado trabajando como entrenador en el Lycée desde finales de los cincuenta, y hay quienes dicen que todavía usa el mismo uniforme de ese entonces: una camiseta ajustada al cuerpo, pantalones cortos de tiro alto y calcetines hasta la rodilla. Al igual que muchos otros profesores de su generación, nunca le interesó incorporar la corrección política a su estilo de entrenamiento. No es inusual que se refiera a las estudiantes con palabras como «tonta», «solterona» o «*Schwachkopf*» —que significa «imbécil», pero suena un poco menos ofensivo en alemán— y nadie le dice nada. A pesar de eso, es querido en el instituto. Es un competidor feroz y no cabe duda de que todas las victorias que ha alcanzado en las últimas tres décadas le garantizan una cierta influencia sobre Harzenmoser y Bueche. A fin de cuentas, los grandes equipos deportivos atraen a estudiantes del más alto calibre.

A pesar de que suele ser la segunda zaguera, Kersti disfruta de formar parte de un equipo deportivo. La hace sentir una parte más integral del mundo del Lycée.

—Solo falta un piso —dice Lille con ánimo, y todas miran el último tramo de escalera como si fuera el Monte Rosa.

Aferradas entre ellas, Cressida y Kersti se doblan de risa y lloran lágrimas que resbalan por sus mejillas congeladas.

—¡*Sh, sh, sh!* —dice Rafaella, escupiendo saliva.

Su habitación es la que está al lado de la de Kersti y Cressida. Es la hija de una artista de Nueva York y de un príncipe europeo. Su padrino es Tom Jones. Tiene una tendencia a entrelazar este tipo de mentiras gigantescas con verdades igual de fabulosas de forma tal que nadie nunca sabe cuál es cuál. Lo que sí es cierto es que su madre es famosa y que su padre es, en efecto, un príncipe, aunque Kersti no está segura de qué país.

—Necesito un cigarrillo —anuncia Cressida, y mete la mano en el bolsillo de su abrigo.

—Yo también —añade Noa, y mete la mano en el bolsillo de su parka. Fuma cigarrillos hechos por ella misma y huelen fatal. Su padre le envía tabaco desde Róterdam.

—Espera a que llegemos al baño —indica Lille, que tiene el buen sentido de impedirles encender la luz de la escalera.

Se supone que fumar dentro del edificio está prohibido, excepto en la sala de profesores y la sala de televisión que está en la planta baja. Pero *madame* Hamidou, al ser ella misma fumadora, finge que no ve nada. Lo único que no permite es que se fume en los dormitorios, aunque ella sí fuma en el suyo. Dice que es un riesgo de incendio con todas las telas de poliéster inflamables.

Madame Hamidou es una buena encargada. Es justa y graciosa, y demuestra el equilibrio justo entre rigor y bondad. Administra la Casa Huber casi como si fuera un instituto aparte del resto del Lycée, lo que dice bastante sobre la actitud liberal de la dueña, *madame* Harzenmoser, y el director, *monsieur* Bueche. El Lycée es un negocio familiar. Fue fundado por Philipp Harzenmoser, heredero de un imperio farmacéutico del valle del Rin Superior, cuando tenía veinticinco años. Se casó con una mujer mucho más joven —una de las profesoras de cocina del Lycée— y la ascendió a vicedirectora, posición en la que permaneció, junto a su marido, hasta mediados de los sesenta. Tuvieron una hija, Françoise, que recibió el mando de la institución en 1966.

Françoise Harzenmoser nunca se casó y, con el correr de los años, se ha convertido más en una figura simbólica que en una directora. Vive en un chalé muy bonito dentro del campus, y se la suele ver cuidando de su precioso jardín de flores púrpuras, como campanillas, lupinos, jazmines alpinos y petunias en macetas. Es una mujer alta de pelo blanco que, a pesar de parecer imponente, es absolutamente benévola. El verdadero cabecilla, también llamado director y CEO, es su socio, *monsieur* Bueche, un hombre elegante de casi cincuenta años que tiene pelo oscuro y

ondulado, un bigote rizado y un pañuelo de seda que siempre se asoma del bolsillo de su chaqueta. *Monsieur* Bueche tiene algo siniestro, como si fuera uno de esos personajes animados que se retuercen el bigote mientras sueltan una carcajada malvada. Proyecta una cierta imagen de falsedad: dientes demasiado blancos, peinado intrincado, pañuelos de seda y aires de superioridad. Pero no se puede negar que hace todo por el Lycée.

Monsieur Bueche es el que controla el instituto, y su misión es hacer dinero, para lo que todos los años busca atraer estudiantes nuevos y destacados. Está obsesionado con la reputación del Lycée y puede llegar a mencionar esa palabra más de cien veces en un solo día. La disciplina no le importa tanto como las ganancias, que provienen, en su mayoría, de las tarifas excesivas que se cobran automáticamente a los padres para cubrir el servicio de lavandería, las comidas, los viajes mensuales obligatorios, los libros, las actividades extracurriculares y los uniformes.

—Chicas, por favor —suplica Lille nerviosa—. Toda la escalera huele a humo. Hamidou se va a despertar.

Lille tiene cierta fragilidad. Da la impresión de ser mucho más rara y de estar más dañada que las demás. Tiene una rutina de belleza un poco peculiar, que no mejora su apariencia como ella cree, sino que hace que llame más la atención. Tiene una obsesión con el ancho de su nariz, así que dibuja líneas negras a lo largo del puente para que parezca más angosta. También se cubre la cara con polvo translúcido pálido, y se decolora el pelo hasta dejarlo blanco y quebradizo, para luego despeinarlo con un batido. Entre el pelo de loca, la cara blanca y las líneas negras, parece un espectro desquiciado con ropa de diseñador. Cressida dice que posee un alma triste.

Una vez que llegan al baño del segundo piso, se desploman en una pila de abrigos, bufandas y botas mojadas. Kersti se acuesta boca arriba contra los azulejos fríos y mira las grietas del techo marrón. Está feliz. Feliz por la atención que Magnus le ha prestado antes en la *brasserie* y feliz de estar aquí en ese momento. Adora a sus nuevas y peculiares amistades, adora estar lejos de su familia y esa forma que tienen de siempre hacer notar que son estonios y, sobre todo, adora su independencia. Y todo empezó ahí, en ese baño descuidado del segundo piso de la Casa Huber, con sus retretes oxidados y ese particular olor a humedad, naftalina y moho. Harzenmoser y Bueche deberían renovarlo, pero, por el momento, no han considerado necesario destinar sus francos a la instalación de fontanería moderna. La mayoría de las chicas se duchan en el baño del primer piso y usan este para hacer pis en mitad de la noche y para fumar.

El primer encuentro de su pequeño círculo se dio de forma natural un sábado por la noche durante el otoño. Cressida y Kersti se escabulleron para fumar un cigarrillo y encontraron que las otras cuatro chicas ya estaban allí, sentadas en ronda con las piernas cruzadas. Rafaella estaba bebiendo de una botella plástica de Evian. Se la pasó a Cressida y ella bebió un trago. Hizo una pequeña mueca y Kersti supo que no era agua. Cressida le pasó la botella a Kersti, quien bebió un poco y casi se atragantó. Era vodka puro, y sentía cómo le quemaba dentro del pecho. Devolvió la

botella a Rafaella.

—Noa nos estaba hablando sobre su hermano —comentó Lille. Era septiembre y todavía se estaban conociendo.

—Lo secuestraron —dijo Noa como si nada. Su familia era una de las más ricas de Holanda—. Por eso estoy aquí. Mis padres se imaginaron que estaría más segura en Suiza.

—¿Tu hermano está bien? —preguntó Kersti.

—Lo mataron. —Noa enrolló tabaco en un papel fino—. Mi padre pagó el rescate pero no importó.

Ninguna dijo nada durante mucho tiempo. Se pasaban la botella y veían cómo el humo iba llenando el baño. Alison se puso de pie para respirar por la ventana.

—Cada cual tiene su mierda —observó Noa e inclinó la cabeza hacia atrás para soltar una nube de humo.

—Mi madre y yo nos comunicamos toda la vida a través de un caballete —ofreció Rafaella.

—¿A través de un caballete?

—Ella trabajaba y viajaba tanto que decidió colocar un bloc de hojas gigante en uno de sus caballetes y dejarlo junto a la puerta de mi habitación. A la mañana me levantaba y me encontraba con una nota: «Que tengas un buen día en el colegio. Estaré en Mónaco todo el fin de semana». Y por la noche le escribía algo yo: «He sacado un sobresaliente en el examen. Estoy resfriada. Fulano me tiró del pelo en clase. *Bla, bla, bla*».

—Me masturbo todos los días. —Alison cerró la ventana de golpe. Nadie dijo ni una palabra—. No tengo ni idea de si otras chicas hacen lo mismo —continuó—. O si soy algo anormal. Pero pienso en eso todo el tiempo. Cada minuto. Cuando estoy en clase, cuando hago deporte. Excepto cuando esquío; ese es el único momento en el que tengo la cabeza despejada.

—Quizás es porque nunca has tenido novio —sugirió Lille.

—Quizás. ¿Creéis que estoy mal?

Las otras chicas la miraban ligeramente boquiabiertas. Kersti esperaba poder volver a ver a Alison sin imaginarla masturbándose.

—La mayoría de las veces que me veis con cara de concentrada, probablemente esté pensando en eso.

Nadie dijo nada durante un tiempo. Y después, como un corcho que sale disparado, todas estallaron en carcajadas. Alison sonrió y se relajó. Kersti dio gracias por la levedad de la charla.

—¿Y qué hay de ti, Lille? —preguntó Cressida, volviendo su atención a la criatura nerviosa que estaba a su lado.

—Mis padres me concibieron en Lille, Francia, durante la luna de miel —confesó, aceptando su turno en la ronda—. Mi padre vive en Omán y mi madre divide su tiempo entre un *pied-à-terre* en París y nuestra granja en Westport. Mi madre no me deja invitar amigos si las lámparas de la

araña de cristal no están pulidas o si un profesional no ha arreglado su pelo. —Levanta los ojos y mira a las demás a través de una cortina de pelo decolorado y dice—: Y odio la palabra «pezón».

Todas rieron.

—Es tu turno —indicó Noa a Kersti.

—Está acomplejada porque es pobre —respondió Rafaella en su lugar.

—Soy de clase media —corrigió Kersti avergonzada.

—Es lo mismo —señaló Rafaella.

—No es lo mismo —dijo Cressida con brusquedad—. ¿Y a quién carajo le importa? No tienes perspectiva, Rafaella. No sabes nada del mundo real.

—De todas formas, no se puede ser pobre y estar en el Lycée —comentó Lille.

—Me dieron una beca porque mi madre estudió aquí —admitió Kersti con la cara caliente de vergüenza—. Mi padre tiene una agencia de viajes y vivimos en una casa común. No es ni una mansión, ni un *pied-à-terre*, ni una casa de campo. Es una casa bien común, alfombrada y con empapelado viejo. Nunca he viajado a ningún lado, no tengo una cuenta bancaria propia, ni tarjeta de crédito...

Y, en pocas palabras, solo fingía pertenecer a ese mundo, pero esa parte no la dijo.

—Nada de eso importa una mierda —aseguró Cressida, más que nada a las demás—. Me encanta que no seas como el resto de nosotras, Kersti. Debes de ser la persona más normal y sensata de este lugar.

—Más normal que Alison seguro —bromeó Noa.

Kersti sintió que la vergüenza la abandonaba. Se sentó un poco más erguida y fue capaz de mirarlas a todas a la cara y reconocer su lugar en el grupo. Miró a Cressida con alivio. Ella la había defendido ante las demás, la había protegido como nunca nadie lo había hecho. Y al hacerlo, Cressida había determinado cómo las demás tratarían a Kersti a partir de ese momento. Al no juzgarla, había permitido que todas la aceptaran. Kersti nunca lo olvidaría. En ese momento, sintió que al fin podía ser ella misma.

—¿Y qué hay de ti, Cressida? —preguntó Rafaella—. ¿Cuál es tu historia?

Todas las que estaban en la ronda la miraron.

—Mi chófer me obligaba a hacerle mamadas —respondió. Las demás bajaron la mirada. Kersti estaba atónita. De pronto, Cressida esbozó una sonrisa pícaro—. Es broma.

Kersti la pellizcó y todas empezaron a reír, hasta que, de pronto, la cabeza de Angela Zumpt asomó por la puerta del baño.

—¡Os escucho desde mi habitación! —estalló Angela, con la cara roja. Su olor corporal invadió rápidamente el baño y se abrió camino entre el humo.

—¡Cierra la puerta! —ordenó Rafaella y se cubrió la nariz.

—Haced silencio, o se lo diré a *madame* Hamidou —las amenazó Angela.

La higiene de Angela Zumpt ya había alcanzado estatus de emergencia en el Lycée. Una mañana, Kersti y Cressida se despertaron con unas carcajadas que venían del primer piso. Bajaron a ver a qué se debía la conmoción y encontraron que un grupo de chicas se había apiñado delante de la habitación de Angela. La puerta estaba cubierta con cinta policial amarilla y tenía colgado un tosco cartel hecho a mano con la imagen de una calavera y huesos cruzados debajo de la palabra CUARENTENA.

—Aquí tenéis —dijo Nastia Panagakos y le entregó una tabla portapapeles a Kersti—. Firmad aquí para obligar a que Angela se bañe o sea expulsada.

Las otras chicas empezaron a cantar: «¡Báñate! ¡Báñate! ¡Báñate! ¡Báñate!». A Kersti le recordó a los cantos de su familia cuando se reúnen alrededor de la hoguera para la celebración de San Juan.

La puerta de Angela se abrió y ella se asomó, confundida. Pestañeando y con la boca entreabierta, miró en cámara lenta a su alrededor. Primero vio la cinta policial, después el cartel pegado a la puerta.

—*¿Was* significa «cuarentena»? —preguntó, sin ninguna expresión, a las que la estaban atormentando.

Angela no era demasiado brillante. Estaba en el programa *Économe*, es decir que estaba aprendiendo a planchar, cocer, enlatar fruta y doblar sábanas. Solo quedaba un manojito de chicas en ese programa anticuado, y la mayoría eran de Japón.

—¡Significa que apestas! —contestó Nastia, imitando su acento alemán—. Todas van a firmar la petición, ¿así que por qué no te bañas de una vez?

—*Yo* no pienso firmarla —declaró Cressida para sorpresa de las demás. A continuación, avanzó con seguridad hacia la puerta, como si fuera una heroína. Con un solo movimiento, arrancó la cinta amarilla de la puerta de Angela, la hizo una bola y la arrojó a sus pies—. Dejadla en paz.

Desde el otro lado del pasillo, alguien lanzó un desodorante en barra a Angela. Le dio de lleno en la frente, donde dejó una marca violácea, y rebotó contra el suelo.

Las otras chicas lo celebraron y se rieron.

—¡Buena puntería! —gritó alguien.

—¿Quién ha tirado eso? —Era *madame* Hamidou. Acababa de aparecer en mitad de la escalera.

El canto de las chicas empezó a disminuir hasta convertirse en un murmullo avergonzado. La cara pálida y alargada de Angela no mostraba ninguna expresión, pero sus ojos se llenaron de lágrimas cristalinas.

—*Madame* —comenzó Nastia a modo de defensa—, Angela no se ducha ni usa desodorante. He intentado pedirle de buen modo que lo haga, pero no le importa. No es justo que el resto de nosotras tengamos que...

Madame Hamidou miró a Angela y después a Nastia; sus labios estaban tan apretados que

formaban una línea tensa. Levantó el desodorante y lo guardó en el bolsillo de su bata.

—Señorita Zumpt —dijo—, *komm mit mir*. —Entraron a la habitación de Angela y cerraron la puerta detrás de ellas.

El espectáculo había terminado, así que todas se retiraron. Cressida no dijo nada, pero parecía enfadada. Una vez más, Kersti se asombró de la inesperada compasión que había demostrado por Angela Zumpt. Las chicas como Angela estaban muy por debajo de Cressida, ni siquiera eran dignas de su amabilidad, pero ella había saltado en su defensa, había arrancado el cartel de la puerta y la había apoyado sin ningún motivo aparente. Tal como lo había hecho con Kersti. Debajo de esa superficie perfecta, había un corazón amable, y eso hacía que Kersti la quisiera aún más.

Desde aquel encuentro en el baño, las chicas se habían convertido en las mejores amigas de Kersti y cada una era especial a su modo. Bellas, brillantes, rotas. Cada una tiene una fragilidad que es casi palpable, una vida interior solitaria o una predilección por lo dramático. De vez en cuando, Kersti intenta identificar cuál es su papel en el grupo, pero lo único que se le ocurre es que es una representación de la realidad.

De inmediato, Alison vuelve a abrir la ventana y deja entrar una corriente de aire helado.

—¡Cierra esa maldita ventana! —exclama Noa—. Hace menos mil grados en el exterior.

—Tengo un partido mañana —contesta Alison—. La cerraré solo si vosotras, basuras europeas, apagáis vuestras colillas. —Nadie las apaga.

—¿Habéis visto a Magnus esta noche? —pregunta Rafaella.

Magnus Foley asiste a las clases durante el día y vive con su tío a unas pocas calles del Lycée. Tiene el pelo rubio en punta y los ojos azules; los dos rasgos habían sido un regalo de los maravillosos genes de su madre sueca y su padre irlandés, que es productor musical. Durante el verano, vive en Malibú, donde pasa los días surfeando y tocando la guitarra. Además de ser inteligente, es sarcástico, y todo eso combinado hace que sea básicamente perfecto.

—Me encanta su nuevo corte de pelo —comenta Noa y da una calada a un cigarrillo que le ha quedado un tanto deforme.

—Todavía le gusta Cress —les recuerda Lille—. Ninguna de vosotras tenéis una oportunidad.

Kersti se siente dolida, pero no dice nada. A ella también le gusta Magnus. Nunca lo ha dicho, pero le ha gustado desde la primera clase de Matemática que compartieron. Y, dado que siempre habla con ella en clase y esa noche no había dejado de mirarla, Kersti había creído que quizás el sentimiento era mutuo.

—Magnus no es mi tipo —dice Cressida, y Kersti está encantada de oírlo, aunque no dice nada. Estaba segura de que él la había estado mirando fijo toda la noche en la *brasserie*—. Además, me gusta otra persona.

—¿Quién?

Antes de que Cressida pueda contestar, la puerta se abre de pronto y al otro lado aparece

madame Harzenmoser. Lille ahoga un grito de sorpresa y todas arrojan sus cigarrillos al retrete.

Capítulo 5



TORONTO — octubre de 2015

Kersti está acostada sobre la cama y tiene el portátil apoyado sobre el pecho. Abre un hipervínculo que el doctor Gliberman le ha enviado por e-mail con información sobre una nueva agencia de donantes de Minnesota y, después de ver varias de las donantes potenciales —casi todas rubias, sonrosadas y descendientes de Vikingos—, empieza a entusiasmarse de verdad. Se detiene a observar a una que le gusta: tiene veinticuatro años, pelo rubio casi blanco, ojos azules —algo que Kersti considera un prerrequisito—, una cara que es un óvalo perfecto, una nariz recta respingona y labios gruesos. Ninguno de sus rasgos es demasiado diferente a los de Kersti, así que no llamaría la atención si el niño llegara a parecerse a su madre real.

En la foto, la donante viste una camiseta sin mangas y un pantalón corto, y su piel está un poco bronceada. Tiene las manos en la cadera y parece estar satisfecha de sí misma, como si acabara de correr una maratón o escalar una roca o producir una cantidad enorme de óvulos viables. No es nada más ni nada menos que la persona que podría salvarlos con su sobresaliente capacidad reproductiva.

Kersti guarda el perfil y envía un e-mail al doctor Gliberman. *La he encontrado*. Al fin ha dado con una donante que puede presentar a Jay con confianza. Recoge su portátil y corre a la oficina de Jay, que está en el piso de abajo. Él está sentado delante del escritorio, revisando hojas de contactos de una sesión fotográfica reciente, rodeado de todo lo que lo hace Jay. El premio a la mejor agencia publicitaria del 2009, entregada por el Club Canadiense de Publicidad y Diseño; el póster autografiado de la portada diseñada por George Lois en 1969 para *Esquire*, en la que Andy Warhol se ahoga en una lata de sopa de tomate Campbell's; el libro *Qué buen consejo* de Lois.

—Mírala —ordena Kersti cuando abre el portátil.

—¿Por fin estás dispuesta a tener un *ménage à trois*?

—Es una donante, Jay.

—¿Has estado haciendo esto a mis espaldas? —El humor de Jay cambia de inmediato y Kersti siente cómo sus hombros se tensan bajo las manos de ella.

—No. Solo estaba... Quería empezar a ver.

—Por cierto, la donación de óvulos es ilegal en Canadá. ¿Lo sabías?

—La agencia está en Minnesota —explica Kersti—. Tienen un acuerdo con la clínica del doctor Gliberman. Haríamos que la donante vuele hasta aquí para llevar a cabo el procedimiento. Gliberman es el único médico en Toronto que tiene un programa de donantes...

—Acordamos no hablar sobre el tema por un tiempo.

—Solo quería ver algunos perfiles —dice Kersti—. Mira qué guapa es.

—Ni siquiera sería tuyo. No tendría tu sangre.

—Pareces mi padre.

—Es oficial, te has convertido en una de *esas* mujeres.

—¿Qué mujeres?

—Las que están desesperadas y obsesionadas por tener un bebé; las que lo necesitan para sentirse bien consigo mismas. Prometiste que nunca te convertirías en eso. —Kersti retrocede un paso, anonadada—. ¿Recuerdas el contrato? —estalla Jay y abre uno de los cajones del escritorio—. ¡Aquí lo tienes! ¡Lo guardé!

Saca una hoja de papel y la sacude delante de la cara de Kersti. Es algo que ella escribió poco después de que el primer ciclo de FIV hubiera fracasado. Había querido iniciar un nuevo ciclo de inmediato, pero Jay se había mostrado reticente. Kersti decidió convencerlo de la mejor forma que conocía. Una noche, mientras él leía en la cama, Kersti entró a la habitación con pantimedias de red, zapatos Manolo negros de tacón y un *negligé* blanco transparente con encaje negro. Tenía una hoja de papel entre los dientes. Caminó hasta la cama y se sentó a horcajadas sobre Jay. Él le quitó el papel de la boca.

—Sé que cuando iniciamos este camino prometí que no me convertiría en una de esas locas que sienten pena por sí mismas y están obsesionadas con los bebés —dijo Kersti—. Y me avergüenza admitir que en estos últimos tiempos he tenido mis momentos.

—El altar que levantaste en honor a los dioses de la fertilidad fue un poco excesivo —bromeó Jay.

—No era un altar —respondió ella, siguiéndole el juego—. Solo eran un par de talismanes dedicados a nuestros dioses de la fertilidad, Metsik y Peko. Sea como sea, he escrito este contrato. —Lo leyó en voz alta—: «Prometo no empezar a usar pijamas feos. Prometo quedarme despierta hasta después de las diez, incluso cuando tenga que despertarme a las cinco de la mañana para hacerme un análisis de sangre. Prometo satisfacerte de la forma en que estás acostumbrado».

—Me gusta esa promesa —interrumpió Jay, pellizcándole el pezón a través del *negligé*.

—«Prometo nunca unirme a un grupo de apoyo para personas con infertilidad. Prometo no gastar más dinero en reiki o acupuntura. Prometo soltar la idea de tener un bebé y aceptar nuestro destino antes de entrar en bancarrota o perjudicar nuestro matrimonio».

Ahora Jay está enseñándole ese contrato.

—¿Lo recuerdas?

—Pero ya hemos llegado hasta aquí, Jay. Sería una locura detenernos cuando todavía tenemos las manos vacías.

—Estoy agotado de las personas en las que nos hemos convertido.

—¿Qué quieres decir? —pregunta ella—. ¿Estás agotado de nuestro matrimonio?

—¿Qué matrimonio? —replica él—. Parece que sientes que no existe sin un bebé. —Cuando Kersti no dice nada, Jay anuncia—: Pasaré la noche en el Four Seasons. Necesito estar solo.

—Jay, lamento mucho haber mirado donantes...

—Ni siquiera sé si podemos volver a lo que teníamos —la interrumpe—. Ya no queremos lo mismo.

—Entonces, ¿se ha terminado? —pregunta Kersti. Incluso sin creerlo, siente la fría realidad de la decisión de Jay en sus huesos—. ¿Así como si nada? ¿Ya no lo vamos a intentar?

Jay mira a la bonita donante de óvulos que aparece en la pantalla, suelta un suspiro deliberado y sale de la oficina.

Una vez sola, intenta absorber lo que acaba de suceder. Parece que esta vez lo dice en serio. Kersti no tiene otra opción más que acostumbrarse a la idea.

¿Ahora qué?, se pregunta.

La verdad es que sabe exactamente qué es lo que va a hacer. Es probable que lo haya sabido desde el momento en el que Jay lo mencionó el otro día.

A medida que el plan va tomando forma en su cabeza, Kersti se da cuenta de que en realidad es un alivio que Jay haya decidido pausar la campaña por tener un bebé. A pesar de sentirse decepcionada, como era de esperarse, empieza a asomarse la posibilidad de descubrir algo nuevo en su vida.

Quiere saber qué es lo que le ocurrió a Cressida. Quizás siempre ha querido saberlo. Nunca se ha sentido preparada para encarar eso, pero siente que el destino le está señalando que este es el momento indicado. Ahora tiene la oportunidad de empezar a hablar sobre lo que sucedió en Lausana con otras personas, incluso con la madre de Cressida; tiene la oportunidad de indagar en todas las preguntas sin respuesta que ha decidido ignorar durante veinte años. Y si lo que descubre a lo largo de este camino se convierte en un nuevo libro, bienvenido sea.

Deirdre Strauss vive en Boston. Tiene una casa en Beacon Hill y ha vivido allí desde el ataque cardíaco que le quitó la vida a Armand en el 2000. Kersti siente que visitarla es el próximo e ineludible paso.

Cuando Kersti conoció a la madre de Cressida, pensó que parecía una niña pequeña que estaba jugando a vestirse con la ropa de su madre. Era menuda y etérea, tenía la piel blanca como la leche y unos ojos impactantes de color aguamarina. Su figura, pequeña e infantil, parecía aún más diminuta por la chaqueta enorme que tenía puesta y las guiraldas de perlas gigantes que llevaba

alrededor del cuello. Deirdre tenía manos pálidas y venosas, como si fueran las delicadas alas de un insecto. Y también estaba la forma en el que miraba a Cressida y hablaba sobre ella en su presencia, como si fuera un trofeo que podía sacar de la repisa cuando quisiera, como si fuera uno de sus valiosos premios Tony.

—Hará cosas grandiosas —había declarado una vez con certeza absoluta—. Siento envidia por la vida que tiene por delante.

Kersti siempre se ha preguntado si lo que le ocurrió a Cressida pudo haber sido un castigo kármico, algo que se merecía por ser imprudente e insistir en mostrar que era mejor que los demás. Al menos eso fue lo primero que Kersti pensó en su afán por racionalizar la situación, e incluso se reprochó a sí misma el haber deseado por dentro que se reconociera la responsabilidad que Cressida había tenido.

Ahora Kersti no puede evitar preguntarse si lo mismo aplica a ella. ¿Qué pasaría si su incapacidad de concebir fuera, de alguna forma, su culpa, el resultado de su propia insuficiencia y pasividad? ¿Qué pasaría si fuera un castigo por todas las cosas que no ha hecho, los malos pensamientos que ha contemplado sobre ella misma y los demás o, simplemente, por todo lo que no ha conseguido ser?

Tal vez, si consigue descubrir la verdad de lo que le ocurrió a Cressida, Kersti pueda alivianar el peso de la culpa y la condena que ella misma se ha otorgado.

Capítulo 6



LAUSANA —octubre de 1995

—Buenos días, jovencitas —dice *madame* Harzenmoser y entra al baño que ya está bastante lleno de gente. Se eleva alta por encima de ellas seis, tiene las piernas apenas separadas y las manos están apoyadas sobre sus caderas anchas.

—*Bonjour, Madame* —mascullan sin animarse a mirarla a los ojos. Ella baja los ojos hacia su reloj. Nadie se mueve.

—¿Sabéis qué hora es? —pregunta. Nadie contesta—. ¿Acaso *madame* Hamidou permite que estéis aquí después del toque de queda?

—No, *madame*.

—¿Permite fumar aquí dentro?

—No, *madame*.

—¿Ha resucitado la Sociedad Helvetia? —dice y sus ojos sugieren una sonrisa.

—No, *madame*.

Helvetia es el símbolo nacional de Suiza. Hay una estatua de ella junto a las canchas de tenis — es una réplica y la original mira al Rin— que la muestra con el pelo trenzado y una corona de flores, envuelta en una toga y sosteniendo una lanza y un escudo en las manos. La famosa misión del instituto está tallada en una piedra a sus pies: PREPARAMOS JÓVENES MUJERES PARA QUE SE CONVIERTAN EN CIUDADANAS DEL MUNDO.

—¿Es cierto que aquí hubo una sociedad secreta? —pregunta Rafaella a *madame* Harzenmoser.

Hasta el momento, Kersti había asumido que las historias de la infame Sociedad Helvetia no eran más que leyendas urbanas.

—Por supuesto —responde ella, y suena casi como si el escepticismo de Rafaella la hubiera ofendido.

A continuación, hace algo que nadie habría esperado: se sienta de piernas cruzadas en la ronda. Tiene una agilidad asombrosa para alguien de su altura. Kersti imagina que es una de esas personas que solían practicar yoga. Quizás se tomó un año sabático del Lycée en los sesenta o setenta para viajar a India en búsqueda de la iluminación espiritual. Ahora que la ve con su trenza plateada apoyada sobre uno de los hombros, como si fuera una serpiente que tiene de mascota,

Kersti se imagina cómo debe de haber sido en su juventud: un espíritu libre que se rehusaba a permanecer ligada a esta institución como si fuera un globo amarrado a la muñeca de un niño. Tal vez es alguien que ha recibido una vida particular que quizás nunca habría elegido para sí misma, pero que no tuvo la fortaleza interna para abandonarla o, incluso, para saber que podría haber tomado otra decisión.

—¿La Sociedad Helvetia era algo parecido a la Skull and Bones?

—Ahora que lo mencionas, no es casual que la haya creado una estudiante estadounidense llamada Mary Oxford —señala *madame* Harzenmoser—. Era de la Costa Este y su hermano había pertenecido a Elihu, otra de las sociedades secretas de Yale.

»Mary seleccionó a seis de las estudiantes más excepcionales del Lycée para formar una sociedad secreta basada en los principios de Elihu. La idea era luchar por lo que le importaba a su generación, es decir, el sufragio, que estaba ganando tracción en los Estados Unidos. Al principio, la razón de ser de las Helvetianas era la justicia social y la filantropía. Por eso recibieron la aprobación de mi padre. —Kersti mira a Cressida y se pregunta si ella ya conoce esta historia, pero su cara no ofrece ninguna pista—. Con el tiempo, las causas fueron cambiando: la guerra, los movimientos en contra del alcohol, el feminismo y, volviendo a sus inicios, el derecho de las mujeres al voto en todos los cantones de Suiza, que solo se alcanzó en 1971.

—¿No estaba usted administrando la escuela para ese entonces?

—Así es.

—¿Y las estudiantes tenían permitido tener reuniones secretas?

—El trabajo filantrópico que llevaban a cabo era bueno y eso beneficiaba a la reputación de la escuela. Así que lo permitíamos.

—¿Qué sucedió? —pregunta Lille.

—La Sociedad Helvetia perdió impulso en los setenta. Para ese entonces, se había convertido en una sororidad glorificada —recuerda *madame* Harzenmoser—. Ya no había causas que movilizaran a las estudiantes y las drogas habían invadido el campus. —Pronuncia «drogas» con acento francés—. Finalmente, en 1974, *monsieur* Bueche expulsó a dos alumnas por vandalismo. Como las dos eran Helvetianas, se tomó la decisión de prohibir las reuniones de forma definitiva. Ya no estaban cumpliendo ninguna función más que la de causar problemas.

—¿*Madame* Hamidou ya estaba aquí?

—Sí, había llegado a principios de los sesenta. Quería mucho a las alumnas expulsadas, así que debió de haber sido difícil para ella. Ya sabéis cómo os trata a vosotras: como si fuerais sus propias hijas. Siempre ha sido muy protectora.

—¿No fue algo extremo expulsarlas por vandalismo?

—*Monsieur* Bueche creyó que no había alternativa —responde *madame* Harzenmoser con pragmatismo y después aplaude una vez y se pone de pie—. Ahora es hora de ir a dormir —

anuncia con un tono distinto—. Y tendré que avisar a *madame* Hamidou que habéis estado fumando aquí dentro. Estaréis castigadas el próximo sábado.

—¿*Madame* Harzenmoser? —dice Lille cuando la mujer llega a la puerta—. ¿Qué vandalizaron las chicas que fueron expulsadas?

La mujer se gira hacia ellas.

—Nuestra estatua de Helvetia —responde.

Esa noche después de la cena, Cressida y Kersti van a la sala de profesores para hablar con *madame* Hamidou. La encuentran corrigiendo exámenes de Ciencia con el típico cigarrillo entre los labios. El aire de la habitación está turbio y apesta a Gauloises. Cressida toma asiento sobre un sillón y Kersti se sienta a sus pies, con las piernas cruzadas y la cabeza contra las piernas de su amiga. Cressida empieza a jugar distraídamente con el pelo de Kersti.

—¿En qué las puedo ayudar? —dice Hamidou con su peculiar acento. Resulta que es mitad filipina, nació en Argelia y creció más que nada en Francia.

—¿Por qué expulsaron a las dos chicas de la Sociedad Helvetia en el 74? —pregunta Cressida y roba un Gauloises de su cajetilla.

Cressida se comporta de modo muy atrevido con *madame* Hamidou porque sabe que es intocable. Kersti todavía no está segura de si es porque Hamidou la adora como a una hija o porque a Cressida no le importa una mierda que la expulsen.

—¿Qué os hace preguntar eso de la nada? —pregunta sorprendida—. Ocurrió hace ya veinte años.

—Harzenmoser nos contó la historia anoche.

—¿Harzenmoser? —repite Hamidou—. ¿Desde cuándo habla con las alumnas?

—Estaba patrullando Huber.

—*Mmm*. —Hamidou parece molesta con esta intromisión en su territorio, aunque se trate de la dueña de la institución—. Debe de sentirse sola.

—Usted nunca había mencionado la expulsión —observa Cressida—. Y es curioso, porque le encanta advertirnos de todos los problemas en los que se metían las alumnas anteriores.

—Ah, ¿sí?

—Sí, suele usar anécdotas del Lycée para hacer amenazas encubiertas —señala provocativa.

Hamidou sonrío. El espacio que está entre los dientes es oscuro.

—Prefiero decir que son cuentos con moraleja —aclara—. No hemos tenido problemas de vandalismo desde ese entonces.

—Entonces, ¿sí fue vandalismo?

Hamidou asiente.

—¿Qué escribieron en la estatua? —pregunta Kersti.

—Nunca lo supe —responde—. *Monsieur* Bueche se aseguró de que lo limpiaran antes de que

amaneciera. Fuera lo que fuera, le pareció que la expulsión era un castigo justo.

—Pero usted no creyó lo mismo, ¿o sí?

—Bah —exclama sin darle mucha importancia—. Siempre me han interesado más las alumnas que la reputación del Lycée. Claro que me opuse a la expulsión. Intenté convencer a *monsieur* Bueche de que fuera menos severo, pero, una vez que toma una decisión, *c'est fini*.

—¿Cómo se llamaban?

Hamidou apaga el cigarrillo y agarra otro.

—Brooke Middlewood y Tatiana Greenberg. Las dos eran estadounidenses. La mayoría de las Helvetianas lo eran. Solían ser alumnas populares, del tipo que destacan en todo. —Hamidou se pone de pie y camina hacia la ventana. La abre y deja entrar algo de aire.

—¿Qué ocurrió después con las otras Helvetianas?

—Se graduaron.

La expresión de Cressida es meditativa. Está pensando en algo. Después de una pausa, habla:

—¿Qué cree usted que pudieron haber pintado con aerosol en la estatua para que las expulsaran?

Hamidou sacude la cabeza con tristeza.

—Bueche no quería que esas chicas permanecieran en la institución —declara—. Eso es lo único que sé.

Capítulo 7



TORONTO — octubre de 2015

Kersti se recuesta contra el asiento y mira por la ventana sin prestar atención a las instrucciones de seguridad que da el asistente de vuelo. Sus pensamientos la llevan a la charla que tuvo con Jay y está cada vez más enfadada. ¿Cómo se atreve a darse por vencido? Sabe qué es lo que está en juego y lo mucho que significa para ella.

Después de salir de casa, Kersti empezó a caminar de un lado a otro, volviendo una y otra vez a la discusión que habían tenido, hasta que decidió reservar un vuelo a Boston de forma impulsiva. Ahora que el avión despegó y vira hacia la derecha en un ángulo agudo, sobrevolando el lago Ontario y dejando atrás el aeropuerto de la isla, Kersti cierra los ojos. ¿Cuándo se convirtieron en esto? ¿Cómo han llegado hasta este lugar? Había creído que siempre serían compañeros, que siempre estarían de acuerdo en las decisiones más importantes de la vida. Ahora ve que solo fue una ilusión infantil, idealista.

Recuerda la noche en la que, en un raptó de solidaridad optimista, le contaron a sus padres que lo iban a intentar con la FIV. Era la noche de la celebración de San Juan y toda su familia se había reunido alrededor de la hoguera que habían preparado en el patio trasero de la casa de sus padres. El sol se había puesto y el cielo, oscuro y despejado, estaba salpicado de estrellas. Jay y Kersti estaban sentados uno al lado del otro en las sillas de plástico rojas y blancas que sus padres conservaban desde los setenta. Brindaron con las botellas de las que estaban bebiendo. Después de mucho tiempo, Kersti volvía a sentirse esperanzada.

La celebración de San Juan, que cae en la víspera del solsticio de verano en junio, es una de las festividades estonias más importantes, no solo por el significado religioso, sino también por los rituales y las tradiciones, que incluyen saltar la hoguera, beber, bailar, cantar y, en el caso de Kuusk, beber aún más. Como todo buen estonio, el padre de Kersti, Paavo, cree que encender la hoguera es una forma de garantizar la prosperidad y evitar la mala suerte. Es un hombre gigantesco. Es alto y demasiado obeso, tiene la barba y el pelo plateados, sus mejillas siempre están sonrojadas de forma peligrosa y su nariz siempre está roja. No es un hombre moderado.

Aquella noche, Paavo se puso de pie con dificultad —ya había consumido bastante vodka— y encendió el fuego.

—¿Quién salta primero? —bramó con un fuerte acento estonio.

Jutta, una de las hermanas de Kersti, gritó el nombre de su marido, «¡Rasmus!», y todos empezaron a aplaudir y cantar: «¡Ras-mus! ¡Ras-mus! ¡Ras-mus!».

Las seis sobrinas de Kersti corrían alrededor del fuego con un pelo casi blanco, caras redondas y ojos azules, característicos de los Kuusk. Kersti era la única en la ronda que no tenía hijos. Jay era el único que tenía pelo oscuro. Juntos, eran un par de inadaptados rodeados por un clan de rubios fértiles.

«¡Ras-mus! ¡Ras-mus! ¡Ras-mus!».

Rasmus saltó sobre el fuego y rodó sobre el césped, como si fuera una jirafa que estaba haciendo *break dance*.

—Nunca me canso de esto —susurró Jay a Kersti.

—¡Es el turno de Jay! —exclamó Paavo una vez que todos los demás hubieron saltado.

Todos empezaron a cantar mientras pasaban una botella de vodka entre ellos: «¡Jay! ¡Jay! ¡Jay!».

—Creo que no voy a saltar este año —dijo Jay—. El verano pasado me quemé mis pantalones Varvatos...

—Debes saltar —señaló Kersti—. Si no, tendremos mala suerte todo el año. —Le dedicó una mirada cargada de significado.

Jay terminó de beber su cerveza y se puso de pie a regañadientes. Se quitó sus zapatos Sperry y los colocó a un lado con cuidado. Tomó una bocanada de aire, hizo la señal de la cruz sobre su pecho y saltó sobre el fuego. Los Kuusk estallaron en aplausos y Kersti corrió a acostarse junto a él sobre el césped. Estaba feliz. Sentía que era la noche perfecta para compartir sus noticias. Así que, cuando las niñas se quedaron dormidas en los brazos de sus madres y los adultos estaban ebrios y somnolientos, y el aire olía a verano, Kersti les contó lo que iban a hacer:

—Jay y yo lo vamos a intentar con la fecundación *in vitro*.

Nadie lo celebró ni aplaudió como lo habían hecho cuando estaban saltando la hoguera. Anni sacudió la cabeza en señal de rechazo. Hubo un silencio tan largo y terrible que hizo que el crepitar del fuego y el canto de los grillos parecieran ensordecedores.

—Va en contra de la naturaleza —bramó el padre de Kersti. Sus más de setenta años no habían hecho nada para disminuir su presencia intimidante.

—¿Por qué no lo seguís intentando con el modo tradicional? —protestó su madre—. Vosotros sabéis que algunas mujeres tardan más tiempo. Corre en nuestra familia. Eres como yo, Kersti. Seguro que lo único que necesitas es un lavado de trompas...

—Mis trompas están cerradas —dijo Kersti. Sus cuñados se movieron incómodos en las sillas de plástico. Sus hermanas estaban calladas y, como siempre, no ofrecieron apoyo.

—Entonces no está destinado a ser —declaró Anni con pragmatismo—. Debes darte por vencida, Kersti. No tienes por qué ser siempre tan *jäärpäine*.

Jäär significa «carnero», así que la traducción literal es «cabeza de carnero». Sus padres siempre la llamaban así cuando era pequeña.

—Deberías haberte casado con un estonio —señala su padre—. No somos racistas, Kersti. El problema no es que eres judío, Jay. El problema es que no eres estonio.

—¿Hay alguna diferencia? —preguntó Jay, perplejo.

—¡Claro que hay una diferencia! —rugió Paavo, su cara teñida de un rojo oscuro por el fuego—. ¡Es lo único que nos queda! Nuestra comunidad. Solo nos tenemos los unos a los otros.

—De acuerdo —dijo Jay—. Feliz Jaanipäev a todos.

Kersti se separó de él y corrió hacia la casa de sus padres. Jay la siguió.

La cocina estaba descuidada, desordenada, pasada de moda. La última vez que Anni le había hecho alguna remodelación había sido en los ochenta, cuando hizo que las niñas se arrodillaran para reemplazar el linóleo original, que se estaba pudriendo, por uno adhesivo. Compartía la filosofía de su marido de no gastar ni un centavo en cosas que hagan que la casa se sienta como un hogar permanente.

Kersti se sirvió vodka en una taza desportillada y se desplomó sobre una silla.

—Tu padre es intolerante e ignorante —señaló Jay y se sirvió una taza para él.

—No importa lo que haga —protestó Kersti—, nunca encajaré en esta familia. Me veo como ellos, hablo como ellos, pero no pertenezco.

—Mira, tendremos un hijo. Y esperemos que no suceda, pero, si nace con el pelo castaño, buscaremos la forma de quererlo de todas formas. —Kersti rio—. Y tu padre Adolf puede irse a la mierda con su sangre pura y limpia.

Jay se bebió de un trago enorme el vodka tibio, casi vomitó, se atragantó y apoyó la taza con fuerza contra la mesa. Kersti nunca lo había querido tanto como en ese momento.

El avión aterriza, rebota contra el asfalto y se detiene entre la niebla con un ruido ensordecedor. Boston. Una ciudad que podría haberle encantado si las circunstancias fueran otras.

Una nube espesa de temor desciende sobre ella. Tiene la carta de Lille en el bolso y un nuevo motivo para justificar la visita. Quizás esta vez no sea tan terrible.

Capítulo 8



LAUSANA — octubre de 1995

El lunes por la mañana tienen clase de Literatura Inglesa y la señora Fithern está hablando del triángulo amoroso de *Hijos y amantes*. Está resfriada y no deja de toser y sonarse la nariz. Dibuja un diagrama en el pizarrón:

PAUL Y WILLIAM — SRA. MOREL Y WALTER — MIRIAM/GYP

Hace un círculo alrededor de la señora Morel y, junto a cada nombre, escribe: «Llama de la vida». Se gira para dar la cara a la clase y dice:

—Habládmelo sobre la llama de la vida.

—La llama de la vida es la metáfora que Lawrence usa para referirse a la parte del alma de cada persona que nadie más puede controlar o poseer —responde Cressida con confianza y sin levantar la mano—. La señora Morel busca controlar a todos los hombres de su vida y acaba por destruirlos en el intento.

—Sé más específica, Cress, ¿cuáles son algunos ejemplos concretos de esa llama de la vida?

—La mina de carbón en el caso de Walter —dice—. En el caso de William, creo que podría ser Gyp y su superficialidad. Quizás incluso la ciudad.

—¡Sí, Londres! Sin ninguna duda —concuera la señora Fithern y extrae un pañuelo de la manga para volver a sonarse la nariz—. ¿Y qué hay de Paul?

—La naturaleza —responde Cressida—. La señora Morel suprime su fuerza vital al hacerlo trabajar en la fábrica y separarlo de la naturaleza.

—¿Y cómo describiríais su relación? ¿Alguien que no sea Cress?

—Asfixiante —sugiere Kersti.

—Sofocante.

—Incestuosa —añade Cressida.

—Incestuosa —repite la señora Fithern, contemplando la respuesta en voz alta, y estornuda tres veces—. Yo diría que le faltan límites, pero no estoy segura de que llegue a ser incestuosa.

Cressida lee en voz alta:

—«Había vuelto a su madre. El lazo que lo unía a ella era el más fuerte en su vida... Y no

importaba nadie más. Había un lugar en el mundo que permanecía sólido y no se derretía en irrealidad: el lugar en el que estaba su madre... Era como si el eje y polo de su vida, de lo que no puede escapar, fuera su madre». —Cressida cierra el libro y levanta la mirada—. A mí me parece incestuoso.

—A mí me parece que eso es lo que debería ser una madre —comenta Kersti para su sorpresa.

—Entonces, tienes una visión bastante retorcida de la maternidad —dice Cressida.

La señora Fithern sonríe como lo haría una madre que mira a una hija de la que está orgullosa o impresionada, o a la que siente como una extensión de sí misma, como lo hacen la mayoría de las madres. Kersti se siente excluida.

La puerta se abre y el señor Fithern entra en la clase.

—Hola, cariño —exclama la señora Fithern y parece realmente feliz de verlo.

Charles Fithern es algo parecido a una leyenda en el Lycée. Tiene veintitantos años, es alto y desgarrado, lleva el pelo negro rapado y tiene cejas espesas. Habla con un marcado acento del norte de Inglaterra, al igual que su mujer, y suele usar Doc Martens gastadas, vaqueros, camisa y corbata. Tiene un tatuaje descolorido del Worcester City Football Club en el antebrazo y es posible, cree Kersti, que haya estado involucrado en la subcultura punk de Inglaterra. Para ella, se parece a Sid Vicious, si Sid hubiera sido profesor. A veces se lo imagina con una camiseta negra de los Sex Pistols debajo de la camisa almidonada.

Kersti siempre ha visto el mundo desde la perspectiva de una escritora, como si todo fuera una historia que transcurre delante de sus ojos y las personas fueran los personajes. Cuando no conoce sus historias, las inventa. Cuando sí las conoce, las adorna. En su cabeza, siempre está escribiendo libros sobre todos. El Lycée está lleno de personajes, y los Fithern son dos de los más interesantes. Kersti suele imaginarse lo que hacen en sus vidas privadas, cuando no están en el Lycée: ver *Coronation Street* juntos, beber el té de la tarde en un pequeño jardín inglés que él plantó para ella para que no eche de menos su hogar, ver el fútbol en el *pub* local. Imagina que la suya es una relación bastante casta. No tiene la impresión de que la señora Fithern sea una persona sexual. Parece una niña y una señora mayor al mismo tiempo, es un poco anticuada, y tiene bucles como resortes y una personalidad alegre. Es lista y tiene un humor irónico, pero no es sexy como el señor Fithern.

Todos en el Lycée conocen la historia: se conocieron en un profesorado en Worcester, Inglaterra. El nombre de soltera de ella había sido Annie Brains y, fiel a su apellido, que significa «cerebro», él pensó que era la chica más inteligente e ingeniosa que había conocido en su vida. Le propuso matrimonio después de haber estado saliendo solo seis semanas. Un año después de la boda, se fueron de Inglaterra para enseñar juntos en el Lycée.

—Perdón por interrumpir —dice el señor Fithern mientras se acerca a su mujer con una bolsita de papel blanco—. Por lo que escuché, estáis teniendo un debate interesante sobre Paul Morel y

su madre. —Echa un vistazo a la clase, que ríe con nervios, y guiña un ojo. Algunas de las chicas ríen en voz más alta. Es como si fuera Eddie Vedder o alguien similar—. Se ha olvidado su medicina, *milady* —anuncia y entrega la bolsa a su mujer.

—Ah, gracias, cariño. Podrías habérmela dado en el almuerzo.

—¿Y perder la oportunidad de ver a estas encantadoras señoritas?

Más risas. La señora Fithern inspecciona el contenido de la bolsa.

—Penicilina —observa con el ceño fruncido.

Él le sopla un beso, que hace que toda la clase suspire un «¡Ahhh!» colectivo, y se va.

—De acuerdo —retoma la señora Fithern con mejillas aún sonrojadas—. Hablemos de Miriam. Alguien que no sea Cressida que me diga cuál es su lugar en este triángulo amoroso.

La próxima clase es Francés 2 con *monsieur* Feuilly. Cressida tiene Modelo de las Naciones Unidas con el señor Fithern, así que se va corriendo para no llegar tarde.

—Hola, Kuusk —dice Magnus Foley cuando Kersti se sienta en el banco de al lado.

—Hola, Foley.

Kersti no es muy buena en gramática y habla francés con un acento estonio poco melódico, por eso sigue en Francés 2. Magnus también es pésimo en gramática, pero habla con fluidez. En cuanto ella se sienta, él le pasa una nota. Es una caricatura de *monsieur* Feuilly con un sombrero con red para mosquitos y una insignia roja que dice STOP SIDA. *Monsieur* Feuilly teme haberse contagiado de los mosquitos que le picaron durante un reciente safari en África y suele hablar largo y tendido con la clase sobre su preocupación.

Magnus es un caricaturista excelente y Kersti estalla en carcajadas tan pronto como desdobra la nota y ve la enorme nariz aguileña de *monsieur* Feuilly, el bigote delgado y las gafas bifocales con marco metálico.

—¿*Madmoiselle* Kuusk? —Kersti levanta los ojos y *monsieur* Feuilly la está mirando—. Por favor, recite la conjugación del verbo «reír» en el pluscuamperfecto —ordena.

Kersti oye las risas disimuladas de Magnus.

—*Je riáis, tu riáis...*

—Ese es el pretérito imperfecto —interrumpe molesto—. Quizás sería mejor que en vez de *reír* tanto, *madmoiselle* Kuusk, practicara las conjugaciones verbales. La respuesta es: *j'avais ri, tu avais ri, elle avait ri...*

Una vez que termina de humillarla, *monsieur* Feuilly ordena que abran *El extranjero*, de Camus. Empiezan a leer desde el principio.

Magnus estira las piernas hasta tocar las de Kersti. Siempre se mueve así, no puede quedarse quieto. Estira las piernas o las hace rebotar, se acomoda en el lugar, se inclina hacia un lado y hacia el otro, mastica el bolígrafo, dibuja. De alguna forma, cada vez que se mueve, termina por rozarla. El enamoramiento de Kersti ha estado creciendo de forma exponencial desde el año

pasado y cree que es posible que ella también le guste a él. Aunque la única evidencia que tiene son las charlas en clase, sus piernas inquietas y sus coqueteos de sábado por la noche, Kersti siente que hay algo que está floreciendo entre ellos.

Feuilly lee la primera oración del libro en voz alta y levanta la mirada.

—¿Vosotros creéis que Meursault es amoral? —pregunta a la clase.

—Vive de acuerdo con su propia verdad —responde Magnus—. Eso no es ser amoral.

Abby Ho-Tai se pone de pie de un salto y sale a toda velocidad de la clase. Toma laxantes para perder peso, así que siempre está corriendo al baño. Magnus desliza otra caricatura hacia Kersti, esta vez es una imagen de Abby sentada en un retrete junto a una montaña de cajas de Dulcolax.

Después de la clase, Magnus camina con Kersti hacia el exterior y se detienen a fumar un cigarrillo en el jardín, donde gran parte del cuerpo estudiantil se reúne para fumar entre clases.

—Vayamos a las canchas de tenis —sugiere él mientras enciende el Marlboro de ella.

Kersti echa un vistazo alrededor en busca de Cressida, pero no la ve. Debe de seguir en la práctica para el Modelo de las Naciones Unidas. Kersti acompaña a Magnus a las canchas de tenis y el corazón no deja de latirle con fuerza. Se sientan uno al lado del otro sobre el césped, con las piernas estiradas y la cara levantada hacia el sol otoñal. El aire huele un poco a jazmín alpino. Magnus arranca una flor de nomeolvides y se la entrega a Kersti.

—¿Tienes pensado ir al viaje a Gstaad durante las vacaciones? —pregunta Magnus y sopla anillos de humo perfectos con un movimiento exagerado de la mandíbula.

—Ehh, no —responde Kersti con una risa—. Debo volver a casa a trabajar en la agencia de viajes de mi padre para pagar los regalos para mi familia.

—Eso es genial —dice él.

—¿Eso crees? Porque yo creo que esquiar en Gstaad es mucho mejor.

—La verdad es que no tanto. Tú no eres como esos raros malcriados que crecieron aquí —declara—. Me gusta eso de ti, Kuusk. Eres real.

—¿Y tú eres uno de esos raros malcriados?

—Por supuesto —afirma—. Pero tú... Eres refrescante, Kuusk. Eres casi normal.

Es exactamente lo mismo que Cressida le dijo en su primer año aquí. Kersti nunca había pensado en cosas como esas antes de venir al Lycée. Normal, no normal. ¿Será cierto que los Kuusk son normales? Kersti no cree que lo sean, pero todo es relativo.

—Acabo de recibir mi carné de conducir —anuncia Magnus—. ¿Qué te parece salir a pasear en coche este sábado? Mi tío dijo que podía usar el suyo. Te llevaré a comer *fondue* a la cerveza.

La invitación toma a Kersti desprevenida. Quiere entrar corriendo a la cancha, saltar sobre la red y soltar un grito de alegría. Ni siquiera puede mirarlo a los ojos cuando responde.

—De acuerdo, Foley —dice con la mayor indiferencia y desinterés que consigue aparentar—. *Fondue* a la cerveza suena bien.

Más tarde, en su habitación, todavía aturdida por los hechos de la tarde, Kersti guarda con cuidado la flor de nomeolvides que él le regaló entre las hojas de su ejemplar de *El extranjero*.

Capítulo 9



BOSTON — octubre de 2015

La casa de Deirdre Strauss está en Beacon Street, en la parte llana de Beacon Hill, también conocida como *Flat of the Hill*. Es una casa restaurada con fachada de granito y techo de cobre, rodeada de abedules y cornejos, hortensias y glicinas, y una hiedra que se trepa a la puerta principal.

Kersti toca el timbre. Abre la puerta una mujer filipina con vaqueros y una camiseta sucia.

—Hola —dice Kersti—. ¿Está Deirdre?

—Aún no.

—Dijo que podía venir. Mi nombre es Kersti Kuusk.

La mujer duda, pero al final se hace a un lado.

—¿Usted quién es?

—Laylay —responde la mujer y cierra la puerta.

La casa es igual al recuerdo de Kersti. Techos altos, suelo oscuro de parqué, bibliotecas de pared a pared llenas de libros viejos que parecen un decorado. Antigüedades oscuras y brillantes, sofás elegantes de brocado y sillones del mismo material, chucherías caras acumuladas sobre la superficie de todos los muebles de la sala. El salón tiene una vista asombrosa del Jardín Público de Boston.

—¿Cómo está? —pregunta Kersti.

—Puede verlo por usted misma —dice Laylay—. La está esperando.

Kersti avanza por el pasillo, delante de las habitaciones, sin sentir nada. Echa un vistazo hacia el interior de una de ellas y se sobresalta. Es la habitación de una princesa, con paredes rosa claro y cortinas blancas. Hay una pila de muñecos de felpa en el centro de la cama, una almohada cilíndrica bordada, una Barbie sentada con las piernas cruzadas sobre una biblioteca pintada a mano. Es como si Deirdre hubiera reconstruido la habitación de la infancia de Cressida y la hubiera preservado tal como debe de haber sido. Como si siguiera esperando que Cressida volviera del internado.

El estudio está al final del pasillo y ha sido transformado en una sala de hospital. Kersti siente el olor aun antes de entrar. Ungüento cubierto con una capa de perfume y difusor de vainilla que

intenta disimular el olor de la enfermedad y la desesperanza.

Kersti se queda sin aliento al ver a Cressida por primera vez en casi quince años. Está recostada en una cama ortopédica mirando un televisor de pantalla plana, y está igual de bella que a los dieciocho años. Es evidente que Deirdre hace un gran esfuerzo por mantener la apariencia de su hija. El pelo de Cressida está limpio y reluciente, rizado y perfectamente rebelde como siempre. Sus labios brillan, su mirada es clara y tiene color en las mejillas, aunque Kersti no sabe si es natural o maquillaje. Tiene puesta una camiseta blanca, vaqueros y una suave chaqueta de punto color gris, y su figura esbelta no insinúa en absoluto parálisis o deformación.

Aquí está la bella y prometedora Cressida Strauss: una mujer inválida de treinta y cinco años con daño cerebral severo. Kersti prefiere pensar que murió aquel día.

Cuando Cressida salió del coma, Deirdre le escribió a Kersti para contarle la noticia. Estaba en estado vegetativo persistente, lo que significaba que estaba en estado de alerta parcial, y nada indicaba que fuera a mejorar. La situación era desalentadora, pero tres años más tarde, cuando Kersti al fin obtuvo permiso para visitarla, Cressida parpadeaba, hacía ruidos con la boca y movía la mano derecha lo suficiente para alcanzar algunas cosas. Y, a pesar de que Cressida no parecía reconocer a Kersti, al menos había hecho contacto visual con ella.

—Me está mirando a los ojos —observó Kersti.

—Está en un estado de consciencia mínima —explicó Deirdre—. Está un poco más consciente y responde un poco más que alguien en estado vegetativo. Pero, para ser sincera, no es fácil notar la diferencia.

—¿Y cuál es la diferencia? —preguntó Kersti.

—Puede concentrarse y a veces responde a las personas —dijo Deirdre—. Para comunicarse, nos aprieta la mano o parpadea. A veces sigue instrucciones y, a lo largo de los años, ha intentado decir alguna palabra o frase, pero nada significativo a lo que aferrarse. Es todo muy inconsistente, Kersti. Quizás un día está alerta y al siguiente no responde en absoluto.

—Debe de ser muy difícil para ti.

—Al principio tenía esperanzas —confesó Deirdre—. Cuando empezó a presentar signos de vida. Era muy alentador, pero ahora parece como si el progreso se hubiera detenido.

—Mencionaste que ha intentado hablar. ¿Qué tipo de cosas dice?

—Nada demasiado esclarecedor —contestó Deirdre encogiéndose de hombros—. «Madre», «frío», «sed».

Kersti se giró hacia atrás para ver a su amiga y se sorprendió al ver que había lágrimas en las mejillas de Cressida. Kersti estaba perpleja. ¿Cressida tenía la capacidad de sentir cosas?

—Me reconoce —dijo Kersti y se inclinó sobre el cuerpo de su amiga—. ¿Cress? ¿Sabes quién soy?

—Esto no ha sido una buena idea —declaró Deirdre y se acercó a Kersti. La hizo a un lado con

suavidad de la cama de su hija y le pidió bruscamente que se fuera—. Es demasiado para ella — dijo.

Kersti se sintió dolida, pero la verdad es que también estaba aliviada. Detestaba verla así. De todas formas, mientras se iba, había algo que le carcomía la cabeza. Se preguntó por qué lloraba Cressida. ¿Era cuestión de no querer que la vieran así, o era porque Kersti había sido un recordatorio inesperado de todo lo que había perdido y de lo que había sido alguna vez? Quizás Cressida sabía a la perfección que no tenía más libertad ni potencial; quizás no estaba más allá de la capacidad de razonar.

La posibilidad de que ese fuera el caso le dio escalofríos.

Unos años más tarde, Kersti volvió a Boston para el cumpleaños número veintiocho de Cressida, exactamente una década después del accidente. Tenía una firma de libros en la librería Trident y había decidido pasar a saludarla. Deirdre le dijo que Cressida tenía edema y no podía recibir visitas. Kersti no le creyó, pero dejó un ramo de flores y nunca más volvió.

—Hola, Cress —dice Kersti cuando entra a la habitación.

En la tele están poniendo *El precio justo*. Cressida mira con fijeza la pantalla. Gira la cabeza en dirección a Kersti y Laylay, que debe de ser su enfermera, se acerca, lista para atenderla.

—¿Cómo estás? —pregunta Kersti y se acerca a la cama.

Hay un destello de reconocimiento; una chispa de *algo*.

—Responde, Cressida —ordena Laylay con brusquedad.

Ella consigue pronunciar algo que podría haber sido un «hola».

—Guau, puedes hablar —exclama Kersti con un tono similar al que usaría con un bebé. Sujeta la mano de Cressida y se sorprende cuando ella aprieta la suya—. Siento no haber venido en tanto tiempo —dice—. Habría vuelto antes, pero no estaba segura...

De cerca, Cressida sigue siendo encantadora. Parece ser apenas mayor de lo que era cuando cayó, como si el accidente la hubiera congelado en el tiempo para evitar que envejeciera y así preservarla cual muñeca en una vitrina.

—Estás preciosa —susurra Kersti.

—Son órdenes de Deirdre —señala Laylay—. Quiere que esté guapa todos los días.

En efecto, las uñas de Cressida tienen hecha una manicura preciosa, su piel está suave e hidratada, sus dientes —Kersti los nota cuando Laylay le lleva la botella de agua a los labios— son blancos y resplandecientes. Incluso está usando joyas.

De todas formas, es difícil verla así. Era la persona más inteligente que Kersti había conocido en su vida.

—Lille ha muerto —anuncia Kersti al cabo de un tiempo.

De inmediato, empiezan a formarse lágrimas en los ojos de Cressida. *La recuerda*.

Kersti está entusiasmada y quiere preguntarle si recuerda qué le sucedió la noche de la caída. Si

Cressida recuerda a Lille, quizás haya recuperado suficientes recuerdos a lo largo de los años. ¿Cómo puede alguien saber qué es lo que encierra en su cabeza?

Pero Laylay está encima de las dos, controlando el encuentro, y Kersti no quiere alterar a ninguna de las dos y arriesgarse a que la vuelvan a echar.

Al cabo de unos momentos, oye el claro acento británico de Deirdre detrás de ella:

—¿Kersti?

Kersti suelta la mano de Cressida y gira sobre los talones para ver a la mujer de pie bajo el umbral.

—Te veo bien —comenta Deirdre después de inspeccionar a Kersti de arriba abajo—. Y también parece que te va bien. He leído tu último libro.

No aclara si le gustó o no. ¿Quién podría culparla por su desprecio? La vida de su hija fue destruida cuando tenía dieciocho años. Las últimas dos décadas han hecho mella sobre su belleza delicada; aunque sería más acertado decir que fue *ella* quien ocasionó el daño: bótox, rellenos, estiramiento facial, colágeno y exfoliación química hasta quedar deformada.

—Cressida está mejor —comenta Kersti.

—¿En comparación con qué? —responde Deirdre.

—La última vez que estuve aquí.

La mujer no acepta ni niega la observación. Kersti se separa de la cama de Cressida y se dirige a Deirdre:

—¿Puedo hablar contigo fuera?

Salen al pasillo y Deirdre clava sus inexpresivos ojos de marioneta sobre Kersti.

—Lille Robertson ha muerto.

—Qué triste. Era muy joven.

—Cáncer de mama.

Deirdre suelta un «no» sofocado y sacude la cabeza:

—Cressida quería mucho a Lille.

—Me escribió antes de morir —dice Kersti—. En la carta habla más que nada de Cressida.

—¿Qué dice de ella?

—Lille no creía que se hubiera caído por accidente.

—¿Y qué creía?

—No estoy segura. No terminó de escribir la carta.

—El instituto confirmó que eso fue lo que ocurrió —sostiene Deirdre con los labios apretados—. ¿Por qué no creería Lille la versión oficial de los hechos?

—¿Y tú crees que no fue más que una versión?

Deirdre suspira y mueve las manos, nerviosa, como si intentara que la sangre volviera a circular por ellas.

—Lille estaba muriendo cuando me escribió —insiste Kersti—. Creo que sabía algo. Tengo la sensación de que estaba intentando deshacerse de una carga...

—O quizás solo estaba especulando. Mucha gente pierde la cabeza al final...

—No lo creo —responde Kersti desafiante—. Y tampoco creo que tú pienses eso.

Al principio, Deirdre no responde. Se queda de pie contemplando algo, su piel fina como el papel está tan estirada sobre sus pómulos que no hay forma de descifrar qué siente. Finalmente, da media vuelta y camina por el pasillo hasta llegar a la sala de estar, acompañada por el *clic-clac* de sus tacones contra el mármol blanco y negro. Kersti la sigue.

—Hay algo que nunca te he dicho —anuncia Deirdre. El corazón de Kersti se acelera—. Había una nota —confiesa en un susurro—. Una nota de suicidio.

Capítulo 10



LAUSANA — noviembre de 1995

El sábado por la mañana, Kersti dedica las dos horas de estudio a elegir qué ponerse. Cressida no puede ayudarla con la ropa porque otra vez está en la práctica del Modelo de las Naciones Unidas; viajarán a La Haya a fines de noviembre, así que nunca está disponible. Kersti será feliz cuando se acabe.

El almuerzo consiste en el típico pollo asado con patatas fritas, pero Kersti reserva su apetito para la *fondue* a la cerveza. Cuando toca la campana y al fin pueden salir del instituto, todos los internos se precipitan por la puerta principal, locos por la libertad. Kersti se queda atrás durante unos minutos para que Magnus no crea que está deseando verlo y, cuando al fin sale con calma, lo encuentra apoyado contra el Mercedes de su tío vistiendo una chaqueta de cuero sobre una camiseta de Nirvana. Kersti intenta no mirarlo mientras se desliza al asiento del acompañante. No quiere que vea lo roja que tiene la cara o lo mucho que le cuesta no sonreír.

Conducen por la campiña que rodea a Lausana y ninguno de los dos habla demasiado. Kersti mira por la ventanilla baja, aún asombrada por el paisaje. Con la luz del sol otoñal, las pasturas brillan como esmeraldas contra un fondo de árboles rojos y naranjas que parecen estar en llamas. Más allá de las colinas, salpicadas de pueblos adoquinados y granjas con tejas rojas, los Alpes, serrados, se elevan para encontrarse con el cielo blanco y la dejan sin aliento.

—¿Te sigue impresionando? —pregunta a Magnus y gira la cabeza para mirarlo por primera vez desde que salieron del Lycée.

—¿El qué?

—El paisaje, los Alpes, el lago Lemán... —Magnus se encoge de hombros—. ¿Cómo puede no impresionarte?

—Es por esto que me gusta estar contigo, Kuusk —dice y le dedica una sonrisa.

Kersti no responde y elige, en cambio, disfrutar del momento en vez de estropearlo con uno de sus comentarios incómodos que son resultado de su costumbre de pensar de más.

Conducen hasta llegar a una granja de postigos rojos en mitad de un prado, donde las vacas deambulan tranquilas y el aire huele a edelweiss. Hay algo encantador en cómo el lugar ha sido conservado, como si fuera de otro tiempo, envuelto en las sombras del bosque de Jorat. El nombre

del restaurante, Auberge de Chalet-des-Enfants, está pintado sobre un letrero de madera ubicado en la entrada. A pesar de ser un día fresco de noviembre, hay gente comiendo fuera, en un patio techado.

Magnus pide por ella —*fondue* a la cerveza para dos y una botella de Chasselas—, lo cual es excitante. Kersti no bebe vino cuando sale con amigos, solo cerveza, y lo siente maravillosamente adulto, como si fuera algo que harían sus padres.

—Mi madre adora el Chasselas —comenta Magnus y enciende un cigarrillo.

Kersti nota que está rebotando la pierna debajo de la mesa. Cada tanto, golpea la mesa y hace temblar las copas.

—¿Tus padres están juntos? —pregunta Kersti.

—No. Mi madre se volvió a casar. Vive en Estocolmo con su nueva familia. Los veranos los paso con mi padre en California.

—¿Y cuándo ves a tu madre?

—No la veo —responde con naturalidad—. Antes la visitaba para Navidad, pero no soporto a mi padrastro y los hijos que tienen son unos idiotas. Así que ahora viajo a Gstaad con el instituto.

—Qué triste.

—¿Te parece?

Kersti no sabe si la indiferencia que muestra es simulada o genuina.

—Debe de molestarte —dice Kersti—. No ver a tu madre, quiero decir.

Magnus se encoje de hombros. Cuando llega la *fondue*, parece aliviado. La comida es sublime y los dos están felices de comer un rato en silencio.

—No hagas como si tu vida fuera *La hora de Bill Cosby* —dice Magnus mirándola a los ojos.

—Yo nunca...

—La mayoría de nosotros no termina en el Lycée por ser queridos —declara.

Kersti baja la mirada hacia su plato, dolida. Tiene razón. El abismo entre ella y su familia se ha vuelto todavía más evidente desde que llegó a Lausana. Sus tres hermanas son inseparables. Son físicamente iguales, se visten igual, completan las oraciones que empiezan las otras. Incluso hablan en un idioma propio, al que su madre llama «Estonglish». Tienen veintitrés, veinticuatro y veintiséis años. Todas siguen viviendo en la casa de sus padres, aunque Jutta está comprometida con su novio, Rasmus, y es probable que se mude después de la boda. Kersti no tiene nada en común con ellas. Cuando Kersti vuelve a su hogar durante las vacaciones, la llaman «Señorita Suiza» y la excluyen de todo. A pesar de que son mucho mayores que ella, le parecen inmaduras, tontas e ingenuas. Se siente mucho más cercana a sus amigas del Lycée. En algunos aspectos, se siente incluso más cercana a *madame* Hamidou que a su propia madre, cuyas recriminaciones silenciosas siempre se han dejado notar a través de sus sentenciosos ojos azules.

—No te enfades, Kuusk —pide Magnus. Kersti tiene el impulso de abofetear su cara de

engreído, pero él contesta a su enojo con una sonrisa irresistible y ella se ablanda—. ¿Qué te parece la *fondue*?

—Está deliciosa —murmura al tiempo que levanta un trozo de pan cubierto de queso del recipiente.

—Espera a probar el flan.

Magnus pide el postre y más vino, lo cual es un poco alarmante. Tiene que conducir de vuelta a Lausana.

Cuando salen del restaurante, el cielo ya está oscuro y pueden ver su aliento en el aire. Magnus apenas puede caminar en línea recta y Kersti tiene miedo de subir al coche. Ella está algo borracha, pero no ha perdido toda la coherencia.

—¿Qué hacemos? —le pregunta a él—. No puedes conducir así.

—*Mmm* —murmura—. ¿Qué podemos hacer? —Kersti no está segura de cuál es su plan, pero está empezando a sentirse nerviosa. Magnus la sujeta de la mano—. Sígueme, Kuusk.

Magnus la lleva hacia el bosque, y ella está tan perdida en la emoción de estar sujetando su mano que olvida preocuparse por lo que sucederá a continuación. Acompañados por el crujido de las hojas bajo sus zapatos, tropiezan con ramas y piedras y se sujetan entre ellos para no perder el equilibrio.

—¿Vas a asesinarme? —pregunta Kersti medio en broma, aunque empieza a preocuparse. Magnus ríe—. Ya sabes, como a la estudiante que asesinaron en el Central Park hace unos años.

—Asesinarte no es lo que tengo en mente.

Kersti deja de caminar y lo obliga a detenerse y a mirarla a la cara.

—¿Y qué es lo que tienes en mente? —pregunta.

—De acuerdo. Tenemos una hora para matar, ¿verdad?

—No me digas que tienes planeado un paseo en la oscuridad por el bosque.

—No me conoces en absoluto —responde—. Fumo demasiado para caminar. No tienes miedo en serio, ¿o sí?

—¿Debería?

La luna, que por poco no está llena, arroja una cantidad de luz considerable sobre el cielo nocturno.

—Claro que no —dice con una carcajada y tira de ella para acercarla a él.

El corazón de Kersti se agita en su pecho. Oye una criatura pequeña escabulléndose cerca de ellos, pero no le importa. Ella está delante de Magnus Foley en el bosque y la cara de él se acerca cada vez más a la de ella. Cierra los ojos y todo sucede igual que en sus fantasías: los labios de Magnus sobre los de ella, suaves y húmedos; el sabor a cigarrillo, que, por algún motivo, la excita; las manos grandes a cada lado de su cara para sujetarla mientras la besa. Después de eso, todo ocurre muy rápido.

Magnus encuentra una piedra grande y, entre jadeos, apoya a Kersti con suavidad sobre ella. Abre el abrigo de Kersti. Ella chillaba cuando las manos frías de él tocan su piel descubierta, pero, cuando los dedos encuentran sus pezones, los chillidos se convierten en gemidos de placer. Nunca nadie la había tocado así; de hecho, nunca nadie la había tocado.

Él es su primera vez. Es el primero en besarla en serio, el primero en tocar sus pechos y, por último, su primer amante. Magnus tiene un condón en el bolsillo de los vaqueros.

—SIDA—susurra a su oído—. Debemos cuidarnos.

Kersti está demasiado confundida, eufórica y borracha para protestar. Es como si estuviera fuera de su cuerpo y estuviera viviendo la experiencia desde la perspectiva de una espectadora. Él se quita el abrigo con un solo movimiento y, como todo un caballero, lo extiende entre ella y la piedra. Magnus baja sus propios pantalones casi tan rápido como baja los de ella. Kersti da las gracias por el forro de piel de la chaqueta de cuero. Le da calor. Y también está el calor del cuerpo de Magnus, del jadeo de los dos, del movimiento y el roce del uno contra el otro.

—¿Hay lobos aquí? —pregunta ella. Él solo vuelve a reír y continúa lo que está haciendo, que la hace sentir de maravilla—. No sé qué hacer —confiesa, no con vergüenza, sino para avisarle con anticipación.

—No te preocupes. —Jadea Magnus y le besa la boca, el cuello, la oreja.

Su lengua se siente muy bien. Sabe exactamente qué hacer con ella para hacer que Kersti arquee la espalda. El miedo empieza a desvanecerse y la ansiedad, a calmarse.

Y después llega el dolor. Una puñalada insoportable entre las piernas, como si algo se rasgara. Es peor que aquella vez que le perforaron las orejas y gritó en mitad del centro comercial. Ahora aúlla y su voz resuena en todo el bosque.

—¿Estás bien? —pregunta él con dificultad pero sin detenerse.

A medida que Magnus empuja más y llega más profundo dentro de ella, más placentera es la sensación; pero solo para él. Su placer parece aumentar proporcionalmente con el dolor de ella. Kersti siente que agoniza. Cada empujón la hace volver a aullar. Se aferra a sus hombros, clavando las uñas en su camiseta, pero eso no hace más que incentivarlo. Magnus empieza a empujar más fuerte, más rápido, y acompaña los movimientos con ruidos raros: «Joder, joder, joder. Ay. Joder. Ay. Ay. Ay. Ay. Joder. Ay. Ay».

Kersti abre mucho los ojos y mira hacia las copas de los árboles, espesas y oscuras, donde dos mapaches pelean sobre una rama y hacen mucho ruido. Recuerda que su profesora de Ciencias Naturales había mencionado algo de que los mapaches norteamericanos se estaban convirtiendo en un problema en algunos bosques suizos. Es casi gracioso, que ellos estén riñendo allí arriba mientras ella y Magnus hacen lo suyo debajo. Magnus sigue sobre ella, sin dejar de empujar, como si estuviera haciendo flexiones sobre la colchoneta del gimnasio, pero Kersti nunca quita los ojos de los mapaches. Son una buena distracción y la hacen pensar en su hogar: hogueras en el patio

trasero, campamentos en Gravenhurst. Simula estar disfrutando del sexo, gime cuando lo cree apropiado y cada tanto grita su nombre, como lo ha visto en las películas.

De pronto, Magnus emite un sonido fuerte, como el balido de una cabra, y se desploma sobre ella. Kersti está empapada entre las piernas y espera que no sea sangre. Le acaricia la nuca, otra cosa que ha visto en las películas.

—Dios mío. —Jadea Magnus en su oído—. Qué virgencita más dulce. Esto ha sido... guau.

Ahora que todo ha terminado, Kersti se siente más cercana a él. Lo aprieta entre los brazos mientras él intenta recuperar el aliento. Nunca se ha sentido tan deseada, tan venerada. El peso de Magnus sobre su cuerpo, el latido de su corazón contra su pecho, la hace sentir absolutamente empoderada. Le hace cosquillas en el cuello con los dedos y él apoya la cara contra la curvatura del suyo. Kersti olvida que están en una piedra a la intemperie y que hace frío. Siente calor y está satisfecha, el dolor ha sido olvidado por completo.

—Creo que estoy enamorada de ti —susurra Kersti. Sabe que está siendo impulsiva, pero, después de las cosas que él le ha dicho, siente que es lo correcto—. Estoy muy feliz en este momento.

—Eres tan real —dice con la voz ronca—. Tienes los pies sobre la tierra y eres auténtica. Es maravilloso. En serio. —Se levanta con un codo y le besa la nariz—. Que virgencita más dulce —repite—. Qué gran sorpresa.

—Te dije que no sabía qué hacer.

—Quiero decir cuando te invité a pasear en coche —aclara.

—Entonces, ¿tu plan siempre fue acostarte conmigo?

—Por supuesto —admite y se sienta para subirse los pantalones—. Tienes algo especial.

Kersti mira hacia abajo y, aun en la oscuridad, ve que la sangre cubre sus muslos y el forro de piel de la chaqueta.

—Ay, Dios, lo siento —murmura avergonzada.

—Para eso existen las tintorerías —dice y la despeina con una mano—. No te preocupes.

Kersti sube sus propios pantalones y cada uno enciende un cigarrillo. El momento es perfecto por donde se lo mire. La luna, los árboles que susurran, Magnus.

Ya no es virgen. Magnus Foley fue su primera vez y siempre será su primera vez. Nada ni nadie puede cambiar ese hecho, y la idea la llena con una alegría indescriptible. No puede esperar a contárselo a Cressida. Cressida perdió la virginidad a los trece años con un actor de una de las obras de teatro de su padre; Kersti está aliviada de haberla alcanzado y de haber terminado con todo el asunto.

Cuando vuelve a la Casa Huber, todavía aturdida y eufórica, *madame* Hamidou está a punto de cerrar las puertas. Echa un vistazo a su reloj y frunce el ceño.

—Lo siento —dice Kersti y sube las escaleras corriendo.

Para su sorpresa, la habitación está a oscuras y Cressida ya está dormida. Es apenas después de las diez.

—¿Cress? —susurra.

—¿Kerst? —Cressida se gira en la cama.

—¿Estás dormida? ¿No has ido a ningún lugar esta noche?

—Estaba demasiado cansada —explica—. Estuve con el MNU hasta después de la cena. Nos tocó Malaui. ¿Cómo estuvo tu cita?

Kersti enciende la lámpara que está junto a la cama y se acurruca junto a Cressida.

—Lo *hicimos* —suelta.

—¿Te acostaste con él? —pregunta Cressida y se sienta, despierta del todo.

—Ya no soy virgen —confiesa Kersti con una sonrisa—. ¿Puedes creerlo? Pero, Dios mío, me *mató*. ¿Por qué no me advertiste?

—¿Dónde habéis estado? ¿Dónde lo habéis hecho?

—Me llevó a comer a un lugar que se llama Auberge de...

—Chalet des Enfants.

—¿Cómo sabes?

—Es su lugar favorito. —A Kersti no le gusta el sonido de ese comentario. Implica que Cressida sabe cosas sobre Magnus—. ¿Y después? —insiste Cressida, mucho menos feliz de lo que Kersti creyó que iba a estar.

—Bebimos mucho vino —responde—. No podía conducir, así que fuimos a caminar por el bosque... —Cressida la interrumpe con una risita—. Y después es como que todo pasó de pronto.

—¿Lo hicisteis sobre el suelo?

—Sobre una piedra —contesta Kersti y empieza a sentirse irritada—. ¿Cuál es tu problema? Nunca te ha gustado... —Cressida se encoge de hombros y Kersti siente cómo el pánico invade su pecho—. ¿Te *gusta* Magnus?

—Claro que no —dice Cressida con expresión inescrutable. Se inclina hacia un lado y apaga la luz—. Me siento feliz por ti —murmura y se vuelve a acostar.

Pero no suena para nada feliz.

Capítulo 11



BOSTON — octubre de 2015

Deirdre usa una llave para abrir el cajón del escritorio —el estilo es el de uno de los Luises de Francia, tiene patas cabriolé y bordes dorados— y retira una nota. Está escrita a mano sobre una hoja rayada arrancada de un cuaderno.

—¿Cressida dejó una nota de suicidio? —La pregunta de Kersti es apenas una exhalación, un suspiro.

—Sí.

—¿La has tenido todo este tiempo?

—Sí.

—Creí que nadie había encontrado una nota —dice Kersti y le dedica una mirada fulminante llena de frustración—. Tú me *dijiste* que no había ninguna nota.

—La enviaron junto con todas sus cosas una vez que ella estuvo de vuelta en los Estados Unidos, a salvo y lo bastante lejos como para no dañar la reputación del Lycée —explica Deirdre—. Armand fue el que encontró la nota cuando viajó para guardar todas sus cosas. Bueche dijo que no la habían visto la primera vez que revisaron la habitación. Yo diría que es más probable que la hayan ocultado. Esa institución no habría querido quedar vinculada a un intento de suicidio. Nunca les ha importado otra cosa que la reputación.

Los dobles de la hoja están gastados de haber sido abierta y cerrada muchas veces. Parece escrita a las prisas, es casi ilegible.

«Os echaré de menos. Lo siento. CreBida».

—Cressida con *B* —lee Kersti.

—Había bebido demasiado —dice Deirdre—. Eso es lo que me dijeron.

—Es inusualmente corta —observa Kersti sin saber qué pensar.

—La verdad —admite Deirdre—, es que nunca estuve convencida del todo de que la haya escrito ella. —Se cubre la boca con una mano pálida—. Sospecho que debe de ser difícil para cualquier madre admitir que su propia hija tiene tantas ganas de morir que es capaz de quitarse la vida, pero nunca creí que Cressida tuviera tendencias suicidas...

—Yo tampoco, pero supongo que hay quienes saben ocultarlo.

—Pero Cressida nunca ocultó nada, ¿no es verdad? —reflexiona Deirdre—. No importaba qué estuviese sintiendo o viviendo, el mundo debía enterarse.

—Entonces, ¿no crees que se haya arrojado?

—Nunca he sabido qué creer, Kersti. Ahora bien, ¿en lo más profundo de mi corazón? No, no creo que lo haya hecho. Pero debo ser sincera. —Deirdre respira por la nariz como si estuviera llorando—. La verdad es que no era una madre presente. ¿Cuánto la conocía en realidad? Me gusta pensar que no hay ninguna posibilidad de que haya querido matarse y que la nota no es más que una muestra de melodrama adolescente, una coincidencia, un intento de llamar la atención. Pero después creo que quizás me estoy engañando. No hay duda de que duele menos si fue un accidente. Tenía un futuro tan prometedor...

—¿Recuerda algo? —pregunta Kersti—. Hace un momento me pareció que recordaba a Lille. ¿Es posible?

—Sí, es posible —responde.

—¿Alguna vez le has preguntado qué fue lo que ocurrió, Deirdre?

—Por supuesto —asegura—. Muchas veces. No hace más que devolverme una mirada vacía. Quizás es mejor que no recuerde...

Sacude la cabeza; su cara es una máscara de angustia y confusión, los ojos están llenos de lágrimas, que rebalsan y ruedan despacio por las mejillas. *Es asombroso que sus lagrimales sigan funcionando*, observa Kersti.

—¿Por qué me echaste la primera vez que vine a visitarla? —pregunta Kersti.

—Ya te lo he dicho. Era demasiado doloroso. Sabía que ella no habría querido que la vieras así.

—¿Ella no habría querido, o tú no quisiste?

—Supongo que las dos cosas —admite Deirdre.

—¿Y qué tal si solo me echaba de menos?

—Quizás fue eso. Ha tenido una vida tan decepcionante, Kersti...

—Lo siento. —Kersti estira el brazo y apoya la mano sobre los huesos puntiagudos del hombro de Deirdre—. ¿Recuerdas que la última vez que vine pregunté por un libro mayor?

—Creo recordar algo al respecto.

—Lille también lo menciona en la carta que me escribió. Creía que podía contener algo incriminatorio.

—¿Incrinatorio para quién?

—No lo mencionó.

—Nunca me topé con un libro mayor. El instituto nunca me lo envió.

—¿Estás segura?

—Por supuesto que estoy segura.

—También dijiste que no había ninguna nota de suicidio —le recuerda.

—Te lo prometo, Kersti. No había ningún libro mayor entre sus cosas. No tengo motivo para mentirte sobre esto, pero estoy segura de que puedes imaginar por qué no querría que nadie se enterara de la nota de suicidio. El suicidio estaba por debajo de Cressida. —Kersti devuelve la nota a Deirdre, pero no está segura de si creerle o no.

—¿De quién era este libro mayor? —pregunta Deirdre mientras vuelve a doblar la nota, algo que seguro ha hecho cientos de veces.

—No lo sé —miente Kersti, que ha decidido no decir nada.

Cressida cayó la misma noche que consiguió ese libro mayor. Ya fuera que ella se hubiese arrojado, que hubiese caído por accidente o que la hubiesen empujado, es probable que Kersti —al igual que Lille— siempre supiera que el libro mayor contenía las respuestas. Que ambas hayan elegido ignorar sus corazonadas durante tanto tiempo solo puede atribuirse al estrés postraumático y al instinto adolescente de protegerse a sí mismas. Era más simple aceptar que estaba borracha y cayó.

—¿Crees que alguien pudo haberla empujado? —pregunta Deirdre.

Kersti piensa en la red de gente a la que Cressida había lastimado hasta llegar al final de su último año en el Lycée —relaciones destruidas, amistades traicionadas, corazones rotos—, y sí, Kersti cree que es muy posible. Se le ocurren dos personas en particular.

—¿Qué hay de Magnus Foley? —sugiere Deirdre, como si le hubiera leído la mente—. Cressida se había escabullido para quedar con él esa noche...

Lo que Deirdre no sabe es que Cressida se había escabullido para decirle que estaba enamorada de otra persona y que, más tarde, según Lille, Magnus había ido a la Casa Huber a buscarla. Quién sabe cómo reaccionó cuando Cressida cortó con él. Estaba loco de amor por ella y era un niño consentido y privilegiado. ¿Y si la empujó y escribió la nota de suicidio? Eso significaría que Kersti perdió su virginidad con un asesino, y no está dispuesta a contemplar esa posibilidad en este momento.

Y si Magnus no la empujó, ¿sabría algo?

—Debo encontrar el libro mayor —dice Kersti, más bien para sí misma. Ya sabe a dónde ir ahora.

—Por favor, mantenme informada —pide Deirdre con sus manos azules y translúcidas sobre la muñeca de Kersti—. Me gustaría que me avises si descubres algo.

El pedido tiene una ambivalencia que Kersti reconoce: la combinación de querer saber la verdad y tenerle miedo al mismo tiempo.

Vuelven a la cama de Cressida y Kersti se sienta a su lado. Cressida se gira para mirarla, sus ojos color aguamarina están concentrados y lúcidos.

—*Está...* —dice para sorpresa de todas. Kersti mira a Deirdre y Laylay en busca de una

traducción.

—¿Qué intentas decir? —pregunta Laylay.

—*Está* —repite Cressida—. *Tua*.

—Repítelo...

—*Está. Tua*.

—Está diciendo «estatua» —exclama Kersti—. ¿Recuerdas la estatua, Cress?

Cressida parpadea.

—¿Qué estatua? —pregunta Deirdre.

—Había una estatua de Helvetia en el Lycée —explica Kersti.

—Dios mío —dice Deirdre con esperanza—. ¿Cress? ¿Cariño? ¿Eso es lo que quisiste decir?

¿«Estatua»?

La bella cara de Cressida no revela nada. Es una máscara de porcelana, inexpresiva e impenetrable, magnífica en su capacidad de ocultar una mente dañada llena de solo Dios sabe qué.

Capítulo 12



LAUSANA — noviembre de 1995

Kersti se da cuenta de que algo ha cambiado el lunes durante la clase de Francés. Magnus apenas interactúa con ella y solo gruñe un «hola» cuando ella se sienta a su lado. Ni siquiera le dice «Kuusk», como suele hacer, ni tampoco le escribe notas ni estira las piernas para tocar las de ella. Cuando Kersti intenta llamar su atención o hacer contacto visual, él desvía la mirada a propósito y finge estar concentrado en lo que sea que esté diciendo *monsieur* Feuilly.

Así continúan las dos horas de clase y, cuando al fin termina, Magnus se levanta de inmediato, masculla un «nos vemos» y sale a toda velocidad. En ningún momento la mira.

Kersti quiere perseguirlo y gritarle: «¡Me has desvirgado, imbécil!». Pero en vez de hacer eso, corre al baño, avergonzada y desconcertada. Creía que ya eran una pareja. Había pasado todo el fin de semana imaginándose a los dos agarrados de la mano después de clase, despidiéndose con un beso antes de seguir cada uno su propio camino. Había imaginado cómo sería que todo el instituto supiera que estaban juntos.

Se encierra en uno de los cubículos y solloza por lo bajo porque oye a Abby Ho-Tai en el cubículo de al lado. Quizás Magnus está avergonzado por lo que pasó el sábado, racionaliza. Quizás se arrepiente de haberle quitado la virginidad sobre una piedra cuando los dos estaban tan borrachos. Intenta mirarlo desde todos los ángulos posibles antes de concluir que lo mejor es hablar con él.

Se moja la cara y sale en su búsqueda. Es la hora del almuerzo, así que es probable que esté en el exterior, hablando con la gente y fumando antes de ir a su casa. Lo busca en el jardín, pero no está allí. Pregunta a un par de personas. Alguien lo vio irse hacia el otro lado de los edificios, así que se dirige hacia allí.

Sigue el camino de tierra que corre por detrás de Casa Huber, y se detiene de inmediato al divisarlos juntos al lado de las canchas de tenis. Su primera reacción es sentir unos celos paralizantes. Si bien Cressida está de espaldas, Kersti reconoce su pelo rebelde y recibe un golpe de desesperanza tan fuerte que se queda sin aire. Los observa durante mucho tiempo, sintiéndose traicionada y más insuficiente que nunca. Contempla la idea de huir, esconderse en su habitación y nunca más volver a hablarle a ninguno de los dos, pero, de pronto, se le ocurre que quizás Magnus

está pidiendo algún consejo a Cressida. ¿Qué mejor que recurrir a la mejor amiga de Kersti?

Sintiéndose un poco más animada, Kersti sigue el camino que rodea la estatua de Helvetia y decide relajarse. *Hola, chicos. ¿Qué tal?* Pero, al aproximarse, nota que están muy cerca y que los dedos de Magnus están enganchados en el bolsillo delantero de los vaqueros de Cressida. La evidente intimidad entre los dos hace que Kersti sienta náuseas. ¿De dónde ha salido esta relación?

—Hola, chicos —dice Kersti en un tono que suena acusatorio.

Ambos se giran para mirarla y Magnus, avergonzado, aparta los dedos del bolsillo de Cressida y se separa de ella. Antes de poder pensar algo inteligente para decir, Kersti comienza a llorar.

—Kerst...

Se arrepiente de inmediato de haberlos confrontado. Ahora se siente como una idiota, una perdedora. Magnus la ha usado. Seguro que se reían a sus espaldas. Antes de humillarse aún más, empieza a correr en dirección a la Casa Huber.

Cressida corre detrás de ella.

—¡Kerst! ¡Espera! —exclama Cressida y sigue a Kersti cuando abre las puertas y entra—. Deja de comportarte como una niña. Hablemos.

—¡Vete a la mierda! ¡Sabías cuánto me gustaba! ¡Sabías que fue el primero!

—No es tan sencillo.

—¿Perdón?

Están solas en el corredor que está fuera de la sala de televisión. Todo el mundo está almorzando en el comedor.

—Magnus y yo hemos estado aquí mucho más tiempo que tú —dice Cressida, como si eso explicara algo.

—¿Y?

—Tenemos una historia.

—¿Y ahora me lo dices? —suelta Kersti—. Te he estado diciendo lo mucho que me gusta durante más de un año y lo único que has comentado al respecto es que no es tu tipo. Y ahora que de pronto está interesado en mí, ¿lo quieres para ti?

—No es así.

—Ah, ¿no? —dice Kersti—. Siempre tienes que ganar. Siempre tienes que conseguir todo lo que quieres. No puedes dejar que nadie más tenga nada...

—Es complicado.

—Eres una zorra —acusa Kersti—. Eres una verdadera zorra.

—¡Él también fue mi primera vez! —confiesa Cressida.

Kersti retrocede un paso. Tarda unos segundos en recomponerse y recuperar el habla.

—Tú dijiste que había sido un actor...

—Fue Magnus —asegura Cressida—. Teníamos trece años. Fue el año antes de que tú llegaras al Lycée.

—¿Trece?

—Me quedé embarazada —explica—. Hamidou me llevó a Zúrich para que me realizaran un aborto.

—¿Hamidou te llevó? —exclama Kersti incrédula.

—Después de eso no pude seguir con Magnus —continúa Cressida—. Pero nunca dejé... Siempre he sentido cosas por él. Nos gustamos desde quinto año de primaria.

—¿Magnus sabe que estuviste embarazada? —pregunta Kersti, su lugar en el triángulo amoroso olvidado.

—Sí. Pero éramos niños. Literalmente. Niños pequeños, quiero decir.

—¿Y ahora?

—No sé. Lo siento...

—Así que ahora que yo le he gustado y que se ha acostado conmigo, ¿tú lo quieres de vuelta?

—Quizás —murmura Cressida con la mirada baja—. ¿Tienes idea de lo difícil que ha sido para mí escucharte hablar todo el tiempo sobre él? Y cuando te invitó a salir y después vosotros... — Se seca las lágrimas y Kersti no puede evitar preguntarse si todo es teatro. Después de todo, lo lleva en la sangre.

—¿Todavía le gustas? —pregunta Kersti.

Cressida la mira como diciendo «¿tú que crees?», pero no responde.

—Porque te aseguro que el sábado parecía que yo era la que le gustaba —dice Kersti.

—Siento mucho que te haya hecho daño, pero ¿no lo entiendes? Te usó para llegar a mí.

—Me parece difícil de creer que haya inventado todo —insiste Kersti recordando lo tierno que había sido cuando pensó que la estaba lastimando y las cosas que le había dicho: «Eres tan real. Tienes los pies sobre la tierra y eres auténtica», «qué virgencita más dulce». ¿Cómo es posible que no hubiera dicho esas palabras en serio? Había sonado muy sincero—. Magnus puede decidir por sí mismo —declara Kersti—. Tú no tienes más derecho que yo a estar con él. Veamos a quién elige.

Capítulo 13



TORONTO — octubre de 2015

La Casa de Estonia está en Broadview, cerca de Chester Hill Road. Solía ser un instituto, un edificio feo de ladrillos oscuros que la comunidad estonia había adquirido en 1960. No es elegante, pero es útil y satisface casi todas las necesidades de la comunidad, dado que incluye su propia cooperativa de crédito, una oficina para estonios de Servicios para la Familia, el consulado estonio, la escuela de estonio, las Niñas Exploradoras y la agencia de viajes estonia del padre de Kersti. Kersti casi podría decir que ha crecido en este edificio y lo conoce tan bien como su propio hogar: las escaleras de la fachada y las traseras, el sótano que huele a humedad, las oficinas descuidadas y los salones de clase con paredes de color verde pálido, la cafetería y los comedores. Entre las clases de estonio de todos los fines de semana, las Niñas Exploradoras, el centro de arte y todas las celebraciones a lo largo de su vida, es probable que Kersti haya pasado más tiempo dentro de este edificio que en cualquier otro lado.

Kersti sube las escaleras hasta el segundo piso y asoma la cabeza por la puerta de la agencia de viajes de su familia, que no es más que una oficina pequeña y que se mudó a la Casa de Estonia en 1998, dos años después de que Expedia irrumpiera en el mundo del turismo y lo pusiera patas para arriba. El alquiler es mucho más barato aquí que en el lugar que alquilaban sobre Broadview, y su padre tiene una clientela fiel de estonios mayores que no hacen reservas por internet y lo mantienen a flote.

—*Tere.* —Jutta y Tuule levantan los ojos de sus ordenadores y saludan al unísono.

Las dos tienen el mismo corte de pelo que termina antes de los hombros y la misma cara redonda que les quita una década a los cuarenta y tantos años que tienen.

—Hola —dice Kersti en inglés.

Sus hermanas todavía hablan tanto estonio como inglés. Al igual que ocurre con muchos estonios de segunda o tercera generación, la primera lengua de sus hijas también es el estonio. Cuando Paavo Kuusk llegó a Canadá durante la primera ola de refugiados después de la guerra, nunca abandonó la creencia, compartida por el resto de sus compatriotas, de que algún día Estonia recuperaría su independencia de Rusia y él volvería a su patria. Mientras vivían en Canadá —algo que Paavo siempre creyó que sería temporal—, tanto él como Anni se ocuparon de que sus hijas

se criaran inmersas en la cultura estonia para que, cuando volvieran a su país, su generación pudiera reintegrarse sin ningún problema.

No alcanzaba con que Kersti y sus hermanas hablaran y entendieran estonio como una segunda lengua; debían ser, ante todo, estonias. Las enviaron a un preescolar de inmersión estonia, seguido por clases de estonio elemental todos los fines de semana hasta el bachillerato. Después de eso, las hermanas de Kersti fueron a Tartu College, una residencia para estudiantes afiliada a la Universidad de Tartu, en Estonia; también se unieron a la sororidad estonia de Toronto, donde conocieron a sus maridos, que, por supuesto, pertenecían a la fraternidad estonia. Kersti huyó de todo eso cuando la enviaron a Lausana y, más tarde, cuando se casó con un judío, su único acto de rebelión en contra de su familia.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Tuule.

—Tengo una consulta con Servicios para la Familia —responde Kersti y se desploma sobre una de las sillas giratorias.

La oficina, al igual que el resto del edificio, es deprimente y utilitaria: luz baja, alfombra industrial, muebles de Home Depot que simulan ser de madera de castaño, pero en realidad son de MDF y ordenadores IBM beis del año en el que Paavo mudó la agencia a ese sitio. Nunca le gustó gastar dinero para hacer que un sitio fuera más bonito, cálido o acogedor, no fuera que de pronto se sintiera demasiado cómodo allí. Ha vivido toda su vida en Toronto como si todo fuera temporal: «¿Para qué gastar dinero en un sillón nuevo si podríamos volver a Estonia en cualquier momento? ¿Para qué comprar ordenadores nuevos? ¿Para qué invertir en cambiar el suelo de la cocina? ¿Para qué tener una casa más grande?».

Así y todo, cuando Estonia recuperó su independencia de la Unión Soviética en 1991, Paavo no volvió. Seguía diciendo que algún día volvería a Estonia para morir, pero la idea de mudar todo el clan —hijas, yernos, las familias de sus yernos, nietas, amigos cercanos— era demasiado abrumadora. A los ochenta y cuatro años, sus raíces son demasiado profundas. La comunidad estonio-canadiense que creció a su alrededor con el correr de los años se ha convertido en su verdadera patria, más de lo que Estonia podría volver a ser. Pero es muy terco para admitirlo. Así que allí se queda, sin decirle a nadie que es feliz en Toronto y sin estar dispuesto a invertir en nada o a comprometerse con nada que lo ate a este lugar como un ancla.

—¿Consulta para qué? —indaga Tuule.

—Terapia.

Jutta y Tuule se quedan calladas. Jutta arranca la punta de una medialuna y se la mete en la boca. Ninguna pregunta nada.

Kersti sale de la oficina un poco deprimida. El edificio entero tiene ese efecto sobre ella. Siempre le pareció oscuro y descuidado, una declaración en sí mismo sobre su cultura de la fugacidad.

Corre hacia el pasillo del primer piso, donde Jay la espera de pie junto a la puerta de la oficina estonia de Servicios para la Familia. La relación entre ellos ha estado un poco tensa desde que ella ha vuelto de Boston. Él no estaba muy contento de que Kersti hubiera viajado sin consultar con él. Ella le recordó que él había sido el que se había ido a un hotel. Fuera de esa discusión, no han hablado demasiado, excepto para acordar —de mala gana— en asistir a terapia.

Eva Sepp abre la puerta. Es alta y ancha, tiene el pelo rubio oscuro y las mejillas coloradas, y su edad debe ser la misma que la de Kersti. Los ojos azules eran de esperarse. Usa un jersey rojo de fibras de acrílico y pantalones negros ajustados que muestran las piernas musculosas de quien practica esquí de fondo. O al menos eso es lo que Kersti imagina.

—*Tere* —dice Eva y los invita a pasar.

Jay y Kersti se sientan lado a lado en un sillón de cuero verde, separados por una caja de pañuelos Kleenex.

—¿Qué os trae aquí? —pregunta Eva mientras se pone un par de gafas bifocales y se acomoda el pelo detrás de la oreja.

—Estamos teniendo problemas —comienza Kersti—. Por mi infertilidad.

—Nuestra infertilidad —corrige Jay—. Es *nuestro* problema.

—De acuerdo, me parece muy bien que brindes tu apoyo, Jay —lo felicita Eva.

—Qué curioso —comenta Kersti—. Si es *nuestro* problema, ¿por qué eres *tú* quien ha decidido que es hora de dejar de intentarlo? ¿Yo no tengo derecho a opinar?

—¿Estás de broma? —exclama Jay elevando la voz—. Lo hemos intentado durante años, Kersti. Si por mí fuera, habríamos arrojado la toalla hace mucho. ¿Cuándo me toca decir «basta»? ¿O no puedo?

Kersti tira de uno de los pañuelos con brusquedad y se suena la nariz.

—Puedo ver que este asunto tiene una carga emocional muy fuerte para los dos —observa Eva.

—Mire —dice Jay con un suspiro de exasperación—. Accedí a venir aquí porque sé que Kersti está pasando por un mal momento. No quiero menospreciar lo que usted hace, pero no hay nada que pueda decir para convencerme de usar un óvulo donado.

—Mi papel no es convencerme de nada —responde Eva con un tono neutro.

Jay se gira para mirar a Kersti con una expresión más suave y casi desesperada.

—Vine aquí para decirlo una vez más. No estoy dispuesto a usar un óvulo donado. Quiero que volvamos a ser lo que éramos, sin intentar tener hijos, o si no...

—¿O si no qué?

—Kersti —dice Eva con suavidad—. ¿Qué te ayudaría a aceptar que quizás no puedes quedar embarazada?

—Nada —asegura Kersti—. ¿Usted tiene hijos, Eva?

—Sí —admite—. Pero eso no...

—¿Habría podido aceptar no tener hijos?

—No podría decirlo.

—No ser una madre no te hace menos mujer —interrumpe Jay en un intento fallido por consolarla. Kersti lo mira y siente deseos de aplastar ese tono de voz pedante.

—¿Y tú qué sabes? —estalla.

—Yo no creo que seas menos por eso —responde Jay.

—¿Y qué hay de lo que yo pienso de mí?

Jay está confundido. Eva se reclina en su silla y mira cómo se desarrolla la escena. Cómo los dos empiezan a abrirse.

—Hay ciertas expectativas que tengo que cumplir —explica Kersti mientras mueve los ojos entre Jay y Eva y destroza el pañuelo que tiene en las manos—. Como mujer y como estonia. Y si no las cumplo, me siento mal conmigo misma.

—Mierda, qué ridiculez —masculla Jay.

—No es ninguna ridiculez —contesta Eva con severidad—. Te entiendo por completo, Kersti. En serio.

—¿Quién tiene estas expectativas? —indaga Jay.

—¡Todos! —responde Kersti—. Mi madre, mi padre, mis hermanas, todas las mujeres. La comunidad estonia.

—La comunidad estonia —repite Jay y pone los ojos en blanco en señal de desaprobación.

—Sabes bien que nunca he encajado con ellos —le recuerda Kersti—. Siempre he sentido que no formo parte de mi familia o del resto de la comunidad estonia. Lo único que tengo que hacer para corregir la situación es tener un bebé y continuar el legado estonio, ¿y tú quieres que acepte que *no puedo* hacerlo? ¿Quieres que siga con mi vida y abandone lo único que todas las mujeres del planeta deberían poder hacer?

—¡Por el amor de Dios, has publicado tres novelas! ¿No te parece un logro suficiente?

—Creo que tiene más que ver con un sentimiento de pertenencia —interrumpe Eva con delicadeza.

—En parte, sí —reconoce Kersti.

—Entonces, en realidad no tiene que ver con querer ser madre —acusa Jay—. ¿Solo se trata de cumplir con las expectativas?

—Qué cruel eres —responde Kersti y se seca las lágrimas de las mejillas; después de tanto tiempo, está segura de que no va a conseguir lo que quiere.

¿Cómo puede explicarle que su incapacidad de concebir es más que una prueba de su deficiencia? El sentimiento que despierta en ella es un espejo perfecto de aquel que se imponía cuando estaba junto a Cressida, sobre todo después de lo de Magnus, y que persiste hasta el presente.

—Tener un bebé no va a cambiar la forma en la que Kersti se ve a sí misma —le dice Jay a Eva, como si hubiera leído su mente—. Ni la forma en la que la ven los demás.

Kersti deja de escucharlo y su cabeza empieza a irse a otro lado. *Tengo que salir de aquí*, piensa.

—Nunca la han aceptado, entonces ella se rehúsa a aceptarse a sí misma —continúa Jay—. La infertilidad es solo la punta del iceberg. Podríamos estar teniendo una vida feliz los dos solos, sin hijos, si ella simplemente...

—Estamos yendo en círculo —interrumpe Kersti y levanta su cartera—. Quizás sí nos haga bien estar un tiempo separados para repensar qué es lo que queremos.

—¿Por qué no puedes olvidarte de lo que piensan los demás? —pregunta Jay.

Kersti no se molesta en contestar. Ya está planeando qué hacer. A dónde ir ahora y con quién necesita hablar.

—¿Kersti? —dice Eva con el tono de voz que alguien usaría para hablar con un niño de cinco años, y trae a Kersti de vuelta al momento—. ¿Estás oyendo lo que dice Jay?

—Si —responde Kersti y se pone de pie—. Lo oigo.

—¿A dónde vas? —pregunta Jay—. Esto fue idea tuya...

—Tenías razón. Fue una pérdida de tiempo.

—Entonces, ¿ahora qué? ¿Te vuelves a ir sin decirme a dónde?

—Voy a Nueva York —contesta y lo deja allí con una Eva Sepp muy sorprendida.

Cuando las puertas principales se cierran detrás de ella, Kersti se aleja a toda velocidad de la Casa de Estonia, empujada por un sentimiento de propósito que hace tiempo no tenía.

Capítulo 14



LAUSANA — diciembre de 1995

Después del concierto de Navidad de la iglesia, los estudiantes se reúnen en el comedor para disfrutar del tradicional chocolate caliente con *spitzbuebli*. Es una noche mágica, con nieve que cae como plumas y cubre los pinos y los techos de cobre. Kersti está de pie junto al bufé devorando las galletas rellenas de mermelada con Alison y Lille, las tres animadas y con las mejillas rojas por el frío. Mañana vuelven a sus hogares para las vacaciones.

A pesar de que es una noche preciosa, Kersti siente que ese semestre ha perdido todo lo que le importaba: su mejor amiga, su virginidad, el chico del que creía estar enamorada. No le ha quedado nada. Cressida y Magnus están juntos de nuevo, y Kersti ha quedado relegada a un lado sin que a nadie le importe demasiado. Todas las mañanas se despierta con el sentimiento de que algo le está estrujando el corazón. El dolor que siente es una carga física, no solo emocional, y su peso la aplasta.

Magnus ha vuelto a llamarla «Kuusk» y a escribirle notas durante la clase de Francés, pero ya no coquetea con ella. La dinámica entre ellos es diferente ahora: ella es su amiga, su colega de Francés. La mejor amiga de su novia. Kersti ha adoptado el papel de compañera. Magnus nunca habla de la noche que pasaron juntos, de la virginidad que le robó. Si le habla fuera de la clase de Francés, es para preguntarle dónde está Cressida, qué es lo que Cressida quiere para su cumpleaños, si hay algo que le moleste a Cressida que él debería saber. Cosas de ese estilo.

Cada vez que Kersti los ve juntos —besándose entre clases, caminando a su apartamento de la mano los sábados a la tarde—, la herida que ha dejado su traición vuelve a abrirse. La hace sentir como si no valiera nada, como si fuera defectuosa. A menudo se pregunta: *¿Qué tengo de malo?* Y, a falta de una respuesta específica y concreta, Kersti concluye que debe de ser todo. En poco tiempo, la pregunta se convierte en una afirmación, que repite para sí misma casi todos los días. *Pasa algo malo conmigo.*

Ni siquiera está segura de qué es lo que más le duele: que Magnus le haya quitado a Cressida o lo contrario. Hay veces que se siente más celosa de Magnus. Él es quien monopoliza el tiempo de Cressida, su cariño, su atención. Sea como sea, Kersti se siente abandonada y el rechazo ha estropeado su semestre de otoño.

Casi siente alivio de volver a casa para las vacaciones.

—Creo que estoy a punto de *spitzbuebliar* —bromea Alison y agarra otra galleta.

—Yo también —dice Kersti—. Estoy demasiado *spitzbuebliada*.

—Sí, te ves un poco *spitzbuebliada* —concuera Lille al mismo tiempo que llega Cressida al bufé.

—¿Estáis *spitzbuebliando*? —pregunta para seguir la broma—. No quiero interrumpiros.

Todas ríen, menos Kersti.

—¿Puedo hablar contigo, Kerst? —pide Cressida.

Está usando unas botas de cuero altas con una minifalda de *tweed* y un jersey de cuello alto de color crema que deja vislumbrar el tirante del sujetador. Tiene el pelo recogido en una cola de caballo tirante que parece un pompón enorme y la piel le brilla, rosada y luminosa. *Su belleza es deprimente*, piensa Kersti, y se siente peor que nunca.

—Sé que las cosas han estado un poco tensas entre nosotras —comienza Cressida—. Pero te echo mucho de menos.

—Vivimos en la misma habitación.

—Sabes a qué me refiero.

—Siempre estás con Magnus.

—Kerst, lo siento mucho. Sé que te he hecho daño y desearía que las cosas hubieran sido distintas. Desearía haber lastimado a cualquier otra persona antes que a ti. Pero te echo de menos.

—No se nota.

—Ven a pasar Navidad conmigo en *Telluride* —dice Cressida y la sujeta de las manos—. Podemos esquiar y avivar la llama de nuestro amor...

—Sabes que no puedo —responde Kersti—. Debo volver a casa.

—¿Por qué? El año pasado tuviste la peor Navidad de la historia.

Es cierto. Kersti se sintió como una alienígena en la fiesta de Navidad organizada por la Casa de Estonia, y más aún con su familia. Había comprado chocolate artesanal suizo con forma de muñecos de nieve para sus hermanas y, a cambio, había recibido un paquete de sobres para correo aéreo, un rollo de sellos y un gel de burbujas comprado en la farmacia.

—Nos divertiremos mucho —insiste Cressida sin soltarle las manos—. Echo de menos a mi mejor amiga. Quiero pasar tiempo contigo.

—¿Qué hay de Magnus?

—Va a Gstaad.

—¿Y tú no quieres ir a Gstaad con él?

—No. Quiero ir a Telluride contigo.

Kersti debe admitir que se encuentra conmovida, e incluso halagada, por el hecho de que Cressida la elija a ella antes que a Magnus. Descarta la idea fugaz de que Cressida siempre

encuentra la forma de hacerla sentir especial y como si fuera una mierda al mismo tiempo.

—Mis padres no pueden pagar un viaje a Telluride —dice Kersti—. ¿Qué te parece si hablamos después de las vacaciones? Quizás lo que las dos necesitamos es algo de espacio...

—No quiero espacio —le reprocha Cressida—. Ya hay demasiado espacio entre nosotras.

Kersti siente que se está aflojando, que el resentimiento y los celos se derriten. A pesar de todo lo que ha ocurrido, sabe que Cressida la quiere. No puede olvidar que ella la ha cuidado desde el principio, la ha protegido y se ha ocupado de que la reciban en el grupo. «Debes de ser la persona más normal y sensata de este sitio», había dicho una vez.

Cressida la necesita. Muy en el fondo, Kersti sabe que es así.

—Ven conmigo a Telluride —implora Cressida—. Yo te pago el billete. Puedes ir primero a tu casa y viajar a Colorado el veintiséis. Pasaremos Año Nuevo juntas y después volveremos a Lausana.

Ya tenía todo planeado, como siempre. Y su poder de seducción es absoluto.

Capítulo 15



NUEVA YORK — octubre de 2015

Kersti echa un vistazo a través de la ventana ovalada al asfalto brillante, mojado por la llovizna constante que ha estado cayendo desde la tarde. El cielo ya está oscuro cuando el avión empieza a avanzar. Siempre le ha gustado volar de noche, quizás por la sensación de estar envuelta por un negro absoluto, como si se elevara hacia el espacio. Pudo reservar un vuelo a último momento y salió de la casa antes de que Jay volviera del trabajo. No han hablado desde la desastrosa sesión de terapia.

Cuando el avión se estabiliza a la altura de vuelo, Kersti busca en su cartera la pila de correspondencia que recogió antes de salir y baraja las revistas —*Vanity Fair*, *British House & Garden*— hasta dar con la única carta del montón. Reconoce el estampado en relieve del emblema de Helvetia que está en el sobre y lo abre.

Estimada Kersti:

Se aproxima nuestro 100° Aniversario, que será celebrado el sábado 11 de julio de 2016. Queríamos recordarle que todavía estamos esperando su confirmación como oradora de las «Cien Mujeres del Lycée» y como asistente a la celebración. Si no puede participar, agradeceríamos que nos lo hiciera saber lo antes posible para reorganizar el programa de oradores. ¡Esperamos verla en la primavera!

Saludos,
Monsieur Bueche

Kersti pliega la carta y la vuelve a guardar en la cartera. Hace meses que está considerando la invitación; no puede culpar a Bueche por querer una confirmación. Ella todavía espera una respuesta de Noa y Rafaella. Quizás le pregunte a Magnus si planea ir. Sería un buen modo de romper el hielo, dado que no han hablado desde el día del accidente de Cressida. Hace unos dos años se reconectaron a través de Facebook, pero solo se han añadido como «amigos». Nunca han hablado en serio. Kersti revisa sus fotos cada cierto tiempo, pero no publica demasiado. Magnus nunca ha comentado o dado «me gusta» a una de sus publicaciones. Kersti le ha escrito esta tarde, ni bien salió de la Casa de Estonia, y le ha pedido quedar con él. Su respuesta fue rápida:

«¡Kuusk! *Quelle surprise*. Envíame un mensaje cuando llegues», y su número de teléfono.

Kersti no podía evitar sonreír. Estaba aliviada de que la recordara e incluso la llamara «Kuusk». Todavía piensa en él. El ego tiene una gran capacidad para aferrarse al amor no correspondido como si fuera una especie de fracaso personal, una mancha irrevocable en los logros del pasado. Así es como lo ha sentido Kersti, sin importar el tiempo que haya pasado o el amor que siente por Jay.

Fuera de su hotel, que se encuentra en la Séptima Avenida y la calle 54, la ciudad permanece agitada y bulliciosa hasta el amanecer. Kersti se queda despierta casi toda la noche, escuchando los ruidos que vienen de abajo, pensando en su matrimonio, bebés, Cressida, Lille, el Lycée, lo que diría si hablara en la celebración del aniversario en Lausana. *Es un honor estar aquí delante de vosotros para celebrar el centésimo aniversario del Lycée. Estoy conmovida.*

Se pregunta si Harzenmoser sigue viva. ¿Qué habrá sido de la vida de su querida *madame* Hamidou? Sobre todo, se pregunta cómo estará Magnus Foley mañana. ¿Compartirán recuerdos sobre la noche en la que ella perdió su virginidad? ¿La *fondue* a la cerveza, la pelea de mapaches? ¿La trascendental caída de Cressida?

Para cuando llega a la oficina de Magnus en la calle 34, sin aliento por haber caminado demasiado rápido, Kersti ya se lo ha imaginado de doce formas distintas: con sobrepeso y calvo; entrecano y sofisticado; fuera del armario, con dos pendientes y un ceceo extravagante. Todavía tiene la necesidad obstinada de demostrar su valor ante él, así que sería un alivio si se hubiera dejado estar.

Tiene su propia empresa de diseño gráfico en el piso treinta y cuatro, con vista a Gramercy Park. Kersti se anuncia a la recepcionista, que le indica que tome asiento y espere en un sillón naranja incómodo —una de esas piezas contemporáneas pretenciosas que parecen más una escultura que parte del mobiliario—, y le entrega una botella de agua con el logo naranja y gris de la empresa, MAFD.

Kersti espera diez minutos hasta que Magnus aparece y se acerca a ella dando zancadas, con esa sonrisa arrogante que ella casi había olvidado. Tiene un par de vaqueros rotos y una camiseta negra tan ajustada que parece una segunda piel. Se da cuenta de inmediato que todas las posibles apariencias que había imaginado son incorrectas. Sigue siendo atractivo y joven, un recuerdo de que todavía son treintañeros, aunque suela sentirse mucho mayor. O quizás la palabra más indicada sería *agotada*. La verdad es que todavía faltan varios años para que el pelo se caiga, la barriga crezca, algunas partes del cuerpo cuelguen y llegue la hora de rendirse. Magnus tiene la piel lisa y resplandeciente, está en buen estado y tiene el mismo pelo que hace dos décadas, rubio y cortado al estilo cepillo, lo cual consigue ser consolador y desalentador a la vez.

—Kuusk —dice sin borrar la sonrisa de la cara y mirándola con aprobación.

—Ahora es Wax.

—¿Cómo estás? Mierda, ¿cuánto tiempo ha pasado? ¿Diecisiete, dieciocho años? —La abraza y su piel huele a jabón, así que debe de haberse lavado las manos hace poco—. ¿Qué diablos te trae hasta aquí después de tanto tiempo?

—Un par de cosas, en realidad.

—Recibo tantas notificaciones en Facebook de gente de mi pasado... Nunca me imaginé que alguien fuera a aparecer en serio.

«Gente de mi pasado». Es desconcertante darse cuenta de que eso es lo que ella es, lo que ellos son. Una vez se acostó con ella contra una piedra en el bosque y le dijo que era auténtica y real. «Qué virgencita más dulce».

—Sea como sea, te veo bien, Kuusk.

Ella tiene vaqueros ceñidos con botas altas y una chaqueta de cuero entallada. El pelo está recogido en una cola de caballo alta, que hace las veces de estiramiento facial. Espera verse bien.

—Tú también —responde e intenta no mirarlo demasiado.

Vuelve a tener catorce años y a verlo por primera vez. Su pulso se altera, las manos le sudan. ¿Qué tiene Magnus que la hace sentir así? ¿Qué tenían, en ese entonces, los dos —él y Cressida— que la seducían tanto, más allá del obvio atractivo físico? ¿Algún tipo de magnetismo intangible o carisma especial al que se quería aferrar para absorber como por asociación? ¿O quizás se trataba de algo más perturbador, un instinto casi sadomasoquista, una intuición inconsciente de que eran peligrosos para ella y que saldría lastimada una y otra vez sin poder alejarse? De pronto se siente obligada a resolver eso para sí misma.

—Todavía no me has dicho por qué estás aquí —señala él, y Kersti se pregunta si recuerda haberse acostado con ella. Si recuerda haberla *desvirgado*. Si es así, no se muestra para nada avergonzado o abochornado por el modo en el que se comportó.

—¿Podemos ir a hablar a otro lado? —pregunta Kersti y mira hacia la recepcionista—. Si prefieres, puedo volver...

—No es necesario —contesta, y la guía fuera de la oficina hacia los ascensores—. Vayamos a buscar un café.

Magnus llama al ascensor y lo esperan en un silencio incómodo. Cuando por fin llega, se miran aliviados.

—¿Cómo has estado? —pregunta él tan pronto como se cierran las puertas y quedan atrapados juntos—. ¿Sigues viviendo en...?

—Toronto.

—Cierto. ¿Y qué haces allí?

—Soy escritora.

—¿Qué escribes?

Cuando dice que es una escritora, la mayoría de las personas asumen que escribe publicidad,

que incursiona en la poesía o que es una de esas personas que pasan el día sentadas en Starbucks trabajando en un guion que nunca será terminado.

—Novelas —dice—. Ficción histórica para mujeres. Nada que conozcas.

—¿Algo publicado?

—Por ahora, tres.

—Guau. Genial.

—A ti parece que te va bastante bien —comenta ella y piensa en su vista de Gramercy Park.

—Se me da bien el diseño —responde sin añadir nada más.

Entre los incómodos intentos de hablar de cosas triviales, los dos levantan la mirada para ver los números de los pisos a medida que descienden. Kersti nota que Magnus no está usando una alianza en el dedo anular. No ha publicado su estado en Facebook, así que no está segura de si hay una señora Foley.

—¿Hijos? —pregunta él.

—Todavía no —responde sin entrar en detalles—. ¿Tú?

—Divorciado. Sin hijos.

Los ojos de Kersti siguen fijos en los números. Nueve, ocho, siete. ¿Por qué está tan contenta de escuchar que está divorciado? Cuando llegan a la planta baja, Magnus estira el brazo y la deja salir primero.

—*Madame* —dice.

La cafetería es una de esas típicas instituciones de Nueva York que suelen encontrarse en las plantas bajas de estos edificios *art déco*: una barra larga con bancos altos, café negro en jarras de vidrio —nada de *lattes* o capuchinos— y una cola de ejecutivos que llega hasta la acera.

—Lo de siempre, Jahmir —dice Magnus.

Kersti pide un café solo. Magnus invita. Se sientan lado a lado en un banco solitario junto a los ascensores.

—¿Has recibido la invitación para la celebración del centésimo aniversario del Lycée? —pregunta Kersti, tal como lo ha practicado toda la noche.

—No saben dónde encontrarme —responde Magnus mientras juega con el aislante térmico de su vaso.

—Yo te encontré.

—No creo que el Lycée haya descubierto Facebook todavía. ¿Piensas ir?

—No sé. —Se encoge de hombros. No menciona que ha sido elegida como una de la Cien Mujeres—. Todavía estoy deliberando.

—Es demasiado difícil volver allí —señala él, y Kersti asume que lo dice tanto en el sentido literal como figurado.

—¿Recuerdas a Lille Robertson? —dice ella al tiempo que levanta la tapa del vaso para dejar

que el café se enfríe.

—¿El bicho raro de pelo blanco y nariz negra?

—Ha muerto.

—¿Qué le pasó?

—Cáncer de mama.

—Mierda. Qué lástima.

—¿Has seguido en contacto con alguien? —pregunta.

—¿Yo? No. Nadie. —Tiene la mirada perdida en su té, distante—. ¿Tú?

—Noa y Rafaella. Más que nada en Facebook. Con Noa a veces hablo por Skype.

—¿Qué es de sus vidas?

—Raf vive en París. Está divorciada. Hasta donde yo sé, no trabaja. Noa sigue en Róterdam. Tiene muchos chicos. Es ecologista. Publica muchos mensajes en contra de la Royal Dutch Shell. Eso es todo. Bueno, además de Cressida.

—¿Cressida?

—Sí. Acabo de visitarla en Boston. Vive con la madre.

Magnus asiente con expresión confundida. Kersti se pregunta en qué está pensando. Magnus no pregunta cómo está Cressida.

—Sea como sea, Lille me escribió una carta antes de morir —continúa Kersti—. Y... La tengo aquí, de hecho. Si quieres leerla.

Magnus la mira como diciendo: «¿Qué diablos tiene esto que ver conmigo?». Kersti le entrega la carta.

—Me la envió su madre. La encontró sin terminar en el ordenador de Lille.

—¿Nunca hablaste con Lille después de la graduación? —pregunta—. ¿Vosotras tres no erais mejores amigas?

—No llegué a graduarme. Me fui después de... —No es necesario terminar la oración. El accidente. La caída—. Lille estaba medio desaparecida. Nunca la pude encontrar en ninguna de las redes sociales más comunes.

Magnus desdobra carta y la lee. Cuando termina, la devuelve a Kersti sin decir nada.

—Lille no cree que la caída de Cressida haya sido un accidente —dice Kersti.

—Eso veo.

—No sabía que habías estado allí esa noche.

—¿Por qué habrías de saberlo? —señala—. Me colé.

—¿Por qué?

—¿Acaso importa a estas alturas?

—Yo creo que sí.

—¿Por qué?

—Fuiste la última persona en ver a Cressida esa noche.

—No es así.

—Ah, ¿no? —Un hombre ancho con un abrigo choca con Kersti cuando pasa a su lado—. Solo quiero saber qué es lo que sucedió —señala—, cómo se encontraba antes de caer...

—¿Por qué? ¿Por qué ahora?

—Supongo que es el momento indicado —responde ella—. Primero recibí la invitación del Lycée y después la carta de Lille. Sentí que el universo estaba intentando decirme algo, como que necesitaba darle un cierre a todo esto. O quizás es que no hice todo lo que debería haber hecho cuando ocurrió.

—Éramos muy jóvenes —dice Magnus—. ¿Qué podríamos haber hecho?

—Ya lo sé, pero siento que ahora por lo menos puedo hacer algunas preguntas —explica al recordar la charla que tuvo con Deirdre el otro día—. Y, para ser sincera, cuantas más preguntas hago, más crece mi curiosidad. Quizás hasta escriba sobre ello en mi próximo libro.

—Cressida era alcohólica, Kersti. Los dos lo sabíamos. ¿Quieres saber cómo estaba la última vez que la vi? Borracha.

—Sé que esa noche cortó contigo.

Magnus la mira durante un momento y sonrío.

—Este no es lugar para una charla seria —dice y mira el reloj que tiene en la muñeca—. ¿Quieres cenar esta noche?

—De acuerdo —responde e intenta sonar despreocupada a pesar de sentir como si la acabara de invitar al baile del instituto.

¿Recuerdas haberte acostado conmigo? Tiene que morderse la lengua para no preguntarle.

—Continuará —dice Magnus antes de ponerse en pie y desaparecer dentro del ascensor.

Capítulo 16



LAUSANA — febrero de 1996

El padre de Cressida, Armand, parte el pan crujiente en dos y mete uno de los trozos en su boca. Es el Fin de Semana de Padres y Cressida ha invitado a Kersti a cenar con ella y sus padres a la Maison de Raclette. Los padres de Kersti no han venido al Fin de Semana de Padres. No han podido pagar el viaje. Cuando Kersti recibió la carta que su madre escribió para disculparse, se sintió decepcionada. Después de leerla, se dio cuenta de que los echaba de menos. Después de todo, había estado poco tiempo con ellos durante las vacaciones. Había pasado la víspera y la mañana de Navidad con ellos —en la Casa Estonia, rodeados de todos los amigos de sus padres, es decir, casi toda la comunidad estonia—, y después había abordado un avión a Telluride para pasar el resto de las vacaciones con Cressida en la cabaña de troncos de su familia.

La pasaron de maravilla, tal como lo había planeado Cressida. La cabaña era más bien una mansión de troncos, con ventanales que miraban a las Rocosas y una puerta trasera que daba a la montaña. Esquiaron, hicieron tortitas con chips de chocolate en mitad de la noche, se tiñeron el pelo entre ellas y vieron varias películas en pijama, estiradas en un sillón con forma de *L* que era más grande que la planta baja de la casa de Kersti. Más que nada, consiguieron reconectarse. Fue muy parecido al primer año de su amistad. Solo ellas dos, redescubriéndose. Kersti no tuvo que luchar por la atención de Cressida, ni sentirse amenazada por otras personas que pudieran invadir el tiempo que pasaban juntas. A medida que la semana pasaba, Kersti sintió que su corazón crecía al recordar todas las cosas que adoraba de su amiga: su irreverencia, su ingenio, esa sensación que le transmitía a Kersti de ser una persona querida y especial.

En la víspera del Año Nuevo, se sentaron delante de la televisión a ver la caída de la bola en Times Square mientras bebían leche con chocolate y con Baileys. Los padres de Cressida habían salido, así que tenían la casa para ellas solas. A medianoche, abrieron una botella de champán que Armand les había dejado. Bebieron de la botella, bailaron con la música de ABBA y *Grease* — los himnos de su infancia—, y se embriagaron tanto que Cressida tropezó en el baño y partió en dos la tapa de porcelana del retrete. Rieron tanto que terminaron rodando en el suelo, y después Cressida se dio una ducha fría para no perder el conocimiento.

Una vez que salió de la ducha, observó su cuerpo perfecto y desnudo en el espejo del botiquín, y

se cubrió con una bata de baño blanca que tenía un monograma de las iniciales DSP bordado en el bolsillo. Kersti sigue sin poder imaginarse que Cressida haya estado alguna vez embarazada. Está claro que su cuerpo no ha sido creado para ser deformado o profanado de ningún modo. Le resulta incongruente pensar que su barriga lisa y plana pudiera estar hinchada sobre la cintura elástica de un pantalón de maternidad o que su piel blanca pudiera ser vandalizada por estrías azules.

—¿Cómo fue estar embarazada? —preguntó Kersti.

Cressida se sentó en el borde de la bañera y encendió un cigarrillo de la cajetilla que había dejado en la jabonera.

—Horrible —responde—. Tenía tantas náuseas que no podía ponerme de pie. No podía comer, no podía leer. Lo único que podía hacer era dormir y vomitar en el cubo de basura que estaba junto a la cama. Fue una pesadilla.

—¿No tuviste miedo de contárselo a Hamidou? ¿No te podría haber expulsado?

—Ella nunca haría eso —contesta Cressida y le dedica una mirada rara.

—¿Te dolió? El aborto, quiero decir.

—No.

—¿Alguna vez habláis del tema con Magnus?

—Nunca —responde y se pone de pie—. Tú eres la única persona con la que lo he hablado, Kuusky. Eres mi alma gemela.

Ese fin de semana en Telluride, Kersti recordó todos los privilegios que traía ser la mejor amiga de Cressida. Le sirvió para decidir que se daría por vencida y, cuando volvieran a Lausana, actuaría de forma diplomática y compartiría a Cressida con Magnus lo mejor que pudiera. Todavía estaba dolida por la forma en la que él la había usado, pero ¿qué otra alternativa tenía que no fuera aceptar lo que le ofrecían?

Armand echa un vistazo a su reloj y frunce el entrecejo. Es la primera vez que Magnus va a conocer a los padres de Cressida y está llegando tarde.

—Yo jamás habría llegado tarde a conocer al padre de tu madre cuando estábamos saliendo —declara, y vuelan migas de su boca, como si fueran aserrín—. Es una falta de respeto.

—¿Por qué no pedimos *raclette*? —sugiere Deirdre en un intento de aplacar a su marido—. Estoy famélica.

—No está sumando puntos con nosotros —comenta Armand, sin prestar atención a su mujer.

Armand Strauss es un hombre intimidante. Tiene hombros anchos, ropa impecable, un bigote plateado perfecto y pelo engominado del mismo color que brilla como si estuviera hecho de diamantes bajo la luz de las lámparas de araña. Como es un compositor y productor de teatro musical de renombre mundial —ha sido el creador de la obra *Y no quedó ninguno*, que ha permanecido en cartel durante una década—, Armand demanda respeto de todos los que se cruzan en su camino o, como a Cressida le gusta decir, les chupa toda la sangre.

Cressida mira a Kersti con una expresión divertida y conspiratoria. Poco a poco, se está acabando una botella de vino tinto y sus mejillas tienen un color rojo precioso.

—Llega tarde —dice ella—. Vaya problema. No es uno de tus tramoyistas, Armand.

—Cressida —le reprocha su madre con un acento británico más pronunciado que nunca—. Es una cuestión de cortesía. No tiene nada que ver con tu padre.

—Todo tiene que ver con mi padre.

—Si le importas, debería querer causar una buena impresión —añade Armand y levanta una mano en la que resplandecen anillos de oro.

Un camarero aparece para tomar la orden en francés. *Raclette* para cinco y otra botella de Pinot Noir. El camarero asiente y, al alejarse de prisa, casi se da de bruces contra Magnus.

—Perdón por la tardanza —dice—. Se estropeó el autobús que venía de Verbier.

Se abre el abrigo y los tiques del telesilla tintinean como llaves. Tiene las mejillas rojas del frío y su pelo, que suele estar en punta, está un poco aplastado por el gorro. Tiene puesta una camisa blanca con corbata y pantalones de vestir oscuros.

Cressida mira a su padre con expresión satisfecha.

—Me alegra que hayas podido llegar, Magnus —responde Armand, avergonzado.

Magnus se sienta en la silla que está entre Cressida y Kersti. Mira a Cressida con adoración, la besa en la mejilla, e ignora por completo a Kersti.

—¿Cómo estaban las pistas hoy? —pregunta Armand y aparta una rodaja de tomate que está en su plato de ensalada.

—Un poco congeladas —contesta Magnus mientras enciende un Philip Morris—. El fin de semana que viene quiero probar Chamonix.

—Desearía tener más tiempo para esquiar en este viaje —dice Armand a Deirdre. Es lo primero que le ha dicho en toda la noche.

—Estás preciosa —susurra Magnus a Cressida, como si estuvieran solos en la mesa. Ella tiene un suéter de cachemira color lavanda y lleva el pelo planchado. Parece que fuera de visón.

—No sabe lo preciosa que es —comenta Deirdre, y no está claro si está orgullosa o celosa.

—Yo creo que sí —opina Armand al tiempo que observa a su hija—. Sospecho que sabe precisamente lo preciosa que es.

—Quizás siga mis pasos y se convierta en actriz —sugiere Deirdre.

—Es demasiado inteligente para ser actriz —argumenta Armand.

Deirdre se retrae y baja la mirada al plato. Cressida no parece estar interesada en lo que todos dicen sobre ella. Está acostumbrada. Es deslumbrante por naturaleza, siempre está en el centro de atención. Kersti empieza a sentirse invisible otra vez.

—Estoy pensando en producir una obra sobre la Guerra del Golfo —anuncia Armand—. Ha pasado tiempo suficiente desde que acabó. Creo que ya tenemos algo de perspectiva.

—¿La obra durará unos, no sé, diez minutos? —bromea Cressida.

—Es una parodia —explica Armand—. Captura nuestra grandilocuencia estadounidense.

—Cuando era pequeño, me encantaba ver la *Tormenta del Desierto* por televisión —comenta Magnus y se sirve otra copa de vino.

—Qué actitud tan displicente —dice Armand—. De eso mismo se trata la obra. Fue una guerra de verdad, no solo un programa de televisión que lo único que buscaba era que el índice de audiencia aumentara.

—Yo sí creo que lo hicieron para aumentar la audiencia.

—Dices eso porque, al igual que la mayoría de los estadounidenses, crees que fue una victoria para nosotros —sermonea Armand—. Pero todavía nos queda por ver cuántos de los soldados que han vuelto mueren a causa de las armas químicas y biológicas de las que no has oído mucho. La CNN no se molestó en señalar ese aspecto de la guerra en sus transmisiones diarias.

—Pero no soy estadounidense —señala Magnus.

El camarero aparece con la *raclette* y, con mano experta, corta rodajas de queso derretido sobre sus platos. Comen en silencio durante unos minutos, con hilos de gruyer derretido que van de los platos a sus bocas.

—¿Qué pasa con las calcomanías de SIDA que hay por todos lados? —pregunta Armand, cambiando de tema.

—Es la campaña de Stop SIDA —responde Cressida.

—Es una epidemia aquí —murmura Deirdre mientras mordisquea una patata y evita el queso—. Es por todos los adictos a la heroína que hay en Zúrich.

—Acaban de cerrar uno de los parques de Zúrich donde se reunían los drogadictos para intentar detener el avance del VIH.

—Nuestro profesor de Francés tiene miedo de estar enfermo —comenta Magnus—. Cree que se contagió de un mosquito cuando viajó a África el año pasado.

—¿Eso es posible? —pregunta Deirdre, pálida.

—Todo es posible —responde Armand—. Todavía sabemos muy poco al respecto.

—La gente sigue siendo muy ignorante —masculla Cressida.

—Quizás usted podría hacer una parodia musical sobre el SIDA —sugiere Magnus.

Más tarde, una vez que sus padres vuelven a su hotel, Cressida, Magnus y Kersti se dirigen a Ouchy con una botella de Vodka. Escalan la Estructura Molecular —el nombre que le habían dado a lo que supone que es una escultura artística, pero en realidad es solo una estrella tridimensional gigantesca hecha de metal— y se quedan sentados un par de horas mientras beben en el frío penetrante y miran el lago negro.

—¿Me parece a mí o mis padres son unos imbéciles? —pregunta Cressida.

—Son unos imbéciles —concuerta Magnus.

—Son unos pretenciosos. No los soporto.

—Me encanta que la palabra «grandilocuencia» haya sido mencionada durante la cena — comenta Magnus—. Bien hecho, Armand. Eres un odioso hijo de puta.

—De todas formas, ¿cuál es el objetivo del Fin de Semana de Padres? —dice Kersti.

—¿Quizás pasar dos días al año con nosotros los hace sentir menos culpables?

—La alternativa es que no vengan en absoluto —comenta Magnus—. Y es igual de malo. ¿O no, Kuusk?

—¿Estás triste de que tus padres no hayan venido? —le pregunta Cressida.

—Mi padre está grabando un álbum —responde él, un poco a la defensiva. Bebe un trago de la botella y se arrastra hacia Cressida—. Es con The Edge. Puede conseguirte un autógrafo si quieres —presume.

Como única respuesta, Cressida ríe por la nariz. Después empiezan a besarse y Kersti mira hacia el cielo sin estrellas y siente que nadie la quiere allí. Despega una pegatina de STOP SIDA y se pregunta por qué se sigue sometiendo a este nuevo acuerdo, un trío en el que ella es el tercio que está de más.

—Me voy —anuncia—. Tengo frío.

—¡No te vayas, Kerst!

—Al menos deja que te llevemos en coche —dice Magnus, pero arrastra tanto las palabras que apenas se le entiende. La botella de Rikaloff que tiene en las manos está inclinada hacia un lado y gotea vodka del pico.

—Mejor pido un taxi —anuncia Kersti.

—Puede conducir —asegura Cressida mientras baja de la cima de la Estructura Molecular.

—No, no puede —sostiene Kersti—. Ha bebido demasiado. Mátate tú si quieres.

—Solo hay que subir la colina —dice Magnus—. Conduciré despacio.

Los tres bajan de un salto y aterrizan con un tropezón. Magnus arroja la botella de Vodka hacia el lago, pero no lo alcanza, y la botella termina por hacerse añicos contra el concreto.

—Debo ejercitar la puntería —declara mientras coloca su brazo sobre los hombros de Cressida y se apoya contra ella.

Se tambalean hasta el Mercedes del tío de Magnus y, en contra de lo que le dicta la razón, que en este momento está bastante incapacitada, Kersti se sube al asiento trasero.

Magnus arranca el coche. Es solo una colina, derecho al instituto. Lo único que tiene que hacer es no matarlas.

Cressida se gira para mirar a Kersti. Por lo general es una borracha alegre. O está alegre cuando está borracha, si es que hay alguna diferencia. Kersti cree que quizás la haya. Magnus sale a la calle con una sacudida abrupta y un fuerte chillido de los neumáticos. Kersti busca el cinturón de seguridad para abrocharlo y se arrepiente de no haberse subido a un taxi. Mira con anhelo la

línea de coches estacionados en la parada de taxis. Cuando Magnus dobla con brusquedad en la esquina, Cressida cae hacia un costado y golpea contra la puerta. Las dos chicas gritan, en parte por la emoción y en parte por el terror.

—¡Abróchate el cinturón! —exclama Kersti. Cressida no la escucha.

Magnus sube el volumen de la radio. Es una canción furiosa de Alanis Morissette que pulsa al mismo ritmo que el corazón agitado de Kersti. Tiene un ojo puesto en el velocímetro y ve que el indicador no deja de subir. Sesenta, setenta, ochenta, noventa kilómetros por hora sobre las calles adoquinadas y llenas de curvas.

—¡Baja la puta velocidad! —ordena Kersti—. ¿Estás loco?

Magnus la ignora y dobla en la esquina como si fuera un conductor de Fórmula 1, pisando hasta el fondo el acelerador, sin pensar en el peligro y disfrutando del terror de las chicas.

—¡Detén el coche! —grita Kersti, aferrada al asiento que tiene delante—. ¡Detén el puto coche! ¡Quiero bajar!

Sin avisar, Magnus se detiene de golpe. Kersti es propulsada hacia adelante, pero el cinturón la mantiene en su lugar y, probablemente, le salva la vida. Cressida, que está en el asiento delantero y no tiene abrochado el cinturón, levanta la pierna por instinto para protegerse. Se oye el ruido terrible de algo que se rompe, un grito ensordecedor —quizás de Kersti— y, por último, silencio.

Kersti abre los ojos y echa un vistazo alrededor para evaluar los daños. Para ver quién sigue con vida. No han chocado contra nadie.

—La puta madre —masculla Magnus—. Mira lo que has hecho, Cress.

Es entonces cuando Kersti nota el parabrisas. El vidrio está resquebrajado en forma de tela de araña. Parece un agujero de bala, pero ha sido el tacón de la bota de Cressida.

—¿Que mire lo que *yo* he hecho? —repite Cressida incrédula—. ¡Esa habría sido mi cabeza si no hubiera levantado la pierna!

—Mierda —gime él—. Mierda. El coche de mi tío.

—Lo tienes merecido —lo regaña Cressida.

—¿Estás bien? —le pregunta Kersti a su amiga. Su voz es apenas un temblor, su cuerpo se estremece.

—Sí, gracias por preguntar. ¿Y tú?

—Estoy bien —responde Kersti, demasiado alterada como para moverse.

—Deberías irte, Kerst —dice Cressida—, o te meterás en problemas. Ya es casi hora del toque de queda.

Kersti los deja sentados en el coche de Magnus, golpeados y discutiendo, con esa actitud suicida y engreída que los dos comparten. Cuando llega a la escuela, *madame* Hamidou llama a la puerta.

—¿Dónde está Cressida? —pregunta—. Ya ha pasado el toque de queda.

Huele a pasta de dientes y cigarrillos, como todas las noches. Tiene una bata de *velour* verde y calzado deportivo.

—Ha tenido un accidente de coche —dice Kersti.

—¿Un accidente? ¿Con sus padres? ¿Por qué nadie llamó a la escuela?

—No estaba con sus padres.

—¿Con quién estaba? ¿Se encuentra bien? —El pánico que muestra la cara de Hamidou es auténtico, como si Cressida fuera su propia hija. En ciertos aspectos, lo es.

—Está con Magnus Foley. El pie de ella atravesó el parabrisas...

—*Mon Dieu...*

—Volví sola a pie.

Madame Hamidou se sienta sobre la cama de Kersti. Está muy pálida.

—¿Están esperando a la policía? ¿Cressida necesita ir al hospital?

—Lo dudo.

—¿Magnus ha estado bebiendo? —Kersti no responde—. *Les idiots* —murmura y sacude la cabeza—. ¿Y tú estás bien?

—Eso creo.

Hamidou cierra la puerta, Kersti se acuesta y, poco a poco, hunde la cabeza en la almohada. Está enfadada consigo misma, no solo por haber subido al coche de Magnus, sino por haberse permitido estar de sujetavelas. ¿Era necesario que se besaran delante de ella en Ouchy? ¿La estaban castigando por haberlos acompañado, incluso si ellos habían insistido en que lo hiciera?

Una vez en la cama, pasa horas dando vueltas y pensando en lo ocurrido, convencida de que ella había tenido razón. Pero no importa lo furiosa que esté, sus sentimientos siempre terminan por dar una vuelta entera para acabar en el lugar de siempre: los celos. Es algo que detesta de sí misma. La hace sentir débil y mezquina. ¿Qué clase de persona es? Después de casi morir esta noche, lo que más le preocupa es que Magnus no la haya elegido a ella, y el sentimiento que más persiste es la envidia.

Pero así son las cosas. De vez en cuando, aun después de tanto tiempo, se va a dormir reproduciendo en su cabeza la primera y última cita que tuvo con Magnus, descomponiendo las charlas, analizando cada gesto, reviviendo la sensación de tenerlo dentro de ella. A veces imagina que es una abogada que describe la situación en un juicio. *Su Señoría, si observamos de forma objetiva toda la evidencia que tenemos de la noche en cuestión y del período anterior, ¿no hay forma de que Magnus Foley haya estado fingiendo! Por lo tanto, debemos concluir que el interés que presentaba por la demandante fue real...*

Kersti siente algo cálido debajo de la manta.

—¿Kerst? —Es Cressida que se acurruca contra su espalda en forma de cucharita. Kersti siente el cigarrillo y el alcohol en su aliento. Huele agrio y, para variar, repulsivo. Cressida arroja un

brazo sobre la cintura de Kersti y apoya la cabeza entre sus omóplatos—. Lo siento —susurra, las palabras sofocadas por la camiseta de Kersti.

Kersti no dice nada. Pretende estar dormida.

—Sé que a veces pierdo el control cuando bebo —continúa Cressida—. Mis padres me pusieron de mal humor esta noche, así que bebí demasiado y no medí los riesgos. Quería castigarlos...

—Pero acabaste por castigarme a mí —dice Kersti y se sienta en la cama—. Casi nos matas a las dos.

—Lo siento, Kuusky. Dejaré de beber por un tiempo.

—Y detesto cuando tú y Magnus os besáis delante de mí —añade Kersti sin poder detenerse—. Me parece de mala educación. ¿Qué pensáis? ¿Qué soy invisible, mierda?

—Lo siento. Sé que soy una pésima amiga. Pero te quiero, en serio. Te quiero muchísimo.

Kersti suspira y vuelve a acostarse. Cressida vuelve a colocarse en posición de cuchara y, en cuestión de segundos, está roncando con suavidad junto al oído de Kersti.

Capítulo 17



NUEVA YORK — octubre de 2015

En una mesa a oscuras en Le Singe Vert en Chelsea, Magnus pide una botella de Sancerre, devuelve la carta de vinos al camarero, y se gira para dedicarle toda su atención a Kersti.

—Busqué tus libros en Amazon —dice—. Estoy impresionado.

—El primero es un poco bochornoso...

—No hagas eso —la interrumpe—. Sé todo sobre los premios...

—Nominaciones.

El camarero apoya dos copas sobre la mesa y, un momento más tarde, trae la botella. La abre, sirve un poco en la copa de Magnus y espera. Magnus lo huele y bebe un sorbo.

—Está bien —anuncia para que el camarero se vaya—. Entonces, ¿estás trabajando en una nueva novela?

—Siempre estoy trabajando en una novela —responde—. Aunque esta no parece ir a ningún lado.

De pronto, Magnus está lleno de preguntas. Hace cuánto que está casada, cómo se conocieron, si le dedica los libros a su marido. No dice nada sobre su propio matrimonio. Ella no pregunta.

—Entonces, ¿qué haces aquí, Kuusk? —pregunta Magnus después de apoyar la copa sobre la mesa y fijar su mirada azul y transparente sobre ella.

—Ya te lo he dicho —responde, un poco a la defensiva—. Quiero hacerte un par de preguntas sobre la noche de la caída de Cressida.

—¿Ahora?

—Sé que ha pasado mucho tiempo —reconoce—. Pero siempre he tenido dudas. Supongo que la carta de Lille me hizo salir del estado de inercia en el que me encontraba.

—¿Qué quieres saber?

—Las personas no caen desde un balcón así como si nada, Magnus. No importa lo borrachas que estén. Para empezar, la barandilla era demasiado alta.

—Podría haber estado sentada sobre ella —sugiere Magnus—. Y podría haber caído para atrás.

—Es posible —admite Kersti y decide no mencionar todavía la nota de suicidio—. Dijiste que no fuiste la última persona en verla esa noche. Entonces, ¿quién fue?

Magnus agita el vino en la copa y no deja las manos quietas. Usa el tenedor como si fuera el palillo de un tambor, unta mantequilla en el pan pero no se lo come. Es el mismo Magnus nervioso de siempre.

—Tú sabes quién fue —dice—. Después de «cortar» conmigo, fue a verlo a él.

—Entonces, ¿tú lo sabías?

—Me dijo que estaba enamorada de otra persona y que lo nuestro había acabado. Yo sabía de quién hablaba. —Kersti siente la vibración de su rodilla golpeando contra la mesa, como si el metro estuviera pasando debajo de ellos—. Había escuchado los rumores.

—¿Después qué pasó?

—Se fue de mi apartamento para quedar con él.

—¿Eso es lo que ella te dijo?

—No exactamente. Pero yo lo sabía.

—¿Cómo reaccionaste? —pregunta—. ¿Qué hiciste?

—¿Qué podía hacer? —responde, y el abatimiento le otorga una vulnerabilidad atractiva y le recuerda a Kersti que el recuerdo de Cressida, su mitología perfecta y eterna, no disminuye con el tiempo como lo habría deseado, ni para él, ni para ella.

—¿Así que la dejaste ir?

—¿Dejarla ir? —Ríe—. ¿Recuerdas alguna vez que Cressida no haya hecho lo que quería? Dejarla ir era la única alternativa.

Kersti lo mira con atención —el rebote de las piernas, las uñas mordidas, la forma en la que mira distraído su vino en vez de a ella— y no le cree.

—¿La seguiste? —le pregunta en voz baja—. ¿Después de que se fuera de tu apartamento?

Magnus suelta un ruido, una mezcla entre un suspiro y un bufido, quizás incluso una risa.

—¿Quieres decir si la perseguí?

—Debes de haber estado furioso...

—No. Quiero decir, sí. Estaba furioso. Pero no la perseguí.

—Fuiste al Lycée a esperarla.

—Sí, fui a la Casa Huber —responde, después de levantar la botella de vino de la cubeta con hielo y volver a llenar su copa, sin siquiera notar que la de Kersti también estaba vacía.

—¿Por qué?

Magnus apoya su mano con suavidad sobre la de ella y Kersti se sobresalta. Siente escalofríos y de inmediato retira su mano de debajo.

—No crees que la haya empujado, ¿o sí, Kuusk?

—No, claro que no —responde con rapidez.

La verdad es que no está segura de qué creer. Ni siquiera está segura de qué esperaba conseguir con este encuentro; solo quería volver a verlo.

La comida llega en ese preciso momento y ambos se callan. El camarero apoya los platos, les desea *bon appétit* y desaparece.

—Huele bien —comenta Kersti en un intento por aligerar la tensión.

—Por Cressida. —Magnus levanta la copa.

—La visité antes de venir aquí —dice Kersti.

—Eso has dicho.

—En realidad fui a ver a Deirdre —continúa Kersti cuando Magnus no dice nada más.

—¿Andas buscando el libro mayor?

—Le pregunté sobre ello —responde Kersti e hinca el tenedor en un pequeño montículo de *risotto* de hongos.

—¿Y?

—Dice que no lo tiene, aunque no estoy segura de creerle. Pero sí me dijo algo interesante.

—¿El qué?

—Cressida dejó una nota.

—¿Una nota de suicidio? —Kersti asiente y Magnus abre un poco la boca, como si quisiera hacer una pregunta que nunca llega—. Mierda —consigue decir—. Creí que no habían encontrado nada...

—Deirdre dice que Bueche se la envió más tarde con el resto de las cosas de Cressida. Parece que Armand la encontró cuando fue a guardar todas sus cosas; por casualidad, fue después de que la situación se hubiera enfriado.

—No me parece raro —señala Magnus—. No habrían querido que se supiera que hubo un suicido en el campus. Eso es lo único que les importaba. La reputación.

—Eso mismo dijo Deirdre.

—Mierda —repite, desconcertado, con una sacudida de cabeza y la cara pálida.

—Estás sorprendido.

—Claro que sí, mierda.

—¿Por qué? —pregunta Kersti y se inclina hacia adelante—. Ya sé que dijiste que estaba borracha, pero ¿cómo la notaste esa noche?

—¿Quieres decir si parecía que se iba a suicidar?

—¿Estaba deprimida? ¿Se comportaba de forma rara? Cualquier cosa...

—Era la misma Cressida de siempre. Exasperante, distante. No parecía para nada deprimida. De hecho...

—¿Qué?

—Estaba... Creo que estaba feliz. Parecía... No lo sé. Supongo que estaba enamorada. —Su tono de voz es conciliatorio, derrotado. Ambos saben que Cressida nunca estuvo enamorada de él.

Magnus vuelve a levantar la botella y esta vez sirve vino a los dos.

—Entonces, todo este tiempo que hemos estado hablando, ¿tú ya sabías que se había tirado? — pregunta.

—Ese es el problema —dice Kersti—. No estoy segura de que lo haya hecho.

—Me parece que una nota de suicidio lo deja bastante claro, ¿o no?

—Leí la nota y hay algo que no cuadra.

Magnus apoya los codos sobre la mesa y acerca su cara a la de ella. Durante un momento, Kersti imagina que son una pareja, que él se arrima para decirle que está guapísima esta noche, que está enamorado de ella...

—¿A qué te refieres? —indaga él.

—No parece que la hubiera escrito ella.

—¿Qué dice?

—«Os echaré de menos. Lo siento. Cressida».

—¿Eso es todo?

—Así es. Cressida nunca habría escrito eso. Habría usado una cita de Anne Sexton o Sylvia Plath. Habría hecho algo más dramático, con más estilo. La nota no encaja.

Se miran con fijeza durante varios segundos mientras los platos permanecen delante de ellos, sin ser tocados.

—¿Acaso importa? —pregunta Magnus al final.

—Los dos la queríamos —responde Kersti—. La queríamos sin importar lo que hiciera. ¿No quieres saber cómo cayó? ¿Y por qué?

—¿Para qué?

—Para saciar la curiosidad. Para tener un cierre. ¿Para obtener justicia?

—Justicia —repite con tono burlón.

—No estoy haciendo esto porque sea un acto de nobleza...

—Quizás fue el Coronel Rubio en la biblioteca.

—Quizás fuiste tú —lo provoca Kersti con el valor que le ha dado el vino. El tono que usa es casi seductor—. ¿Un crimen pasional?

—O quizás fuiste *tú*, Kuusk. —Esto hace que Kersti retroceda—. ¿No estabas siempre celosa de ella? —continúa—. ¿No estabas enamorada de mí? Quizás os peleasteis por eso. En realidad no me quería, pero tampoco iba a dejar que tú me tuvieras, ¿o sí?

—Por lo menos recuerdas haberte acostado conmigo —estalla Kersti con la cara encendida y al fin se lo saca del pecho—. Aquel día en el bosque.

—Por supuesto —responde Magnus y sus mejillas se vuelven de un color rojo intenso—. Eras virgen.

—Lo recuerdas.

—Claro que lo recuerdo. —Kersti espera a que diga algo más, pero se queda callado.

—Fue doloroso —dice ella.

—Bueno, es normal que suceda la primera vez...

—No me refiero a eso. Me refiero a lo que hiciste después. A cómo dejaste de hablarme una vez que Cressida decidió que te quería de vuelta. Ignoraste por completo lo que había pasado entre nosotros dos. Fue como si nunca hubiera sucedido. Me quedé destrozada.

Magnus suspira y Kersti no sabe si es porque se arrepiente de su comportamiento o porque teme tener esta charla veinte años después de lo ocurrido.

—Lo siento, Kuusk. Me caías bien. Eras una chica genial. Pero Cressida y yo...

—Lo entiendo —responde—. El problema fue cómo te comportaste.

—Me comporté como un imbécil —dice—. Era lo único que sabía hacer.

Siguen comiendo en silencio. Kersti había creído que sería liberador contarle lo que había sentido después de tantos años. Se había imaginado que hacer que reconociera lo que había hecho y que se disculpara sería catártico, curativo. Pero no se siente distinta, no se siente mejor consigo misma. Resulta que no cambia nada.

—¿Qué hay del libro mayor que Lille mencionó? —pregunta Magnus en un intento por cambiar de tema—. ¿Por qué creía que había algo incriminatorio en él?

—Porque Cressida lo recibió por correo el mismo día que se cayó —explica Kersti—. Lo tenía consigo cuando fue a verte.

—La trama se complica —murmura. Se queda un momento en silencio—. ¿Cómo está ahora?

—¿Nunca has ido a verla?

—No —responde, y es como si se hubiera ido a otro lugar. Los ojos parecen apagarse, la expresión está vacía. Kersti se pregunta dónde estará—. Sé que solo éramos jóvenes, pero ella... realmente significó mucho para mí. Más de lo que yo significué para ella, eso está claro.

—Conmigo fue igual —conuerda Kersti, y siente un rayo de compasión por él al recordar que alguna vez Cressida había descrito su relación como «un noviazgo de bachillerato sin importancia»—. Sigue siendo preciosa.

Magnus asiente, con probabilidad se sentía agradecido por no haber tenido nunca que verla en su estado actual.

—¿Ahora qué? —le pregunta a Kersti.

—No lo sé —admite—. La verdad es que no tengo un plan.

Piensa en Jay con un estremecimiento de tristeza; lo imagina en casa solo, preocupado por lo que ella está haciendo en Nueva York, por cuándo volverá, adónde irá después. Se siente culpable de haber huido de Toronto. Echa de menos a Jay, pero no echa de menos el callejón sin salida al que llegaron con el asunto de la fertilidad. Además, no le hará mal sufrir un poco, tener algo de tiempo para echarla de menos y reconsiderar su postura sobre el uso de los óvulos donados.

—¿Sabes qué, Kuusk? Quizás Cressida estaba borracha como una cuba, se sentó sobre la

barandilla del balcón y se cayó para atrás —sugiere Magnus con pragmatismo.

—¿Y después alguien escribió una nota de suicidio porque sí? O, espera, quizás la escribió *ella misma* y después se cayó por accidente. ¡Qué coincidencia!

—De acuerdo, quizás se arrojó. Quizás nos estaba engañando a todos y sí quería morir. Odiaba a sus padres; creció en un internado. No sería la primera vez que alguien que parece tenerlo todo se siente horrible por dentro. Lo que quiero decir, Kuusk, es que no creo que algún día descubras la verdad. Ha pasado demasiado tiempo.

—La señora Fithern estaba allí —dice Kersti sin prestarle atención—. Era la encargada de servicio. Debe de saber algo. ¿Crees que por lo menos la interrogaron? ¿O que interrogaron a alguien?

—No. Estoy casi seguro de que solo escondieron todo el asunto debajo de la alfombra.

—Me gustaría hablar con ella.

—¿Así que ahora piensas ir a Europa? —dice con tono provocador—. Nunca hablará contigo.

—Se me da bien la investigación. Sé cómo descubrir cosas.

—¿De eso se trata todo esto? ¿Estás investigando para tu próxima novela?

—Quizás —responde y ya empieza a sentir entusiasmo por la posibilidad.

Reciben la cuenta y, esta vez, Kersti insiste en pagar la mitad.

—Me alegro de haberte visto —dice ella, pero no está segura de que sea cierto.

No puede decir que haya aclarado nada en lo que respecta a Magnus, o que haya conseguido disminuir un poco ese dolor de veinte años que tiene pegado como si fuera grasa. ¿Qué sentirá al pasar página?

—¿Quieres venir a mi casa? —pregunta Magnus con esa sonrisa engreída que solía derretirla por dentro. Nada ha cambiado. Detesta su arrogancia y al mismo tiempo se encuentra ferozmente atraída hacia él.

—Nunca me dijiste por qué fuiste a la Casa Huber esa noche —señala Kersti—. ¿Por qué querías verla después de que cortara contigo?

—Cressida no estaba en Huber cuando llegué —responde—. Todavía no había vuelto.

—¿Para qué fuiste a su dormitorio si sabías que no estaba allí?

—Esto empieza a parecer un interrogatorio.

—Lo siento. Pero es que... tengo curiosidad. He querido hacerte estas preguntas desde esa noche.

—Fui a hablar con la encargada de servicio —explica.

—¿Para decirle qué?

—Dónde estaba Cressida.

Capítulo 18



LAUSANA — febrero de 1997

Es la mañana del sábado y les toca hora de estudio. Kersti sigue acostada en la cama leyendo la carta de su madre:

Tu padre no ha podido encontrar vuelos baratos. Lo ha intentado hasta el último momento. No podremos ir al Fin de Semana de Padres. Siento decepcionarte.

Kersti hace una bola con la carta y la arroja al cubo de basura. No acierta, pero la deja en el suelo sin que le importe.

—¿Qué pasa? —pregunta Cressida levantando los ojos de su libro. Está leyendo *El gran Gatsby* otra vez.

—Mi familia tampoco vendrá este año.

—¿Y te lo dicen con una semana de anticipación? —dice Cressida—. Pensé que ya habían reservado todo. Me dijiste que este año venían seguro.

—Eso se suponía —responde Kersti avergonzada.

Eso era lo que le habían prometido durante las vacaciones. Técnicamente, fue el regalo de Navidad de Kersti. Había recibido una tarjeta que en el interior decía: «¡Cuatro billetes de avión de Toronto a Ginebra para febrero! Te queremos, tu madre, tu padre, Tuule y Maaja».

Sus padres y dos de sus hermanas volarían hasta Suiza para quedarse cinco días y Kersti les haría el recorrido turístico. Estaba emocionadísima. Incluso había traído consigo la tarjeta al internado, la había colgado en la pared y contaba en secreto los días que faltaban para el Fin de Semana de Padres.

—¿Por qué no vienen? —pregunta Cressida.

—No pueden pagar el viaje.

—Lo siento, Kerst.

—Da igual —masculla, pero ya hay lágrimas que corren por sus mejillas—. Seguro que no quieren venir.

—Estoy segura de que eso no es cierto.

—No les importo una mierda —declara Kersti—. Bajemos a comer. Tengo hambre.

—Mejor faltemos al almuerzo y vayamos a McDonald's.

—Es sábado.

—¿Y?

—No podemos no presentarnos al almuerzo.

—Claro que podemos —insiste Cressida—. Hamidou está en Berna y la señora Bowell está de servicio.

La señora Bowell está casi senil. Además de tener un apellido que provoca risas entre los alumnos que hablan inglés, es muy mayor —tiene por lo menos ochenta años—, y la combinación de ambos hechos la hace bastante inútil como profesora.

—Somos libres —exclama Cressida mientras se coloca un par de Uggs sobre unos pantalones deportivos—. Vamos.

Kersti toma su chaquetón de esquí y su gorro, y salen, decididas a encarar el frío y caminar hasta la estación. Entrelazan los brazos y cantan casi todo el camino.

—«¿Qué pasaría si Dios fuera uno de nosotros?» —canta Cressida a los cuatro vientos, desafinando a propósito.

—«Si Dios tuviera una cara —continúa Kersti, que ya está de mejor humor—, ¿cómo sería?».

—Como la de *monsieur* Bueche —responde Cressida.

A la mañana del sábado siguiente, Cressida irrumpe en la habitación de Kersti con las mejillas rojas y sin aliento.

—¿Sigues en pijama? —pregunta.

—Ya te dije que no voy a ir contigo y con tus padres.

—Vístete y baja —ordena Cressida—. Al menos tienes que saludar a Armand y Deirdre.

—No es cierto. Pienso quedarme aquí todo el fin de semana.

—Deja tu mal humor y ven a saludar a mis padres —insiste Cressida y ya empieza a sonar irritada.

—Es humillante.

—Deja de pensar en ti —la regaña, algo que Kersti encuentra graciosísimo e irónico escuchar de la boca de Cressida—. Se sentirán insultados si no apareces.

Kersti sale de la cama de mal humor y se pone una chaqueta de punto sobre el pijama. Se calza un par de mocasines forrados en piel y sigue a Cressida hacia el corredor.

—Sé que van a intentar convencerme de pasar el día con vosotros —dice Kersti—. Pero te aviso desde ya que no lo haré.

—De acuerdo.

Bajan las escaleras y Kersti arrastra los pies para molestarla.

—Podrías haberte cepillado los dientes —murmura Cressida.

Cuando llegan a la planta baja, Kersti mira alrededor. Hay varios padres que han venido a

buscar a sus hijas —es el típico frenesí de abrazos y lágrimas—, pero no hay rastro de Deirdre ni Armand.

—Están en la sala para fumadores —dice Cressida.

Kersti pone los ojos en blanco y la sigue hasta allí, pero cuando entra a la estancia, la primera persona que ve es su padre, que parece ocupar la mayoría de la habitación pequeña con su considerable altura y ancho. La atrae hacia sí y la aprieta contra su barriga antes de dejarla ir. Anni se asoma por detrás de él y después sus hermanas, Maaja y Tuule, se acercan corriendo con los brazos abiertos. Kersti está estupefacta.

—¿La carta que me escribiste es tu idea de una broma? —pregunta a su madre—. ¿Siempre habíais planeado venir?

—La verdad es que no —confiesa Anni y mira a Cressida.

—No lo comprendo. ¿Por qué dijiste que no vendrías?

—Porque no íbamos a venir —responde Paavo con una voz grave que retumba contra las paredes.

—No podíamos pagar nada —dice Anni—. Lo intentamos, pero incluso un solo billete con el mejor precio que podíamos conseguir a través de la agencia era demasiado para nosotros en este momento.

—No ha sido un buen año —masculla Paavo.

—Cressida llamó y nos contó lo decepcionada que estabas —explica Tuule.

—¿Hiciste eso? —pregunta Kersti a Cressida.

—Pagó todos nuestros billetes —dice Anni.

—Se lo devolveremos —añade Paavo.

—Por favor —dice Cressida, restándole importancia—. Lo único que hice fue organizarlo a través de la secretaria de Armand. No fue nada.

—¿Cuándo habéis llegado? —indaga Kersti.

—Ayer por la noche, tarde —responde Anni—. Nos estamos alojando en el hotel Ibis.

—¿No estás contenta de que estemos aquí? —pregunta Maaja.

—¡Sí! —exclama Kersti y la abraza.

—Sois clones —observa Cressida mientras echa una mirada a Kersti y a sus hermanas.

Maaja y Tulle siguen teniendo el mismo pelo: rubio casi blanco, corto y recogido hacia un lado con una de esas horquillas de metal que usaban cuando eran niñas. Las dos visten una falda hasta la rodilla, una camisa blanca almidonada y una chaqueta de punto. Kersti está feliz de verlas.

—Debo ducharme antes de que lleguen Deirdre y Armand —anuncia Cressida.

—Enséñanos tu habitación, Kersti —le pide Tulle.

Kersti los guía hacia la escalera. Está tan orgullosa que siente como si estuviera flotando. Echa un vistazo a la sala de profesores del primer piso y ve que Angela Zumpt está sentada con la

mirada fija en la nada. Hamidou está leyendo en el sillón que está junto a ella. Los padres de Angela no están aquí. Los rumores dicen que no tiene padres y que durante el verano vive con un tío. Por primera vez, Kersti siente lástima por ella. Se la ve tan sola allí, sentada junto a Hamidou, como si fuera un perro de compañía. Como si esperara que le hicieran una caricia o, al menos, que le prestaran algo de atención.

Kersti continúa subiendo y prefiere no pensar en Angela ni sentir pena por ella.

Cuando Cressida se dirige a su habitación, Kersti la alcanza y la abraza.

—Muchísimas gracias —dice—. No puedo creer que hayas hecho esto.

—La vida es corta.

—Mentira —responde Kersti—. Es larga y lenta como ella sola.

Cressida sonrío, como si supiera algo que Kersti ignorara.

Capítulo 19



TORONTO — octubre de 2015

Kersti llega a su hogar por la tarde y la recibe una casa vacía. Ha elegido el horario de vuelo para llegar cuando Jay estuviera en el trabajo. Le escribió mientras estuvo en Nueva York —mensajes cortos y concisos para avisarle en qué hotel estaba y a qué hora volaba—, pero él nunca contestó.

Se acomoda delante de su escritorio con una taza de té y un montón de galletas Social Tea. Hace demasiado tiempo que no escribe. Ha habido muchas distracciones y ninguna ha sido placentera. Estos períodos en los que no escribe la ponen nerviosa. Siente una presión enorme y constante por publicar un libro nuevo antes de que todos olviden su nombre. El último libro fue publicado hace dos años, un tiempo considerable si se tiene en cuenta que el próximo no se imprimirá hasta un año después de que termine de escribirlo.

Moja una galleta en el té y mira su ordenador con expresión sombría. *Capítulo uno.*

Creyó que quizás Magnus le escribiría hoy. Creyó que querría hacer un seguimiento, averiguar si había podido rastrear a uno o ambos Fithern, lo cual sí había conseguido. Fue tan sencillo como buscar el nombre de soltera de la señora Fithern y abrir el perfil de LinkedIn que le apareció en los resultados. *Annie Brains-Chowne. Profesora en el Instituto Secundario Abberley, Abberley, Worcestershire.* Entre sus credenciales figura el Lycée Internationale Suisse, 1985-1998 y, como si eso no bastara, también aparece su dirección de e-mail profesional. Lo único que falta es una foto reciente.

Kersti se debate si contactarla por e-mail. Concluye que de esa forma tendría menos probabilidades de recibir una respuesta, mientras que, si la llama por teléfono —quizás de noche a la casa, sin aviso previo—, las probabilidades de hablar con ella serán mayores. Así que, gracias a las páginas blancas del Reino Unido, el número de la señora Brains-Chowne está ahora almacenado en el móvil de Kersti.

Para su sorpresa, encontrar al señor Fithern fue igual de sencillo que encontrar a su exmujer. Creyó que quizás estaría escondido, todavía huyendo del escándalo en el Lycée y la sombra de la vergüenza, pero allí estaba, en LinkedIn, una cara de cincuenta años que le sonreía a través del ordenador como si no tuviera nada que esconder. El pelo, que solía ser negro, estaba entrecano y mucho menos abundante, lo que hacía que las orejas parecieran desproporcionadas, y el mentón

era más pequeño de lo que recordaba. Los dientes, torcidos y apenas sobresalientes, lo favorecían menos que cuando era joven y los tenía más blancos y brillantes, pero los ojos seguían teniendo esa chispa pícaro y rebelde, o lo que fuera que alguna vez lo había hecho tan cautivador.

Sigue enseñando, pero ahora en un instituto solo de varones, donde ha estado desde finales de los noventa. Antes de eso, había enseñado en la escuela internacional de Lilongüe, en Malawi, un período que, sin duda, debe de haber usado para reflexionar y rearmar su vida después de las secuelas que Cressida había dejado detrás y la clara disolución de su matrimonio. Kersti mira la foto y no puede creer que la leyenda que era el señor Fithern —el amor de la breve y joven vida de Cressida— sea ahora un profesor de edad media con dientes feos, orejas grandes y un pasado secreto que ya no le debe importar una mierda a nadie.

Se pregunta si habrá querido a Cressida en serio. En retrospectiva, parece dudoso. Lo más probable es que solo haya aprovechado la oportunidad que se le presentó de acostarse con una chica joven del nivel de Cressida. En virtud de ser el único profesor varón en un pequeño internado para mujeres —su única competencia era el viejo *monsieur* Mahler—, tuvo la suerte de poder elegir entre la *crème de la crème* de las jóvenes herederas. En el mundo real, una chica como Cressida habría estado muy lejos de su alcance.

Capítulo uno

Imbi dio un paso para salir de la calle adoquinada y tortuosa a la Raekoja plats, la plaza mayor en la que, hacía veinte años, había visto por última vez a Gunnar. Construida sobre la ciudad de Reval del siglo trece, la Ciudad Vieja de Tallin era un enclave ajetreado de arquitectura hanseática, casas coloridas con hastiales, iglesias con agujas góticas, patios escondidos y mercados. Pero aquella mañana, Imbi estaba distraída con los recuerdos de Gunnar que consumían sus pensamientos

Oye el golpe de la puerta principal y deja de escribir. Jay hay vuelto temprano.

Mientras espera oír los pasos en la escalera, se da cuenta de que está nerviosa. No tiene ni idea de en qué espacio mental se encuentra, si está enfadado con ella o si ha tenido tiempo de reflexionar y tranquilizarse. El corazón le late con fuerza y Kersti se prepara para tener una discusión, aunque es posible que Jay ni siquiera quiera hablar con ella. No sería la primera vez que aplique la ley del hielo durante días. No sucede a menudo, pero, cuando decide castigarla e ignorarla, es aterrador lo firme que se pone.

Se enciende el Sonos y, durante un rato largo, Kersti no oye nada más que el rap emotivo de Drake. Sigue con su trabajo e intenta volver a sumergirse en las vidas de Imbi y Gunnar, pero es inútil.

—Hola.

Kersti levanta la cabeza, sobresaltada, y allí está él, bajo el umbral. Por instinto, se pone de pie de un salto y corre hacia él, arroja sus brazos alrededor de su cuello y no lo deja ir. En cuestión de segundos, Kersti está llorando a lágrima viva, su cuerpo entero se sacude con pequeños espasmo entre sus brazos. Jay le frota la espalda y ella siente el latir de su corazón contra su mejilla.

—Te he echado de menos —dice Kersti—. Lo siento.

—Yo también lo siento.

—¿Por qué seguimos haciendo esto? —pregunta ella mientras lo mira, sin que le importe estar moqueando o que sus ojos estén rojos e hinchados.

—Creo que es porque los dos estamos dolidos. —Jay se sienta en la silla giratoria y tira de ella con suavidad para llevarla a su regazo—. Nada de esto ha sido fácil para mí tampoco. Siempre he querido ser padre.

—Pero estás preparado para darte por vencido...

—¿No crees que es hora? ¿Cuándo estarás preparada tú? —Kersti se encoge de hombros sin saber cuál es la respuesta—. ¿Cuando nuestro matrimonio haya acabado? —continúa—. ¿Cuando estemos en bancarrota?

Kersti se acurruca contra él y apoya la cara contra la calidez de su cuello. Siempre ha adorado el aroma de su piel. No quiere perderlo. Y aun así... ¿Cómo podría dejar de lado el sueño de la maternidad? No solo el sueño, sino también el sentido de propósito inherente a la crianza de un hijo.

—Supongo que para mí se terminaría si no me pudiera quedar embarazada con un óvulo donado.

—¿Estás segura de eso?

—Claro que sí. Quiero decir, consideraría adoptar, pero todo el asunto de la fertilidad se acabaría.

—¿Después de cuántos ciclos de óvulos donados? —pregunta él—. Porque te conozco. Sé que no te detendrías después de uno solo.

Kersti no se molesta en contradecirlo porque tiene razón. Jamás se detendría después de uno. Jamás se detendría. No sabría cómo.

—Volvamos a ser amigos —dice ella con un sentimiento repentino de agotamiento—. Te echo de menos.

—Yo también. —La besa y le acaricia el pelo—. ¿Qué has hecho en Nueva York?

—Me encontré con el antiguo novio de Cressida —responde, sin mencionar que había sido el suyo también, su primer amante y el chico que rompió su corazón—. Magnus Foley.

—¿Y?

—Fuimos a cenar. —Jay le dedica una mirada rara—. Viajé allí con el propósito de hablar con él —se defiende—. Sobre la noche de la caída de Cressida. Fue idea tuya, ¿recuerdas? Dijiste que

sería una buena distracción. Una buena idea para una novela nueva.

—¿Y? —pregunta con tranquilidad—. ¿Lo fue?

—A decir verdad, sí. Descubrí que Magnus fue a la Casa Huber esa noche. Pero no lo hizo para ver a Cressida. Fue allí para ver a la señora Fithern.

—¿Para qué?

—Era la encargada de servicio esa noche —responde Kersti, cada vez más emocionada a medida que repite lo que ha descubierto durante la charla con Magnus—. Le dijo que Cressida estaba teniendo un *affaire* con su marido.

—¿Qué hizo cuando se enteró?

—Eso es lo raro. Magnus dijo que ni siquiera reaccionó. No parecía sorprendida o enfadada, lo cual es sospechoso.

—Quizás estaba protegiendo su orgullo.

—¿Y si subió a encarar a Cressida en su habitación? Acababa de enterarse de que su marido se estaba acostando con su alumna favorita...

—¿Crees que empujó a Cressida?

—Pudieron haber peleado. No digo que haya sido premeditado, pero es igual de posible que cualquier otra teoría...

—Parece que tienes todos los ingredientes para un gran misterio.

—Todavía no estoy del todo convencida de que Magnus me haya dicho la verdad.

—¿Cómo estaba?

—¿Quién, Magnus? Qué pregunta más rara.

—¿Te parece?

—Estaba igual —dice Kersti—. Bastante bien, supongo.

—¿Dónde cenasteis?

—Un restaurante francés en Chelsea.

—¿A qué hora volviste?

—No sé. ¿A las diez? —Kersti le besa la cara, le acaricia las patillas y omite la invitación de Magnus para ir a su casa—. ¿A qué vienen estas preguntas, mi amor?

—Así es como comienzan las infidelidades —asegura—. Estamos atravesando un mal momento, tú te sientes vulnerable y triste. Te pones en contacto con un viejo amigo con el pretexto de descubrir qué le ocurrió a tu amiga, y cuando te quieres dar cuenta...

—Para empezar, no fue un pretexto.

—¿Qué es exactamente lo que esperas conseguir yendo de ciudad en ciudad e interrogando a todas estas personas?

—Tú fuiste quien lo sugirió —repite frustrada—. Supongo que ese momento te resultaba conveniente hacerme a un lado para que no te moleste, ¿no?

—¡Sí! Pero ¡eso fue antes de que viajaras a Nueva York y cenaras con un exnovio en un restaurante francés en Chelsea mientras *nosotros* estábamos en mitad de una pelea!

—No es *mi* exnovio...

—No cambia una mierda, Kersti.

—Bueno, resulta que sí quiero saber qué le ocurrió a Cressida. —Kersti sale de su regazo y se aleja de él—. Nada de lo que he descubierto hasta el momento tiene sentido y la verdad es que quiero cavar un poco más profundo. Nadie nunca investigó ni hizo preguntas, pero ahora lo estoy haciendo yo. Mejor tarde que nunca, ¿no te parece?

—Haz lo que tengas que hacer —dice Jay.

—¿Y eso qué quiere decir?

—No creo que podamos volver al lugar en el que estábamos. —Sacude la cabeza y sale de la habitación derrotado.

Ahora que está sola otra vez, Kersti vuelve a sentarse en la silla giratoria delante del ordenador y lo mira con fijeza durante un rato largo. Vuelven las lágrimas, que nublan las palabras que están en la pantalla, y Kersti no se mueve. Al final, las lágrimas se secan en sus mejillas y dejan rayas saladas y un ligero dolor de cabeza. Al levantar el móvil, siente como si fuera una niña traviesa a la que le han dicho que deje de hacer algo y ahora tiene más ganas de hacerlo. Se desplaza por la lista de contactos hasta que su dedo se detiene sobre el nombre Brains-Chowne.

Son las nueve de la noche en Inglaterra, un buen horario para tomarla por sorpresa mientras está sola en la casa, acostando a los niños, leyendo en la cama o viendo la televisión con su marido. Marca el número sin pensarlo. Mientras suena, imagina a los dos acurrucados en el sillón viendo *Downton Abbey* con una manta tejida a mano sobre las piernas, una bandeja con tazas de té delante de ellos y un fuego que arde en la chimenea. En su imaginación, el señor Chowne es alto y desgarbado, tiene dientes feos, una práctica bata marrón sobre el pijama y pantuflas que cubren sus grandes pies; y, de pronto, se da cuenta de que ha superpuesto injustamente la imagen del señor Fithern en su mediana edad sobre la del señor Chowne.

—¿Hola? —La atiende la voz de una mujer alegre. Kersti se congela—. ¿Hola?

—¿Señora Fithern? —Kersti se equivoca y olvida llamarla por su nuevo nombre: Brains-Chowne.

—¿Quién habla? —pregunta la señora Fithern después de un momento de silencio.

—Soy Kersti Kuusk. Fui alumna suya en la clase de Literatura Inglesa en el Lycée en Lausana...

—Más silencio—. ¿Del noventa y cuatro al noventa y ocho?

Kersti está segura de que la oye suspirar al otro lado de la línea. Ninguna de las dos lo dice en voz alta, pero la idea está allí, tácita e inevitable: *el año de Cressida. La mejor amiga de Cressida.*

—No sé qué decir —responde la señora Fithern—. ¿Cómo conseguiste mi número?

La voz suena igual, cálida y joven, familiar. Los últimos veinte años colapsan como si fueran una línea de dominós, y bien podría estar hablando sobre Paul Morel de *Hijos y amantes*.

—Siento molestarla —dice Kersti—. Recordé su nombre de soltera y la busqué en las páginas blancas. No... no la llamo por mí. La llamo por Lille.

—¿La pequeña Lille Robertson?

—Sí —responde Kersti con más confianza—. Murió hace poco. Tenía cáncer de mama.

—Oh, Dios mío, ¿ella también?

—Me escribió una carta antes de morir —continúa—. La encontró la madre en su ordenador y me la envió.

—Cielos...

—Lille quería que le hiciera saber lo mucho que usted significó para ella —miente Kersti—. Y que me asegurara de que estuviera bien.

—¿Yo? ¿Después de tantos años? ¿Por qué?

—Usted le importaba. Era su profesora preferida. Y... bueno, ella quería que me pusiera en contacto con usted y le preguntara cómo está. Siempre se preguntó qué le pasó después de...

—Era una chica muy dulce. Era una persona maravillosa. Supongo que estaba destinada a la tragedia.

—Lamento llamarla así de la nada —dice Kersti—. Sentía que se lo debía a Lille. Y la verdad es que yo también he pensado mucho en usted. Todos la queríamos.

—Me pone muy contenta oír eso —responde, y suena tan emocionada que apenas puede hablar—. Como profesora, una espera tener algún impacto en la vida de sus estudiantes. Estoy muy conmovida.

—Me alegra que no le haya molestado mi llamada. Solo quería contarle lo de Lille.

Y preguntarle si subió a la habitación de Cressida la noche que cayó, y si es posible que se hubiese producido una riña y usted la haya empujado del balcón en un arrebato de celos y furia.

—Me volví a casar —comenta sin darle demasiada importancia—. Simon y yo tenemos cuatro niñas. Él dice que vivimos en Abberley-Upon-Hormonas, en el condado de Hormonas. —El chiste interno le hace soltar una risita y, justo en ese momento, Kersti oye un coro de voces infantiles en el fondo, emocionadas o furiosas. A veces es difícil notar la diferencia cuando se trata de niñas.

—Sigo ensañando aquí, en Abberley —continúa—. Estoy contenta con mi vida. Es sencilla y tranquila. Lille puede estar segura de eso, esté donde esté. Al final todo ha salido bien.

—Suena bien —comenta Kersti y, a la imagen mental que tenía de su vida, añade una cabaña de piedra en Cotswolds. Kersti había visitado esa región una vez en su segundo año en el Lycée. Era el Día de la Ascensión, en mayo, y fueron a ver el festival anual del queso rodante en Gloucester. Recuerda estar de pie junto a una colina, rodeada de iglesias de piedra con torreones, cabañas

medievales y banderas del Reino Unido que se agitaban bajo una llovizna constante, y recuerda la horda de gente que perseguía las ruedas de queso de cinco kilos que rodaban por la colina empinada con todo el fervor de las corridas de toros en Pamplona. Después condujeron a través de los montes ondulados y empapados de Cotswolds hasta llegar a un lugar llamado Crown & Crumpet, donde comieron *scones* con queso untado.

—¿Y tú cómo estás, Kersti? ¿Sigues en Canadá?

—Sí, en Toronto —responde Kersti—. Soy escritora.

—¿Escritora? ¿En serio?

—Escribo ficción. Novelas históricas.

—¿Puedo atribuirme algún mérito?

—Por supuesto.

—Sabía que tenías ese talento —dice, aunque está segura de que miente—. Solo necesitabas pulir tu diamante.

—Debería poder encontrar mis libros en el Reino Unido —indica Kersti y menciona los títulos, ya que concluye que no debe haber mejor persona con quien alardear de su éxito literario que su profesora de Literatura Inglesa—. Fui elegida una de las Cien Mujeres de Lycée como parte de las celebraciones por el centésimo aniversario.

—Felicidades, Kersti. Veo que el tiempo que estuve allí sirvió para algo.

Kersti no sabe qué decir. Permanece en silencio. Ninguna de las dos habla durante lo que Kersti siente que es demasiado tiempo. Lo único que parece hacer ruido en la línea que las une es la tensión de lo que no se animan a decir en voz alta: la humillación pública que terminó con el puesto de la señora Fithern y su matrimonio.

—¿Sigue viva? —pregunta la señora Fithern al fin.

Kersti tarda un momento en darse cuenta de que está hablando de Cressida.

—Sí —responde—. Tiene daño cerebral permanente, pero está viva.

—Me lo he preguntado varias veces. Pienso mucho en ella.

—¿Sí?

—Por supuesto. Era apenas una niña y la apreciaba mucho.

Su voz es tierna y transmite una generosidad sorprendente dado lo que Cressida le hizo. Pero Kersti se pregunta si no hay una parte de ella que cree que Cressida recibió su merecido. Si es así, no lo dice. Lo que sí dice es:

—Charles fue el depredador.

Kersti no puede imaginar lo que debe ser descubrir eso sobre su marido. Recuerda los primeros días de su propio matrimonio, la forma en la que la vida parecía rebalsar de promesas, y cómo han cambiado las cosas. La decepción no es algo que se pueda predecir. Es algo contra lo que te estrellas, como la parte trasera de un autobús.

—¿Conocía la infidelidad antes de que Magnus se lo dijera?

—Lo sospechaba, pero no lo sabía con seguridad —admite—. Charles confesó todo después del accidente de Cressida.

—Si es que fue un accidente.

—¿Sabes qué creo yo? —comenta la señora Fithern—. Yo creo que Cressida se arrojó del balcón. Era una niña infeliz que estaba en una situación que la superaba e intentó quitarse la vida. A Charles le importaba igual de poco que a ella la vida de ese bebé. El suicidio era su única salida. Eso es lo que siempre he pensado.

—¿Qué bebé?

—¿Nunca te lo dijo?

—No...

—Él la dejó embarazada.

—¿El señor Fithern?

—Así es —responde, como si Kersti debiera saberlo. Como si fuera de conocimiento público—. Charles siempre creyó que se había arrojado para castigarlo a él.

Capítulo 20



LAUSANA — mayo de 1997

La señora Fithern tiene un nuevo corte de pelo. Es corto a los lados e inflado por arriba, como si fuera un caniche con un peinado mohicano. También ha subido un poco de peso en los últimos meses y hay quienes especulan que podría estar embarazada.

—¿De qué trata el libro? —pregunta a la clase.

Están en la clase avanzada de Literatura Inglesa y están analizando *Suave es la noche*, de Fitzgerald. Cressida está obsesionada con el libro y ya lo ha leído tres veces. A Kersti le parece aburrido y deprimente.

—Trata de gente rica que no hace nada en la Costa Azul —responde Rafaella—. Es decir, mis padres.

La clase estalla en risas. Por supuesto, todos se identifican. Excepto Kersti.

—Trata de la disolución de un matrimonio —dice Cressida—. De dos personas que sacan lo peor del otro: enfermedades mentales y alcoholismo.

—¿Cuáles son los temas? Quiero que penséis en los temas. —La señora Fithern se sienta sobre el escritorio.

—Juventud —exclama Cressida.

—Sí —señala la señora Fithern—. Más específicamente, el brillo de la juventud. La *promesa* de la juventud. —Baja del escritorio y anota en el pizarrón: JUVENTUD—. Dick estaba obsesionado con su propia mortalidad y perdió su juventud —explica, como si estuvieran hablando de un amigo en común.

—Y la de Zelda —añade Cressida.

—Quieres decir la de Nicole —la corrige la señora Fithern.

—¿No son la misma persona? —responde Cressida—. ¿Acaso este libro no es un intento de Fitzgerald por racionalizar su propio descenso y potencial perdido, y atribuirlos a la esquizofrenia de Zelda?

Kersti y Rafaella se miran y ponen los ojos en blanco. Cressida es una alumna brillante, pero a veces se pasa de pretenciosa.

—Ten cuidado en el ensayo, cariño —advierte la señora Fithern—. Los protagonistas son Dick

y Nicole Driver. No Scott y Zelda. Es ficción. —Y de pronto, como si hubiera recordado que tiene otra docena de estudiantes, llama a Kersti al azar—. ¿Qué otro personaje del libro simboliza la promesa de la juventud o algo nuevo y mejor?

—Eh... ¿Los hijos? —adivina Kersti.

—Estás siendo demasiado literal —suspira la señora Fithern con irritación—. Quiero decir a nivel temático.

Está claro que está decepcionada, y Kersti tiene la impresión de que preferiría continuar el debate sobre *Suave es la noche* a solas con Cressida y con un café de por medio.

Esa medianoche, cuando ya sabían que Hamidou se había ido a dormir, Kersti y Cressida bajan las escaleras de puntillas hasta el baño del segundo piso con un par de cigarrillos en la mano. Las otras chicas ya están allí consolando a Noa, que está llorando.

—¿Qué pasa?

—El exnovio de Noa intentó matarse —explica Raf.

—¿Andries?

Noa asiente mientras llora. Tira de una hoja del rollo de papel higiénico y se seca los ojos.

—No es la primera vez —confiesa—. Hizo lo mismo el último verano.

—¿Y nunca nos lo dijiste?

—Estaba avergonzada.

Kersti no puede imaginar que alguien esté tan enamorado de ella como para desear morir si terminara la relación. Ha salido con un par de chicos desde el fiasco con Magnus. Uno había sido Miguel, un colombiano de pelo oscuro que estudiaba en un internado de Villars. No hablaba mucho inglés y, a pesar de que era atractivo, la relación se apagó enseguida. Al otro lo había conocido en Captain Cook's, donde solían pasar el tiempo libre. Se llamaba Roger. Salieron durante unos meses en el otoño, pero no sobrevivieron a las vacaciones. Ninguno de los dos chicos le llegaba a los talones a Magnus.

—¿Cómo lo había hecho? —pregunta Lille.

—Con una hoja de afeitar. Lo hizo mal, por supuesto.

—¿Y esta vez?

—Igual. Recibí una llamada de emergencia. *Madame* Hamidou vino a buscarme durante la hora de estudio. Era Andries desde el hospital.

—Patético —murmura Cressida—. Los que no mueren nunca tuvieron la intención de hacerlo.

Noa se pone de pie y se lava la cara que tiene roja del llanto.

—Me voy a acostar —anuncia y sale del baño.

—Pobre Andries —dice Lille mientras trenza el pelo de Kersti y le hace cosquillas en la nuca con los dedos—. Eso sí que fue una llamada de atención.

—Ni siquiera lo conoces —señala Cressida.

—Lille siente el dolor de todos —explica Alison—. Por eso la queremos.

Kersti cierra los ojos mientras disfruta del momento. Los dedos de Lille entre su pelo, la corriente de aire frío y penetrante en la nariz, las bromas y la charla animada con sus mejores amigas. Está satisfecha. Se siente más como en su casa aquí que en su propia casa; siempre ha sido así. Intenta no pensar demasiado en el fin del año.

Está quedándose dormida cuando, de pronto, Cressida se pone de pie.

—¿A dónde vas? —le pregunta Kersti al tiempo que gira un poco la cabeza sobre el regazo de Lille.

—Fuera del instituto.

—¿Piensas escabullirte de nuevo?

Se necesita una combinación particular de audacia e insolencia para llevar a cabo un escape nocturno del instituto. A lo largo de los años, varias alumnas rebeldes lo han intentado y han sido atrapadas —han recibido como castigo una expulsión temporal o la pérdida de privilegios durante los fines de semana— y, quizás, una de muchas lo ha conseguido, pero no ha sentido la necesidad de probar que se pudiera hacer dos veces. Cressida no es así. No necesita probar nada a nadie. Es inmune a ese peso que todos los adolescentes arrastran: la búsqueda por la aprobación de los demás. Ella se comporta solo para sí misma, sin temor a las consecuencias.

—Uno de estos días te atraparán —le advierte Kersti, dolida por el hecho de que Cressida prefiera escabullirse para quedar con Magnus antes que pasar tiempo con ellas.

—¿Y qué harán? ¿Expulsarme?

—Quizás.

—Tu ingenuidad es adorable, Kuusky. No me esperes despierta.

La puerta se cierra detrás de ella y Kersti permanece enfadada sobre el suelo.

—No le teme a nada —comenta Lille con admiración mientras tira del pelo de Kersti.

—No le importa nada —masculla Kersti—. ¿Te parece que eso es no tener miedo?

—Las reglas no valen para ella.

—¿Por qué no? —Kersti pregunta—. ¿Por qué puede hacer cualquier cosa que quiera? Hamidou tiene que saber.

—Pareces celosa.

—Quizás lo estoy.

—Castigarla no sirve para nada —observa Lille—. Para que el castigo sea efectivo, le tiene que importar a la persona. Hamidou lo sabe.

—Entonces, ¿puede ir por la vida haciendo todo lo que quiere?

—La vida es mucho más amplia que el Lycée —señala Lille—. El mundo real será diferente.

—¿Eso crees?

—¿Por qué te molesta tanto? —pregunta Raf—. Es su vida.

Kersti no tiene una respuesta.

Todavía está despierta cuando oye el crujir de la puerta que se abre y se cierra. Son las cuatro y media de la mañana. Se sienta y enciende la luz, lo que sobresalta a Cressida.

—¡Su puta madre! —exclama la joven y se tambalea hacia atrás—. ¡Me has asustado, mierda!

—¿Qué diablos le ha pasado a tu cara? —pregunta Kersti. Tiene los labios hinchados y ensangrentados.

Cressida se mira en el espejo. Kersti sale de la cama y se pone de pie detrás de ella. De cerca, se ven marcas de dientes en el labio superior. La piel que está alrededor de la boca y que baja hacia el mentón está roja, mordida e irritada.

Cressida observa sus heridas y evalúa el daño. Después se echa a reír.

—Esta vez sí que está feo —dice.

—¿Esta vez?

—Mira esto —indica y se quita los vaqueros.

Ahora que está de pie en ropa interior, los muslos quedan expuestos para que Kersti vea los hematomas violentos que los cubren, como si se tratara de un caleidoscopio azul y violeta.

—¡Mierda! ¿Magnus te ha hecho eso? —Cressida no contesta. Solo se acerca al lavabo y cepilla sus dientes—. ¿Fue Magnus el que te lo hizo? —repite.

—¿Por qué sigues despierta? —pregunta Cressida con la boca herida llena de pasta. Kersti se sienta sobre la cama y espera que termine—. Solo fue sexo —asegura mientras se seca la cara con cuidado.

—¿Te parece que eso solo ha sido sexo? —exclama Kersti—. Te han dado una paliza.

—Le gusta cuando lo hacemos a lo bruto.

—Nunca te he visto así —señala Kersti horrorizada—. Los hematomas...

Cressida se mete en la cama y tira de la manta hasta el mentón. Suelta un quejido. Le debe doler todo el cuerpo

—¿Siempre ha sido así contigo? —pregunta Kersti. Cressida mira para el otro lado—. ¿Tú has dejado que te hiciera esto, Cress? ¿O intentaste detenerlo?

—Ay, Kerst —suspira Cressida, como si no esperara que Kersti lo entendiera.

—Porque si querías que se detuviera y él siguió de todas formas...

—Sí, sé lo que es una violación. No me violaron.

—Pero si Magnus te obligó...

—No fue Magnus.

Kersti deja de hablar. Cressida apaga la luz y se acomoda de lado, con la espalda hacia Kersti.

—¿Quién fue?

Silencio.

—Cress. ¿Quién fue? ¿Te violó alguien?

—¡No fue una violación! —responde Cressida irritada—. Lo quiero. Fue consentido. Cada vez es más intenso, eso es todo, pero es increíble.

La habitación empieza a girar alrededor de Kersti. Se encuentra mareada, como si le faltara el aire.

—¿Quién diablos es?

Después de mucho tiempo, la voz de Cressida se abre camino entre la oscuridad.

—El señor Fithern —confiesa con voz desafiante y sin remordimiento.

Un millón de ideas cruzan la mente de Kersti: la señora Fithern y Cressida debatiendo sobre *Suave es la noche*; el matrimonio de Nicole y Dick Driver que se cae a pedazos; el señor Fithern mordiendo los labios de Cressida hasta hacerlos sangrar. Magnus.

Magnus.

—¿Y qué pasa con Magnus? —consigue articular Kersti.

—¿Él es el que más te preocupa?

—Y la señora Fithern...

—Hace años que no tienen una buena relación —asegura con autoridad. Kersti no sabe qué decir—. Siempre he sentido algo por él —le informa Cressida, como si fuera excusa suficiente para hacer lo que ha hecho—. Lo quiero. Por primera vez en la vida, estoy *enamorada* de un hombre de verdad.

—Creí que estabas «enamorada» de Magnus —responde Kersti con brusquedad y usa las comillas para dejar en claro lo que quiere decir—. ¿No fue eso lo que dijiste?

—Lo quiero —reconoce—. Pero no es un hombre. Mi relación con Charlie está en otro nivel.

—¿Y qué pasaría si la señora Fithern os descubriera? Se enteraría todo el instituto. Te expulsarían seguro, y justo antes de la graduación... —Kersti quiere abofetearla.

—Nos hemos estado viendo desde el viaje a La Haya —señala Cressida.

¿La Haya? ¿Hace casi dos años? ¿Poco antes de que Kersti se acostara con Magnus y Cressida decidiera que tenía que tenerlo de vuelta porque no podía vivir sin él?

Kersti se pone de pie y retrocede hasta salir de la habitación con la sensación de estar a punto de vomitar.

—¿A dónde vas?

—Lejos de ti —responde, cierra la puerta detrás de sí y se va a la habitación de Lille.

Capítulo 21



BOSTON — noviembre de 2015

Kersti y Jay suben a un taxi en el aeropuerto Logan, el aire entre los dos todavía está tenso. Lo ha convencido de que la acompañe a Boston y planean convertir el viaje en unas minivacaciones, pero sus interacciones son forzadas. Se comportan de modo civilizado y se esfuerzan por evitar cualquier tema que tenga el potencial de ser peligroso, pero la camaradería y las bromas de siempre brillan por su ausencia.

Permanecen callados todo el camino hasta el hotel XV Beacon, donde planean pasar la tarde del sábado en el spa y cenar en Moo, con la esperanza de resucitar el matrimonio. Pero antes de eso, Kersti visitará otra vez a Deirdre.

Cuando doblan para entrar a la Ruta 1A, Kersti saca su Moleskin e intenta recapitular lo que ha descubierto desde el principio de esta aventura y recolocar todo en una línea de tiempo coherente. Sabe que Cressida se escabulle para ver a Magnus, corta con él y se va con el señor Fithern. Tan pronto como ella sale del apartamento de Magnus, él va a la Casa Huber y le cuenta a la señora Fithern el romance que existe entre los dos. Se va de Huber sin ver a Cressida, y asegura que nunca más la volvió a ver.

—¿En qué estás trabajando? —pregunta Jay y apoya la mano sobre la rodilla de Kersti.

—Son solo notas.

—¿Para qué libro?

—Quizás el que cuenta la historia de una joven bellísima, pero perturbada que cae de forma misteriosa de su balcón en un internado suizo. —Con solo decirlo en voz alta siente cosquillas en todo el cuerpo.

—Estoy feliz de verte entusiasmada por un libro nuevo —anuncia—. Creo que tal vez el otro te aburría un poco.

—Veremos cómo sale todo —responde y vuelve a su anotador para escribir: «¿La señora Fithern?».

La señora Fithern niega haber ido a la habitación de Cressida después de que Magnus le hablara sobre el romance, algo que a Kersti le cuesta creer. ¿No sería lo primero que haría cualquier mujer en sus zapatos? El hecho de que los dos Fithern crean que Cressida se arrojó —cuando

cualquiera de los dos se habría beneficiado de su silencio— parece bastante conveniente.

Y después está el libro mayor desaparecido, por supuesto, el callejón sin salida más frustrante de todos.

—¿Kersti? Hemos llegado.

Kersti levanta la mirada y se da cuenta de que el taxi se ha detenido delante de un edificio de aspecto majestuoso, fachada de hierro negro y cornisas de cobre con diseño intrincado. El portero abre la puerta del coche y la ayuda a bajar. Por dentro, el vestíbulo es elegante, decorado en tonos de *espresso* y crema con muebles de caoba empotrados, sillones gris topo sobre una alfombra de piel de cebra, arte moderno de colores vibrantes y dos ascensores antiguos originales. Después de registrarse en el hotel, deciden que Kersti irá directamente a ver a Deirdre mientras Jay explora Beacon Hill.

—Me alegra haber venido —dice él y tira de ella para abrazarla—. Necesitábamos esto. Fue una buena decisión.

Cuando la besa, Kersti siente una ola de alivio.

—No tardaré —le promete—. Y después de eso, soy toda tuya. Hay un restaurante en Newbury que podemos probar en la comida...

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

Laylay abre la puerta.

—La señora Deirdre la está esperando —dice, y se aparta hacia un lado—. Está en el recibidor. «Recibidor». ¿Quién sigue usando palabras como esa?

Laylay acepta su abrigo y Kersti encuentra a Deirdre con un libro en uno de los sillones de brocado, los pies plegados debajo del cuerpo, la cara inclinada un poco hacia la luz del sol, como si posara para un retrato.

—Hola, Deirdre.

—Kersti —dice después de levantar la mirada y dejar el libro—. ¿Qué sucede? Sonabas muy crítica por teléfono. —Kersti se sienta en el otro sillón—. ¿Quieres algo para beber? ¿Un té?

—Estoy bien, gracias.

—Entonces, cuéntame —pide—. ¿Qué has descubierto que es tan urgente?

—Cressida estaba embarazada. —El color desaparece de las mejillas de Deirdre y solo quedan dos círculos de rubor color coral sobre el lienzo blanco que es su piel—. ¿Por qué no me lo dijiste, Deirdre? —pregunta Kersti.

—¿Por qué tendría que haberlo hecho? —dice la mujer con brusquedad—. No necesitabas saberlo. Nadie necesitaba saberlo.

—Deirdre, ¿no te pareció que la situación merecía ser investigada en el momento en el que sucedió? —Los ojos de Deirdre se llenan de lágrimas y aparta la mirada—. Sé que no debe haber

sido fácil.

—¡Claro que no! —exclama—. No fue nada fácil. ¡Estaba intentando proteger su reputación!

—¿Su reputación o la tuya?

—Eso no es justo, Kersti.

—Lo siento. No lo dije en serio.

—Tú no tienes hijos. —Deirdre alza la manta de piel que cuelga del apoyabrazos del sillón y la extiende sobre sus piernas de pájaro—. No sabes lo difícil que es protegerlos de lo que el mundo piensa de ellos. La gente puede ser muy cruel, Kersti. No quería que nadie se enterara de que había estado embarazada. O de que había intentado quitarse la vida. Cressida era una persona especial. Quería que la recordaran como tal.

—¿Y qué hay de buscar justicia por lo que le ocurrió?

—¿Justicia? —pregunta Deirdre con desdén—. ¿Crees que a ella le importa la justicia? Te aseguro que preferiría poder comer e ir al baño por cuenta propia. Nunca habrá justicia por lo que sucedió.

—¿Y si alguien la empujó? —insiste Kersti—. El hecho de que estuviera embarazada... Quiero decir, si tú no querías que se supiera, imagínate la gente que tenía más que perder.

—No comprendo —dice Deirdre—. ¿Por qué Magnus haría...?

—Magnus no era el padre —declara Kersti y Deirdre suspira—. Tenía un romance con su profesor de Historia.

—¿El señor Fithern? —exclama y se sienta erguida—. ¿El del Modelo de las Naciones Unidas?

—Sí.

—Cressida lo adoraba —recuerda Deirdre—. No dejaba de hablar de él...

—Estaba enamorada de él. Y, en teoría, él estaba enamorado de ella.

—¿No estaba casado? —pregunta Deirdre—. ¿Con una de las profesoras del instituto?

Kersti asiente y deja que Deirdre absorba la información.

—Aun así —continúa la mujer con una voz suave que apenas se oye—. Fue hace mucho tiempo.

—Si sirve de algo, yo creo que es posible que alguien la haya empujado —declara Kersti, y, con solo expresar la idea en voz alta, siente que la cristaliza—. El otro día hablé con la señora Fithern. Ella fue la que me dijo que Cressida estaba embarazada.

—¿Ella lo sabía?

—Se lo dijo el señor Fithern. Ella cree que Cressida intentó suicidarse. Parece que los dos creen lo mismo.

—Bueno, es cierto que hay una nota de suicidio —reconoce Deirdre—. Quizás tienen razón.

—Sí, todo encaja a la perfección. Pero las dos sabemos que la nota es una puta mentira.

—Ay, Kersti. Pero ¿qué podemos hacer ahora? —Deirdre tira nerviosa de las perlas que rodean su cuello.

—Puedes iniciar una investigación en Lausana.

—¿Para qué? —exclama Deirdre—. No le devolverá la vida a Cressida. Solo la humillará y estropeará su...

—¿Su qué? ¿Su vida? ¿Su reputación? ¿Acaso aún importa todo eso?

Deirdre hunde la cara entre las manos y llora en silencio; los hombros angostos acompañan el llanto con sacudidas. Estira un brazo en busca de un pañuelo. Kersti salta del sillón y le alcanza la caja.

—¿En serio crees que alguien empujó a mi bebé? —pregunta y se suena la nariz.

—Creo que vale la pena investigar la posibilidad, Deirdre. Por lo menos podemos intentar hablar con Bueche y Harzenmoser.

—No puedo volver a ese lugar...

—Yo iré contigo —asegura Kersti—. Me han invitado para el centenario del Lycée. Podemos ir juntas.

—Debe existir un plazo de prescripción —dice—. Además, ¿qué les preguntaría? ¿Qué podrían decirme después de tanto tiempo? Lo único que conseguiría es pasar vergüenza.

—Bueche y Harzenmoser encubrieron la nota y ocultaron el romance. Deben de haber sabido algo al respecto. Cuando cayó, ya lo sabían todos. Cerraron la investigación antes de que la policía tuviera la oportunidad...

—No lo sé.

—*Madame* Hamidou podría ayudarte —sugiere Kersti—. Quizás siga allí. Quería a Cressida como si fuera una hija. —Deirdre frunce el entrecejo—. ¿Hay algo más que no me hayas dicho? —pregunta Kersti con cuidado—. ¿Tienes el libro mayor, Deirdre? ¿Dice algo que...? ¿La sigues protegiendo?

Deirdre sacude la cabeza y abre la boca para decir algo, pero antes de poder responder, una niña de unos ocho años entra corriendo a la habitación, sin aliento y con las mejillas rojas.

—¿Madre? —exclama y se desploma junto a Deirdre mientras ojea a Kersti con curiosidad. ¿*Madre?*, piensa Kersti anonadada.

La niña es preciosa, tiene ojos verdes claros y rizos castaños rojizos recogidos en dos coletas. Es casi tan alta como Deirdre e igual de esbelta, y lleva pantalones con brillos y un jersey con un signo de la paz hecho con cuentas resplandecientes.

—Cariño —dice Deirdre mientras se seca las lágrimas de los ojos e intenta recuperar la compostura—. No te había oído entrar.

—¿Por qué lloras? —pregunta la niña, pero no aparta los ojos de Kersti.

—Estábamos hablando sobre Cressida —explica—. Sabes que eso pone muy triste a tu madre. Sloany, ella es Kersti, una amiga del instituto de Cressida. Kersti, ella es Sloane.

—Hola, Sloane.

—Hola.

—¿Cuántos años tienes?

—Siete y tres cuartos.

—Sloany —observa Deirdre—, tienes los talones de los calcetines sucios. Por favor, ve a cambiártelos y empieza tus deberes.

—¿Puedo comer un tentempié?

—Laylay te cortará un mango.

Sloane se desliza del sillón hasta el suelo con un quejido reticente y arrastra los pies hasta salir de la habitación. Una vez que se ha ido, Kersti se gira hacia Deirdre.

—Qué bonita —comenta Kersti—. Te ha llamado «madre».

—Sí.

—No puede ser hija tuya —señala Kersti y, gracias a la melena de rizos rebeldes, los ojos verdes claros y la curva perfecta de los labios, tiene una idea de a quién le pertenece.

—Cuando Cressida tenía veintisiete años —comienza Deirdre—, la llevé a una clínica de fertilidad que está en Colorado para hacer una fecundación *in vitro*.

—Dios mío. ¿Es hija de Cressida?

—En cuanto Cressida volvió a los Estados Unidos, me encargué de que le hicieran un DyC para asegurarme de que el primer embarazo no interfiriera con los que vinieran después. Por las dudas. En ese momento, todavía tenía esperanzas de que Cressida se recuperara y pudiera llevar una vida normal. Con el tiempo, quedó claro que no mejoraría. Así que, en 2007, busqué un donante de esperma y un vientre de alquiler, y ahora tengo a mi Sloane.

Kersti recuerda la habitación preparada para una niña que había visto la última vez que estuvo de visita. Debería haberlo sabido. Deirdre ha creado una réplica de Cressida.

—Es la luz de mi vida —declara Deirdre—. Es mi segunda oportunidad.

—¿Sabe que Cressida es su madre?

—Yo soy su madre —asegura Deirdre.

—Tú eres su abuela.

—La he criado como si fuera mía.

—¿Qué cree que es Cressida?

—La hermana. Mi primera hija.

Kersti se queda sin habla. Tiene que admitir que congelar óvulos fue una idea ingeniosa si el objetivo era preservar el legado de Cressida en vez de recrearla.

—No me arrepiento de nada —asegura Deirdre—. Todavía tenemos guardados quince óvulos congelados...

Quince óvulos.

Las palabras caen como si fueran una bomba. La idea que se le ocurre a Kersti es una locura de

tal magnitud que la deja perpleja por ser tan perfectamente irónica.

—Da igual —dice Deirdre—. Voy a considerarlo.

—¿Considerar qué? —pregunta Kersti, perdida por completo en sus pensamientos.

—Ir a Lausana para hablar con Bueche y Harzenmoser...

—Deirdre —suelta Kersti con brusquedad, segura de que esta es su única oportunidad; segura de que si quiere tener un bebé tiene que intentarlo por todos los medios posibles—. Tengo una propuesta que hacerte.

Capítulo 22



LAUSANA — noviembre de 1997

A medianoche, Kersti sale de su habitación para ir a buscar a Cressida. Todavía no está acostumbrada a no compartir el dormitorio con ella. Ahora tienen habitaciones individuales en el tercer piso, un supuesto privilegio para las mejores alumnas del último año. Pero Kersti se siente sola. Hay veces que la habitación pequeña, con la cama individual y el techo inclinado, parece más como una celda. Echa de menos la compañía de Cressida.

La pelea que tuvieron a finales del año anterior ha quedado casi en el olvido. La noche que Cressida le confesó su romance con el señor Fithern, Kersti decidió dejar de hablarle durante todo el verano. Ya era mayo, así que solo le quedaban un par de semanas para aplicar la ley del hielo antes de que llegara el fin del año escolar.

Duró unas dos semanas, durante las cuales tuvieron una convivencia bastante incómoda en la habitación. Cressida insistía en explicar su lado de la historia. Pero Kersti estaba demasiado dolida. Al principio, no podía superar el hecho de que Cressida hubiera declarado su amor por Magnus cuando ya estaba en una relación con el señor Fithern, pero la curiosidad morbosa terminó por aplastar la superioridad moral de Kersti. No soportaba quedar excluida del drama constante que era la vida de Cressida. La mataba no poder hacerle todas las preguntas que se le ocurrían. Quería saber todo sobre la relación. Quería los detalles. ¿Dónde quedaban? ¿Dejaría a su mujer? ¿Alguien más lo sabía? Y, por supuesto, Kersti quería saber si Magnus estaría disponible de nuevo.

Al final, cedió la noche del Día de la Ascensión. Estaba acostada, pero no se podía dormir, y Cressida estaba sentada en su escritorio, trabajando en su ensayo. Siempre hacía los deberes en mitad de la noche, como si fuera algo de último momento y de poca importancia.

—Me dijiste que estabas enamorada de Magnus y que por eso lo querías de vuelta —soltó Kersti en la oscuridad—. Sabías que me gustaba, pero de todas formas me lo tuviste que quitar...

—No te lo quité *a ti* —señaló Cressida y se giró para mirarla.

—Y todo este tiempo, también estuviste acostándote con el señor Fithern. ¿Por qué? —exigió Kersti—. ¿Por qué no podías dejarme tener a Magnus?

—No me correspondía elegir —dijo Cressida—. Magnus es una persona. Tomó sus propias

decisiones. No tuve ningún control sobre eso. Además, sí sentía cosas por él.

—¿Sentías?

—Siento.

—Pero lo que sientes por el señor Fithern es más fuerte —señaló Kersti y encendió la luz que estaba en la mesilla de noche—. Eso fue lo que dijiste. ¡No entiendo por qué debes tener a los dos!

—¿Nunca has querido a dos personas a la vez? —Kersti pensó en Cressida y Magnus, y supo que la respuesta era «sí», pero no dijo nada—. No creí que Charlie y yo tuviéramos un futuro —explica Cressida.

—Así que te quedaste con Magnus como reserva, lo que lo mantuvo alejado de mí. Y lo hiciste solo porque podías.

—No, Kersti. Lo que tenía con Charlie era una aventura. Nunca planeé enamorarme de él. Planeaba seguir con Magnus. Magnus y yo tenemos sentido como pareja. Charlie y yo... —Sacudió la cabeza desconcertada. Como si ella fuera la víctima de la situación—. Puede que sea impulsiva —dijo—. Sigo lo que me dicta el corazón y a veces no mido el riesgo y la gente sale herida, pero no soy una mala persona, Kersti. No tomo decisiones con la intención de hacer daño a la gente. Mucho menos con la intención de hacerte daño a ti o a Magnus.

—¿Crees que eso significa que lo que haces está bien?

—No sé si está bien —admitió Cressida—. No me preocupo por qué está bien y qué está mal.

Kersti sabía que eso era cierto. Lo que no sabía era si le parecía una cualidad admirable o reprochable. Pensó en *El extranjero*, y se preguntó si Cressida era amoral o si solo vivía de acuerdo con su propia verdad.

Durante la mayor parte del verano, su amistad fue como una pieza delicada. Todavía estaba entera, pero tenía cientos de arañazos finos que debilitaban su integridad. Se escribían e-mails con regularidad —Cressida los enviaba desde Londres o Belice o desde donde fuera que estuviera—, pero los intercambios eran cortos, formales. Kersti seguía ofendida y no quería que Cressida creyera que la había perdonado.

Hasta que llegó el cumpleaños de Kersti en agosto, y recibió un paquete de FedEx con un billete de avión a Grecia. «Diecisiete años sobre esta tierra merecen diecisiete días en las islas griegas. Feliz cumpleaños, Kuusky. Quedamos en el aeropuerto de Atenas. Cress».

Los padres decidieron que sería un regalo de graduación adelantado y la dejaron ir. Le dieron un teléfono móvil y doscientos dólares, y se fue. Se suponía que Armand y Deirdre estarían con ellas durante todo el viaje, pero Deirdre consiguió un papel en el West End, así que se tomó la decisión de que viajarían con una carabina, la asistente personal de Armand, que tenía veinticinco años. Armand voló en un avión privado para estar con ellas un par de días en Corfú y Samos, pero en el resto de las islas estuvieron prácticamente solas.

En agosto, las islas griegas rebosaban de turistas. Todos los lugares a los que iban las recibían con calor, una multitud de gente y mucho entusiasmo. Pronto adoptaron una rutina: dormir hasta el mediodía, beber café griego, pasar un par de horas en la playa, dormir una siesta a la tarde. Cena a las diez de la noche. Fiesta hasta las cuatro, cinco, seis de la mañana, baile, chupitos de tequila y, para terminar la noche, unos *gyros* al amanecer. Kersti tuvo una aventura con Boyd de Brisbane. Así lo llamaban. Las acompañó a Santorini e Íos, pero al final Kersti decidió perderle el rastro. En realidad, le gustaba bastante, pero había empezado a sospechar que él en realidad quería a Cressida. ¿Cómo habría sido posible que no la prefiriera? Quizás no era más que paranoia —quizás no podía creer que alguien la quisiera a ella en vez de a Cressida—, pero no estaba dispuesta a encarar otro rechazo.

Celebraron su cumpleaños número diecisiete durante diecisiete días, yendo de isla en isla. La mejor parte fue tener a Cressida para ella sola durante tanto tiempo. La última noche, cuando estaban en el transbordador de camino a Atenas, Kersti sujetó la mano de Cressida.

—Gracias —susurró.

Estaban acostadas una al lado de la otra en la cubierta, rodeadas de docenas de otros mochileros que también miraban las estrellas.

—Yo soy la que debería darte las gracias —respondió Cressida—. No te merezco.

Kersti supo en ese momento que habían recobrado la amistad. Ya no había arañazos; la superficie estaba lisa de nuevo. El corazón de Kersti rebosaba de alegría.

Kersti llama a la puerta de la habitación y Cressida se asoma con una sonrisa pícaro.

—Tengo una sorpresa para ti —anuncia.

—¿Qué?

Cressida la hace entrar a la habitación de un tirón, cierra la puerta y saca un porro del bolsillo de su canguro de jersey.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunta Kersti. Sabe que Cressida fuma mucho (con Magnus y con el señor Fithern), pero no suele hacerlo en el instituto.

—Tenemos que fumar aquí —declara Cressida—. Aunque sea una vez antes de que termine el año. —Se refiere a la Casa Huber. Siempre que han fumado lo han hecho en Ouchy o fuera de algún bar.

Se envuelven en jerséis y abrigos, y salen al balcón. Cressida enciende el porro, da una calada y se lo entrega a Kersti. Lo pasan de una a la otra, el humo se mezcla con el aliento congelado.

—Hace mucho frío —observa Kersti mientras le tiritan los dientes.

—¿Te parece raro que Celine Dion esté casada con ese tipo viejo? —pregunta Cressida, y parece que el tema le molesta bastante.

—¿Qué te hizo pensar en eso?

—Ella es canadiense y tú eres canadiense. Creo que conecté las dos ideas. Además, se me ha

pegado esa canción estúpida de *Titanic*.

—Era su representante —comenta Kersti.

—Ya lo sé, pero podría ser el padre. Tenía como doce años cuando se casó con él.

—Tenía doce cuando la descubrió, no cuando se casaron. —Kersti ríe.

—Aun así —insiste Cressida—. Ella era una niña y él tenía como cuarenta.

—Tú estás enamorada de un hombre mayor —le recuerda Kersti.

—Charlie tiene treinta años y yo tengo casi dieciocho. Y él no es paternal. Es sexy. —De pronto, Cressida se asoma sobre la barandilla y levanta los brazos en el aire—. ¡Soy la reina del mundo! —grita y empieza a cantar la canción de *Titanic*.

Kersti se coloca detrás de ella y la sostiene de las caderas, como si fuera Leonardo DiCaprio en la película.

—¡Te tengo, Rose!

Cressida da media vuelta para seguir el juego.

—¿A dónde vas, Rose? —pregunta dramáticamente—. ¿A estar con él? ¿A ser la prostituta de esa rata de alcantarilla?

—¡Prefiero ser su prostituta antes que tu mujer, Cal! —responde Kersti y las dos estallan en risas. Kersti guarda en secreto que en realidad le encantó la película.

Entran en la habitación y se quitan los abrigos.

—Vayamos a hornear algo —propone Cressida.

Bajan a la cocina que está en la planta baja, donde las alumnas del programa *Économe* tienen sus clases de cocina y aprenden a plegar servilletas. La puerta tiene una cerradura antigua que cualquier alumna de la Casa Huber sabe forzar. La nevera siempre tiene los materiales básicos para hornear —harina, azúcar, manteca, huevos— y, a veces, algo especial, como mermelada o chips de chocolate.

—¿Hay algo interesante? —pregunta Kersti mientras Cressida empieza a abrir todas las alacenas.

Cuando encuentra lo que está buscando, lo levanta en el aire como si fuera un trofeo.

—¡Cacao en polvo! —exclama—. ¡Podemos hacer *brownies*!

Las dos lo celebran, se abrazan y bailan por toda la cocina. Abren la nevera y encuentran un frasco de mermelada Hero y un envase de nata montada.

—También podemos hacer *scones* —sugiere Cressida.

Kersti enciende el horno mientras Cressida saca más cosas de la nevera.

—Quizás Celine cree que su marido es sexy. —Kersti vuelve a la charla que estaban teniendo antes—. Quizás tú estás enamorada del señor Fithern porque te recuerda a Armand.

El comentario hace que Cressida estalle en risas.

—Armand es un imbécil —dice mientras mezcla cacao, granos de café molidos y nata en una

taza—. Y para ser sincera, creo que es gay.

—¿Tu padre es gay?

—Estoy casi segura.

—¿Y qué pasa con Deirdre?

—No creo que le importe —responde Cressida—. Seguro tiene sus propios amantes.

—¿Hace cuánto lo sabes? —pregunta Kersti—. ¿Por qué nunca me lo has contado?

—Bueno, no es como si me hubieran sentado para darme el anuncio. Y no lo sé con certeza. Empecé a sospecharlo la última vez que estuve en casa. Quiero decir, nunca están juntos.

—Eso no quiere decir que sea gay.

—Deberías ver cómo mira a los hombres —señala Cressida—. Cómo coquetea con ellos. Siempre lo ha hecho.

—Pobrecilla tu madre —dice Kersti mientras se imagina a Deirdre de joven en el día de su boda, sin tener ni idea de que estaba comprometida con un homosexual.

Cressida añade agua hirviendo a la mezcla de café y cacao y toma un sorbo.

—Armand me recuerda a Thurston Howell de *La isla de Gilligan* —comenta Kersti mientras bate la manteca y el azúcar en un bowl para formar una crema—. ¿Has visto que siempre usa corbata y habla con la mandíbula rígida y los dientes apretados?

—*Gilligan* —dice Cressida con la boca lo más ancha posible y los dientes apretados.

—*Lovey*. —Kersti adopta el mismo gesto para hablar entre los dientes—. *Capitán*.

—Mierda —pronuncia Cressida—. Nunca lo había pensado. Seguro que el señor Howell es gay.

—¿Crees que la señora Howell lo sabía?

—Dormían en camas separadas...

Kersti añade cacao y huevos a la mezcla de *brownie* mientras Cressida empieza con los *scones*. Podría hacerlo con los ojos vendados si fuera necesario. Deben de haber hecho un millón de *scones* en los últimos años: es lo único para lo que siempre encuentran ingredientes.

—Debe de ser raro crecer súper pobre y terminar teniendo miles de millones de dólares —comenta Cressida al tiempo que amasa la mezcla.

—¿Thurston Howell creció pobre? —pregunta Kersti y coloca los *brownies* en el horno.

—No. Celine Dion.

Se miran entre ellas en un momento de confusión mutua y después se caen de risa sobre el suelo de linóleo.

—¿Crees que está mal que espere conseguir siempre lo que quiero? —pregunta Cressida poniéndose seria.

—Ehh. Sí, es probable.

—¿Significa que soy una mala persona? —continúa, y el tono es más curioso que preocupado.

—Claro que no —responde Kersti, apoyada sobre su codo—. Para ti es normal. Siempre has conseguido todo lo que quieres, así que es lo único que conoces.

Se quedan acostadas durante un rato largo, rodeadas por el aroma de lo que están horneando.

—¿Qué haré sin ti, Kuusky?

—Recién es noviembre.

—¿Ya has decidido qué harás el año que viene? —pregunta Cressida.

—Estaba pensando en la Universidad de Toronto o Ryerson. O quizás trabaje en la agencia de viajes de mi padre.

—¿Por qué harías eso? —dice Cressida.

—A ellos les gustaría que siguiera con el negocio familiar.

—¿Y a ti? ¿Qué te gustaría?

—No sé. Escribir. Pero es una tontería... Necesito un trabajo de verdad.

—Odio cuando dices mierdas de ese estilo —declara Cressida y alarga la mano para llegar al bowl y sacar un poco de la mezcla de *brownie* con los dedos.

—¿Y qué estilo es ese?

—Cosas como: «Necesito un trabajo serio», «no puedo ser escritora», «haré lo que mis padres quieren que haga». —Se gira para mirar a Kersti con la cara cubierta de mezcla de *brownie*—. No tienes ni idea de lo mucho que me deprime.

—Perdón por no ser como tú —dice Kersti—. Yo no espero conseguir todo lo que quiero en la vida.

—Quizás deberías.

—Prefiero gustarle a la gente en vez de hacerle daño o decepcionarla.

—Ese es tu problema —asegura Cressida—. Te haría bien tener un poco más de Cressida en ti.

Mientras suben la escalera, con el estómago lleno de *brownies*, *scones* y café, se sujetan del pasamanos para no caer. Kersti se pregunta cuántas veces habrán subido estas escaleras en los últimos cuatro años. Ahora, cada vez que hace algo, piensa en eso. ¿Cuántas veces hemos hecho esto sin valorarlo? Subir las escaleras de Huber; hornear *scones* en mitad de la noche; cotillear en el baño; el pollo asado con patatas fritas de los sábados; las caminatas matutinas de los domingos para ir al McDonald's que está al lado de la estación; jugar a perseguirse por la pasarela que conecta Huber y Lashwood.

Cressida apoya las manos contra la parte baja de la espalda de Kersti y la empuja hacia arriba escalón a escalón. Las dos están conteniendo la risa. Cuando llegan al descanso del primer piso, Kersti se detiene de pronto.

—Mira —susurra, y señala hacia el final del pasillo, desde donde alguien se acerca hacia ellas con sigilo: una figura alta con pelo corto, masculino, tosco.

Cuando la persona se acerca, un rayo de luna entra por una de las ventanas e ilumina su cara

durante un instante. Es Angela Zumpt.

Angela ve que están de pie junto a la escalera, esperándola, y ahoga un grito.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunta.

—Teníamos hambre —responde Kersti—. ¿Qué haces tú en el primer piso?

—He bajado al baño —dice Angela mientras intenta pasarlas.

—¿El nuestro tiene algún problema? —indaga Kersti. La habitación de Angela también está en el tercer piso, donde hay un baño en perfecto estado.

—Prefiero este —asegura nerviosa, con su acento alemán—. Además, no es asunto vuestro.

Kersti se ríe y mira a Cressida, esperando que comente algo, pero la expresión de su cara tiene una solemnidad peculiar. No dice ni una palabra.

—¿Cress?

—He comido demasiado —responde Cressida—. Tengo que vomitar.

Angela sube las escaleras con prisa hasta el tercer piso y Cressida no se queda atrás.

—¿Qué ha sido todo eso? —pregunta Kersti a Cressida mientras intenta alcanzarla—. ¿Qué crees que estaba haciendo? ¿Vigilando a alguien en el primer piso? ¿Espionando?

—Es probable —responde Cressida distraída, y corre al baño.

Capítulo 23



TORONTO — febrero de 2016

En el exterior, nieva un poco. La recepción de la clínica está decorada para San Valentín y hay un cartel que cuelga de la ventana. Kersti y Jay están sentados uno al lado del otro en la sala de espera. Ella levanta la mirada del panfleto de «Todo lo que necesita saber sobre su esperma» y nota que Jay está aferrado con tanta fuerza a su portátil que tiene los nudillos blancos. Tiene la mirada afligida y fija en la nada.

—No estás nervioso, mi amor, ¿o sí? —le pregunta con suavidad—. No es la primera vez que lo haces. —Levanta el panfleto—. ¿Sabías que las células reproductoras se llaman gametos?

—Lamento decirte que sí. Ya lo he leído.

—Han pasado por lo menos cuarenta y ocho horas, ¿no?

—Ya me lo has preguntado cincuenta veces. Sí. Han pasado cuarenta y ocho horas.

—Solo quería asegurarme de que estuvieran fresco...

—Está fresco, Kersti. Aunque no lo creas, soy capaz de pasar cuarenta y ocho horas sin masturbarme. Además, comí tus ostras y tu cazuela de semillas de calabaza y me tomé mi zinc, ácido fólico y vitamina D. Mi esperma está FRESCO, maldita sea.

Kersti acaricia su mano y apoya la cabeza contra su hombro.

—Esta vez es la vencida, cariño. Estoy segura. Esta mañana mi endometrio tenía un engrosamiento maravilloso y la enfermera dijo que mi mucosa cervical estaba perfecta.

—Por eso me casé contigo —murmura—. Por esa perfecta mucosa cervical.

—Y mis labios vaginales ya no están hinchados...

—¿Mi amor? —dice Jay—. No quiero volver a oír las palabras «labios vaginales» o «hinchados» salir de tu boca.

—¿Jay Wax? —La enfermera está de pie en el pasillo con una tabla portapapeles—. Estamos listos para atenderlo.

Jay se pone de pie y lleva una mano a la frente para saludarla al estilo militar.

—Los gametos están listos para servir —dice.

—Aquí tienes tu pornografía. Ahora ve a hacer un bebé para nosotros. —Kersti le entrega el bolso con el portátil.

Todavía no puede creer que estén en el Centro de Medicina Reproductiva de Colorado para crear un bebé con los óvulos de Cressida. El camino que los ha traído hasta aquí ha sido irreal, pero también ha sido un destino divino que comenzó con la carta de Lille, que los ha conducido hasta este momento. Si no fuera por esa primera visita a Deirdre, Kersti seguiría en Toronto y abandonaría a regañadientes el sueño de la maternidad.

Resulta que Deirdre se sentía más que feliz de donar a Kersti cuantos óvulos de Cressida necesitara. La única condición era que, si Kersti quedaba embarazada, Deirdre quería formar parte de la vida de los niños.

—Nunca me impondría —aseguró—. No esperaría que penséis en mí como si fuera la abuela, pero necesitaría verlos de vez en cuando y estar al tanto de cómo crecen. Técnicamente, y aunque nunca lo sepan, yo *sería* la abuela biológica.

A Kersti le pareció justo, un pequeño precio a pagar. Deirdre estuvo de acuerdo en que su abogado preparara un contrato y Kersti salió de la casa con un último obstáculo por superar: *Jay*.

Con gran esfuerzo, pudo controlarse y no decir nada al respecto hasta la cena de ese sábado en Boston, después de haber pasado el día en el spa y de haber tenido un par de rondas de sexo de reconciliación. Y después, cuando Jay estaba relajado y sonrojado por el vino, con el estómago lleno de filete miñón y espinaca a la crema, Kersti dijo:

—Quiero que sepas que tienes toda la razón del mundo.

—¿Ah sí? ¿Con respecto a qué?

—A mí, a que nunca estaré dispuesta a abandonar la esperanza de tener un bebé.

—¿Y eso es algo bueno o malo? —Jay la mira nervioso.

—Habría seguido hasta que estuviéramos en bancarrota.

—Me estás asustando, Kerst...

Kersti se acomodó en la silla y sorbió un poco de vino mientras elegía las palabras con cuidado.

—¿Qué dirías si los ciclos fueran gratuitos? —preguntó.

—Ayudaría —admitió él—. Pero no lo son. Mucho menos si estamos hablando de una donante...

—He encontrado una donante privada —interrumpió Kersti—. Necesito que me escuches. Ya tiene quince óvulos de la mejor calidad congelados en una de las mejores clínicas de fertilidad de los Estados Unidos. Nos los donaría gratis. Hay varios asuntos legales de por medio, es como adoptar a un bebé, pero la conozco bien. No es una desconocida. Conozco los antecedentes familiares. Solo tendríamos que pagar los medicamentos para mí, que sería un gasto mínimo, y el transporte...

—¿Quién es?

—Escúchame —imploró y sujetó sus manos—. Mírame, Jay, y solo responde esta pregunta:

¿quieres tener un hijo? Olvida todo lo demás...

—No puedo olvidar todo lo demás...

—¿Quieres tener un hijo? —repitió.

—Sí —respondió, y Kersti se conmovió al ver que tenía lágrimas en los ojos—. Claro que sí. Sabes lo mucho que me gustaría ser padre.

—Entonces considera esto. La cantidad que necesitemos de óvulos de alta calidad *gratis*, de alguien que conozco. Es el destino, Jay. No podemos rechazar esta oportunidad.

—¿Quién es?

—Cressida.

—¿Cómo diablos...? —La boca de Jay quedó abierta.

—Su madre congeló sus óvulos.

—Mierda. Eso sí que es retorcido.

—Ya ha tenido una niña con esos óvulos —continuó Kersti—. La conocí. Es preciosa. Perfecta. Deirdre usó un donante de esperma, pero nosotros usaríamos tu esperma, por supuesto, y tú serías el padre... —Sacó el móvil para enseñar las fotos que había tomado a Sloane, así como algunas que había añadido de Cressida cuando era bebé y en su adolescencia—. Esa es la hija, Sloane. Y esta es Cressida. Aquí tiene dos años, aquí tiene cinco...

Jay recibió el móvil y observó las fotos de la galería.

—Era preciosa —comentó cuando se detuvo en una imagen de Cressida en el Lycée.

—Hablé con Deirdre sobre los antecedentes familiares —dijo Kersti—. No hay nada alarmante o inusual...

—Excepto las tendencias suicidas —señaló Jay y le devolvió el móvil—. Intentó quitarse la vida, Kersti.

—No, no creo que lo haya hecho —declaró Kersti—. No he tenido oportunidad de hablarlo contigo, pero no creo que eso fuera lo que ocurrió. Y en algún momento, cuando hayamos terminado con esto, voy a probarlo...

—Sea como sea, ¿no estaba un poco perturbada? ¿No hizo algunas cosas bastante jodidas? No creo que esos sean los genes que quieras para nuestro hijo.

—Yo la conocía, Jay. Tenía un buen corazón. Ella misma era su peor enemiga, eso fue todo. Se crio en un internado desde los siete años. ¿Cuáles eran las posibilidades de que no terminara jodida? Pero eso no tiene nada que ver con los genes.

—Aun así...

—¿Quieres hablar de genes? —continuó Kersti, cada vez más enardecida—. Su mente era brillante. Daba miedo lo inteligente que era. Y, por supuesto, era preciosa y perfecta en todos los aspectos...

—Es una locura, Kersti. Lo sabes, ¿no?

Cuando Jay dijo eso, Kersti calló.

—Sí —confesó al borde de las lágrimas—. Lo sé.

Y por primera vez desde aquella tarde en la que salió de lo de Deirdre, todos sus intentos de racionalizar y justificar esta elección también callaron. Sí, era una locura, ni siquiera ella podía negarlo. Pero también había una poesía exquisita en que ese fuera su destino.

—Quiero un bebé —declaró con llaneza—. Sé que crees que estoy perdiendo la cabeza, y quizás esté pasando, pero se ha presentado esta posibilidad y no puedo ignorarla. Siento que es lo correcto, que es nuestra última oportunidad.

—Y vas a hacerlo conmigo o sin mí, ¿verdad?

—Claro que no —contestó Kersti sin estar segura de que fuera verdad—. Estamos juntos en esto, ¿recuerdas?

Jay se quedó en silencio durante mucho tiempo. Kersti se comió un par de bocados de su pastel de chocolate fundido mientras él ni siquiera tocaba su *crème brûlée*. Ella no había pasado por alto la ironía de la situación; al usar los óvulos de Cressida, Kersti estaba demostrando ser mucho más parecida a Cressida de lo que hubiera imaginado. Jay seguía contemplando el pedido extravagante que acababa de recibir, pero ella ya sabía que alcanzaría su cometido, sin importar lo escandalosos o controversiales que fueran los medios.

Al final, ¿era tan diferente a Cressida? ¿Acaso la implacabilidad y pasión con la que perseguían sus deseos más personales, la voluntad obstinada y la negación a aceptar un «no» como respuesta o a darse por vencida no demostraban que las dos poseían, en el interior, el mismo egocentrismo y la misma tenacidad? Quizás ni siquiera fuera algo malo. Quizás era un reflejo de la fortaleza interna y la perseverancia más que de una debilidad del carácter. Al menos esa fue la perspectiva que Kersti eligió tomar. Y ese entendimiento trajo consigo un nuevo respeto por Cressida y por la Kersti más joven.

—Necesito un par de días para pensarlo, ¿de acuerdo? —dijo Jay después de un rato.

Kersti supo de inmediato que lo haría. Podía ver que estaba casi convencido. Había algo en su semblante que había cambiado. Quizás había sido el dinero, sumado al hecho de que la donante no sería una desconocida, pero Kersti estaba segura de que él quería un bebé tanto como ella.

Era una suerte que fuera así, porque una vez que la semilla había sido plantada, no había marcha atrás para Kersti. La idea de criar a sus propias Cressidas en miniatura era demasiado tentadora. Criaturas preciosas, inteligentes y magníficas como su madre biológica, pero con el amor y cuidado que Kersti y Jay les proveerían. En las manos más estables de Kersti, los genes de Cressida florecerían y prosperarían en el cuerpo pequeño de una niña o un niño.

Ahora mira cómo Jay sigue a la enfermera por el pasillo y siente que su corazón se expande. Jay se gira hacia ella con una sonrisa grande y levanta los dos pulgares. *La desesperación puede hacer que una haga cosas inimaginables*, piensa. O que una se convierta en alguien que nunca

pensó que sería.

Dos semanas más tarde, Kersti se encuentra acostada en el sillón a la espera de esa llamada asombrosa y aterradora. Los resultados de la prueba de embarazo. Fueron a Monte Sinai esta mañana para hacerla; condujeron hasta el centro en silencio absoluto, con un estado de ánimo solemne. Para la mayoría de las parejas, es un momento de alegría y celebración. Para ellos es ansiedad pura.

Hace dos semanas exactas, en el Día de San Valentín, dos embriones en fase de blastocito con calidad ABB fueron transferidos meticulosamente al útero de Kersti con toda la promesa de un amanecer. Después del procedimiento, se quedaron una semana en Denver y, aunque quizás fue un poco exagerado, Kersti pasó todo ese tiempo acostada boca arriba en la habitación del hotel. Desde que volvieron a Toronto, ha estado obsesionada con los síntomas que podrían ser tanto de un embarazo real como de uno imaginario. Sabe por experiencia propia, y por haber leído infinidad de blogs sobre fertilidad, que los pechos hinchados y la fatiga pueden ser síntomas indicativos, pero el médico le ha advertido que también pueden ser efecto de las inyecciones de progesterona y que no debería entusiasmarse demasiado.

El teléfono suele sonar cerca del mediodía, después de que el hospital recibe los resultados del análisis de sangre del laboratorio. Kersti ya había recibido varias de estas llamadas, que suelen empezar con un «Lo siento, Kersti». Hubo dos veces que los resultados fueron positivos —técnicamente estuvo embarazada—, pero los próximos análisis de sangre indicaron que los niveles de hCG no aumentaban como debían y, cuando le hicieron la ecografía de las ocho semanas, ya no había ningún latido. El doctor Gliberman los llamó abortos espontáneos, pero después le dijo que ninguno de sus embarazos breves había sido viable. Kersti no estaba segura de qué significaba eso, si la intención era consolarla o hacer que esas pérdidas fueran menos traumáticas por no haberse tratado de «embarazos» reales, pero, después de todo lo que habían atravesado, le pareció una broma cruel.

Después de un intento fallido de dormir la siesta, Kersti va a la cocina, hierve agua para un té de manzanilla —tiene prohibida la cafeína— y unta un pan tostado con mantequilla, una de las pocas cosas que puede comer de lo nerviosa que está. Se acomoda sobre la encimera para revisar la correspondencia y desea que Jay no hubiera tenido que ir a trabajar. Sabe que esa es su forma de lidiar con la situación, pero sería más fácil si él estuviera aquí para hablar y pasar el rato juntos. Su madre se ofreció a ir, pero Kersti no está preparada para encarar a Anni ni a ninguna de sus hermanas. Si las noticias no fueran buenas, no podría soportar tenerlas allí.

Entre la correspondencia, hay un sobre grueso de parte de Deirdre, que debe ser más copias de documentos legales. Hizo que su abogado redactara una serie de contratos inquebrantables. Kersti abre el sobre y quita la banda elástica de lo que parece ser una pila de cartas. Encima de todo hay una nota de Deirdre.

Kersti:

Debería haberte dado esto hace mucho tiempo, cuando viniste a Boston. Tenía la intención de hacerlo, pero nos distrajimos con asuntos más «urgentes». Ya me conoces, así que entenderás por qué he ocultado esto durante tanto tiempo: vergüenza/humillación/pudor. Mi hija nunca dejó de sorprenderme. ¡Te puedo asegurar que mi adolescencia fue muy distinta a la suya! Sé que no es el misterioso libro mayor —que te prometo que no tengo—, pero quizás estas notas te hagan entender mejor lo que estaba pasando antes de la caída. Nunca supe de quién eran hasta que tú me lo dijiste, aunque debo confesar que sí sabía que había estado saliendo con alguien además de Magnus. Estas «cartas de amor» —si se las puede llamar así— me llegaron con sus cosas, escondidas entre las hojas de un libro. Ahora debo deshacerme de ellas —Sloane está en esa edad en la que mete las narices en todos lados—, y las opciones eran dártelas a ti o al incinerador. Quizás te ayuden, si es que decidimos continuar la investigación después de que tengas el bebé.

Habiendo dicho esto, estoy junto al teléfono a la espera de buenas noticias. Tengo fe en que los óvulos de nuestra Cressida te bendecirán con uno o incluso dos —¿tres, cuatro?— niños preciosos. Cuida mucho de ti misma y de nuestro valioso cargamento. Con cariño, D.

Kersti abre una de las notas.

C:

Nadie ha hecho que me corra como tú. No puedo pensar en otra cosa durante todo el día. Te espero esta noche. Ponte lo que te pusiste la otra vez.

C-

Kersti nunca se ha considerado una mojigata, pero incluso ella se encuentra un poco escandalizada. Cressida debía de haber tenido dieciséis o diecisiete años en ese momento.

Kersti no reconoce la letra, pero asume que pertenece al señor Fithern. Charlie, como lo llamaba Cressida.

C:

¿Por qué tienes miedo de que me descubran después de tanto tiempo? No te preocupes por mí. Eso es problema mío. Te quiero. Ahora ven pronto que quiero acostarme contigo.

C-

C:

Anoche, mientras tu cuerpo se sacudía entre mis brazos después de tu orgasmo, supe que dejaría todo para tenerte por siempre. Y sí, para responder tu pregunta de nuevo, nadie hace que me corra como tú.

C-

C:

Estuve soñando con tu cuerpo perfecto y con todo lo que le voy a hacer esta noche cuando te vea. Y nada de volver a decir las cosas que dijiste la otra noche. Sabes que eres la única para mí, la única a la que quiero. Nunca lo olvides, aunque la situación parezca diferente desde el exterior.

C-

C:

¿Por qué dices que no podemos seguir nuestra relación? Tu edad y todos los otros motivos son irrelevantes y no significan nada para mí, ideberías saberlo! No me gustan todas estas dudas que estás teniendo. No puedo vivir sin saborearte, sin sentirte, sin olerte. Nuestra relación trasciende las normas de la sociedad. Nunca te habías preocupado por respetar las reglas. No empieces ahora. Hagamos lo que queremos. Siempre lo hemos hecho.

C-

Kersti se encuentra sonrojada y avergonzada, aunque está sola. Imagina al señor Fithern deslizando las notas dentro del manual de Historia de Cressida durante la clase, o entregándoselas cuando se veían en el pasillo camino a alguna clase. ¿Se las daba cuando le devolvía un examen o alguna tarea que había corregido? ¿Se acostaba con ella en el baño del internado mientras Abby Ho-Tai estaba en el cubículo de al lado, descompuesta por los laxantes? ¿Los excitaba cruzar la línea, destruir los límites, ignorar a todos en el Lycée, excepto a ellos mismos?

Él debía de haber tenido su propia pila de notas obscenas escritas por ella, sujetas con bandas elásticas y escondidas por toda la casa; la casa que había compartido con su mujer. ¿Las seguirá teniendo? ¿Las habrá guardado como un recuerdo, un memento de la virilidad de su juventud, de la conquista de una menor de edad?

Kersti no puede evitar preguntarse qué cosas le habría escrito Cressida a él. ¿Cómo pudo hacerlo? En un momento estaba riendo y cotilleando y haciendo tonterías con sus amigas en el baño del segundo piso como cualquier chica adolescente y al momento siguiente estaba escribiendo esas cosas a su amante casado, cosas que Kersti nunca había oído siquiera, o que no se animaría a *pensar*, mucho menos decirlas a otra persona.

Quizás la señora Fithern encontró las cartas de Cressida y las leyó. Debe de haberse sentido escandalizada y horrorizada, mucho más de lo que Kersti se encuentra en este momento. Y no solo

por la traición, sino por la obscenidad y la pura imprudencia de su comportamiento. Debe de haber detestado a Cressida.

Aun así, cuando Kersti habló con ella, su compasión por Cressida parecía genuina. «Charles fue el depredador». Había algo en ese comentario que no sonaba sincero a oídos de Kersti. La llamada con la señora Fithern la había dejado un poco alterada.

«Creo que era una niña infeliz que estaba en una situación que la superaba e intentó quitarse la vida».

Mientras Kersti no deja de darle vueltas a lo que habían hablado, se da cuenta de ya ha tomado la decisión. Irá a Lausana para la celebración del centenario y hablará con Bueche y Harzenmoser en persona. Si por algún milagro está embarazada, para ese entonces ya habrá pasado el primer trimestre; si no, el viaje será un premio consuelo. Quizás puedan ir a Estonia y hacer el crucero báltico que Jay había mencionado, viajar unas semanas para recuperarse y pensar un nuevo plan. Sea como sea, no puede detenerse. Hay demasiados cabos sueltos y preguntas sin respuestas.

Cuando suena el teléfono, Kersti casi salta del banco en el que estaba sentada, habiendo perdido por completo la noción del tiempo. Respira profundamente e intenta calmar su corazón galopante antes de atender.

Por favor, Dios. Por favor, Dios. Por favor, Dios.

—¿Kersti?

—Sí —alcanza a decir al borde del vómito.

—¡Felicidades, Kersti! —anuncia la enfermera, y su voz es el sonido más hermoso que ella ha escuchado en su vida—. Los resultados han sido positivos. Tus niveles están perfectos.

Sus niveles están perfectos. Kersti suelta el aire y se da cuenta de que no había estado respirando durante al menos un minuto. El teléfono tiembla en su mano.

—Tengo que llamar a Jay...

—Queremos que vuelvas el miércoles para hacer otro análisis de sangre.

Todavía no está a salvo, pero esta vez es diferente. Puede sentirlo. Este es el bebé de Cressida, y es como debe ser.

Capítulo 24



LAUSANA — enero de 1998

Kersti mira con atención a Cressida, curiosa por ver cómo se comportará rodeada de todos los profesores. Está de pie con el señor Fithern junto a la lujosa mesa de dulces y viste una falda de jersey que llega hasta el suelo y tiene un tajo hasta el muslo. La charla parece animada. Un camarero se acerca a ellos y entrega una copa de champán a cada uno. Chocan las copas y ríen.

Es la gran inauguración de la nueva biblioteca, un proyecto que *monsieur* Bueche inició en el 96 como parte del octogésimo aniversario del Lycée. Después de dos años de recaudación de fondos y construcción, la biblioteca está terminada e incluye ordenadores IBM nuevos, una elegante sala de estudios hecha de caoba y un departamento de archivos históricos ampliado. Kersti observa cómo la mirada de Cressida encuentra a la del señor Fithern, que está al otro lado de la biblioteca, ambos sin duda conscientes de los movimientos del otro. Algo lujurioso y secreto parece transmitirse entre ellos, y Kersti encuentra perturbador ver la facilidad que tiene Cressida para disfrutar de la charla con la señora Fithern, con quien seguro está intercambiando bromas, debatiendo literatura y burlándose de los exalumnos más estirados.

Alison sigue la mirada de Kersti y frunce el ceño.

—Me da ganas de vomitar —murmura y se aleja con un resoplido.

Kersti se arrepiente de habérselo contado a Alison y Lille, pero no podía guardárselo para sí misma. El secreto de Cressida era como una granada; Kersti habría explotado con él si no lo hubiera arrojado. En un internado, un rumor como este es oro puro. Es delicioso e irresistible.

Kersti continúa observando a Cressida hasta que ella al fin levanta la mirada y la nota. Se disculpa con la señora Fithern y se acerca a Kersti con una copa de champán en la mano.

—¿No te parece que la biblioteca es absolutamente espléndida? —bromea imitando el discurso que Bueche pronunció antes.

—*Formidable, formidable.* —Kersti sigue la broma en francés.

Deambulan hacia los archivos nuevos, donde hay fotos del último siglo enmarcadas y colgadas de la pared y una colección de artículos del Lycée expuestos en vitrinas de cristal que parecen salidas de un museo. Hay premios por logros atléticos de los años veinte y los treinta; un uniforme del instituto original —una blusa de estilo eduardiano con cuello alto y una falda azul marino hasta

los tobillos— y otro posterior que consistía en una túnica azul marino con el lema bordado en el escudo. *Bene qui latuit, bene vixit*. El que vive bien, vive inadvertido.

El resto de la parafernalia incluye un menú de 1918, donde aparece *Zürcher Geschnetzeltes* y *Rösti* para la cena; un póster del primer Festival de la Cité, 28 y 29 de junio de 1968; el primer anuario del instituto, de 1916-1917. Debajo de la vitrina hay una estantería de caoba brillante llena de los otros anuarios, desde 1918 a 1997.

Cressida se arrodilla y el tajo de su falda se abre para revelar toda la superficie de su preciosa pierna blanca. Pasa el dedo sobre los lomos amarillos e idénticos de los anuarios y recorre la escritura dorada como si estuviera leyendo braille.

Su dedo se detiene sobre 1973-1974 y lo retira de su apretado lugar entre los otros volúmenes. Se pone de pie y hojea el anuario. Kersti sabe con exactitud qué está buscando.

—¿Por qué te interesan tanto esas chicas que fueron expulsadas?

—Me da curiosidad.

—¿El qué?

—Lo que hicieron.

—¿Por qué?

—Nunca expulsan a nadie de aquí —asegura mientras esconde el anuario debajo de su jersey.

—¿Qué mierda haces?

—Vamos —susurra, con el anuario apretado contra el cuerpo.

Kersti sigue a Cressida hasta salir de la biblioteca y corren todo el camino hacia la Casa Huber, donde estallan en risas al entrar a su habitación. Cuando cierran la puerta, Cressida levanta el jersey y el anuario cae. Se sientan en el suelo, sin aliento y mareadas por la adrenalina de haberlo robado. Cressida empieza a mirarlo hoja por hoja, como si buscara una pista para develar un misterio. Quizás eso es lo que hace.

El olor a moho hace que Kersti sienta náuseas. Nunca le ha gustado el olor de los libros viejos. Le recuerda demasiado a la casa de sus padres: húmeda y descuidada. Cressida observa los retratos de los graduados, donde los estudiantes del último año posan con sus mejores amigos. Todas las alumnas de esa época parecían iguales: raya al medio de la cabeza, pelo largo y lacio al estilo *hippy* que cubre la cara, como si fuera el hábito de una monja.

—Aquí están. —Cressida señala una foto de tres chicas atractivas sentadas una al lado de la otra con los brazos entrelazados. Una cortina de pelo cubre la mayor parte de sus facciones y solo deja ver una franja fina de piel y labio, la punta de la nariz, el borde de los ojos. Ninguna de las tres sonríe—. Estas son las dos chicas a las que expulsaron —indica Cressida—. Brooke Middlewood y Tatiana Greenberg.

—¿Quién es la tercera chica?

—Amoryn Lashwood.

—¿Lashwood como la Casa Lashwood?

—Quizás —responde Cressida sin apartar los ojos de la foto, que debe haber sido tomada antes de que dos de ellas fueran expulsadas.

Junto a la imagen hay una cita:

He visto las mejores mentes de mi generación destruidas por la locura...

—*Allen Ginsberg*

Cressida sigue hojeando el anuario y cada tanto hace una pausa para leer un epígrafe o examinar una foto.

—Mira esto —dice y da vuelta el anuario para que Kersti pueda verlo—. Los Legados de Amoryn Lashwood.

Los Legados son donde los graduados mencionan chistes internos y recuerdos especiales, o donde dejan mensajes personales para sus amigos. Kersti ya tenía planeado legar un cierto profesor de Historia a Cressida, pezones a Lille, un baño lleno de humo a Alison, papel para cigarrillos a Noa, etcétera, etcétera.

Los Legados de Amoryn Lashwood son breves en comparación: «Lego la SH y el libro mayor».

—Aquí hay otro igual —observa Cressida—. «Lego la SH y el libro mayor».

—Este también —exclama Kersti, dejándose llevar por el entusiasmo de Cressida—. «Lego la SH y los secretos del libro mayor...».

En total encuentran cinco Legados similares.

—«SH» tiene que ser la Sociedad Helvetia —concluye Cressida satisfecha consigo misma—. Las chicas que dejaron estos Legados deben de haber sido Helvetianas. El libro mayor debía ser un registro de las reuniones o algo así.

—Me pregunto qué secretos están escritos allí.

—Me animo a decir que los mismos que hicieron que las expulsaran.

—¿Te refieres a lo que escribieron con aerosol en la estatua?

—Es obvio que los Legados eran un mensaje.

—¿Para quién?

—Bueche —responde Cressida, y lo hace con tanta certeza que Kersti sospecha que quizás sepa algo más—. ¿Qué mierda habrá pasado con el libro mayor? —se pregunta Cressida en voz alta, y se pone de pie para acercarse al espejo.

Examina su reflejo durante un momento antes de aplicar brillo a sus labios y una capa de rubor a sus mejillas.

—¿Vas a algún lado?

—A quedar con Magnus.

—¿Magnus?

—Sigue siendo mi novio —explica Cressida y aparta la vista de su reflejo—. Todavía siento cosas por él. —Kersti se muerde el labio—. Además —continúa Cressida en un intento por racionalizar su comportamiento—, si Charlie no deja a la señora Fithern, ¿por qué debería dejar yo a Magnus?

Kersti quiere gritar: «¡Yo lo quería en serio! ¡Yo me lo merecía!». Pero hace tiempo que Cressida ha olvidado que Kersti fue el daño colateral de su historia de amor. Y aunque parte de Kersti no puede evitar regocijarse en el hecho de que Magnus al fin reciba su merecido, todavía está furiosa de que Cressida pueda cambiarlo por alguien mejor como si nada. Lo siente casi como si fuera una afrenta personal, una venganza astuta.

Cressida guarda el anuario en uno de sus cajones y pasa una mano por sus rizos.

—Te quiero, Kuusky —dice con dulzura y envuelve los brazos alrededor de Kersti—. Siempre estás aquí cuando te necesito.

Los músculos de Kersti se tensan.

—¿Vas a devolver el anuario a la biblioteca? —pregunta.

—¿Acaso importa? —pregunta Cressida con una mirada rara.

Kersti no sabe por qué, pero sí importa.

Capítulo 25



TORONTO — abril de 2016

Kersti levanta la cabeza de la taza del váter y se acuesta sobre los azulejos fríos. *Tú pediste esto*, se recuerda a sí misma, y siente tanta adoración como odio por las náuseas matutinas. Las adora porque son un privilegio y un recordatorio físico constante de que tiene dos bebés dentro de ella, y las odia por razones obvias. Está embarazada de diez semanas. En la ecografía que le hicieron a las ocho semanas, encontraron dos pulsos distintos; dos pulsos saludables y normales, cuyo sonido fue recibido con una ola de alivio y lágrimas. Era el sonido de la vida, la esperanza y la posibilidad misma.

—Lo hemos conseguido —susurró Jay con las manos sobre el vientre de ella y lágrimas en las mejillas, el sonido de aquellos corazones de fondo.

En la clínica de Colorado, Kersti y Jay recibieron una carpeta gruesa con instrucciones sobre cómo decirle a sus hijos que fueron concebidos con óvulos donados, pero Kersti piensa explicarlo a su estilo. Va a escribirlo. Ha estado trabajando en una carta desde el día que oyó aquellos corazones. Quizás incluso desde el día en el que supo que usaría los óvulos de Cressida. Quiere que entiendan que todo lo que ha hecho, lo ha hecho por amor; un amor maternal puro e inflexible que no tiene límites.

Kersti estira la mano hacia el paquete de galletas saladas que está junto a ella en el suelo y se mete una en la boca: son lo único que alivia las náuseas.

—¿Va todo bien aquí dentro? —pregunta su madre cuando abre la puerta y la encuentra en el suelo.

—¿Cuándo se acaba todo esto? —quiere saber Kersti.

—En todos mis embarazos tuve náuseas hasta la semana doce —responde—. ¿Necesitas ayuda para volver a la cama?

—Me quedaré aquí un rato —anuncia Kersti—. Estaré bien.

Una vez que las náuseas empiezan a calmarse, hacia el fin de la mañana, Kersti consigue despegarse del suelo y bajar a la cocina.

—Al fin —comenta la madre, a quien le queda un mechón de pelo blanco sobre la cara cuando levanta la mirada de la cacerola que está sobre la cocina. Ha estado en la casa casi todas las

mañanas de los últimos dos meses para alimentar a Kersti con pan tostado y sopa, y para preparar las comidas de Jay—. Prueba esto —indica, y coloca delante de ella un bowl de sopa acompañado por dos rodajas de pan negro de centeno tostado—. Dime si está demasiado dulce.

Kersti moja el pan tostado en la sopa y se da cuenta de que está muerta de hambre.

—Está rico —responde y termina el plato.

—Esperemos que no lo vomites —comenta la madre y añade una cucharada de crema agria a la cacerola.

Ahora que se encuentra mejor, Kersti sube a la oficina a escribir.

Hola de nuevo, Gunnar e Imbi. Escribe «Capítulo tres» en el ordenador y se queda con la mirada fija en la pantalla, sin inspiración. No pasa mucho tiempo antes de que un e-mail aparezca en la pantalla:

¡Felicidades por los mellizos! ¿Cómo te encuentras? ¿Sabrás el sexo para Junio? Ya he reservado el hotel. Llego el 12. Me hospedaré en el Angleterre. Creo que Raf también estará allí. ¿Tú dónde piensas hospedarte? Será como en los viejos tiempos, pero... ¡sin fumar! (¡¡Más te vale no estar fumando!!). ¿Sabes algo de Alison? No puedo esperar a verte. *Bisous.* Noa.

Kersti escribe una respuesta breve:

Tenemos una reserva en el Château. No puedo esperar a hablar en persona. ¡Creo que es hora de que empiece a pensar en mi discurso! Todavía no he oído nada de Alison. Te mantendré al tanto. KK.

Cuando hace clic en el botón de enviar, sonrío para sí misma. Ahora que está decidido, no ve la hora de estar en Lausana. Serán dieciocho años desde la última vez que vio a Noa y a Rafaella en persona o que puso pie en Suiza. Todavía está esperando la respuesta de Alison, que, según encontró, vive en Whistler y trabaja como compradora para una empresa de indumentaria de esquí, pero no alberga demasiadas esperanzas de establecer contacto. También quedará con Deirdre para hablar con Bueche juntas.

—¿Kersti? —llama su madre.

—¡Estoy aquí!

Anni asoma la cabeza a la oficina.

—Me voy. Dejé la *leivasupp* sobre la cocina y la cena de Jay está en el congelador. No te la comas. Es *pirukad*. El arenque te caerá mal. Nos vemos mañana por la mañana.

—Te quiero.

—Ya lo creo.

Anni desaparece y deja detrás un rastro de perfume Opium, el mismo que ha estado usando desde que Kersti tiene uso de razón. Por primera vez, Kersti puede apreciar lo mucho que sus padres se apegan a sus costumbres sin sentirse ofendida ni tomárselo como una afronta personal. Quizás sean las hormonas.

Kersti mira las notas que ha tomado para la novela y se da cuenta de que no hay forma de que escriba *La joya de Reval*. El otro libro la está llamando a gritos. No importa cuántas veces se sienta en esta silla y encienda el ordenador con todas las intenciones de terminar esta novela, no consigue escribir nada. *Quizás mañana*, repite una y otra vez. Pero lo cierto es que no está predispuesta.

Deja el ordenador por un rato y se sienta en el suelo con las piernas cruzadas y una caja de recuerdos del Lycée delante de ella. Le había pedido a Jay que la subiera para poder revisarla. Piensa llevar algunas fotos a Lausana para compartir con Raf y Noa. Se imagina a las tres reunidas en el baño de la Casa Huber, igual que antes, pero como adultas que recuerdan los viejos tiempos. Seguro sentirán el vacío que dejaron Lille y Cressida —podría decirse que eran el núcleo del grupo—, pero de todas formas celebrarán de forma estoica en su honor.

Saca de la caja el anuario con la cubierta amarilla descolorida y lo hojea con una sensación de nostalgia sobrecogedora. Hay una foto de Kersti y Cressida, parte de un *collage* de fotos fortuitas, en la que aparecen enganchadas de los brazos en el jardín. El peinado de Cressida consiste en docenas de trenzas tirantes e intrincadas —debe de haber vuelto de un viaje reciente— y la piel le brilla con un bronceado dorado. Tiene un vestido veraniego blanco y uno de los tirantes se está cayendo del hombro; sonrío a la cámara como si fuera una estatua resplandeciente.

Y allí está Kersti, junto a ella, eclipsada como siempre por esa belleza asombrosa. Más pálida, más baja, una adolescente de esas genéricas. Un corte de pelo horrible de los años ochenta, las puntas onduladas y demasiado claras, un jersey gris suelto que oculta lo que sea que hay debajo, una media sonrisa que parece estar pidiendo perdón, como si reconociera su insuficiencia. En esencia, una adolescente típica que duda terriblemente de sí misma, cuyos puntos negros, ineptitud social y multitud de inhibiciones saltan a la vista en la foto.

Kersti toca su vientre en el lugar donde los óvulos de Cressida se están transformando en lo que ha llegado a pensar como su oportunidad de redención. Nunca ha podido competir contra Cressida, pero ahora tiene una parte de Cressida dentro de ella.

Kersti alberga esperanzas de que sus hijos sean excepcionales, que sean adecuados por naturaleza. Algo que Kersti nunca fue, o que al menos nunca sintió.

No hay nada como un embarazo para marcar el paso laborioso del tiempo. Kersti sigue el crecimiento de los bebés semana a semana. *A las trece semanas, tu bebé tiene el tamaño de una*

vaina de guisantes. A las dieciséis semanas, tiene el tamaño de un aguacate. ¡Incluso tiene uñas en los dedos del pie!

Tal como lo predijo su madre, las náuseas matutinas desaparecieron a la semana doce, al mismo tiempo que entraba en el segundo trimestre. Todavía no le ha crecido demasiado el vientre, así que solo parece que hubiera subido unos nueve kilos distribuidos de forma similar en todo el cuerpo. Ya se ha dado cuenta de que no tiene el tipo de cuerpo que permanecerá delgado excepto por un balón firme al frente. En un mes más, sabrá los sexos. Tiene la esperanza secreta de que al menos una sea niña. Todavía no han decidido los nombres; Jay quiere esperar hasta saber qué es lo que van a tener. Los padres de Kersti insisten en que elijan nombres estonios, pero Jay no está convencido. «No pienso ponerles Jaagup o Ivar o Nuut a mis hijos», dijo, mencionando los nombres de sus tíos.

Kersti recorta los tallos de un manojo de flores de cerezo y las coloca en uno de los jarrones de cristal que recibió para su boda. Lo apoya en la mesa veneciana espejada que está en el vestíbulo y admira las primeras flores de la temporada. Según su madre, es el instinto de preparar el nido.

Mientras está de cuclillas en la tierra, el móvil vibra al recibir un mensaje. Se limpia las manos contra los vaqueros y ve que es un número de Vancouver. Sabe de inmediato que es de Alison Rumsky.

Perdón por no responder antes. Estoy en Toronto por negocios. ¿Quedamos para tomar un café/almorzar?

Kersti responde:

¡¡Sí!! ¿Dónde y a qué hora?

Se encuentran en La Carnita, un lugar hípster y oscuro en la calle College que Alison sugirió. Había escrito: «Tengo ganas de comida mexicana». Organizaron todo por mensaje de texto.

Cuando Kersti llega, encuentra a Alison en una de las mesas de atrás con un aspecto idéntico al de su versión adolescente. Es asombroso que no haya cambiado nada. Se ha cortado el pelo rojo con un estilo corto y práctico que debe de haber elegido por ser cómodo y fácil de manejar más que por cuestiones estéticas; la piel tiene pecas y es injusto lo joven que parece, todavía lisa en lugares donde la piel de Kersti ha empezado a tener arrugas. Sigue siendo desgarbada y atlética y lleva una camisa azul de cambray con vaqueros capri.

—¡No has envejecido ni un día! —exclama Kersti mientras la mira incrédula—. ¡Parece que tienes dieciséis años! ¿Cómo es posible?

—¿Será el aire puro de montaña? —responde y se pone de pie para abrazar a Kersti—. Tú también estás estupenda.

—No es cierto. Estoy embarazada de cuatro meses y tengo puestos vaqueros de maternidad con cintura elástica.

—¡Felicidades! —dice Alison cuando se vuelve a sentar—. ¿Qué número es?

—El primero. Y el segundo.

—¿Mellizos?

Kersti asiente y se frota su vientre con ternura, como suelen hacerlo las embarazadas, algo que solía irritarle cada vez que lo veía.

—¿Y tú? ¿Tienes chicos?

—No —responde, y no parece ni molesta ni avergonzada al respecto—. Andrew y yo hemos decidido hace tiempo que los hijos no encajan con nuestro estilo de vida.

—Háblame de tu estilo de vida. Debe ser increíble vivir en Whistler.

—Nos encanta —confiesa con una chispa en sus ojos azules—. Esquiamos mucho y montamos en bicicleta por la montaña, por supuesto. Tenemos un apartamento en Blackcomb. Viajamos. Es una buena vida. ¿Y tú? ¿Qué haces?

—Soy escritora. He publicado algunas novelas.

—Estupendo —comenta Alison, pero no pregunta dónde podría comprar una de ellas. Quizás no sea del tipo que lee novelas históricas románticas.

Mientras se ponen al día con información sobre sus maridos, bodas, carreras y cualquier otro evento notable de las últimas dos décadas, una camarera tatuada con rastas largas les trae una bandeja de nachos, guacamole y maíz asado.

—La verdad es que no esperaba tu mensaje —observa Alison mientras estira la mano hacia los nachos.

—Lo sé. Y estoy muy contenta de que me hayas escrito hoy. He pensado mucho en ti durante estos años.

—Yo también.

—Supongo que la versión corta de la historia es que estaba viviendo mi vida tranquila, pretendiendo que el Lycée nunca había existido, intentando no pensar en ese lugar, hasta que recibí la invitación a la celebración por el centésimo aniversario y después una carta de Lille. Me pareció que era hora de encararlo y, con algo de suerte, darle un final.

—¿Lille cómo está?

—Ha muerto.

—¿Cómo? —La cara de Alison se transforma de inmediato.

—Cáncer de mama. La madre encontró una carta en su ordenador y me la envió. —Kersti mete la mano en su bolso y la saca—. La tengo aquí.

Alison lee la carta y la devuelve sin decir palabra.

—Fui a Boston a ver a Deirdre —cuenta Kersti—. Resulta que Cressida había dejado una nota

de suicido. —Espera que Alison reaccione, pero no hace nada—. Pero ni Deirdre ni yo estamos convencidas de que la haya escrito Cressida —continúa—. Fui a Nueva York para hablar con Magnus...

—¿Foley?

—Sí. Y después llamé a la señora Fithern...

—Veo que te has embarcado en toda una misión.

—Bueno, además estoy consiguiendo bastante material interesante para un libro nuevo —admite Kersti—. Si pudiera conectar el libro mayor desaparecido con lo que le ocurrió a Cressida...

—¿Cómo está la señora Fithern? —interrumpe Alison.

—Se volvió a casar y tiene cuatro hijas. Parece contenta.

—¿Para qué la llamaste?

—Para averiguar qué sabía —explica Kersti—. Estuvo en Huber aquella noche. Era la encargada, ¿recuerdas?

—¿Y?

—Magnus fue a verla. Le contó lo del romance.

—¿La señora Fithern habló con Cressida?

—Dice que no —responde Kersti con escepticismo—. Dice que sentía lástima por ella, que Charles era el depredador. También me contó que Cressida estaba embarazada. —Kersti deja que esa bomba caiga y después sigue hablando—. El señor Fithern se lo dijo después de la caída de Cressida.

—Qué desastre —observa Alison—. No puedo creer que te haya contado todo eso.

—Los dos creen que Cressida se tiró —continúa Kersti—. Lo cual me parece muy conveniente, a decir verdad.

Alison mete la esquina de un nacho en el guacamole y lo come poco a poco.

—El mes que viene viajo a Lausana —anuncia Kersti—. Me pidieron que dé un discurso por ser una de las Cien Mujeres del Lycée.

—Qué honor —exclama Alison con una carcajada.

—Bueno, también viajo como apoyo moral de la madre de Cressida —añade Kersti para restarle importancia a la reunión—. Va a hablar con Bueche porque piensa iniciar una investigación...

—Bueche —repite Alison con desprecio.

—¿Por qué estás tan resentida con el Lycée? —Cuando Alison no contesta, Kersti continúa—. Ni siquiera eras amiga de Cressida cuando se cayó. Parecías feliz allí. Toda tu vida giraba alrededor de los deportes, lo cual te encanta. Eras la estrella de todos los equipos...

—Benditos sean los deportes —interrumpe Alison, y Kersti no está segura de si lo dice en broma o no—. Me gustaban los viajes de esquí —añade con indiferencia.

—¿Recuerdas a Mahler? —pregunta Kersti y enrolla un taco como si fuera un cigarro bien apretado—. «¿Qué estáis haciendo, niñas tontas? ¡Son tres pases, solteronas feas!».

—«¡Pasadle el balón a Alison, *Schwachköpfe!*».

Las dos se ríen al recordarlo, pero está claro que el ánimo de Alison ha decaído. Hay una sombra que le cubre los ojos, una distancia que no estaba antes.

—No veo cuál es el objetivo de volver a abrir una investigación —declara—. Nadie va a recordar nada. Solo Cressida sabe lo que pasó esa noche. Tendrás que inventar un final para tu próximo libro.

—No creo que sea así —la contradice Kersti—. Alguien sabe algo.

—¿Y tú crees que te lo van a decir?

—Creo que Deirdre debería reabrir la investigación, nada más. Merece saber la verdad. Hay algo que no encaja y, para ser te sincera, no creo que la historia de la señora Fithern sea cierta.

—¿Esperas probar que Cressida se tiró o que alguien la empujó?

—No espero probar ni una cosa ni la otra —asegura Kersti—. Pero me parece que estamos de acuerdo en que la caída de Cressida no fue un accidente. Hice lo que pude para seguir adelante y aceptar la historia del Lycée, pero ahora sé demasiado. Quiero saber qué le ocurrió a Cressida y creo que puedo acercarme mucho más a la verdad si voy a Lausana.

Alison la mira impasible. No ha tocado sus tacos. Kersti tiene la peculiar sensación de que sabe algo que no está diciendo.

—Sea como sea, —dice Kersti en un intento por cambiar de táctica—, el motivo principal por el que me puse en contacto contigo fue porque Rafaella y Noa también viajarán y creí que sería divertido reconectarnos todas...

—No puedo ir —asegura Alison.

—¿Por qué tienes otros compromisos o porque *no puedes*?

—Simplemente no puedo.

Kersti decide no insistir. Alison es una de esas personas que parecen muy saludables por fuera —es activa y fuerte y le encantan las actividades al aire libre—, pero, detrás de esa fachada de mejillas sonrojadas, se oculta algo diferente, algo oscuro y melancólico. Kersti no cree que la masturbación compulsiva que confesó hace años haya sido una rareza aislada. Hay una separación entre la persona que presenta al mundo y la persona que es en realidad, o lo que sea que esté protegiendo.

—No me has preguntado sobre Cressida —observa Kersti.

—¿Está viva?

—Sí.

—No creía que fuera una buena persona —admite Alison—. Sigo sin creerlo. Si me lo preguntas, creo que era una sociópata.

La mano de Kersti se apoya sobre su vientre como por instinto, y se pregunta, con un nudo en el estómago, si Alison tiene razón y si ese tipo de cosas son genéticas.

Capítulo 26



LAUSANA — mayo de 1998

—Aquí tienes —dice Cressida mientras rocía el humilde escote de Kersti con su Chanel N° 5.

Es la noche del Baile de Caridad de primavera. Lille, Noa, Raf y Kersti se están preparando en la habitación de Cressida. Es la que tiene los mejores vestidos, las mejores joyas y el mejor maquillaje de donde elegir, además de que es la habitación que tiene más espacio por estar en la esquina. Alison ya no es parte del círculo íntimo. Pasa el rato con las chicas atléticas.

—Creo que necesitas un collar —señala Raf después de examinar a Kersti.

Cressida asiente y saca un collar de perlas de dos vueltas del cajón de la ropa interior. Lo coloca alrededor del cuello de Kersti, abrocha el enganche y sonríe satisfecha.

—Perfecto —declara, con aliento que huele a goma de mascar de sandía.

Kersti ha notado que Cressida está fumando mucho menos y que ha remplazado ese vicio por goma de mascar. Es sabido por todos que el señor Fithern está en contra de fumar.

Kersti tiene puesto uno de los vestidos de Cressida: una prenda de seda cruda color azul real, sin tirantes y con una falda acampanada que la hace sentir un poco como si fuera Joan Collins. Noa dice que combina con sus ojos y Kersti debe admitir que tienen el mismo color. Además, le queda perfecto.

Le gusta lo que ve en el espejo, hasta que Cressida se desliza detrás de ella y la opaca. Tiene puesto un vestido negro sin tirantes que le levanta el pecho y le ajusta la cintura hasta que queda del tamaño de una muñeca y que apenas le cubre el trasero con los volantes que tiene en la parte de abajo. No lleva joyas, pero no las necesita. Su pelo es salvaje y sus rizos en forma de bucle rebotan contra la pendiente de sus hombros blancos. Está espectacular.

Se estruja el pelo y lo sacude, hace chasquear los labios dos veces, se gira a un lado y al otro, saca pecho.

—Espero que a Charlie le guste mi vestido —murmura con una inseguridad poco característica.

—¿No era Magnus tu cita? —le recuerda Kersti, y Cressida le dedica una mirada.

Arndt Schultz invitó a Kersti al baile, pero ella lo rechazó. Es popular en el instituto, pero es feo; no quería tener que pasar la noche esquivándolo u ocupándose de que se lo pase bien. Después, decidieron en grupo —Lille, Noa, Raf y Kersti— que no irían con chicos, sino que

disfrutarían del último Baile de Caridad juntas.

La única que tenía una cita era Cressida, con Magnus; él había insistido. Ella está un poco fastidiada y se queja de que quería pasar la noche con las chicas, pero Kersti sabe que en realidad le gustaría pasarla con el señor Fithern.

—Estás preciosa, Kersti —asegura Lille—. Eres una diosa escandinava.

—Báltica —corrige Kersti, que parece evaporarse ahora que está junto a Cressida.

El baile tiene lugar en el salón para fiestas del enorme hotel Château D'Ouchy, un castillo con torreones, fachada de piedra gris y una torre con tejas naranjas a orillas del lago Lemán. Es un evento de etiqueta y tiene barra libre, incluso para los estudiantes. Cressida le entrega a Kersti un vaso con zumo de naranja y vodka. Están en el exterior, en la terraza del lago, donde es más fácil añadir alcohol a las bebidas. Cada una tiene una petaca para hacer que las bebidas, infames por su debilidad, sean más fuertes.

—¿No te parece que está muy sexy esta noche? —comenta Cressida mientras admira al señor Fithern desde lejos.

Está con la señora Fithern junto a la barra, hablando con otras dos profesoras de Inglés. Es verdad que le queda bien el esmoquin y el pelo peinado con gomina en forma de púas, un estilo más provocador que el de costumbre. Le echa un par de miradas a Cressida y no le quita los ojos de encima.

Lille se acerca a tropezones, ya borracha. Su pelo blanco decolorado está apilado en forma de nube sobre la cabeza, como si fuera un peinado de María Antonieta con algunos mechones sueltos flotando alrededor de la cara empolvada. Parece una muñeca antigua de ojos tristes.

—Hola —saluda y hace una reverencia.

El sol todavía no se ha puesto detrás de los Alpes y está claro que a Lille no le falta mucho para perder el conocimiento. Nunca ha soportado mucho el alcohol. Las noches de vodka suelen terminar con Lille vomitando y desmayada. Esta noche no será diferente.

—Tranquila, Pequeña Saltamontes —dice Cressida.

—No puedo mirar a la señora Fithern a la cara —masculla Lille arrastrando las palabras—. Me llamó para hablar y el señor Fithern estaba al lado y tuve que salir corriendo...

—No digas nada estúpido —advierte Cressida con una mirada intensa.

—Eso intento, pero es difícil. ¿No te resulta incómodo?

—No —responde Cressida—. ¿Por qué tendría que sentirme incómoda?

—Podrías tener un poco más de compasión —señala Lille con lágrimas en los ojos—. Ella es su marido.

—Su *mujer* —corrige Kersti.

—Lille, necesitas tranquilizarte —recomienda Cressida y le quita la bebida de la mano—. ¿Por qué no dejas de beber un poco?

—Quizás *tú* eres la que no debería beber —resopla después de recuperar su vaso con un movimiento brusco que derrama la mayoría del contenido sobre su vestido de muñeca, y se va.

—Sabes lo mucho que quiere a la señora Fithern —recuerda Kersti a Cressida.

—Yo también la quiero —responde Cressida—. Pero lo quiero más a él.

Abre su cartera de mano y saca una cajetilla de cigarrillos. Ofrece uno a Kersti, enciende los dos y exhala sobre la barandilla. Es el atardecer y el cielo tiene un tono salmón. El lago está salpicado con catamaranes de todos los colores del arcoíris y, detrás de ellos, hacia el este en dirección a Vevey, se ven los viñedos en terraza de Lavaux hasta el horizonte.

—Echaré de menos este lugar —suspira Cressida, y la melancolía en la voz toma a Kersti por sorpresa—. Aquí es donde crecí.

Kersti mira hacia la costa del lago Léman y se da cuenta de que ella también lo echará de menos. ¿Lo recordará dentro de diez años? ¿Dentro de veinte? ¿Permanecerá esta imagen de la Riviera suiza —los Alpes que se alzan a la distancia desde el agua azul y cristalina— tan vívida en su memoria como lo es en este momento? Intenta aferrarse a todo lo que ve, grabar cada detalle en su cabeza, pero está empezando a entender que el momento más feliz de su vida está llegando a su fin. Pronto volverá a su casa. Todas lo harán.

No puede imaginarse una vida sin sus mejores amigas cerca en todo momento, sin los consejos constantes de Hamidou, sin hablar francés todos los días, sin los viajes, sin las montañas, sin la Casa Huber ni el baño decrepito del segundo piso. Ya puede sentir el pánico de ser arrancada de aquí y devuelta al lugar donde nunca sintió que encajaba o que era suficiente.

—Tú al menos puedes quedarte aquí si quieres —señala Kersti a Cressida al tiempo que una brisa suave le pone la piel de gallina en los hombros desnudos—. Podrías vivir en cualquier lugar del mundo. Yo soy la que tiene que volver a Toronto.

Cressida se gira, lista para responder, pero algo la distrae y hace que su mirada se fije en dirección al salón.

—Es ella —exclama, y sujeta el brazo de Kersti. Las uñas se clavan en la piel y Kersti deja escapar un aullido de dolor—. La del traje de Chanel rosa. Dios mío. Es *ella*.

—¿Quién?

—Amoryn Lashwood.

—¿*Quién*?

—¿Recuerdas el anuario viejo? Es la que estaba en la foto con las dos chicas expulsadas. La que legó el libro mayor.

Kersti encuentra a la mujer con el traje rosa que está hablando con *monsieur* Bueche y de pronto la recuerda.

—¿Estás segura? —pregunta—. ¿Cómo te das cuenta?

—Está igual, pero con el pelo más corto. No puedo creer que esté aquí. Vamos.

—¿Vamos a dónde?

—A hablar con ella.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que pasó —responde Cressida con impaciencia—. ¿No quieres saber por qué expulsaron a sus amigas? ¿Y qué es lo que tiene el libro mayor?

—¿Quieres acosar a una perfecta desconocida en el Baile de Caridad y preguntarle sobre un libro mayor de hace como veinte años?

—¿Por qué no?

—Bueno, creo que una mejor pregunta sería «¿Por qué sí?».

—Algo pasó ese año —insiste Cressida con los ojos brillantes por el entusiasmo—. Quiero saber qué fue.

Kersti sabe que Cressida está borracha. Tiene esa mirada alocada que suele tener antes de cometer algún acto temerario, extravagante o peligroso, como conducir habiendo bebido o robar un anuario de la biblioteca nueva. Bebe otro trago de la petaca y arrastra a Kersti del brazo hasta el salón, donde Amoryn Lashwood ha caído en la trampa de Bueche. Esperan hasta que el director al fin se aleje para congraciarse con otros exalumnos inocentes y convencerlos de que hagan más donaciones.

De cerca, Amoryn Lashwood sigue siendo muy guapa. Kersti hace unos cálculos rápidos y concluye que debe de tener un poco más de cuarenta años. La piel todavía no tiene muchas arrugas, excepto por dos líneas verticales entre las cejas, que la hacen parecer preocupada o disgustada. El traje rosa sí es de Chanel, Kersti lo sabe por los botones dorados grandes que tienen la *C* icónica, y su figura es muy delgada. Lleva el pelo corto y está tan bien fijado que ni siquiera el viento que viene del lago lo despeina.

Se acercan a ella y Cressida le toca el brazo con delicadeza para llamar su atención.

—¿Señora Lashwood?

—Es El-Bahz —corrige ella, sorprendida, mientras intenta ubicar a Cressida—. Señora El-Bahz. Hace años que no soy Lashwood.

—Mi nombre es Cressida Strauss. Ella es Kersti. Somos de la clase del 98.

—Amoryn El-Bahz. —Extiende la mano. En el dedo anular, tiene un anillo con un diamante del tamaño de una magdalena—. Como ya sabéis.

—Clase del 74 —añade Cressida.

—Sí. Así es. —El hecho de que Cressida sepa tanto sobre ella la confunde aún más.

—La Casa Lashwood se llama así por su abuelo, ¿no es cierto? —pregunta Cressida, y levanta una copa de champán de una de las bandejas que pasan flotando.

—Estudió aquí en los años veinte, cuando empezaron a aceptar varones —comenta Amoryn—. Mi padre y sus hermanos también fueron alumnos. Mi tío era amigo cercano de *monsieur* Bueche.

Tenemos una larga historia con el Lycée.

—Su año fue el último año de la Sociedad Helvetia —dice Cressida—. Usted era la presidenta, ¿verdad?

El rosado brillante de las mejillas de Amoryn desaparece y, durante un momento, parece nerviosa.

—Es cierto —admite una vez que recupera la compostura—. La última presidenta, de hecho. Dime cómo sabes tanto de mí. No tengo dudas de que hay graduados del Lycée mucho más famosos que yo.

Kersti mira a Cressida y se pregunta qué es lo que hará a continuación.

—Harzenmoser nos contó que sus amigas fueron expulsadas por vandalizar la estatua...

—¿Harzenmoser? —murmura, su voz ligera como una hoja delgada que flota en el aire—. Es la primera vez que oigo que habla con estudiantes.

—No suele hacerlo —comenta Kersti, que mueve los ojos entre Cressida y Amoryn.

—¿Y os dijo qué escribieron?

—Por supuesto que no —responde Cressida y pone los ojos en blanco—. Pero usted debe de saberlo.

—¿Por qué os interesa tanto todo esto? —pregunta Amoryn con uno de sus brazos envueltos en *tweed* rosado apoyado sobre los huesos que sobresalen de la cadera.

Kersti se encoge avergonzada cuando la charla toma un giro incómodo. Incluso aunque no tenga ni idea de por qué Cressida está tan obsesionada con lo que sea que esas chicas hayan escrito en la estatua y la expulsión que resultó de ese acto.

—Es solo que no puedo imaginar qué haría que dos estudiantes fueran expulsadas del Lycée —explica Cressida—. Que yo sepa, nadie más ha sido expulsado. Bueche nunca dejaría ir dos matrículas, al menos no por un poco de pintura en una estatua. Y *madame* Hamidou estaba en contra...

—*Madame* Hamidou —repite Amoryn con un tono ambiguo—. ¿Cómo está? No la veo aquí esta noche.

—Detesta estas cosas —responde Cressida—. Dice que el baile solo consiste en arrastrarse para conseguir dinero.

Amoryn ríe, y su sonrisa desaparece de inmediato.

—No sé qué es lo que escribieron —dice—. A la mañana siguiente, ya no estaba.

—Debe de haber sido bastante ofensivo —insiste Cressida—. ¿O inculpativo?

Se miran a los ojos y Kersti está segura de que hay algo que pasa de una a la otra. Un entendimiento, un secreto transmutado que no requiere un intercambio de palabras. Kersti está perpleja, perdida.

—Usted legó un libro mayor en el anuario —continúa Cressida sin apartar la mirada de los ojos

de Amoryn—. Todas sus amigas hicieron lo mismo. Una mencionó los secretos del libro mayor...

—Por lo general, los estudiantes legan recuerdos divertidos y chistes internos —interrumpe Kersti.

—Por lo general, sí —concuerta Amoryn—. Pero nosotras no hicimos eso. —Ya no parece alterada u ofendida por la emboscada. De hecho, parece animada, quizás incluso intrigada por la curiosidad de Cressida y su descaro—. Nuestros recuerdos no eran muy divertidos —indica y levanta la copa de champaña en señal de que la charla ha llegado a su fin—. Disfrutad del baile, chicas.

—Algo ocurrió ese año —dice Cressida tan pronto como Amoryn no puede oírlas.

—Quizás alguna de ellas se estaba acostando con un profesor —masculla Kersti al tiempo que Magnus aparece delante de ellas, atractivo y con los ojos vidriosos.

—Hola, mi amor —le dice a Cressida y la abraza.

Ella deja que la balancee de lado a lado en un baile lento sin música, pero tiene la espalda rígida y aparta la cara de la de él, sin duda en busca del señor Fithern.

Capítulo 27



HERTFORDSHIRE — junio de 2016

El tren se desliza veloz a través de Edgware, en el norte de Londres, donde el paisaje suburbano se transforma de pronto en bosque al llegar al límite con Hertfordshire.

—Faltan quince minutos para llegar a St. Alden —anuncia Jay mientras examina la aplicación de su móvil.

Subieron a un tren Thameslink en la estación de Saint Pancras después de haber pasado dos días en Londres. Se hospedaron en el Soho, un moderno hotel *boutique* en Richmond Mews, entre las estaciones de metro de Tottenham Court y Leicester Square. La ubicación era perfecta, cerca del centro para visitar la mayor cantidad de puntos turísticos que pudieran en cuarenta y ocho horas. Viajaron en un autobús de dos pisos, saludaron con la mano al Big Ben, hicieron paradas técnicas en Trafalgar Square, el Palacio de Kensington y Hyde Park. Fueron a Harrods y compraron dos monos del Harrods de Londres y otros dos de Burberry. Jay estaba extasiado de que Kersti estuviera demasiado embarazada como para comprar ropa para sí misma; no podía dejar de convertir todos los precios a dólares canadienses: «¡Esta hamburguesa cuesta treinta y cinco dólares canadienses! ¡Este *latte* está quince! ¡Este mono sale ciento veinte! ¡El Wi-Fi cuesta cuarenta por noche!».

Cenaron en una trampa para turistas en Covent Garden, un *pub* con comida horrible y carísima —«¡Mi *fish and chips* salió cuarenta!!»— y después disfrutaron de un paseo por la lluvia a través de Leicester Square y Shaftesbury Avenue hasta llegar a Picadilly Circus. Cuando llegaron a la habitación del hotel, tenían las manos negras del hollín del aire. Al lavarse las manos, el agua del grifo se volvía gris, y ninguno de los dos pudo limpiarse del todo en la ducha.

—Tengo hasta los mocos negros —se quejó Jay.

Después de conseguir incluir una visita breve a la National Portrait Gallery, ver una obra de teatro en el West End y atracarse con curry en Masala's en Earl's Court —lo cual le dejó ardiendo el pecho durante horas—, Kersti estaba lista para continuar el viaje.

Mientras mira por la ventana la campaña inglesa que se mueve a toda velocidad, tiene la mano relajada sobre el vientre. Está embarazada de diecinueve semanas y espera dos varones, una revelación que todavía la tiene desconcertada.

Los primeros varones Kuusk de su generación. Kersti los vio en la ecografía que le hicieron a las dieciocho semanas. Al principio, estaban en una posición adorable, acurrucados el uno contra el otro, durmiendo cabeza con pie en una cucharita invertida; después, se pusieron inquietos y se movieron, y ahí se vieron: dos penes claros e innegables.

Kersti estaba asombrada, más que nada. Estaba segura de que serían niñas. Jay lloró de alegría mientras miraba embobado la pantalla. «Mis hijos. Mis hijos», repetía.

La primera reacción que tuvo Kersti fue pensar que sus padres estarían decepcionados. Las Kuusk tenían *niñas*. Tenían hijas. Mientras estaba recostada y miraba esas alubias que estaban creciendo dentro de ella, sabía que estaba siendo irracional, que era una locura; pero el anhelo por encajar en su familia, por sentirse aceptada, es implacable, una cadena que parece indestructible. Ese sentimiento le robó la posibilidad de experimentar con plenitud aquel momento en la sala de ecografías.

Pero después pasó algo que la asombró aún más. Cuando contó la noticia a sus padres, se pusieron eufóricos. Su padre lloró lágrimas de verdad. Su madre bailó alrededor de la sala de estar.

—¡Al fin! —tronó Paavo—. ¡Una de mis hijas me dará un nieto!

—Dos —aclaró Kersti.

—¡Dos nietos! —lo celebró—. *¡Palju õnne!*

Sacaron una botella de vodka y brindaron por la noticia con vasos opacos. Su padre le dio una palmada en la espalda a Jay y besó a Kersti tres veces en la mejilla.

—¡*Terviseks!* —dijo Paavo—. Nietos —susurró con ojos llorosos y mejillas sonrojadas—. Ya me había dado por vencido. ¡Resulta que el esperma judío de Jay sí sirve para algo!

Kersti miró a Jay y rio nerviosa. Por primera vez, el no haber seguido el angosto camino marcado por los Kuusk la había convertido en alguien valiosa para la familia.

—Estás demasiado contenta de que estén contentos —observó Jay una vez que estuvieron en el coche camino a casa—. No estabas tan feliz cuando nos enteramos del sexo.

—Lo sé —admitió—. Pero sabes el efecto que tiene mi padre sobre mí. Es que... por una vez he hecho algo que lo enorgullece. Por una vez.

—Me alegro de que mi esperma judío haya ayudado —suspiró Jay y dejó de hablar del tema.

Es un viaje de treinta minutos hasta St. Alden, donde el Instituto St. Alden para varones está situado de forma encantadora junto a una de las abadías más antiguas de Inglaterra. Kersti ha estado investigando y parece que la vida que ha creado el señor Fithern no está nada mal. El Instituto St. Alden tiene una de las mejores reputaciones del país. La «ética» pomposa que está publicada en el sitio web promete «una educación excelente, a través de la cual los jóvenes alcanzarán los estándares más altos del éxito académico y fortalecerán el carácter y la autodisciplina».

Cuando contrataron al señor Fithern, no debían de haber sabido que estaba huyendo de un escándalo en Suiza ni que carecía absolutamente tanto de carácter como de autodisciplina. Está claro que los ha engañado, así como había engañado a todos en el Lycée.

A medida que el tren se adentra cada vez más en Hertfordshire, Kersti mira por la ventana las colinas verdes con sus aldeas de cabañas estilo tudor, sauces llorones y áreas cubiertas de anémonas violetas. Un arroyo brillante corre paralelo al tren, como si pusiera todo su empeño en seguirle el ritmo. El sol brilla por primera vez desde que aterrizaron en Heathrow y transforma el paisaje del borrón gris y húmedo que había sido Londres en una postal brillante y colorida.

—¿Sabes qué? —comenta Jay—. Podríamos usar el tiempo para relajarnos y explorar. No es necesario visitar a ese profesor...

—Sí, lo es.

—¿Por qué?

—Porque ahora Cressida es una parte de mí, literalmente —responde Kersti, y lo mira como si se hubiera vuelto loco—. Debo hacerlo por ella, Jay. Debo hacerlo por todos nosotros.

Cuando llegan a la posada en London Colney —una cochera para carruajes de ladrillos rojos restaurada y situada junto al río Colne—, Kersti decide recorrer los alrededores mientras todavía brilla el sol, con la idea de que podría ser la única oportunidad de apreciar la vista antes de que el cielo se oscurezca, empiece a llover y vuelva el aire húmedo y frío.

Al otro lado del río hay un *pub*, al que solo se puede acceder por un puente hecho con piedras de color miel y cubierto por las ramas de los sauces y robles florecidos. Kersti se dirige al puente mientras Jay entra a registrarlos. Se queda allí de pie durante un rato, mirando el movimiento del agua, escuchando la orquesta de pájaros. Ve una lechuza que la mira desde la rama de un roble, sus ojos redondos la miran con fijeza y con atención, su cuerpo permanece quieto.

Mira abajo hacia el río, que está a una distancia considerable. Piensa en Cressida cayendo del balcón al concreto y siente una ola de náuseas que le sube a la garganta. Ya está muy cerca de Lausana. En dos días más, estará llegando a la estación, tal como lo hizo hace poco más de veinte años. Solo que esta vez estará acompañada por Jay en vez de su madre. Ahora es una mujer adulta, un éxito por donde se la mire; ya no está a la sombra de nadie. Los bebés se mueven dentro de ella y los siente como el aleteo de mariposas. Todavía le sorprende el ímpetu de sus movimientos repentinos, lo fuertes que son.

Después de una siesta de dos horas, Kersti y Jay cenan en la posada, que tiene un *pub* tradicional con vigas de madera, suelo hecho de tablones, paredes con paneles de madera y mesas de pino que dejan ver los nudos y que han soportado el impacto de las pintas. Los dos piden *shepherd's pie*.

—Sé que ya hemos hablado de esto —comienza Jay mientras se acerca a ella—, pero ahora que estamos aquí, ¿estás segura de que quieres ir a ver a este perverso mañana?

—Necesito verlo —asegura ella—. Quiero respuestas.

—¿Crees que él las tenga?

—Creo que tiene algunas —dice—. Por lo menos quiero que sepa que tengo sus notas de amor obscenas. Quiero que recuerde lo que hizo y que sepa que yo sé. Quiero verle la cara cuando las lea delante de mí.

—Pero él no fue quien la empujó —observa Jay—. No estaba allí. De eso estamos seguros.

—No importa. Si no hubiera sido por ese romance, Cressida no hubiera terminado como un vegetal durante el resto de su vida. Es un hecho que ella tenía dieciséis años cuando empezaron la relación. No importa lo egoísta o cruel que fuera, seguía siendo influenciable. Él era el adulto y se aprovechó de ella...

—¿Y vas a hacerle pagar?

—Nadie más se ha ocupado de hacerlo —declara Kersti—. Mira este pueblito encantador. Está enseñando en uno de los institutos más prestigiosos de Inglaterra. Es un final de cuento de hadas. Dime: ¿cómo ha pagado por lo que ha hecho?

—No estoy negando que sea una basura. Solo digo que no quiero que salgas de esto más enfadada o menos satisfecha de lo que ya estás.

—Lo que yo veo es que se salió con la suya —señala Kersti—. Quiero hacerle saber que todavía existo y que sé lo que hizo, y que nunca lo olvidaré, aunque él lo haya olvidado. Además —añade—, quiero preguntarle a la cara si cree que su exmujer puede haber empujado a Cressida del balcón.

—No te lo dirá.

—No con palabras —concuera Kersti—. Pero su cuerpo me lo dirá.

La mañana siguiente, Kersti deja a Jay dormido en la incómoda cama de cuatro postes y baja al patio a comer un desayuno inglés delicioso de huevos y tocino a la sombra. El sol brilla, aunque se esconde y vuelve a salir de detrás de las nubes, como si todavía no hubiera decidido si quedarse o no. Sopla una brisa primaveral tardía que atraviesa el patio y arrastra la dulce fragancia de las flores *Phlox* del jardín de la posada. Kersti mira distraída hacia el puente, visible desde donde está sentada, y piensa en el señor Fithern.

Quizás no me recuerde, pero yo era la mejor amiga de Cressida en el Lycée...

Verifica la hora en su móvil.

—¿Quiere más té? —pregunta la camarera.

—No, gracias —responde Kersti y levanta su cuerpo, que ahora está casi inmanejable, de la silla—. ¿Podrías decirme que autobús me lleva al Instituto St. Alden?

—Debe caminar un par de kilómetros por London Road —indica—. Puedo pedirle a Nigel que la lleve. Tenemos un coche.

—Sería fantástico —exclama Kersti—. Muchas gracias.

St. Alden es muy parecido a London Colney, un pueblo inglés pintoresco con sauces llorones y cabañas que parecen construidas por hobbits apiñados alrededor de la joya principal: la abadía antigua. La abadía, imperiosa, está ubicada en la cima de una colina, y vigila el pueblo sereno desde el siglo once. La nave se inclina hacia el cielo, como si elevara el mentón con orgullo. La fastuosidad y magnificencia de la construcción, con los dos torreones, la torre que se eleva sobre el cruce central y la ubicación de leyenda, la convierten en una visión impresionante.

Kersti camina alrededor de la colina hacia el enorme campus del Instituto St. Alden, que da hacia la cara oeste de la abadía. Encuentra el edificio principal con facilidad: es un gran castillo de ladrillo rojo y buhardillas blancas que tiene talladas las palabras ENTRADA PRINCIPAL DEL INSTITUTO ST. ALDEN en la fachada. Kersti dice a la secretaria de la oficina principal que es una antigua alumna del señor Fithern que ha venido de visita desde Canadá y pregunta si hay algún momento en el que pueda verlo hoy.

—El señor Fithern está todo el día en el campo de deportes con las clases de Educación Física —explica la secretaria—. Estará allí hasta el recreo de media mañana. Lo mejor será que lo espere junto a la cancha de críquet. —Señala por la ventana hacia el campo amplio que está detrás de ellas—. Está al otro lado del campo de rugby, ¿lo ve?

—Ya lo encontraré. Gracias.

Kersti pasea por el terreno sin ninguna prisa. Todavía tiene una hora antes de que termine. Está nerviosa y emocionada, y todavía no puede creer que esté aquí, a punto de ver al señor Fithern. La leyenda del Lycée y probable eslabón del fin trágico de Cressida.

Cuando llega a la cancha de críquet, toma asiento en uno de los bancos de teca que están al costado y observa el campo. Lo ve de inmediato, con un par de pantalones Dockers y una camisa celeste, sosteniendo una tabla portapapeles y gritando a los chicos que corren con uniformes blancos. *Qué anticlimático*, piensa. Recuerda el pelo negro de punta y las botas Doc Marten de los noventa, y se da cuenta de lo decepcionante que es envejecer, el modo en el que termina por igualar las posiciones de todos. El ícono sexual de su juventud es ahora un entrenador de críquet que se está quedando calvo y usa Dockers.

Él gira la cabeza y la ve sentada allí, pero lo toma desprevenido, así que vuelve a mirar. Kersti sabe que está intentando ubicarla —tiene los ojos entornados y se está esforzando por ver— y, de pronto, una sombra de reconocimiento oscurece su expresión y el señor Fithern aprieta tanto los labios que se convierten en una línea. La recuerda. Sus miradas se cruzan y él levanta las dos manos para avisarle que todavía le quedan diez minutos. Después se gira y vuelve a su partido de críquet, sin duda pensando en mil cosas a la vez. Kersti observa cómo se comporta con los alumnos, y no le sorprende que parezca gustarles. Tiene un aire relajado, siempre lo ha tenido, y Kersti puede ver lo bien que se lleva con los chicos. Desde donde está sentada, los escucha bromear, provocar, discutir.

—¡Leadbetter acaba de batear, señor Fithern! ¿Cómo es que le toca de nuevo?

—Espera al *bowl out* y entonces será tu turno.

—¡He sido el jugador de reserva desde la primera entrada!

—¡Peters, deja de pensar en tonterías y tira la pelota!

Kersti no tiene ni idea de qué está pasando, pero parece una mezcla entre béisbol y petanca. Cuando al fin termina el partido, todos los chicos abandonan el campo en forma de estampida. El señor Fithern se acerca a Kersti con una expresión desconfiada y seria.

—Fuiste alumna del Lycée en Lausana —adivina cuando Kersti se pone de pie para saludarlo.

De cerca, sus dientes están un poco amarillos. Antes creía que se parecía a Sid Vicious, y ahora la idea le parece absurda.

—Kersti Kuusk —dice—. Era la mejor amiga de Cressida Strauss.

El señor Fithern hace una mueca al oír el nombre de Cressida. Kersti no consigue leer su expresión, pero se imagina que debe haber mucha mierda agitada detrás de esa máscara imperturbable: culpa, vergüenza, incomodidad, curiosidad. O quizás está considerando hacer que la echen del terreno del instituto.

—¿Has venido hasta Inglaterra solo para verme a mí? —pregunta, estupefacto—. ¿Después de todos estos años?

—En realidad estoy de camino a Lausana por el centenario. —El señor Fithern hace caso omiso de su embarazo y del aniversario del Lycée—. Sentía que necesitaba verlo —dice, lo más directa que puede.

—Yo, eh, estoy sorprendido, por no decir más —tartamudea—. Me has tomado desprevenido.

—Bueno, esa era la idea.

—Estos días ya no es tan fácil desaparecer, ¿no es cierto? —comenta con una risa incómoda—. Maldito LinkedIn.

—No todos quieren desaparecer. —Kersti echa un vistazo a su alrededor—. Parece que le ha ido bastante bien. Este lugar es mágico.

—He sido muy afortunado.

—Sí —concuerta Kersti—. Así es.

El señor Fithern se balancea sobre los talones y la observa. Tiene una energía nerviosa, como si fuera un animal que ha caído en una trampa. Quizás cree que ella ha venido a extorsionarlo.

—¿Puedo preguntar algo? —dice Kersti.

—Imagino que para eso has venido hasta aquí.

—¿En algún momento, la quiso en serio?

—Yo era joven —comienza después de un gran suspiro—. Me casé joven y de forma apresurada. Yo mismo era apenas un niño...

—Tenía casi treinta años. Cressida tenía dieciséis.

—No era como las demás chicas de dieciséis años. Pero está claro que eso no importa. Fue un error. Un error terrible que nunca podré deshacer o compensar.

—Nunca ha ido a verla.

—No me pareció que fuera apropiado —contesta mientras pasa una de sus manos por el pelo que le queda—. Estaba ocupado arreglando los desastres que había causado en mi matrimonio, en mi trabajo. Ya había herido a suficientes personas y había destruido suficientes vidas. No iba a ir a Estados Unidos para causar más dolor a Cressida y a su familia.

—Nunca respondió mi pregunta. ¿La quería?

—Eso creía. Es la verdad.

—La señora Fithern me dijo que usted creía que Cressida se había tirado.

—¿La señora Fithern?

—Su ex. La señora Brains-Chowne.

—¿Has hablado con Annie?

Cuando Kersti asiente, las pupilas del señor Fithern se expanden hasta convertirse en estanques negros.

—Dijo que usted creía que Cressida había intentado quitarse la vida —continúa Kersti—. Para castigarlo, porque no quería el bebé.

El color de su cara desaparece tan rápido que parece un cadáver de piel gris. Mira nervioso hacia el campo para asegurarse de que ninguno de los jugadores se haya quedado atrás y pueda oírlos.

—¿Qué quieres de mí, Kersti? —exige—. Todo eso sucedió en otra vida. Cometí un puto error, era joven y cometí un puto error. He causado daño a algunas personas. Pero he intentado seguir con mi vida y convertirme en un mejor hombre...

—Cressida no ha tenido la posibilidad de seguir con su vida.

—¡Yo no la empujé del balcón!

—¿Cree que su exmujer pudo haberlo hecho?

—¿Por *eso* estás aquí? —exclama anonadado y retrocede un paso—. Por el amor de Dios, no. Claro que no. De ningún modo.

—¿Por qué no?

—¿Annie? —chilla—. ¿Annie? ¿De verdad lo preguntas? Jamás.

—Entonces, ¿en serio cree que Cressida se tiró?

—En ese momento, creí que era posible, sí. Estaba un poco... era una chica muy perturbada, tú debes saberlo. Tenía problemas con el alcohol. Yo no fui el primero en hacerle daño. Cuando llegué, ya estaba así.

—Pero la señora Fithern debía de estar furiosa —insiste Kersti—. ¡Vosotros la humillasteis delante de toda la gente del instituto que la adoraba! Los dos sabemos lo mucho que ella quería a

Cressida, y esa noche era la encargada de servicio. ¿Cómo pudo no haber subido a su habitación a encararla? Debes de saber que Magnus Foley le habló sobre vuestro romance esa misma noche.

—Sí, pero Annie ya lo sabía. *Lo sabía*. Como toda mujer sabe. No fue una sorpresa enterarse por Magnus Foley. Esa revelación no le generó una furia repentina que hizo que corriera hasta la habitación de Cressida y la empujara del balcón. Eso es ridículo.

—Quizás sospechaba de la relación —persevera Kersti—. Pero no sabía que otros estudiantes lo sabían. Lo que Magnus le reveló esa noche fue que todo el Lycée estaba a punto de enterarse.

—¡Mide apenas un metro y medio! —exclama—. ¿Cómo pudo haber lanzado a Cressida de un balcón?

—Cressida estaba borracha. No debe de haber sido difícil darle un empujón...

—Exacto, Kersti. Cressida estaba borracha. Era impulsiva, descuidada y actuaba como si no le importara morir, incluso en sus mejores momentos. Pudo haberse arrojado o pudo haber caído por accidente como dicen. Mierda, por todo lo que sabemos podía haber estado de pie sobre la barandilla como si fuera una equilibrista. Ese es el tipo de chica que era, Kersti. ¿O acaso lo has olvidado?

Kersti recuerda el accidente de coche con Magnus. Recuerda a Cressida asomada sobre la barandilla del balcón gritando: «¡Soy la reina del mundo!».

—Todavía no entiendo por qué todos se dieron tanta prisa por descartar que hubiera sido un delito —dice Kersti—. Había herido a muchas personas, incluida a su mujer. Y era una coincidencia que la profesora encargada esa noche hubiera sido la señora Fithern...

—Kersti, no sé quién o qué cosa plantó esta idea en tu cabeza después de tantos años, pero Annie no mataría ni a un mosquito que le estuviera chupando la sangre.

—La caída sucedió en el momento justo para prevenir que estallara un escándalo y también se ocupó del bebé...

—Creo que deberías irte —declara él.

—¿Está protegiendo a la señora Fithern porque todavía se siente culpable por lo que ha hecho?

—No voy a quedarme aquí y dejar que nos ataques a los dos —anuncia y sacude la cabeza—. Debo volver. ¿Hay algo más que quieras de mí?

—Solo una cosa —admite Kersti y el señor Fithern deja caer los hombros—. La madre de Cressida me ha dado esto —dice y saca las notas de la cartera—. Seguiremos con este caso. Puede que Deirdre inicie una acción penal y civil por abuso sexual...

—¿Qué son?

—Ya imagino las cosas que Cressida debe de haberle contestado —continúa Kersti—. En realidad, no puedo ni imaginarlo, pero estoy segura de que, si alguna vez la señora Fithern las encontró... si alguna vez las leyó...

Kersti le entrega las notas y lo observa mientras lee la primera, esperando ver su sorpresa, la

expresión de horror y vergüenza que transformarían su cara al recordar. Lee la siguiente y después lee otra, hasta que termina con todas. La cara permanece inexpresiva, confundida. Nada lo delata.

—No lo entiendo. ¿Quién ha escrito esto? —pregunta el señor Fithern mientras mira a Kersti.

—Las ha guardado la madre de Cressida. Debes admitir que son bastante perturbadoras. Puedes ver que, si cayeran en las manos equivocadas, usted no sería muy bien visto. Iba a dejar a su mujer; los rumores la habrían destruido. Si se abriera una investigación, estas notas serían prueba de...

—¿Prueba de qué?

Kersti está empezando a perder la esperanza de que revele algún dato explosivo que sea útil, de que admita que sí, la señora Fithern se había enfadado. De hecho, había estado tan furiosa que había amenazado con matar a los dos, o algo dramático y profético como eso.

—Yo nunca escribí nada de esto —declara él—. Esa no es mi letra. Y tampoco es mi, eh, estilo.

—¿De «C» para «C»? Por favor. Ella me contó cómo era usted. Vi los hematomas. ¿Quién más podría ser?

—No tengo ni idea de quién carajo escribió esas notas. No es mi letra. Dejaría que analizaras mi escritura si creyera que eso te convencería, pero no creo que nada pueda hacerlo.

—¿Qué otra persona pudo haberlas escrito?

—¿Magnus?

—Las escribió un tal C. Usted es el único C...

—Lo siento, Kersti. Puedo ver que todavía estás muy dolida, que no has podido darle un final a lo que ocurrió; lo entiendo. Pero estoy tan perplejo como tú. Está claro que Cressida tenía otros amantes. Yo no escribí esas cartas. Haz lo que quieras con ellas.

No era lo que Kersti esperaba oír. Lo mira con intensidad a los ojos en busca de algo que lo delate, algo que revele que está mintiendo, pero lo único que encuentra es verdadera confusión. No parece preocuparle en lo más mínimo lo que haga con las cartas. A menos que sea el mejor embustero del mundo.

—Quizás deberías olvidarlo —sugiere él—. Si el Lycée quería ocultar algo, te aseguró que permanecerá oculto.

Se miran fijamente durante unos segundos tensos y después él se gira y se aleja.

El corazón de Kersti late con fuerza cuando deja el campo detrás. Está agitada y la adrenalina le hace vibrar el cuerpo. Puede que no haya oído lo que esperaba oír, pero el misterio no hace más que profundizarse. *¿Quién mierda es C?*

Mira hacia atrás solo una vez, al mismo tiempo que el señor Fithern desaparece por las puertas de uno de los edificios, y después acelera el paso hasta casi correr para volver con Jay y contarle las noticias.

Abandonará de forma oficial *La joya de Reval* y escribirá esta historia, cueste lo que cueste. Ya

siente los efectos de la euforia creativa. Siempre ha estado allí, colándose en su cabeza, tentándola, pero, hasta ahora, sentía una obligación por terminar la novela estonia. Ya no. Esta historia pide a gritos nacer. Y no es solo la historia de Cressida; también es la historia de Kersti.

Capítulo 28



LAUSANA — junio de 1998

Unas semanas después del Baile de Caridad, Lille y Kersti están acostadas sobre la cama de Cressida, mirando cómo se plancha el pelo, un proceso arduo y meticuloso que solo lleva a cabo para matar el tiempo. El calendario que está junto al espejo tiene cruces rojas en todos los días: una cuenta atrás hasta la graduación.

La puerta está abierta y *madame* Hamidou pasa por el corredor con el correo. Como de costumbre, Angela Zumpt la sigue como si fuera un perro leal. Es la mascota de Hamidou, se ocupa de delatar a la gente que fuma en las habitaciones o se queda despierta después del toque de queda. Se comporta como si la hubieran designado específicamente para hacer cumplir las normas de la casa.

—*Cressidá* —dice Hamidou—. Hay un paquete para ti. —Arroja un sobre acolchado de papel manila sobre la cama y desaparece con Angela pisándole los talones.

—Debe ser más goma de mascar de Deirdre —murmura Cressida sin prestarle atención al paquete.

—No pareces tú —observa Kersti mirando la mitad de la cabeza de Cressida en la que el pelo está liso y chato contra su cráneo perfecto en vez de indomable como de costumbre. La habitación huele a pelo quemado.

—Bien —responde Cressida—. Quizás Magnus lo deteste.

—¿Lo vas a ver esta noche?

—Tengo que contárselo. —Cressida apoya la plancha caliente en el borde del lavabo y hace un puchero con sus labios bonitos.

—¿Le hablarás sobre el señor Fithern?

—Le contaré que hay alguien más. No mencionaré al señor Fithern. Pero no puedo seguir así.

—Pero ¿a dónde crees que puede llegar lo que tienes con el señor Fithern? —pregunta Lille en un intento por ser la voz de la razón—. No tienes futuro con él.

El puchero de Cressida estalla en una sonrisa.

—Charlie y yo planeamos viajar por Europa este verano —confiesa—. Dejará a su mujer.

—¿Dejará a la señora Fithern? —exclama Lille horrorizada—. ¿Para estar *contigo*? Pero tú

eres su alumna...

—Está enamorado de mí. Hablará con ella tan pronto como termine el año.

—¿Qué hay de su trabajo?

—Puede enseñar en cualquier lugar.

—No puedes destruir un matrimonio...

—Ya es tarde —señala Cressida—. Además, él nunca estuvo enamorado de ella.

—Sí que lo estuvo —insiste Lille—. Ella era la mujer más inteligente que había conocido en su vida.

—Hasta que me conoció a mí —alardea Cressida—. Ahora puede tener belleza además de inteligencia.

—Se mudó aquí para enseñar con ella —continúa Lille—. Claro que la quería.

—La quería como si fuera una buena amiga o la hermana pequeña —aclara Cressida con las que seguro fueron las palabras del señor Fithern—. Nunca fue un amor apasionado. No como el que tenemos nosotros.

Cressida les da la espalda y sigue con el alisado de su pelo. La plancha hace *ssssss* cada vez que fríe sus rizos para dominarlos.

—¿Alguna vez piensas en lo que le estás haciendo a ella? —pregunta Kersti a Cressida.

—¿A quién? ¿A la señora Fithern?

—Sí.

—No.

—¿Cómo es posible? ¿Acaso no la quieres?

—Sí, pero, como ya te he dicho, lo quiero más a él. Y me quiero más a mí —explica—. Si Charlie y yo estamos destinados a estar juntos, y lo estamos, ¿por qué debería dejar que ella se quede con él? ¿Para que todos nos sintamos mal? ¿Solo porque es lo correcto?

—¡Sí!

—Eso es absurdo —observa—. No voy a vivir mi vida como si estuviera predeterminada. No son el uno para el otro; si lo fueran, él nunca se habría enamorado de mí. La estoy liberando. Será más feliz con otra persona. Su alma gemela está en algún lugar.

—Así que le estás haciendo un favor —comenta Lille en broma.

—Estoy haciendo lo que es necesario. Para todos.

—Incluso Magnus —observa Kersti, aunque no vaya a cambiar nada. En un par de semanas, Kersti volverá a su casa y probablemente nunca más lo vuelva a ver.

—Ya no lo quiero.

—El sí te quiere —asegura Lille con un temblor en la voz.

—Lo nuestro no es más que un noviazgo de bachillerato sin importancia.

—Eso no es lo que él piensa —indica Kersti y se estira sobre la cama para alcanzar el paquete.

—Ya se dará cuenta.

—¿Por qué no sigues con él hasta que termine el año? —sugiere Lille—. Deja que piense que la relación no funcionó por la distancia.

—No puedo seguir fingiendo —insiste Cressida—. Está haciendo que lo odie.

—Se va a quedar destrozado —murmura Lille.

—No tengo control sobre los sentimientos de Magnus —responde Cressida con frialdad.

Eso mismo había dicho a Kersti hacía casi tres años. Kersti debe preguntarse si lo que estimula a Cressida es la victoria por encima de otra mujer —y nada menos que una profesora querida— en conjunto con el trastorno inevitable del mundo autocomplaciente y embrionario que es el Lycée, o si realmente quiere al señor Fithern.

Hace no tanto tiempo, Cressida le había preguntado a Kersti si era una mala persona por siempre esperar salirse con la suya. Kersti no cambiaría su respuesta. La verdad es que Cressida cree que está haciendo lo correcto. No conoce otra forma de comportarse que no sea seguir esa voz intuitiva que lleva dentro, ya sea en el corazón o las entrañas o en la parte más podrida y dañada de su cerebro. Sea lo que sea, sus acciones son guiadas por el instinto, la única brújula que tiene. ¿Cómo podría decir que eso la convierte en una mala persona?

Kersti mira hacia abajo y revisa el matasellos del paquete de Cressida.

—Es de Bruselas —observa y levanta la mirada—. «A. El-Bahz»...

Cressida arroja la plancha caliente en el lavabo y le quita el paquete de las manos.

—Es de Amoryn Lashwood...

Kersti salta de la cama y se queda de pie detrás de Cressida mientras ella ataca el paquete con unas tijeras.

—¡Su puta madre! —exclama con un grito ahogado mientras levanta un libro con cubierta de cuero del tamaño de un diario íntimo—. Es el libro mayor.

Capítulo 29



LAUSANA — junio de 2016

Lausana es como un sueño. Mientras camina por la Rue Marterey en dirección al Lycée, Kersti experimenta una sensación de nostalgia visceral. A pesar de que la mayoría de las tiendas han cambiado, bien podría ser 1995. De pronto, recuerda todo: los fragmentos de conversaciones en melodioso francés suizo, el supermercado Migros en la esquina, el escaparate de la *pâtisserie* que la invita a entrar con sus artísticas carlotas de fruta y tartas Saint Honoré. Lausana es más que un lugar para ella, es un sentimiento, algo perceptible y atemporal.

—Necesito una de esas —declara, y señala el escaparate de una *pâtisserie*. Entra con Jay y pide dos tartaletas de queso—. Una para cada uno de los niños —explica. Han empezado a referirse a los bebés como «los niños».

Jay pide una tarta de albaricoque y siguen su camino hacia la Avenue de Béthusy, que los llevará hasta el Lycée.

Llegaron anoche en tren. Habría sido más rápido y fácil tomar un avión, pero Kersti había insistido en ir en el Eurostar a París y después el TGV a Lausana. Intentó convencer a Jay de que viajar en tren era parte de la experiencia de viajar a Europa, que era la única forma de hacerlo. «Qué fácil es decirlo cuando no eres tú quien tiene que andar de aquí para allá con el equipaje», había contestado.

Esta mañana, después de darse un atracón de medialunas recién horneadas con mermelada Hero de fresa y chocolate caliente Suchard —sus marcas suizas favoritas, que nunca ha podido encontrar en Toronto—, decidieron caminar desde el hotel a la escuela, haciendo las paradas necesarias para que Kersti pudiera descansar, orinar, comer o enseñar a Jay los sitios interesantes. La primera parada fue Place St. François para ver la iglesia, después pararon en la Rue de Bourg para beber una Coca Cola y comer una pizza en Chez Mario, donde Kersti había celebrado su cumpleaños número dieciséis. Incluso el grafiti de las paredes seguía allí, y Kersti pudo enseñar a Jay el lugar en el que ella, Cressida y Lille habían garabateado sus nombres.

Caminan agarrados de la mano y, cuanto más se acercan al Lycée, más intensos son los recuerdos de Kersti. No solo los recuerdos concretos o ciertas series de acciones, sino también los recuerdos sensoriales. El aroma a frescos de uva de las flores del lupino, el azul glacial del

lago visto desde su ventana, la sensación de los adoquines debajo de los zapatos.

—Estoy muy sentimental —comenta.

—Deben ser las hormonas.

—Sí, deben ser.

Es más fácil no intentar explicarlo. Fue aquí en Lausana, en el período más impresionable de la vida de una chica, que sintió por primera vez todas esas cosas que vale la pena sentir y que pueden cambiar el trayecto de una vida. Encanto. Deseo. Aceptación. Pertenencia. Conexión. Pérdida.

Fue *aquí* donde se convirtió en quien es, lejos de su familia y sus expectativas; en relación con Cressida; cuando perdió su virginidad con alguien que no le devolvió el afecto. Y en el momento en el que se enteró de que su mejor amiga, alma gemela y némesis en igual parte, había caído del balcón.

—¿Estás llorando? —pregunta Jay y roza su mejilla mojada con la mano.

—Estar aquí me trae tantos recuerdos...

Jay la acerca hacia él y siguen caminando, su brazo alrededor de la cintura de Kersti, la cabeza de ella apoyada contra su hombro.

Cuando llegan, Deirdre los está esperando en el jardín del Lycée. A Kersti le lleva unos momentos reconocer a la mujer que está sentada en el banco a su lado, y después da un grito:

—¡*Madame* Hamidou!

—¡*Mon Dieu!* ¡*Madeimoselle* Kuusk! —responde Hamidou después de girarse hacia ella y levantar sus gafas de sol.

Se pone de pie de un salto y extiende los brazos. Se abrazan fuerte y Kersti siente una ola de afecto.

—¡Sigue aquí! —exclama.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —dice Hamidou—. Soy una señora mayor. He estado viviendo fuera del campus en el número 14 de Béthusy, pero echo de menos la Casa Huber. Planeo volver aquí en septiembre.

Su pelo corto está completamente blanco ahora. Es más pequeña de lo que Kersti recordaba, y un poco más frágil, pero, en todo lo demás, está igual. Sus ojos color chocolate brillan con placer cuando examina a Kersti de arriba abajo y la vuelve a abrazar.

—¿Y qué llevas ahí dentro? —pregunta Hamidou con la mano sobre el vientre de Kersti.

—Dos niños mellizos —anuncia Kersti.

—Felicidades —exclama Hamidou con una sonrisa.

—¿Niños? —chilla Deirdre y salta del banco para abrazar a Kersti—. ¿Por qué no me lo habéis dicho?

—Quería decírtelo en persona —explica—. Nos acabamos de enterar.

Kersti recuerda a Jay, que está callado detrás de ella, y tira de él con gentileza para traerlo hacia adelante. Le guste o no, ahora tienen un vínculo poderoso, una conexión de por vida. A Kersti todavía le parece irreal. El espermatozoide de Jay y los óvulos de Cressida están creciendo dentro de *su* cuerpo.

—Iré a dar una vuelta —anuncia Jay—. Nos vemos más tarde en el hotel. —Las saluda con la mano y camina en dirección al jardín.

—Justo estaba enseñándole fotos de Sloane a *madame* Hamidou —indica Deirdre.

—Es igual a *Cressida* —observa Hamidou, sus ojos brillantes por las lágrimas—. Es como ver un *esprit*. —Las arrugas de la cara se profundizan aún más y de pronto parece una anciana llena de tristeza.

—Sloane estará aquí el sábado para la ceremonia.

—No puedo esperar a conocerla —expresa Hamidou más animada y fuerza una sonrisa. Todavía tiene la misma separación entre los dientes delanteros.

Se acerca una chica joven de unos catorce o quince años. Es muy bonita, con pelo largo y oscuro y ojos negros como el regaliz.

—*Bonjour, madame* Hamidou —saluda.

—*Bonjour*, Amandine. —Hamidou presenta la chica a Kersti y Deirdre—: Amandine es una de nuestras mejores alumnas —señala—. El sábado recibirá el premio de Matemáticas. Es la primera estudiante de segundo año en recibirlo.

—Felicidades —dice Kersti y no puede evitar envidiar la juventud de la chica, su inteligencia, todas esas promesas que yacen en su futuro, como las colinas suizas que las rodean.

—En este momento, Amandine y yo deberíamos estar yendo a una clase de Ciencias —se excusa Hamidou—. *Á plus tard*.

—He descubierto algo interesante —anuncia Deirdre una vez que están solas, y entrelaza su brazo con el de Kersti.

—¿Cuándo hablaremos con *monsieur* Bueche?

—Ahora —responde—. Pero escucha. He estado husmeando. —Kersti deja que Deirdre la guíe por el camino que lleva a la oficina de Bueche—. Hice que mis abogados revisaran la investigación policial del caso de Cressida —continúa—. Parece que el detective a cargo fue Gavin Lashwood.

—¿Lashwood? —repite Kersti—. No tiene sentido. ¿Los Lashwood no son estadounidenses?

—Gavin Lashwood se graduó del Lycée en 1959 —explica—. *El mismo año que Bueche*.

—Eran amigos cercanos —dice Kersti cuando recuerda lo que Amoryn Lashwood dijo hace años en el Baile de Caridad—. Bueche y el tío de Amoryn Lashwood eran amigos en el Lycée...

—Bueche fue a la *université* aquí y después empezó a enseñar en el Lycée. Gavin Lashwood se casó con una chica suiza y se quedó en Lausana. Se convirtió en gendarme de la policía de Vaud.

—¿Así que él fue el detective que investigó el accidente de Cressida? ¿Has hablado con él?

—Está muerto —responde Deirdre—. Cáncer de pulmón, hace dos años.

—Debe de haber encubierto algo como favor a Bueche —concluye Kerst—. Es demasiada coincidencia.

Deirdre se detiene de pronto y encara a Kersti. Su expresión cambia sin previo aviso.

—Debería haber hecho algo hace años —reconoce con un temblor en la voz—. Debería haber exigido una investigación de inmediato.

—Deirdre, estabas conmocionada...

—Ni siquiera vine a Lausana —continúa—. No hice ninguna pregunta. Ni siquiera pregunté sobre la nota ni cuestioné lo rápido que cerraron la investigación...

—Te estabas ocupando de Cressida en tu casa.

—No quería saberlo —admite—. Esa es la verdad, Kersti. Tenía demasiado miedo de conocer la verdad. Y estoy segura de que ahora es demasiado tarde.

—Descubriremos lo que sea que Bueche y Harzenmoser hayan ocultado.

Deirdre asiente con un bufido. Se pone las gafas de sol, y los cristales enormes le cubren la mayor parte de la cara.

—Le he fallado —suspira mientras siguen su camino hacia la oficina de Bueche.

—Todos le hemos fallado.

Monsieur Bueche es uno de esos hombres que no parecen envejecer y podría tener cincuenta o sesenta años. Si Kersti no lo supiera, jamás hubiera adivinado que tiene setenta y cuatro. Todavía tiene todo el pelo, teñido de un castaño oscuro y peinado hacia atrás con gel, y dientes buenos y blancos que podrían, o no, ser reales. Siempre se ha vestido bien, con una preferencia por el uso de corbatas y pañuelos en el bolsillo de sus chaquetas. Es como si la palabra «sofisticación» hubiera sido creada para describirlo a él.

—*Madame* Strauss —saluda con solemnidad cuando estrecha la mano de Deirdre—. Kersti, bienvenida de nuevo. Y felicidades por ser una de nuestras Cien Mujeres.

Su inglés es perfecto. No hay rastro de un acento francés o alemán. Kersti se da cuenta de que no tiene ni idea de dónde es. Siempre ha pensado en él como si fuera un europeo genérico.

—¿Cómo está Cressida? —pregunta a Deirdre y se sienta detrás de su escritorio.

—Es prácticamente un vegetal —comienza Deirdre con brusquedad—. Así que no estoy segura de cómo responder su pregunta.

—Lo siento mucho —dice Bueche apenado—. Debe ser muy difícil para usted.

Los ventanales franceses que están detrás de Bueche están abiertos de par en par y Kersti tiene una vista perfecta del jardín trasero y el césped verde que llega hasta las canchas de tenis. Lausana en junio es una belleza, algo que Kersti casi había olvidado.

Hay un reloj de cuco antiguo sobre la pared, junto a las fotos enmarcadas de Bueche con

profesores de épocas anteriores, incluidas varias con *madame* Harzenmoser. En una, está con *monsieur* Mahler sosteniendo un trofeo.

—¿Qué le ocurrió a *monsieur* Mahler? —pregunta Kersti con los ojos sobre la foto.

—¿Mahler? Se jubiló hace años. Tiene ochenta y cinco años y sigue en forma. De vez en cuando nos visita. Viene a alentar a los equipos.

—¿Y *madame* Harzenmoser?

—Está en una residencia cerca de aquí —indica—. Quizás asista a la ceremonia de mañana si se encuentra bien.

Kersti se percata de una foto sobre el escritorio de Bueche en la que está con su mujer, hijos y nietos en Ouchy. Otra cosa que Kersti nunca supo de él. Tiene una familia. Cuando eres adolescente, no piensas que los adultos que te rodean tienen una vida propia. No piensas en quienes son como personas. Cuántos años tienen. Si tienen hijos. Qué hacen cuando no están en el instituto. Kersti nunca se preguntó nada de eso sobre ninguno de los profesores del Lycée, excepto, quizás, por los Fithern.

—Por eso queríamos hablar con usted —anuncia Deirdre—. Kersti y yo hemos estado revisando la caída de Cressida.

—¿Revisándola?

—Haciéndonos preguntas que deberíamos habernos hecho en el momento. —Cuando Bueche no contesta, Deirdre continúa—. Estamos convencidas de que no fue un accidente.

Bueche se reclina en la silla con la mirada imperturbable. Tiene ojos castaños oscuros — inteligentes, penetrantes— y Kersti considera que debe haber sido bastante atractivo en los noventa.

—*Madame* Strauss —dice con su voz profunda y aterciopelada—, han pasado casi veinte años.

—Sí —reconoce Deirdre—. Pero tenemos información nueva.

—¿Información nueva sobre qué?

—Sobre las circunstancias alrededor de la caída.

Kersti lo observa con atención. Si está aunque sea un poco incómodo, ella no se da cuenta. Su semblante es tranquilo. Relajado, incluso.

—¿Sabía que Cressida estaba teniendo un romance con su profesor de Historia? —pregunta Deirdre—. ¿Con Charles Fithern?

—Recuerdo haber escuchado algo al respecto después de los hechos. Después de que ambos Fithern renunciaran.

—¿Alguna alguien vez investigó el hecho de que la señora Fithern haya sido la profesora encargada de la Casa Huber la noche que mi hija cayó?

—*Madame* Strauss —responde Bueche—, no sabíamos nada del romance en ese momento. Por supuesto que hablamos con la señora Fithern esa mañana. Le preguntamos qué había visto, qué

había oído, si había ocurrido algo inusual la noche anterior...

—¿Y qué os dijo?

—Según recuerdo, no hubo nada inusual.

—¿Le dijo que el novio de Cressida, Magnus Foley, estuvo en la Casa Huber esa misma noche? —pregunta Kersti—. ¿Que había ido a hablar con la señora Fithern? ¿Que le habló sobre la relación que mantenían?

La expresión de la cara bronceada del señor Bueche se ensombrece.

—¿Alguna estudiante mencionó haber visto a Magnus esa noche? —insiste Kersti.

—No que yo recuerde.

—¿Alguien, ya sea usted o la policía, pensó en interrogar a las estudiantes? —interrumpe Deirdre levantando la voz.

—Estoy seguro de que lo hicimos —responde Bueche con un tono de voz que empieza a sonar defensivo—. Es difícil recordar después de tanto tiempo, pero estoy seguro de que la policía habló con las estudiantes.

—La policía nunca habló *conmigo* —señala Kersti—. Ni con Lille. Ella fue la que vio a Magnus salir de Huber esa noche.

—Supongo que la policía debía de estar satisfecha con las pruebas que demostraban que la caída de Cressida había sido un accidente —razona—. Cressida estaba borracha. Recuerdo que el nivel de alcohol en sangre era muy elevado...

—¿Y qué sucedió cuando se encontró la nota de suicidio? —Deirdre saca la nota de su cartera y la empuja hacia Bueche.

—Yo no encontré ninguna nota —se defiende—. Su marido fue quien la encontró.

—¿Y qué ocurrió después?

—*Monsieur* Strauss preguntó por qué nadie había encontrado la nota antes.

—¿Y por qué fue?

—Estaba escondida en uno de los libros de Cressida. Su marido la encontró cuando estaba guardando sus cosas. No fue un intento deliberado por parte del instituto de mantener la nota en secreto.

—¿Cómo puede ser que la policía no la haya encontrado, *monsieur* Bueche? ¿No revisaron su habitación? —pregunta Kersti—. ¿Por qué no se molestaron en buscar pruebas? ¿Por qué nunca nos interrogaron a nosotras?

—No puedo hablar por la policía...

—Ah, ¿no? —cuestiona Deirdre con ferocidad—. ¿Acaso el detective no era su mejor amigo?

—Nuestra amistad nunca habría interferido con un caso —responde Bueche acalorado—. Me ofende esa acusación. Y estoy seguro de que Gavin también se habría ofendido.

—Cressida estaba embarazada —señala Kersti—. El bebé era del señor Fithern, lo cual ya es

un motivo en sí mismo. La señora Fithern también tuvo oportunidad...

—¿Cressida estaba embarazada?

—¿Por qué no se llevó a cabo una investigación seria? —quiere saber Deirdre—. Parece que su amigo Gavin no había descubierto nada. Ni el romance, ni la nota, ni el embarazo. No debe de haber sido un detective muy bueno.

—*Madame* Strauss...

—¿Por qué cerraron el caso tan rápido?

—Entiendo lo desagradable que debe ser todo esto para usted...

—¿*Desagradable*? —repite Deirdre con una expresión de desprecio—. He perdido a mi hija, *monsieur* Bueche. ¡Cressida estaría mejor muerta! Fue mucho más que «desagradable».

—Fue una tragedia —concuerta en un intento por aplacarla—. Una tragedia terrible. *Madame* Harzenmoser y yo llamamos a la policía de inmediato y les dimos todo lo necesario para conducir la investigación. Les abrimos las puertas del instituto. Les dimos acceso a todo lo que pudieran necesitar. Cuando el detective Lashwood concluyó que había sido un accidente, no estábamos en posición de cuestionarlo.

—¿Ya había llegado a esa conclusión a las nueve de la mañana? —insiste Kersti—. ¿Cómo es posible?

—¿Me estáis acusando de algo?

—Sí —responde Deirdre y endereza la espalda—. De haber convencido a su amigo de decir que había sido un accidente y concluir la investigación lo antes posible.

—Había pruebas suficientes para justificar una investigación seria —añade Kersti—. Pero habría sido pésima publicidad para el Lycée. Habría dañado la reputación.

—Claro que sí —admite Bueche—. Pero no me habría interpuesto en una investigación. No tengo ese tipo de influencia sobre la policía.

—Sabemos lo importante que es la reputación del Lycée.

—Los estudiantes son mucho más importantes...

—*Monsieur* Bueche —ruega Deirdre con voz suave—. Usted no quería que el público se enterara de un suicidio, de un romance extramarital entre un profesor y una alumna o de la posibilidad de un crimen, así que le pidió a su amigo del instituto que lo cubriera. Al menos díganos la verdad. No es un delito.

»Yo también soy responsable —continúa Deirdre—. Me quedé con los brazos cruzados y permití que lo encubrieran. Dejé que usted y *madame* Harzenmoser no hicieran nada porque estaba protegiendo la reputación de Cressida...

—Señora Strauss —dice Bueche, todavía tranquilo y sereno—. La verdad es que los gendarmes revisaron la habitación de Cressida esa mañana. Lo que encontraron fue una botella de vodka a medio beber. Había estado fumando en el balcón. Además de eso, había tenido ese accidente de

coche unos años antes...

—¿Cómo sabía eso la policía?

—Creo que *madame* Hamidou lo confesó cuando la interrogaron.

—¿Por qué? No tenía nada que ver con lo que había pasado. ¿Por qué les habría contado eso?

—Supongo que intentaba ayudar —adivina—. Era muestra de que Cressida tenía antecedentes de comportarse de forma arriesgada y de beber en exceso. La policía sacó sus conclusiones en base a los hechos que tenían en ese momento. ¿Indagaron lo suficiente? —Bueche se encoge de hombros e inclina la cabeza hacia un lado—. Quizás no. Pero supuse que habían hecho lo mejor que pudieron con lo que encontraron. La nota de suicidio apareció más tarde. No nos pareció que valiera la pena volver a abrir la investigación por la nota. ¿A quién habría ayudado? Le aseguro que a su familia no, *madame* Strauss. Ni a nuestros estudiantes. —Hace una pausa y parece organizar sus pensamientos para elegir sus próximas palabras—. Tiene mi palabra de que nada de lo que hice fue con la intención de encubrir algo o de proteger a alguien. —Se pone de pie y da la vuelta al escritorio—. ¿Para qué traer todo esto de vuelta? —pregunta a Deirdre con una voz más suave—. ¿Cuál es el objetivo? ¿Qué puede hacerse ahora?

—Si alguien empujó a mi hija, quiero saberlo. Por lo menos quiero que se reconozca.

—No será fácil después de tanto tiempo —asegura Bueche—. Pero tiene mi apoyo, decida lo que decida. Si es lo que usted necesita, la ayudaré en todo lo que pueda. ¿Hay algo que quiera que haga?

—Se lo haré saber —responde Deirdre y se pone de pie—. Solo quería decir que le ha hecho mucho daño a Cressida al impedir que se llevara a cabo una investigación real. Y yo también.

—Nada de lo que se hizo fue con mala intención.

—Gracias por su tiempo, *monsieur* Bueche.

Deirdre coloca su cartera bajo el brazo y sale con prisa de la oficina. Kersti se da cuenta de que ha olvidado la nota de suicidio sobre el escritorio de Bueche y la levanta.

De camino a la puerta, recuerda algo y se detiene.

—¿*Monsieur* Bueche? —dice y da media vuelta para mirarlo—. ¿Por qué expulsó a aquellas dos chicas en 1974?

—¿Perdón? —responde confundido.

—Las amigas de Amoryn Lashwood fueron expulsadas en el 74. Sé que fue por vandalismo, pero no tiene sentido.

—¿Sabe qué escribieron?

—No. Pero solo fueron un par de palabras sobre la estatua...

—El asunto fue muy grave.

—Otros estudiantes han cometido ofensas peores y no han sido expulsados —señala Kersti—. Incluida Cressida.

—Esas jóvenes también consumían drogas y causaban problemas. *Madame* Hamidou insistió en que debían ser expulsadas y en que la Sociedad Helvetia debía ser prohibida.

—¿*Madame* Hamidou?

—Sí, fue muy vehemente al respecto —recuerda—. Ella creía que sería lo mejor para el instituto y yo estuve de acuerdo. Le aseguro que no solemos estar de acuerdo muy a menudo. Pero me convenció de que era lo mejor para el Lycée.

Capítulo 30



LAUSANA — junio de 1998

Cressida sostiene el libro mayor de cuero sobre la palma de sus manos con veneración, como si fuera un texto sagrado, una Biblia o alguno de los Vedas. El cuero es marrón y la cubierta tiene un estampado dorado en relieve que dice MAYOR. A Kersti le recuerda a los libros mayores de contabilidad que llevaba su padre cuando ella era pequeña. Él solía sentarse en el estudio después de la cena con una taza de vodka y pilas de recibos y facturas y anotaba números en las columnas del libro. Tenía un lápiz negro y otro rojo, y siempre había muchos números en rojo sobre las hojas.

Cressida lo abre despacio y se nota el temblor de sus dedos. En la primera página, bien insertada en la encuadernación, hay una foto vieja, cuadrada, con un borde blanco y una fecha escrita a máquina. Abril de 1974.

Cressida la saca del libro. Es una foto de la estatua de Helvetia, flanqueada por dos chicas adolescentes de pelo largo posicionadas como si fueran centinelas, las caras solemnes iluminadas desde atrás por la luna pálida, las manos sobre las caderas en actitud desafiante. La estatua tiene un casco de pelo negro pintado con aerosol, lo que Kersti sospecha que debe haber sido un rollo para limpiar y restaurar en una sola noche. Hay una palabra pintada en la cruz suiza del escudo, pero es imposible de leer en la foto oscura y granulosa. La placa grabada que está a los pies de Helvetia también está vandalizada. Algunas de las palabras de la misión, que no pueden leer pero conocen de memoria —«Preparamos a jóvenes mujeres para que se conviertan en ciudadanas del mundo»—, están tachadas y sobrescritas con otras palabras, también ilegibles.

Cressida da vuelta la foto y descubre una nota escrita a mano en el revés:

**Haz lo que quieras con el libro mayor. Decidas lo que decidas,
no tengo objeciones, solo cosas de las que me arrepiento.
Amoryn El-Bahz.**

—¿Qué quiere decir con eso? —pregunta Kersti.

—No lo sé —responde Cressida, pero su voz tiembla de forma curiosa—. Debe de haber algo aquí dentro...

Lille está en silencio.

—¿Qué han escrito en la estatua? —dice Kersti y acerca la foto hasta su nariz—. ¿Alcanzáis a ver algo?

—No. ¿Tú?

Ni Kersti ni Lille pueden distinguir las palabras pintadas con aerosol en la foto.

—¿Por qué te enviaría esto a ti? —pregunta Lille a Cressida.

—Supongo que porque le pregunté al respecto.

—¿Por qué expulsarían a esas chicas solo por pintar un par de palabras sobre una estatua estúpida?

Nadie responde. Cressida abre el libro mayor y manipula las hojas delgadas y amarillas con el mayor cuidado posible.

18 de septiembre de 1973. 23:00. Casa Frei.

Minutas:

Presentes: Amoryn Lashwood – Presidenta

Brooke Middlewood — Vicepresidenta

Tatiana Greenberg – Secretaria

Caris Yaren

Fernanda Manzanares

Karen Kim

Donna Murthy

Agenda:

Noche de promesa a la sociedad/iniciación. 30 de sept.

Cena para los nuevos miembros. [Junto a esto estaban anotados los posibles restaurantes].

Eventos de Caridad para el otoño:

¿Una Batalla de los Sexos en el Lycée?

¿Baile «Watergate»?

La campana de la cena sonó cuando las tres todavía tenían la nariz entre las hojas del libro, antes de que pudieran llegar al final de la primera página.

—Tráelo al comedor —sugiere Kersti.

—¿Estás loca? —suelta Cressida—. No quiero que nadie lo vea.

—¿A quién le importa?

—Tengo que revisarlo hoja por hoja.

—Es mucho —observa Lille—. Todas las minutas de cada una de las reuniones...

—No me lo habría enviado si no hubiera algo que valiera la pena descubrir —señala Cressida.

—Fíjate en la última página —sugiere Kersti, cada vez más entusiasmada por la posibilidad de develar algún secreto trascendental.

Cressida va de inmediato a la última página, en busca del impactante secreto que ella cree que esconden esas hojas sagradas. La fecha es el 4 de abril de 1974. Lo único que dice es «Festival del Cuco de Pascua, sábado 14 de abril».

El resto de las hojas está en blanco.

—¡Mesdemoiselles! —grita Hamidou desde el pasillo—. ¡Souper!

Cressida cierra el libro mayor de un golpe.

—Quedemos en mi habitación después de la hora de estudio —indica.

—Tengo una tutoría para las clases avanzadas —comenta Lille—. Vendré directamente después de eso.

—Yo tengo un partido de voleibol en Aiglon —dice Kersti—. Son las eliminatorias.

—Entonces quedemos cuando apaguen las luces.

—¿No pensabas escabullirte para visitar a Magnus?

—Os esperaré a vosotras —responde con impaciencia—. Venid a mi habitación lo más rápido que podáis. Para ese entonces ya habré encontrado algo.

Algo. Ese secreto voluptuoso que ya había clavado las garras en su piel. ¿Qué es lo que Amoryn Lashwood quiere que Cressida sepa? ¿Y por qué Cressida? ¿Solo porque ella fue la única con la audacia suficiente para preguntar?

Kersti no puede pensar en otra cosa cuando Cressida empuja el libro mayor debajo de la manta y las tres salen en hilera de la habitación, en silencio, embelesadas, conspiratorias.

Abajo, en la pizarra que anuncia la cena, dice CHARCUTERÍA.

—Fiambres —murmura Lille. Todas emiten un quejido y se separan para dirigirse, resignadas, a las mesas que les corresponden.

Kersti envuelve un trozo de jamón alrededor de un pepinillo agrio y crea un cigarro húmedo y viscoso que moja en mostaza caliente mientras su cabeza vuelve al libro mayor y al escándalo que podrían descubrir en su interior. Se pregunta si Cressida tiene alguna conexión. Si no, ¿por qué le habría escrito Amoryn esa nota? «Haz lo que quieras con el libro mayor».

El entusiasmo de Kersti comienza a transformarse en inquietud, un temor que avanza con lentitud y estira sus zarcillos hasta alcanzar cada parte de su cuerpo. No sabe por qué, pero tiene una ambigua sensación de terror. Una voz en la cabeza que le dice que Cressida está involucrada en algo malo. ¿Por qué estaría tan obsesionada con lo que les pasó a esas chicas si no la afectara de forma directa y personal?

Kersti mira a través del comedor y encuentra a Cressida. El corazón se le dispara. A pesar de todo lo que ha ocurrido en los últimos cuatro años, sabe que son almas gemelas. Siempre lo han sido. Su amistad no fue algo que Kersti buscó o para lo que se tuvo que esforzar; su amistad simplemente *sucedió*, desde el primer día, cuando compartieron *chopes* y secretos. Cressida es la única persona que siempre ha comprendido a Kersti, que nunca la ha juzgado ni ha esperado que haga otra cosa más que ser ella misma. Cressida ha hecho cosas dañinas, ha cometido errores, pero nunca ha habido dudas del afecto que siente por Kersti.

Sus miradas se cruzan. Kersti sonríe, pero Cressida tiene una expresión distante. No devuelve la sonrisa.

Capítulo 31



LAUSANA — junio de 2016

Kersti repite lo que ha hablado con *monsieur* Bueche a Jay mientras comen una pierna de cordero en la Brasserie Lausanne-Moudon.

—No tiene sentido —opina Kersti, pensativa—. *Madame* Hamidou nos dijo que había luchado contra Bueche para que no expulsara a esas chicas. ¿Por qué nos mentiría?

—Estoy seguro de que no es nada —asegura Jay y empala una patata con el tenedor.

—¿Y por qué le contaría a la policía el accidente de coche? A esas alturas ya era historia antigua. La Hamidou que yo recuerdo habría protegido a Cressida. No la habría echado a los leones.

—Parece que quería que supieran que Cressida tenía antecedentes.

—Pero ¿por qué?

—¿Para que la investigación acabase más rápido? Quizás creyó que sería la mejor forma de proteger a Cressida y al instituto.

—Seguro que tienes razón —concierda Kersti—. Ella adoraba a Cressida... más que a cualquier otra persona del instituto. Habría hecho cualquier cosa por ella, como lo haría cualquier madre. —Kersti lo considera un momento y se da cuenta de que Bueche casi la había engañado—. El que miente es Bueche —declara—. Su amigo era el detective encargado del caso. Él es el encubridor, no Hamidou. Estaba intentando confundirme.

—¿Por qué crees eso?

—Apuesto a que tiene algo que ver con las dos chicas expulsadas —opina Kersti—. Cressida debe de haber descubierto algo en el libro mayor. ¿Y si lo tiene Bueche?

—Nunca te harás con el libro, Kersti. Y este no es el momento para jugar a Scooby-Doo.

—No estoy jugando a Scooby-Doo —masculla indignada.

—Pronto tendremos a los mellizos —le recuerda—. Debes ordenar tus prioridades.

—Algo le ocurrió a Cressida y lo encubrieron. Quiero saber qué fue.

—Entonces, deja que Deirdre se ocupe. Estoy seguro de que puede pagar un abogado o un investigador privado.

—Pero estamos aquí...

—Estamos aquí porque has sido elegida una de las Cien Mujeres del Lycée.

Después de la cena, vuelven al hotel en silencio. Jay se dirige a la habitación mientras que Kersti va al bar de la recepción para esperar a Noa y Rafaella. Pide un *ginger ale* y envía un mensaje de texto a Deirdre.

Necesito hablar contigo mañana. La conversación con Bueche me dejó preocupada.
Por cierto, olvidaste la nota en su oficina. La tengo yo.

Cuando levanta los ojos del móvil, ve que Noa está atravesando la puerta, sonriendo y saludando con energía, el pelo recogido en dos trenzas largas que se balancean detrás de ella. Tiene una camisa suelta de estilo poncho, vaqueros rotos y chanclas Havaianas. Se la ve rolliza y feliz. Abraza a Kersti con fuerza.

—¡No aplastes a los niños! —bromea Kersti.

—¡Hola allí dentro! —exclama Noa después de doblar las rodillas para que sus ojos estén al mismo nivel que el vientre de Kersti—. *¡Leuk je te ontmoeten!*

—Todavía pareces como si tuvieras dieciséis años —dice Kersti, pero es una pequeña mentira para hacerla sentir bien.

—Tú también estás muy bien —responde Noa.

Se sientan y Noa saca su móvil para compartir fotos de sus hijos: cuatro rubios con mejillas como manzanas, la viva imagen de Noa de joven.

—Esto es todo lo que tengo por el momento —explica Kersti cuando le muestra la imagen de la ecografía que le hicieron a las dieciocho semanas.

—Estoy muy feliz por vosotros —expresa Noa—. Tengo muchos amigos que pasaron por lo mismo, pero no tuvieron un final tan feliz.

—Estamos agradecidos —asegura Kersti sin decir nada sobre los óvulos de Cressida.

Rafaella llega unos minutos más tarde con un vestido envolvente de DVF que acentúa sus nuevos pechos falsos y su cintura diminuta. Tiene el pelo recogido en una cola de caballo tirante, los labios hinchados con colágeno y la piel cerosa y libre de arrugas. Al igual que con Deirdre, todas las operaciones que se ha hecho convierten a su edad en algo nebuloso, que depende del ángulo desde donde se la mire o la iluminación de la sala.

—*¡Bonjour!* —canta cuando las abraza y lanza besos al aire—. ¡Su puta madre! Miradnos.

—Somos adultas.

—Habla por ti misma —comenta Raf con una sonrisa. Tiene pintalabios en los dos dientes delanteros.

Pasan la primera hora poniéndose al día con mucha más profundidad de lo que Facebook permite. Tal como Kersti había deducido, Noa es una madre de tiempo completo: activa, atenta,

siempre involucrada en la vida de sus hijos. Hornea su propio pan y tiene prohibidas las pantallas, lo que le permite establecer una conexión real con ellos cuando están en la casa. Según cuenta ella, siempre está en el instituto: hace trabajo voluntario, recauda fondos, actúa como intermediaria entre los profesores y los otros padres, va de acompañante a las excursiones. Y, en el poco tiempo libre que le queda, suele luchar para hacer que este mundo sea un lugar mejor para ellos.

Raf, a pesar de toda su riqueza y privilegio, no parece haber hecho demasiado con su vida. No tiene un domicilio permanente, una carrera de verdad más allá de escribir una columna de sociedad para un periódico parisino ni una relación seria, actual o pasada.

—¿Eres feliz? —pregunta Noa a Raf, inclinada sobre la mesa.

—¿Qué se supone que significa eso?

—¿Te sientes realizada, satisfecha? ¿Cómoda contigo misma?

—Claro que no. —Raf ríe—. ¿Tú sí?

—Sí —responde Noa.

—¿Y tú, Kersti?

—Sí —dice Kersti. Y en este momento, es cierto.

Se quedan en silencio durante unos momentos, felices de estar reunidas, aunque estén a una vida de ser quienes eran en el Lycée.

—Hoy vi a *madame* Hamidou —anuncia Kersti—. Ya no vive en Huber.

—¿En serio? No puedo imaginarla viviendo en otro lugar.

—Quizás se casó —sugiere Raf.

—No tenía anillo...

—Es asexual —asegura Noa—. Está casada con el Lycée.

—Planea mudarse de nuevo a Huber en el otoño.

—Lo cual prueba mi teoría —presume Noa.

De pronto, Kersti experimenta esa sensación en el vientre que parece el aleteo de una mariposa. Se acomoda en la silla y suelta una risita de sorpresa.

—Los bebés se están moviendo —anuncia.

—Echo de menos eso —lamenta Noa—. Verte así me da ganas de tener otro.

—¿Cuatro no son suficiente?

—Nils y yo siempre hemos hablado de tener seis.

—¿Seis? —Raf pone los ojos en blanco—. ¿Piensas mandar a todos a un internado?

—Claro que no —responde Noa ofendida—. A mí solo me enviaron al Lycée por una cuestión de seguridad. Por el secuestro de mi hermano.

—¿Insinúas que al resto nos enviaron porque nuestros padres no nos querían?

—Yo no insinúo nada.

—Sea como sea, es cierto —admite Raf—. Por eso estamos todas así de jodidas. Mira a Cress.

—Preferiría no hacerlo —comenta Noa.

—Yo creo que intentó matarse —suelta Raf—. No hay forma de que haya caído de ese balcón por accidente. ¿Tú qué crees, Kersti?

Kersti considera la pregunta durante una fracción de segundo y decide contarles todo, desde el principio:

—Lille me escribió antes de morir.

Raf y Noa quedan en silencio. Ahora tiene su atención. Les cuenta de la carta de Lille, del primer encuentro con Deirdre, sus sospechas de que alguien había empujado a Cressida del balcón. Las charlas posteriores con Magnus, los Fithern, *monsieur* Bueche. La investigación policial hecha a medias. El embarazo de Cressida.

—¿La embarazó? —exclama Noa.

—Esperad. ¿Y si Bueche y la señora Fithern tenían un romance? —sugiere Raf entusiasmada—. Quizás la señora Fithern empujó a Cressida y Bueche lo encubrió para protegerla.

—Eso es ridículo —señala Noa.

—Además, no explica lo del libro mayor...

—Quizás el libro no tiene nada que ver con la caída de Cressida —propone Raf—. O con la expulsión de aquellas chicas.

—Estoy de acuerdo —dice Noa—. Si alguien empujó a Cressida del balcón fue porque se estaba acostando con el señor Fithern.

—Esta es la nota de suicidio —anuncia Kersti cuando la saca de su cartera. Se la entrega primero a Raf, quien la lee y hace un gesto raro, y después a Noa.

«Os echaré de menos. Lo siento. Cressida».

—¿Quién ha escrito esto? —pregunta Noa con el ceño fruncido cuando levanta la mirada.

—Se supone que Cressida.

—No. No ha sido ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Esto es una *Eszett*.

—¿Una qué?

—*Eszett*. Una «s fuerte». —Noa señala el «Cressida» mal escrito, algo que Kersti siempre asumió que había sido un garabato causado por el alcohol—. Es su nombre, pero escrito como se habría escrito antes en alemán.

—¿Estás segura?

—Es una *Eszett* —asegura Noa—. El alfabeto alemán es el único que tiene esa letra. Antes del 96, siempre usaban una *Eszett* en vez de *ss*. Palabras como *dass* y *Strass* se escribían con una *s* fuerte, como la que está en la nota de Cressida.

—Entonces, ¿la persona que escribió la nota es alemana?

—Sí.

—Podría ser una doble *s* mal hecha. Cressida estaba borracha...

—Es una *Eszett*.

—¿Bueche no es alemán? —pregunta Raf.

—No. Es suizo francés.

—Mahler era alemán —señala Kersti. Y una idea la golpea como si fuera una de esas cegueras caleidoscópicas que anteceden a una migraña. ¿Estaría Bueche protegiendo a Mahler?

El día siguiente, Kersti toma un taxi hasta el Lycée y espera a *madame* Hamidou en el exterior del laboratorio de química. Cuando por fin sale por la puerta con su bata blanca y gafas de protección, Kersti la llama hacia un lado y le pide si pueden hablar.

—*Bien sûr* —responde y guarda las gafas en el bolsillo.

Salen del edificio hacia el jardín soleado, donde una multitud de jóvenes fumadores está reunida entre clases.

—¿Todavía está permitido fumar? —observa Kersti incrédula.

—Es Europa —responde Hamidou al tiempo que enciende uno de sus clásicos Gauloises.

Kersti retrocede unos pasos y dispersa el aire con una mano. Sería molesto en condiciones normales, pero además está embarazada.

—*Oh, mon Dieu* —exclama Hamidou y oculta el cigarrillo detrás de la espalda—. Lo siento. Ven aquí. —Se alejan de los fumadores y Hamidou arroja su brazo libre sobre los hombros de Kersti—. Me alegro mucho de verte —dice—. Tu año fue uno de mis favoritos. Erais un grupo de chicas muy especial.

—Anoche vi a Rafaella y a Noa —comenta Kersti.

—No puedo esperar a verlas mañana.

—¿*Madame*? —comienza Kersti sin estar del todo segura de cómo decir lo que quiere decir—. Yo no creo que la caída de Cressida haya sido un accidente, y Deirdre tampoco. El detective a cargo de la investigación era amigo de Bueche. El caso se cerró demasiado rápido...

—Puede que Bueche sea un tonto, pero nunca encubriría un delito.

—¿Cómo puede estar tan segura? —pregunta Kersti—. ¿No le parece que haría cualquier cosa para proteger la reputación del Lycée?

—Y la cuenta bancaria.

—Exacto.

—*Oui, mais quand même...*

—Deirdre quiere volver a abrir la investigación. Hay demasiadas cosas que no encajan.

—¿Como qué?

—Había un libro mayor —explica Kersti—. Creo que Cressida descubrió algo dentro de él que

tenía que ver con *monsieur* Mahler y aquellas expulsiones de 1974. El libro desapareció el día de la caída...

—¿*Monsieur* Mahler? —dice Hamidou—. ¿Qué tiene que ver él con todo lo demás?

—Tengo mis sospechas. Pero... bueno, Bueche dijo que *usted* había sido la que había pedido que expulsaran a las chicas, no él. No le creí, pero quería verificar con usted... Creo que todavía está intentando encubrir algo.

—No me imagino por qué diría que yo fui la que pidió que las expulsaran. *C'est ridicule*. — Hamidou da una calada a su cigarrillo.

—Eso mismo pensé yo. Solo quería estar segura.

—¿Deirdre qué piensa hacer?

—Supongo que hablar con la policía.

—¿Y qué pueden hacer después de tanto tiempo?

—Ordenar que se lleve a cabo una investigación en serio, espero. —Kersti se encoge de hombros—. La cantidad de pruebas nuevas lo ameritan.

—*Tragique* —suspira Hamidou y aplasta el cigarrillo con su tacón—. De todas mis chicas, ¿por qué tuvo que ser Cressida la que terminó así?

—¿Sabía que estaba embarazada?

Hamidou se detiene. Mira a Kersti a los ojos.

—¿Quieres decir a los trece años? ¿Te habló sobre el aborto?

—No. Cuando cayó.

—¿Estaba embarazada de nuevo? —pregunta después de carraspear.

—Del señor Fithern.

Hamidou cierra los ojos unos segundos mientras asimila la noticia. Parece alterada.

—No lo sabía —consigue decir—. Es la primera vez que lo oigo.

Kersti se gira para quedar boca arriba y se estira.

Coloca los pies entre las piernas de Jay, que están calientes y suaves bajo la manta. Está recomponiendo un sueño que tuvo anoche: soñó que estaba perdida en un bosque y que llamaba a gritos a su madre. Cuando era niña, Anni solía hablarle sobre el bosque empantanado de Soomaa, en las afueras de Tallin. Soomaa significa «tierra de ciénagas» y todos sus senderos pasan por turberas y charcas que están rodeadas de dunas, y el suelo está cubierto por una alfombra de hongos y bayas. En algunos lugares, según contaba su madre, el grosor de la capa de turba podría llegar a ser de *cuatro padres*. En ese entonces, el padre de Kersti era un gigante para ella; cuatro veces su altura sería como llegar hasta el cielo. El sendero favorito de Anni era Riisa, porque para entrar había que pasar debajo de un árbol con forma de horquilla. En invierno, solían

caminar con raquetas o esquiar entre los pinos, que se elevaban altos como torres, y sentían el frío y la libertad. Kersti siempre había querido visitar ese lugar. Imaginaba que el bosque de Soomaa estaba encantado, que era un lugar mágico.

—¿En qué piensas? —pregunta Jay.

—Estonia. Me gustaría llevar a los niños algún día.

—Claro que lo haremos.

La próxima semana sería 23 de junio, Jaanipäev —la noche en la que los estonios celebran el solsticio de verano—, y en lo único que puede pensar es en celebrarlo con su familia. Se sentará alrededor de la hoguera a mirar a sus sobrinas correr libres y sabrá que, en un par de años, sus hijos correrán con ellas.

—Quizás mis padres podrían viajar con nosotros a Estonia —sugiere Kersti y se acurruca más cerca de Jay.

—Hace más de cincuenta años que no vuelven —le recuerda—. Nunca volverán.

—Yo creo que sí.

—¿Para qué? —dice Jay—. A efectos prácticos, todavía viven en Estonia.

—Toronto no es Tallin.

—Si hablamos de geografía, no —concuerta—. Pero eso no es lo que les importa a ellos. Lo que quieren de Estonia es exactamente lo que han creado en Toronto. Es su mundo. Su cultura, su idioma, su gente. Su familia.

Kersti reflexiona sobre eso en relación con Lausana. Quizás Jay tenga razón. Quizás toda esta sensación sentimental y nostálgica tenga más que ver con sus recuerdos de la experiencia y las personas con quienes la ha compartido. Lo cual le recuerda que hoy es el centenario del Lycée.

Ha estado practicando el discurso; anoche se quedó dormida mientras lo repetía en su cabeza. *Es un honor y un privilegio estar aquí como una de las Cien Mujeres del Lycée. No estaría aquí hablando de mi carrera literaria si no fuera por la formación que recibí como alumna a principios de los noventa, en particular por parte de mi profesora de Literatura...*

—¿Estás nerviosa por lo de hoy? —pregunta Jay, que sabe a dónde ha ido su cabeza.

—Un poco.

—Estoy orgulloso de ti —declara—. Me parece increíble que nunca te des por vencida con nada. Te quedaste embarazada cuando yo ya estaba listo para rendirme. Tuviste fe suficiente por los dos.

—En eso tienes razón.

—Mi amor... —Jay le besa la coronilla y le frota el vientre—... he estado pensando en algo. Me gustaría nombrar a los niños en honor a mi Bobe Chana y mi Zeide Hyman. Fueron muy especiales para mí.

—¿Quieres que llamemos a nuestros hijos Chana y Hyman?

—No. Estaba pensando en Chase y Hayden —sugiere, y parece prepararse para una discusión—. He sido bastante flexible con todas las cuestiones estonias y con la donación. Pero esto es algo que quiero en serio y significaría mucho para mí. Sé que los nombres no son estonios...

—Me encantan.

—¿En serio?

—Chase y Hayden —repite para probar cómo suenan—. Me parecen perfectos.

—No son estonios.

—Lo sé y no me importa. Si somos sinceros, los bebés tampoco son estonios en realidad, ¿o sí?

—¿Lo dices en serio? —pregunta Jay y se sienta muy derecho.

—¿Quizás los segundos nombres podrían ser Nuut y Jaagup? —bromea.

—Chase Nuut y Hayden Jaagup —dice Jay—. Puedo vivir con eso.

—¿O tal vez Chase Jaagup y Hayden Nutt?

—También me gusta —responde y se vuelve a acostar.

—¿Crees que seremos una familia normal? —pregunta ella.

—Claro que no.

—¿Y una familia feliz?

—Estoy seguro de que eso es posible —indica con tono pragmático. Después, reflexiona un poco más y concluye—: Sí. No me cabe duda de que la felicidad nos espera.

Suena el teléfono que está en la mesa de noche de Kersti y los dos se miran. ¿Quién podría llamarlos al hotel? Kersti se estira para atender con una palpitación de terror.

—¿Señora Wax? Hay algo para usted en la recepción.

Jay la mira y articula una pregunta con la boca: «¿Quién es?».

—Hay algo para mí abajo —susurra. Kersti desliza las piernas hacia el suelo y se levanta de la cama, algo que cada vez se vuelve más difícil—. Vuelvo enseguida —indica.

—Déjame bajar a mí —ofrece Jay.

—No, está bien, también quiero desayunar algo. Los niños necesitan una medialuna de inmediato.

Se inclina para besarlo, se pone uno de sus vestidos veraniegos de maternidad y se dirige a la recepción. El hombre detrás del mostrador le entrega un sobre.

—¿Quién ha dejado esto para mí? —pregunta Kersti.

—No lo sé, *madame*. Lo dejaron anoche muy tarde. —Baja la mirada para examinar un libro de registro y después vuelve a mirar a Kersti—. Fue apenas después de medianoche.

Kersti le da las gracias y se lleva el sobre. Camino al ascensor, examina el contenido. Hay dos fotos Polaroid y una nota. Kersti alza una de las fotos y se para en seco.

Con manos temblorosas, devuelve la foto al sobre y corre hacia el mostrador.

—¿Quién estaba de servicio cuando trajeron esto? —pregunta—. ¿Puede fijarse?

—Afzal. Hoy entra a trabajar a las cinco de la tarde.

—¿Puede decirle que llame a mi móvil en cuanto llegue?

—*Bien sûr, madame.*

Kersti se queda de pie en mitad de la recepción durante unos minutos, esperando a que sus pulsaciones se tranquilicen. Se pregunta quién puede haber dejado esto para ella. ¿Y por qué?

Vuelve a subir a la habitación con el sobre en la mano y habiéndose olvidado por completo del desayuno.

—¿Qué es? —pregunta Jay—. ¿Has traído una medialuna para mí?

Kersti le entrega el sobre sin decir ni una palabra.

—No tengo mis gafas...

—No las necesitas —asegura ella—. Mira lo que hay dentro.

Abre el sobre y deja caer los contenidos.

—Mierda —murmura mientras mira las fotos—. ¿Quién ha dejado esto?

—No lo sé.

—¿Sabes quién es ella?

—No tengo ni idea —responde mientras ve la imagen de una chica joven y desnuda que mira a la cámara con expresión vacía. Ojos perturbados. Pelo desparramado sobre la almohada que está bajo su cabeza. Pechos descubiertos y una mano que intenta cubrir el vello púbico negro entre sus piernas. La Polaroid parece vieja, posiblemente de fines de los setenta o principio de los ochenta. Kersti alcanza a distinguir que se trata de una habitación de la Casa Huber, pero no mucho más.

—¿Y ella? —pregunta Jay cuando levanta la segunda foto.

—Es Cressida —murmura y sus ojos se llenan de lágrimas.

Cressida desnuda. Las piernas abiertas, la cara desafiante, seductora. Posando como si no fuera la víctima, que es sin duda como se habría comportado.

Sobre la Polaroid, en marcador negro, dice: «Sigo pensando en ti». Las palabras están escritas sobre su cuerpo.

—Esa no es su habitación —asegura Kersti—. Es una habitación de la Casa Huber, pero no es la suya. Esa no era su cama...

—¿De quién era?

—No lo sé.

—¿Qué mierda hacían en ese instituto? —pregunta Jay y se coloca las gafas de leer—. A ti nunca te pasó nada de esto, ¿verdad?

—No. No. Para nada. Esto es... Estoy pasmada.

—¿Alguno de los profesores hombres tenía acceso a los dormitorios?

—Supongo que Bueche. Quizás todos. No lo sé.

Ahora se pregunta si Mahler solía colarse a las habitaciones y visitar a ciertas chicas, a las que

había podido acceder desde que eran muy jóvenes, a las que habían estado en el internado desde la primaria.

—Quizás Hamidou lo sabía —sugiere Kersti con una ola de angustia—. Quizás ella fue parte del encubrimiento.

—Esta es una de esas notas sexuales explícitas —observa Jay y se la pasa a Kersti.

—No puedo leerla —declara Kersti y se pone de pie para acercarse a su portátil.

—¿Qué haces?

—Busco algo. —Escribe «Mahler *bobsled* Olimpiadas 52». El nombre aparece de inmediato. Friedrich Mahler—. Mierda.

—¿Qué?

—No recordaba su nombre. Es Friedrich.

—¿El nombre de quién?

—El entrenador. Es alemán. Creí que podría ser él, pero su nombre no empieza con C...

—¿Y si «C» es un nombre en código?

—¿Y si sí fue el señor Fithern? —propone mientras camina de un lado al otro de la habitación—. Su nombre es Charles. Es lo que más sentido tiene. Quizás es un maldito actor y me engañó...

—Kersti, siéntate, por favor. Me estás poniendo nervioso. —Kersti se sienta de mala gana, pero sigue intentando hacer que las piezas encajen—. ¿Qué significa todo esto? —pregunta Jay y le sujeta la mano.

—Cressida estaba obsesionada con las chicas que fueron expulsadas en el 74 —comenta Kersti—. Nunca entendí por qué, pero debe de haber sospechado que habían sido abusadas sexualmente, de la misma forma que ella estaba siendo abusada.

—Quizás descubrió que lo que sea que hubieran escrito con aerosol en la estatua de Helvetia incriminaba al abusador.

—Y por eso las expulsaron —añade Kersti—. Cressida estaba resuelta a llegar al fondo del asunto... hasta la caída.

—¿Quién crees que ha dejado esto para ti?

—Otra de las víctimas.

—Alguien que está aquí para el centésimo aniversario del Lycée.

—Pero ¿por qué me lo daría a mí?

—¿En la recepción no te pudieron decir quién lo dejó?

—Estoy esperando la respuesta.

Kersti arroja las Polaroids y la nota sobre la cama con un sentimiento que es tanto tristeza por Cressida como confusión.

—Imagino que debe de haber más pruebas incriminatorias en el libro mayor —declara.

—Quizás Cressida pensaba entregarlo a otra persona.

—Y alguien la detuvo.

—¿Le hablarás a Deirdre sobre esto?

—No puedo no hacerlo. —Kersti se recuesta y mira el techo, afligida.

—Ni siquiera sabes quién fue.

—Alguien que ha estado allí desde los setenta —observa Kersti—. Que tiene un nombre que empieza con C. O no. ¿Acaso crees que recuerdo el nombre de algún profesor?

—Y es de Alemania.

—Quizás.

—Iniciaremos la investigación después de tu discurso. Toda esa información debe de estar en el instituto...

—¿Mi discurso? —exclama—. ¿Es una puta broma? No puedo presentarme ante un público y hablar del centésimo aniversario del Lycée.

—Y no lo harás. Hablarás de *ti*. Esto es un honor.

—No, ya no lo es. No quiero tener nada que ver con esta institución.

Se estira para levantar la Polaroid de Cressida, que la atrae como si fuera un choque automovilístico del que no puede apartar la mirada. Se concentra en los ojos congelados de Cressida y ve, debajo de la máscara desafiante, una fragilidad tan clara y obvia como su belleza. *Quizás sí era la clase de persona que se suicida*, reflexiona Kersti.

Y después nota algo. En el borde de la mesa de noche, de la cual solo se ve la esquina, hay una cajetilla de cigarrillos. Kersti reconoce el azul marino de la caja sin tener que ver la marca. *Gauloises*.

—Mira esto —señala Kersti con la nota en la mano—. No es la misma letra de las otras cartas de amor de «C». Esta es *de parte* de Cressida, no para ella. —Y la lee en voz alta:

C, pienso en ti todo el tiempo. Tus dedos dentro de mí, los míos dentro de ti.

C

Kersti deja caer la nota de su mano. Jay la levanta y la mira.

—¿Cómo no nos dimos cuenta de eso? —murmura, y su cara se vuelve de un color rojo profundo—. Es una mujer.

—Sí —concuerta Kersti—. Es Hamidou.

—Por favor, dad la bienvenida a una de nuestras Cien Mujeres del Lycée, la exitosa autora y futura madre de mellizos, Kersti Kuusk-Wax.

Kersti se pone de pie con los aplausos. Ha decidido usar un vestido veraniego negro de corte imperio y sin tirantes con un par de bailarinas. Así tendría menos posibilidad de tropezar y caer de cara al suelo. Resulta que fue una buena elección, porque el sol está ardiendo hoy. Ya puede

ver el enrojecimiento de sus hombros.

Jay fue quien la convenció de venir y dar el discurso como estaba planeado. Al final, accedió. No porque quisiera formar parte de la celebración, sino porque quería encarar a Hamidou.

Kersti debería haber unido las pistas hace tiempo. Hamidou era la que tenía todo en riesgo, la que debía ocultar todo. Ella era la que había querido que expulsaran a aquellas chicas, tal como lo había dicho Bueche. Eso no había sido una mentira. Incluso contarle a la policía del accidente de coche de Cressida había sido una forma de plantar la idea de un accidente causado por el alcohol; era un precedente.

Cressida debió de haber amenazado a Hamidou la noche que recibió el libro mayor. Si el libro incluía pruebas incriminatorias del abuso, era probable que hubiese advertido a Hamidou que se lo enseñaría a Bueche y Harzenmoser. Hamidou debió de haber entrado en pánico. ¿Cómo podría no haberlo hecho? Era apenas una mujer pequeña, pero era atlética y fuerte. Tenía una energía extraordinaria. Con el terror y la furia como motor, ¿quién dice que no podría haber empujado de un balcón a una chica borracha de dieciocho años? Y después podría haber escrito una nota de suicidio falsa.

Kersti está pensando en todo esto mientras avanza por el césped hacia el podio. Todavía no ha visto a Hamidou. La buscó antes, con el corazón acelerado y las palmas de las manos sudorosas, y se sintió secretamente aliviada de no haberla encontrado.

—*Bonjour* —comienza, y su voz es apenas un temblor—. Gracias, *monsieur* Bueche.

Mira hacia el público y ve a Jay, Noa y Raf sentados en el medio y en las primeras filas con sonrisas de apoyo. Unas filas más atrás, encuentra a Hamidou. Sus miradas se cruzan. Hamidou sonríe y la saluda con la mano. Kersti se sujeta del podio y baja la mirada. Está sudando. Las gotas de sudor caen por su espalda y se pegan a la tela del vestido. *Sé lo que eres*, piensa.

El público espera en silencio, Kersti fuerza una sonrisa y respira profundamente. La acidez estomacal la está matando. Dentro de su vientre, los niños se agitan salvajes, como si sintieran su estrés y reaccionaran a su energía nerviosa.

—Es un honor y un privilegio estar aquí como una de las Cien Mujeres del Lycée —comienza—. No estaría aquí hablando de mi carrera literaria si no fuera por la formación que recibí como alumna a principios de los noventa.

Levanta los ojos de las notas y los dirige a Jay. Parece preocupado.

—Mi profesora de Literatura Inglesa del Lycée, la señora Fithern, solía decirme que tenía un diamante sin pulir —continúa—. Siempre decía: «Debes pulir tu diamante». Me incentivaba a leer. Decía: «Los escritores leen, cariño». Sugirió que escribiera un cuento y lo hice, y era pésimo, pero lo único que me dijo fue: «Sigue puliendo ese diamante, cariño».

El público ríe.

—En ese momento, no tenía la confianza para creer que podría llegar a ser una escritora cuando

creciera —indica Kersti—. Sabía que disfrutaba de la escritura, pero fue aquí, en el Lycée, que descubrí que tenía un talento que valía la pena cultivar.

Tiene problemas para concentrarse; sus pensamientos no dejan de irse por distintas tangentes. Hamidou. Las Polaroids de chicas desnudas. Los ojos de Cressida. La nota obscena. ¿Quién se la dejó? ¿Y por qué *ahora*?

—Pero aquí no solo aprendí a escribir —continúa Kersti con dificultad—. También aprendí a observar y a absorber. Nos expusieron a una multitud de experiencias y lugares extraordinarios, que ayudaron a moldearme y sentaron las bases para una vida de querer crear experiencias y lugares extraordinarios. Nunca olvidaré la vez que visitamos la casa en la que nació Shakespeare en Stratford-Upon-Avon y después vimos *Romeo y Julieta* en el Royal Shakespeare Theatre. ¿Quién tiene ese tipo de oportunidades? —Un par de personas aplauden—. Yo era una chica de Toronto —dice y, al levantar la mirada, vuelve a hacer contacto visual con Hamidou por accidente.

Abusadora de niños. Asesina. ¿Sigue siendo una asesina si acabó con la vida de alguien sin matarla? Kersti aparta la mirada, pero, cuando está a punto de retomar el discurso, nota a alguien de pie detrás de la última fila, junto al camino que lleva a las canchas de tenis.

Alison Rumsky.

La cabeza de Kersti empieza a funcionar a toda velocidad. ¿Qué hace aquí? Se suponía que no iba a venir. Dijo que no podía. Y, de pronto, todas las piezas del rompecabezas se colocan en sus lugares. Cuando se encontraron para almorzar en Toronto, Kersti había mencionado el libro mayor y había dicho que estaba intentando unirlo con lo que le había ocurrido a Cressida. Alison nunca preguntó qué era el libro mayor, no mostró ni una pizca de curiosidad. Era como si *supiera* qué era.

En ese momento, Kersti no reparó en que Alison no tenía motivos para conocer el libro. Ya no era amiga de ellas cuando Amoryn Lashwood lo envió a Cressida. Y aun así, sabía de qué hablaba. ¿Quién le había dicho?

Todo empieza a tener sentido. Su resentimiento con el Lycée. Su herida, su oscuridad. «No puedo ir».

Alison fue una de las víctimas de Hamidou.

Capítulo 32



LAUSANA — junio de 1998

El partido de voleibol es una tortura. Lo único que Kersti quiere hacer es volver a la Casa Huber y leer el libro mayor con Cressida, pero es como si cada set se desarrollara a cámara lenta. Por lo general, los golpes mortales de Alison se ocupan de terminar rápido con los otros equipos. Han sido las campeonas invictas de Vaud por tres años seguidos, pero, esta noche, el equipo de Aiglon ha mejorado el juego y cada punto es un desafío. Ahora están en el desempate de un tercer set.

Kersti sigue siendo la segunda zaguera. Esta noche ha pasado la mayor parte del tiempo en el banco, lo que hace que la espera sea aún más insoportable. Lo único que puede hacer es ver el partido y verificar la hora todo el tiempo. *Monsieur* Mahler camina de un lado hacia el otro por el lado de la cancha, golpea el aire con su puño, grita al equipo en alemán:

—Set. ¡Set! Tres pases. ¡Se acabó! ¡*Du Idiot!* ¡Armad el juego para Alison! ¡Para Alison, *Dummköpfe!* ¡Tiempo fuera! ¡Tiempo fuera! ¿Qué estáis haciendo, imbéciles?

Con su uniforme antiguo, silbato gastado, acento caricaturesco y pelo blanco que sale como alambre de todos lados —cabeza, nariz, orejas—, Mahler se ha convertido en algo parecido a una celebridad, reconocido en todo el lugar por sus fuertes insultos en alemán y su impecable historial de victorias.

Alrededor de las nueve y media, Alison al fin hace el remate ganador. Todas se ponen de pie de un salto para celebrarlo —Kersti lo celebra porque ahora puede volver a la Casa Huber— y forman una línea para darle la mano a sus oponentes. Mahler está contento. Besa a Alison y la hace girar en el aire.

—¡*Glückwunsch, meine Meisterin!* —exclama. Ya no son imbéciles, ahora son sus campeonas.

En el autobús de vuelta al Lycée, Kersti se sienta junto a Alison. Ninguna de las dos habla demasiado. Kersti piensa en el libro mayor, el cual no quiere que Cressida y Lille hojeen sin ella. Alison mira por la ventana con expresión triste, a pesar de que acaban de ganar el campeonato.

—¿Estás bien? —pregunta Kersti.

—Ajá —responde Alison sin girar la cabeza.

—¿Estás contenta porque te gradúas? —Alison suelta una risa rara—. Seguro que te han ofrecido becas deportivas en todos lados —comenta Kersti en un intento por entablar

conversación.

—Iré a UBC con una beca de voleibol.

—Eso es genial. —Alison no pregunta a dónde irá Kersti el año que viene, y a Kersti no le molesta porque aún no tiene ni idea. En cambio, Alison hace una pregunta que sale de la nada—: ¿Cressida sigue acostándose con el señor Fithern?

—Planean viajar juntos en el verano —comenta Kersti, casi alegre—. Dejará a la señora Fithern.

Alison sacude la cabeza con asco. Toda su cara se vuelve rosada, incluso las pecas. Se encoge en el asiento, se gira hacia la ventana y no vuelve a decir ni una palabra más. Como si Kersti tuviera la culpa de algo.

Cuando Kersti llega a la habitación de Cressida, ya son pasadas las diez de la noche y Lille es quien está sentada sobre la cama.

—¿Dónde está Cressida?

—No lo sé —responde Lille en una voz baja que suena lejana. Parece distraída—. Acabo de llegar.

—¿Estás bien? —pregunta Kersti—. Parece que estuvieras en otro lado.

—Komiko dijo que acaba de ver a Cress en el primer piso. Estaba saliendo.

—¿Saliendo?

Kersti corre hacia el balcón y empuja las puertas al mismo tiempo que Cressida atraviesa el parque, casi con pereza, como si hubiera salido a pasear por su propio jardín. Incluso en la oscuridad, Kersti adivina la sombra de su cuerpo esbelto deslizándose sobre el césped. La maraña de pelo rebelde flota detrás de ella como una capa y las piernas de gacela no terminan de ser cubiertas por la falda blanca de algodón que apenas llega a las rodillas.

Ve cómo Cressida se aproxima a la verja de hierro, que debería mantenerlas encerradas y a salvo dentro del campus, y su pecho arde de furia. Se suponía que Cressida las esperaría para leer el libro mayor. Kersti permanece en el balcón hasta que Cressida se desvanece en la oscuridad —camino a romper el corazón de Magnus— y, cuando vuelve a entrar a la habitación, Lille ya se ha ido.

Kersti decide buscar el libro mayor por su cuenta. Camina hacia la cama de Cressida y levanta la manta, pero el libro no está allí. Cressida debe de haberlo puesto en otro lugar. Kersti echa un ojo a la habitación y empieza a abrir cajones, levantar el colchón, buscar debajo de la cama. Revisa la mochila que Cressida usa para ir a clases, los papeles que están sobre el escritorio, el armario.

Debe de haberlo llevado consigo, lo cual no tiene sentido. ¿Por qué haría eso? Kersti ordena la habitación de Cressida con cuidado, para que quede igual que antes, y vuelve a su habitación cabizbaja y arrastrando los pies. Cambia el uniforme de voleibol sudado por una camiseta y un

pantalón corto de estilo bóxer y, sin ducharse ni lavarse los dientes, se deja caer sobre la cama. Permanece así acostada durante un rato largo, a la espera. Esperará el tiempo necesario, hasta oír la puerta de Cressida, y entonces irrumpirá en su habitación y exigirá ver el libro mayor.

Mira su techo inclinado, furiosa e inquieta. La ventana está abierta y oye que *madame* Hamidou está en el primer piso charlando con la otra profesora de servicio, a quien Kersti reconoce como la señora Fithern. La señora Fithern debe hospedarse toda la semana aquí, lo que significa que el señor Fithern está solo en su casa. ¿Lo visitará Cressida después de cortar con Magnus? ¿Celebrarán esa nueva libertad?

En la vida de Cressida, todo siempre parece alinearse. No importa lo que haga, las cosas siempre le salen bien. Y mientras Kersti está allí, acostada e hirviendo de rabia, empieza a imaginar cómo será su vida sin Cressida, una realidad inevitable una vez que el año escolar llegue a su fin.

Quizás no sea algo tan malo, considera. De más está decir que la echará de menos. Echará de menos los secretos compartidos, sus charlas motivacionales, sus risas y travesuras, el amor incondicional. Lo que no echará de menos será ese sentimiento de insuficiencia constante que experimenta siempre que está en presencia de Cressida. O la dolorosa sensación de injusticia a la que nunca le da una voz. ¿Por qué todo le sale bien? ¿Por qué las reglas no valen para ella? ¿Por qué puede salirse con la suya?

Kersti sabe que Cressida siempre la querrá en su vida, aunque solo sea para saber que Kersti está en algún rincón del planeta para indicarle qué es la normalidad, como si fuera su propio faro de confianza; su conexión con el mundo normal y corriente. Esperará las postales de Toronto de Kersti y le parecerán reconfortantes, en particular cuando esté viajando por el mundo con todos los lujos y pasando de amante en amante como si estuviera en una carrera de relevos. «Ah, es de mi mejor amiga», dirá al torero español con el que se estará acostando. Atesorará las postales tontas de Kersti con imágenes de la Torren CN y el Hockey Hall of Fame como si fueran chucherías, la propia vida aburrida de Kersti será una chuchería. Pero quizás una amistad a distancia —que apenas merece llamarse amistad— resulte mucho más saludable para la autoestima de Kersti.

Capítulo 33



LAUSANA — junio de 2016

De alguna forma, Kersti consigue terminar el discurso. Menos mal que había preparado notas. Mientras vuelve a su asiento, se da cuenta de que no tiene ningún recuerdo en absoluto de lo que acaba de decir.

—Has estado genial —susurra Jay.

—Bien hecho. —Noa se inclina hacia ella y aprieta su rodilla con la mano.

Kersti se gira para mirar a Alison. Las dos responden a la mirada de la otra. Kersti articula una pregunta con la boca: «¿Quieres hablar?».

Alison asiente con la cabeza y apunta en dirección a las canchas de tenis.

—Tengo que orinar —anuncia Kersti a Jay—. Ahora vuelvo.

Se levanta de nuevo de la silla y avanza con dificultad por el espacio estrecho que hay entre las filas. Cuando llega al final, se da cuenta de que las piernas sobre las que está pasando pertenecen a Angela Zumpt.

—Hola, Angela —saluda.

Angela parece bastante más pesada y tiene algunas arrugas y canas que antes no tenía, pero, aparte de eso, no ha cambiado demasiado. Para la ceremonia de hoy, se ha puesto unos prácticos pantalones negros de gabardina y una camisa amarilla. Tiene gotas de sudor en la frente.

—Hola, Kersti —murmura Angela, pero no la mira.

Kersti consigue escapar y encuentra a Alison en las canchas de tenis.

—¿Qué haces aquí? —pregunta sin perder tiempo en tonterías.

—Debo contarte algo.

—Alison, creo que sé qué es lo que vas a decir.

—No lo creo —responde y sacude la cabeza con un movimiento que agita su pelo rojo—. Sé algunas cosas que quizás... bueno, quizás te ayuden a dar un final a todo el asunto.

—Alison...

—La señora Fithern no tuvo nada que ver con el accidente de Cressida —declara y sus mejillas, llenas de pecas, se cubren de manchas rosadas—. Esto es muy difícil de decir...

—Alison —interrumpe Kersti—. ¿Has venido para hablarme sobre Hamidou? —Ahora los

manchones rosados de la piel de Alison pasan a estar rojos, y el color se extiende por el cuello y el pecho—. He visto las Polaroids —confiesa Kersti.

—¿De qué hablas? —pregunta Alison—. ¿Qué Polaroids?

—La de Cressida desnuda sobre la cama de Hamidou, por ejemplo —explica Kersti en voz baja—. Y una nota muy perturbadora de Cressida a Hamidou.

—¿Quién te ha dado eso?

—No tengo ni idea —admite Kersti—. Creí que quizás tú...

—No. Yo nunca se lo he contado a nadie. Nunca dejé que me tomara una foto.

—Entonces, ¿a ti te pasó lo mismo?

—Empezó cuando tenía ocho años —dice con voz monótona—. En tercer curso de primaria. Una noche, entró en mi habitación y se metió en la cama. Me dijo que me quería como a una hija y se ofreció a acurrucarse conmigo.

—No necesitas contarme...

—Le dije que sí, por supuesto. Yo también la quería. Las primeras veces no hizo más que eso. Se acurrucaba conmigo. Me sentía tan cuidada, tan querida. Estaba sola en el Lycée, así que sus visitas nocturnas y su presencia en mi cama lo eran todo para mí.

Kersti, acalorada y cansada, se sienta en el banco. Alison se sienta junto a ella.

—Solía rascarme la espalda y tararear canciones para mí —recuerda Alison—. Y así me dormía, con una sensación de satisfacción. Y después, una noche, me estaba rascando la espalda y su mano se deslizo hasta mi pecho. Me acarició un rato y la verdad es que yo no sabía qué pensar. Estaba confundida. No recuerdo haber quedado traumatizada, no en ese momento. Eso vino después. En ese momento, lo único que recuerdo es pensar que quizás así eran las caricias de las madres europeas. —Alison levanta la vista hacia el cielo y entorna los ojos en dirección al sol—. Sea como sea, eso continuó durante años. Ella solía masturbarme y yo se lo hacía a ella. Creí que era la única.

—¿Alguna vez intentaste decírselo a alguien? —pregunta Kersti sin querer ofenderla. Sabe que no está preparada para encarar esta confesión.

—No —responde Alison—. La quería mucho. Era muy confuso. Temía sus visitas, pero parte de mí no quería que se detuvieran. La verdad es que era el único afecto que recibía. En algún momento empecé a darme cuenta de que estaba mal. Tenía vergüenza. Creía que era culpa mía. Nunca se lo habría dicho a nadie. De hecho, hasta que nos vimos en Toronto, mi plan era llevarme todo esto a la tumba.

—¿Qué cambió?

—Supongo que me hiciste pensar en lo que le había ocurrido a Cressida —responde después de encogerse de hombros y apartar la mirada—. Conseguiste meterte en mi cabeza.

—¿Sabías que a ella le pasaba lo mismo?

—Nunca estuve segura —declara—. Hasta la noche de la caída.

—¿Qué sucedió esa noche?

—Pasó por mi habitación mientras me preparaba para el partido de voleibol —recuerda Alison—. Estaba muy crítica. Me dijo que tenía pruebas de lo que estaba sucediendo. Nunca mencionó el nombre de Hamidou, pero me mostró un libro mayor. No sé qué tenía dentro, pero me dijo que lo iba a enterrar en algún lugar hasta que pudiera entregarlo a Bueche y Harzenmoser.

—¿Enterrar?

—Hamidou nos revisaba las cosas —explica—. Cuando volvía a mi habitación, me daba cuenta de que ella había estado allí. Dejaba un rastro. No teníamos privacidad. Estoy segura de que Cressida estaba paranoica. Además, siempre fue muy dramática.

—Entonces, ¿ella sabía que te estaba pasando a ti, pero tú no sabías que a ella le pasaba lo mismo? —intenta aclarar Kersti.

—Eso creo.

—¿Nunca nadie te dijo algo sobre Hamidou, aparte de Cressida?

—Por Dios, no. Supongo que era como una regla tácita entre nosotras. Nunca nadie me preguntó, y yo nunca pregunté a nadie.

—¿Y Lille?

—Siempre imaginé que si le estaba pasando a otra persona, le estaba pasando a Lille. Era muy frágil. Pero nunca tuve el valor de sacar el tema.

—Eso debe de ser lo que quería decirme en la carta —observa Kersti cuando recuerda que el quinto punto de la carta había quedado en blanco—. Nunca la terminó.

—No la culpo —comenta Alison—. En especial por tratarse de Lille. Sentía mucha vergüenza.

—Me pregunto si Cressida visitó a todas las chicas que sabía que eran abusadas por Hamidou y les habló sobre el libro mayor —dice Kersti, pensando en voz alta y recordando la expresión de Lille esa misma noche, cuando entró a la habitación de Cressida después del partido. ¿Y si Cressida ya le había mostrado el libro a Lille y le había contado su plan de denunciar a Hamidou?—. Alison, ¿nunca se te ocurrió que la caída de Cressida podría haber tenido algo que ver con el abuso sexual? —pregunta Kersti—. Quiero decir, ocurrió la misma noche que te dijo que planeaba llevar pruebas a Bueche...

Alison aparta la mirada, culpable. Su cuerpo parece hundirse, sus ojos se vuelven opacos.

—La cabeza hace cosas extraordinarias para salir adelante —responde en voz baja—. No te imaginas las mentiras que me he dicho a mí misma, la negación, las racionalizaciones, los puntos ciegos. Debía encontrar una forma de seguir con mi vida, y eso fue lo que hice.

En cierto modo, Kersti la entiende. ¿Acaso ella no ha estado haciendo lo mismo todos estos años?

—Al final, me alcanzó la culpa —añade Alison—. Por eso estoy aquí.

Vuelve a apartar la mirada durante un momento y Kersti puede ver que está luchando por contener las lágrimas. No es el tipo de persona que deja que la vean vulnerable.

—También voy a hablarle a la institución sobre Hamidou —asegura con una incomodidad palpable—. Algo que debería haber hecho hace veinte años. Podría haber prevenido...

—No pienses en eso —recomienda Kersti con delicadeza—. Puedes detenerla ahora.

—Primero hablaré con Bueche —anuncia—. Y si resulta que Hamidou fue quien empujó a Cressida, haré todo lo que pueda por ayudar a Deirdre.

—¿Tú crees que Hamidou empujó a Cressida?

—No —responde Alison—. Lo que yo creo es que Cressida intentó quitarse la vida. Y la entiendo.

—Pero Cressida planeaba sacar todo a la luz...

—¿Sabes qué es lo que creo? —interrumpe Alison—. Creo que Hamidou quería a Cressida de verdad. Creo que, incluso, es probable que haya estado enamorada de ella, y no creo que haya sido capaz de empujarla del balcón, así como no creo que hubiera sido capaz de empujarme a mí. Nos quería, Kersti. Eso era lo peor. Sé que es retorcido, pero nos quería de verdad. —Se pone de pie y Kersti tiene que proteger sus ojos del sol con la mano para poder verla—. Así que no —concluye Alison—. No creo que Hamidou haya empujado a Cressida, pero sí creo que tiene toda la responsabilidad de lo que le sucedió. Y debe pagar por ello.

Después de la ceremonia, cuando todos empiezan a socializar en el jardín y a beber champán, Kersti camina directamente hacia Bueche.

—Fue un discurso excelente —anuncia él y se coloca un *petit four* en la boca—. Estamos muy orgullosos de ti. Has sido una gran representante del Lycée. *Madame* Harzenmoser no pudo venir hoy, pero me pidió que te enviara saludos y te felicitara.

—*Monsieur* Bueche —dice Kersti con urgencia—. Pronto se sabrá algo que destruirá la reputación del Lycée. —Puede ver el pánico en sus ojos. Una vena le pulsa en mitad de la frente—. ¿Qué pintaron aquellas chicas en la estatua en el 74? —pregunta.

—No me parece que este sea el momento...

—Sé todo sobre Hamidou —interrumpe Kersti con una mirada intensa.

—No sé de qué estás hablando —responde Bueche.

—¿Qué escribieron en la estatua de Helvetia? —repite—. ¿Implicaba a Hamidou de forma directa?

—No —declara él y echa un vistazo a su alrededor, nervioso y con gotas de sudor corriendo por ambos lados de la cara.

Bueche retira el pañuelo del bolsillo del pecho y lo usa para secarse el sudor. En ese momento, Kersti sabe que Bueche siempre lo ha sabido. Siempre lo ha sabido y ha mirado hacia el otro lado para proteger al instituto.

—Añadieron un par de palabras a la misión del instituto —admite—. Escribieron: «Abusamos de jóvenes mujeres para que se conviertan en ciudadanas jodidas del mundo».

—¿Las expulsaron por *eso*?

—Fue una falta de respeto muy vulgar —susurra sin dejar de mirar a su alrededor como si fuera un animal con miedo—. Y habían consumido drogas...

—¿No se ocupó de preguntarles por qué lo habían hecho? —acusa Kersti—. ¿No le preocupó que estuvieran intentando decirle algo?

—Hamidou creía que solo causaban problemas...

—Así que se deshizo de ellas y se quedó con Hamidou.

—No había nada que sugiriera que *madame* Hamidou estuviera haciendo algo inapropiado —insiste—. ¡Todo el alumnado la adoraba! Debo confiar en los profesores de mi instituto...

—Pero no le sorprende lo que estoy diciendo, ¿verdad?

Bueche aparta los ojos oscuros y la lleva del codo hacia un lugar más alejado de la multitud.

—Usted lo sospechaba, ¿no es cierto? —persiste Kersti una vez que están ocultos detrás de un árbol.

—Algunas noches, *madame* Harzenmoser solía pasear por los dormitorios —confiesa—. A lo largo de los años, y en más de una ocasión, vio a *madame* Hamidou salir de las habitaciones de algunas estudiantes.

—¿Eso le dijo Harzenmoser?

—Sí, pero decidimos darle el beneficio de la duda —explica—. Las estudiantes la querían mucho, como ya sabes. Los dos creímos que, si estuviera haciendo algo inapropiado, las estudiantes involucradas dirían algo. Nadie dijo nada, así que supusimos que solo las visitaba para ofrecerles consuelo. Consuelo maternal. O quizás las chicas estaban enfermas y por eso iba a verlas... —Su voz parece disolverse y él se marchita bajo la mirada intensa de Kersti.

—Usted lo *sabía* —dice Kersti entre dientes—. Los dos lo sabíais y dejasteis que continuara. ¡Ni siquiera la despidieron!

—No lo sabíamos. Todos la quieren aquí...

—¡Ha estado abusando de alumnas durante cuatro décadas!

—Nunca supimos eso —repite con la voz cada vez más alta—. ¡Nadie dijo nada durante cuarenta años! Si alguien la hubiera denunciado, la habríamos despedido y habríamos presentado cargos. No puedes esperar que despidiéramos sin motivos.

—¿Y el vandalismo? ¡Esas chicas sí dijeron algo! ¿Y las visitas nocturnas de Hamidou a las alumnas? —le recuerda Kersti—. Dios mío, ¿no deberían haber hecho una investigación?

—El mundo era distinto en ese momento —explica—. El tema no estaba tan de moda como lo está hoy. Incluso cuando vosotras erais alumnas en los noventa, nadie sabía ni entendía nada del asunto.

—¿Y qué hay de los últimos veinte años? —dispara.

—Nunca hemos recibido una queja.

—¿Alguna vez sospechó que pudo haber tenido algo que ver con la caída de Cressida? —continúa Kersti—. ¿Ese fue el motivo por el que le pidió a su amigo que cerrara la investigación tan rápido?

—Claro que no...

—Tan pronto como le cuente lo que Hamidou le hizo a Cressida, Deirdre exigirá que se abra una nueva investigación. Esté preparado.

Deja a Bueche solo, estupefacto, y sale en busca de Jay.

—¿A dónde vas que desapareces todo el tiempo? —pregunta Jay mientras camina hacia ella.

—Estaba hablando con Bueche —explica—. Lo siento.

—¿Qué mierda está sucediendo?

—Debo hablar con Deirdre —anuncia—. Debo contarle lo que he descubierto.

—Kerst, hace casi cuarenta grados aquí fuera —observa—. Te estás alterando y no has comido nada desde el desayuno...

—No hay nada de qué preocuparse, amor.

—Nos hemos esforzado mucho por esto. —Jay coloca las manos sobre su vientre—. Por *ellos*. Primero viajamos al Reino Unido y después vinimos hasta aquí en tren. Estás hablando con todas estas personas y estás cada vez más estresada y sensible. Accedí a venir aquí para celebrar el centésimo aniversario. No para ir detrás de ti mientras juegas a ser detective.

—No estoy jugando a ser detective —declara Kersti—. ¿Quieres que coma? Puedo comer. —Levanta un manojito de tartaletas de queso de una bandeja que pasa por al lado y, cuando las devora todas, se da cuenta de que estaba muerta de hambre—. Mira, ¿por qué no vuelves al hotel?

—De ninguna forma. No sin ti.

—Espérame en el hotel —indica con tranquilidad—. Iré a hablar con Deirdre y después quiero pasar un par de horas con Noa, Raf y Alison. Después de todo, también he viajado para estar con ellas.

—¿Y qué pasa con Hamidou?

—Hamidou es problema de Deirdre —asegura Kersti—. Puede ocuparse de ella como le parezca. Solo quiero decirle lo que sé y entregarle las Polaroids.

—¿Lo prometes?

—Por supuesto.

—Tienes a mis hijos ahí dentro —le recuerda mientras la abraza.

—Lo sé.

—¿A qué hora volverás al hotel?

—Comeremos algo en el Pont Bessieres —responde—. Así que ¿antes de las once?

Jay asiente a regañadientes.

—¿Ya tienes idea de quién te ha enviado las Polaroids? —pregunta él.

—Aún no. —Echa un vistazo a su reloj—. Todavía no son las cuatro. Sigo esperando la llamada del recepcionista.

—Pórtate bien —le indica y desaparece por el jardín.

Kersti ve a Alison sentada sola en los escalones de la entrada de la Casa Huber.

—Me estoy escondiendo —confiesa Alison—. Tengo miedo de cruzarme con Hamidou. La vi sentada entre el público, nada más que la parte de atrás de la cabeza, y empecé a temblar hasta casi vomitar.

—Bueche lo sabe —anuncia Kersti y Alison se gira para mirarla.

—¿Se lo dijiste tú? ¿O lo sabía de antes?

—Se lo dije yo, pero creo que ya lo sabía.

—Hijo de puta —murmura—. Claro que lo sabía. Tengo ganas de subir al podio y decirle la verdad a todos en este momento.

Kersti imagina cómo sería eso. *¿Me permitís vuestra atención? Quería hacédes saber que, durante los últimos cuarenta años, nuestra queridísima madame Hamidou ha estado abusando sexualmente de sus alumnas, entre las cuales me incluyo. Si os ha ocurrido a vosotras, ¡levantad la mano! —Una docena de manos en el aire—. Ah, y monsieur Bueche y madame Harzenmoser lo han sabido todo el tiempo, pero lo han ocultado para proteger la reputación de la institución. Feliz centésimo aniversario, Lycée. ¡Disfrutad de la celebración!*

—Nunca podría hacerlo —admite Alison—. Ni siquiera pude contártelo a ti antes de hoy. Es muy humillante.

—No tienes por qué sentirte humillada.

—Yo se lo permití —declara Alison—. Incluso cuando tenía edad suficiente para saber que estaba mal. La quería.

—Como a una madre.

—Ya no tengo ni idea. —Kersti la abraza con un brazo, pero Alison se libera de inmediato—. Estoy bien —asegura tensa.

—Entonces, ¿cuál es tu plan?

—Supongo que hablaré con Bueche el lunes por la mañana —responde—. Le contaré todo lo que ha sucedido. Quizás tú podrías avisar a Deirdre y preguntarle si quiere venir conmigo. La unión hace la fuerza, ¿no?

—Por supuesto —dice Kersti—. Pero primero quiero contarle todo. De hecho, estaba a punto de ir a buscarla.

—Si Deirdre decide iniciar acciones penales por abuso sexual, me parece bien. Pero no quiero formar parte de un juicio civil. Ayudaré en todo lo que pueda, pero no me interesa demandar a

nadie ni conseguir dinero de esta situación.

—¿Qué es lo que quieres, entonces?

—Quiero que despidan a Hamidou —responde Alison—. Quiero que las alumnas estén a salvo. Quiero que todo el instituto sepa qué ha hecho y qué clase de persona es. Quiero que sea humillada y desacreditada públicamente y quiero ser yo quien lo haga. Ya no quiero más arrepentimientos.

—Arrepentimientos... —murmura Kersti—. ¿Sabes algo? Cuando Cressida y yo éramos amigas, creía que su vida era perfecta. Cada vez que la miraba pensaba en lo afortunada que era de ser tan bella y adorada y de siempre estar exenta de las reglas que todos los demás debíamos seguir.

—No sabías qué estaba pasando.

—Estaba muy celosa de ella —confiesa Kersti—. No hubo un segundo durante el cual no haya sentido celos. Creo que ni siquiera me daba cuenta en ese momento. Siempre me comparaba con ella; siempre estaba resentida porque todo era mucho más fácil para ella. Creía que *ella* era la que me hacía sentir inútil e inadecuada. —Kersti suelta una carcajada—. Pero también culpaba a mi familia por hacerme sentir inútil e inadecuada. Y después le eché la culpa a no poder quedar embarazada. ¿Ves el patrón?

—¿Siempre te has sentido inadecuada?

—Resulta que no necesitaba a Cressida para sentirme así —reconoce Kersti, quizás por primera vez en voz alta—. Aun así, siempre la consideré responsable.

—A mí me parece más que adecuada.

—Gracias —expresa Kersti—. Pero sigo concentrándome en todo lo que tengo de malo. Las cosas que no he hecho, las que no he dicho. Lo que no puedo ser. Cress siempre intentaba que viera lo que tenía para ofrecer. Yo soy la que tomó su belleza y su magia y las retorció hasta convertirlas en algo amenazador y desdenoso. La culpa fue mía, no suya.

—Eras una adolescente.

—Pero ya no lo soy. Y he estado haciendo esto toda mi vida.

—Lo estás haciendo en este momento —señala Alison—. Sigues hablando de lo que tienes de malo. También tienes muchas cosas buenas.

—Yo también quiero dejar de arrepentirme —comenta Kersti, y asiente mientras absorbe lo que Alison ha dicho.

Se quedan allí sentadas durante mucho tiempo, con el sol todavía ardiendo sobre ellas y el aroma intenso de los claveles suspendido en el aire. Kersti solo recuerda que esperaba una llamada cuando suena su móvil.

—Habla Afzal del Château D'Ouchy.

—Sí, gracias por llamar —responde Kersti—. ¿Alguien dejó un paquete para mí anoche?

—Sí, la mujer no dejó su nombre.

—¿Era una mujer?

—Así es.

El corazón de Kersti late con fuerza. Todo su cuerpo parece vibrar o quizás solo sean los bebés.

—Esto puede sonar raro —comienza—, pero ¿podría describirla?

El pobre Afzal está callado al otro lado de la línea. Debe de hablar con docenas, si no cientos, de personas cada día en la recepción.

—Es difícil recordar —declara al fin—. No dijo mucho.

—¿Era estadounidense?

—Ah, no. Hablaba francés. Francés suizo.

—¿Era mayor? ¿Tenía el pelo corto?

—No era joven; podría haber tenido unos cuarenta años —indica—. No le vi el pelo. Tenía una gorra.

—¿Con visera?

Alison la mira raro.

—Sí —responde Afzal—. Puede haber sido azul. O quizás marrón.

—¿Algo más? —pregunta Kersti desesperada.

—Lo siento, *madame*. Me entregó el paquete y se fue de inmediato.

Kersti le da las gracias y cuelga, desalentada. No está más cerca de descubrir quién le ha dado las Polaroids. Alison la observa, pero no hace ninguna pregunta.

—Debo encontrar a Deirdre antes de que se vaya —anuncia Kersti.

Las sillas han sido retiradas y la multitud es cada vez menor en el jardín. Kersti echa una mirada al terreno en busca de Deirdre. Ve a Bueche hablando con algún exalumno, la sonrisa forzada y el carisma a máxima potencia. *Debe de estar sudando por dentro*, piensa Kersti. Debe de estar rogando que, sea lo que sea que ocurra con Hamidou, ocurra después de la celebración de hoy y a puertas cerradas.

Alguien ofrece una copa de champaña a Kersti, quien la rechaza, molesta, con un gesto de la mano. Sin embargo, no le vendría mal un vaso de agua y algo de comida, así que se abre paso hacia el bufé, una tentadora muestra de todas sus masas suizas favoritas. Se detiene cuando sus ojos se encuentran con Deirdre y *madame* Hamidou, las cabezas juntas mientras charlan, la pequeña Sloane a su lado.

Kersti había olvidado que Sloane estaría aquí. La preciosa y precoz Sloane, el vivo retrato de Cressida, con su melena rizada, suelta e indomable, y sus facciones exquisitas. Tiene un hijalдре en la palma de cada mano y una sonrisa enorme en la cara. Hamidou juega a tirar de uno de sus bucles y Sloane ríe.

Kersti retrocede un par de pasos mientras una ola de náuseas la sacude por dentro. Parte de ella quiere huir; otra parte quiere emboscar a Hamidou y sacar a Sloane de allí. Se da cuenta de que no

puede hablar con Deirdre ahora, no si Sloane está aquí.

—¿Kersti?

Da media vuelta. Noa y Raf están allí, insoladas y cansadas.

—¿Estás bien? —pregunta Noa.

Kersti vuelve a mirar a Hamidou y Sloane, una al lado de la otra. Los dedos de Hamidou siguen retorciendo los rizos de la niña.

—Debo salir de aquí —anuncia Kersti, y se aleja corriendo del jardín del Lycée tan rápido como le permiten sus piernas de embarazada, que se rozan e irritan.

Capítulo 34



LAUSANA — junio de 1998

Kersti despierta con un rayo de sol en los ojos. Hay ruidos al otro lado de su puerta, y es probable que eso haya sido lo que la ha despertado. Golpes, gritos. Se sienta y espera. Oye a alguien decir su nombre:

—¿Dónde está Kersti? ¿Está en su habitación?.

Y después oye un alarido de fondo. Salta de la cama en el mismo momento que alguien abre la puerta. Es *madame* Hamidou. Tiene la cara blanca como las sábanas, los ojos hinchados y rodeados de círculos rojos. Se acerca a Kersti y sujeta sus manos entre las de ella. El cuerpo le tiembla con mucha intensidad. Kersti lo siente con tan solo sostener sus manos. Hamidou apenas puede mirarla a los ojos.

—¿Qué pasa? —susurra Kersti y espera oír que sus padres han muerto.

—Es Cressida —responde en voz baja.

—¿Qué?

—Ha ocurrido algo...

—¿Qué? —El cuerpo de Kersti empieza a sacudirse. Tiene el corazón en la garganta.

—Se ha caído.

—¿Caído? —Kersti está confundida—. ¿De dónde?

—De su balcón.

—¿Está viva? —exclama Kersti en un intento por entender si se trata de una fractura de pierna o de espalda o...

—Sí, pero no parece estar bien —admite Hamidou con voz temblorosa—. Si... si vive, no sé si volverá a ser la misma de siempre.

¿Si vive?

Kersti no puede respirar y desfallece contra el borde de la cama. Ha perdido la capacidad de hablar y hacer más preguntas. *Madame* Hamidou debe de estar en su propio infierno: Cressida es como una hija para ella. *Se cayó de su balcón en el tercer piso.*

Todas las preguntas invaden la cabeza de Kersti al mismo tiempo y se fusionan en un borrón sin sentido. *¿A qué hora volvió Cressida anoche? ¿Está viva? ¿Cómo diablos hizo para caer con la*

barandilla?

—¿Se tiró? —pregunta Kersti a Hamidou cuando recuerda algo que Cressida dijo la noche que el novio de Noa intentó suicidarse. *Los que no mueren nunca tuvieron la intención de hacerlo.*

—Claro que no —responde Hamidou horrorizada.

Kersti tiene que verlo. Sale corriendo de la habitación e ignora los gritos de Hamidou que le ruegan que vuelva; ignora a todas las otras chicas de la Casa Huber, que están apiñadas en el piso, algunas llorando, otras conmocionadas. Lille, Alison, Nastia, Komiko, Angela. Ve a la señora Fithern, llorando en silencio con la cara entre las manos en la sala de profesores del primer piso. Kersti corre por las escaleras hasta la planta baja, sale por la puerta principal, rodea el edificio y llega al lugar donde Cressida debería de haberse estrellado. Parte de ella esperaba encontrarla allí, su cuerpo perfecto roto, destrozado. Pero Cressida no está. Su cuerpo ha sido retirado y lo único que queda es su sangre, salpicada como si fuera un grafiti sobre el concreto. La policía está reunida alrededor del lugar donde cayó.

Madame Harzenmoser y monsieur Bueche deben de haberse ocupado de todo antes de despertar a las estudiantes, al igual que lo hicieron hace veinte años con la estatua vandalizada. Llamaron a la ambulancia, a la policía, a las supervisoras de las casas.

—¡Kersti! —Hamidou corre hacia ella—. Ven aquí, *mon amour* —exclama y envuelve a Kersti con sus brazos delgados para alejarla de allí—. No deberías ver esto.

—¿Dónde está? —consigue preguntar Kersti con la voz estrangulada.

—La han llevado al hospital —responde Hamidou mientras frota la espalda de Kersti.

Kersti se separa de ella y vuelve a entrar a Huber. Sube las escaleras a toda prisa y se encierra en uno de los cubículos del baño del segundo piso. ¿Por qué no se acercó a Cressida anoche durante la cena, cuando tuvo esa sensación de terror que le retorció el estómago? ¿Por qué no caminó hacia ella y la abrazó y le dijo que todo iría bien? ¿Por qué no le dijo que la quería? Sabía que Cressida estaba afligida. Tenía *problemas*. Lo veía en su cara, en la expresión sombría de la boca y la mirada melancólica de los ojos. A pesar de eso, Kersti no hizo nada.

Lo único que hizo fue ir a su torneo de voleibol sin decir ni una palabra, sin ofrecerle una pizca de consuelo. ¿Por qué no la había abrazado? Y más tarde, cuando volvió al instituto y vio a Cressida salir del campus para quedar con Magnus, sintió resentimiento, desprecio. Asumió que Cressida no le había enseñado el libro mayor por motivos indignos. Dio vuelta su habitación para encontrarlo y después pasó toda la noche en su cama mientras contemplaba cómo sería la vida sin Cressida y llegaba a la conclusión de que quizás esa vida sería buena para ella.

Si tan solo le hubiera gritado desde el balcón y le hubiera rogado que volviera. ¿Por qué no lo hizo? Quizás Cressida habría vuelto. Quizás lo habría hecho por Kersti.

Kersti abraza sus rodillas contra el pecho. Se siente vacía por dentro. Quizás ella tiene parte de la culpa. Siempre había deseado que Cressida recibiera su merecido —alguna consecuencia,

alguna acción disciplinaria, un castigo de algún tipo— y ahora su deseo se había cumplido. ¿Acaso no albergaba, en secreto, la esperanza de que Cressida se metiera en problemas aunque fuera una vez, para equilibrar la balanza? ¿No significaría eso que el mundo era un poco justo?

Kersti siempre había querido que la vida sea justa. Había creído que, si Cressida tuviera que pagar aunque fuera una de sus trasgresiones, eso sería justicia; Kersti se daría por satisfecha. ¿Cuántas veces había deseado, por dentro, en secreto, que su mejor amiga aprendiera una lección?

Su intención nunca fue que ocurriera algo como esto. Nunca quiso que sus plegarias fueran respondidas en un modo tan irreversible y catastrófico. Si Cressida muere, nunca se perdonará a sí misma.

Alguien llama a la puerta.

—¿Kersti? ¡*Ouvre la porte!* —Es Hamidou.

—¿Sigue viva? —quiere saber Kersti.

—Están haciendo todo lo que pueden por salvarla.

Kersti sabe que es una mentira. Nadie puede salvar a Cressida.

Capítulo 35



LAUSANA — junio de 2016

El café Le Petit Pont Bessieres solía ser un lugar bullicioso y animado, lleno de estudiantes simpáticos que fumaban sin cesar y bebían *chope* tras *chope* de cerveza antes de dirigirse a los bares. Esta noche, el ambiente es totalmente diferente. Quizás sean las nuevas leyes contra el tabaco o quizás solo sea el humor de Kersti, pero la atmósfera de fiesta y el bullicio que recuerda están mucho más tranquilos, y solo hay un manojito de hombres mayores sentados en las otras mesas.

Después de una larga charla sobre el viaje a África que Noa ha planeado para adoptar a un refugiado sudanés, la amenaza inminente del ébola en Europa y la alarmante noticia de que la Tierra será azotada por asteroides en algún momento, Kersti pide disculpas y se levanta para ir al baño. Se lava las manos, se moja la cara y se queda un momento allí para disfrutar del silencio. Noa se ha convertido en una activista, lo cual es noble y agotador a la vez. Rafaella la llamó una «adicta a las causas».

Raf es su opuesto. Parece que nada le importa demasiado, excepto abrir la boca para quejarse o hacer comentarios negativos. Los *Spätzle* tenían sabor a goma, el vino era barato, los discursos de la ceremonia de ese día habían sido interminables, París ha perdido su magia, el mundo occidental ha dejado de apreciar a las mujeres, y es por eso que ella «elige» estar sola, y así sucesivamente.

Kersti respira profundamente y se obliga a volver a la mesa.

—Deberíamos hacer algo drástico —está diciendo Noa con la boca llena de *gelato*.

—Estamos hablando de Hamidou —explica Raf a Kersti.

—Deberíamos llamar a un canal de televisión y sacar todo a la luz —propone Noa con entusiasmo—. Ya he hecho cosas así.

—No puedes hacer eso —indica Alison—. No destruirías solo a Hamidou. Hay que pensar en las víctimas.

Todas se callan. Antes, Kersti y Alison contaron a las demás toda la historia de Hamidou. Noa demostró la sorpresa y la indignación apropiadas, pero Raf solo dijo:

—¿Por qué no me sorprende?

—¿Alguna vez intentó algo contigo? —preguntó Kersti.

—¿Es una broma? —respondió Raf—. La habría molido a palos en serio y se lo habría dicho a todo el instituto.

—No es cierto —observa Alison en voz baja, lo que hizo que Raf se sonrojara y cerrara la boca.

Noa rellena la copa de vino de Raf y después la propia. Alison no bebe, así que acompaña a Kersti en la sobriedad que le ha impuesto el embarazo.

—Deberíamos ir todas juntas a la casa de Hamidou —continúa Noa—. Las cuatro. En este momento. A encararla.

—No pienso ir a su casa —declara Alison agotada.

—¿No quieres mirarla a la cara, a esos ojos vidriosos, y decirle que sabes todo? —pregunta Noa con una intensidad que incomoda a Kersti—. ¿No quieres ver su expresión cuando le dices que planeas hablar con Bueche y la policía?

Kersti casi grita que sí cuando se da cuenta de que eso es exactamente lo que *ella* quiere hacer, pero se queda callada.

—Hamidou sabe quién tiene el libro mayor —concluye Noa—. Os lo garantizo.

—¿Y crees que me lo diría? —cuestiona Alison.

—No tendría nada más que perder.

—¿Y si huye del país? —señala Raf—. Eso es lo que haría yo si fuera una abusadora de menores a punto de ser atrapada.

Alison y Kersti se miran entre ellas. ¿Qué harían si, después de haber venido hasta aquí, Hamidou consiguiera escabullirse? Hamidou es astuta. Puede que haya visto a Alison en la ceremonia de hoy y se haya dado cuenta de que saben todo.

—Sabes que puedes hacer una demanda civil en contra del instituto, ¿verdad? —comenta Raf a Alison—. A Bueche le encantaría eso.

—No me importa el dinero.

—Ha habido muchos juicios civiles en contra de profesores que solían enseñar en internados —observa Noa—. Leí un artículo que decía que ha habido profesores declarados culpables de abuso de menores en al menos una docena de institutos del Reino Unido. —Termina su *gelato* y lo baja con un trago de vino tinto—. El sistema está roto —añade con un tono irritante y dramático—, pero nunca imaginé que estuviera sucediendo lo mismo en el Lycée. ¡Y que fuera Hamidou! Nos quería tanto...

—La gente siempre le hace daño a aquellos a los que quiere —murmura Raf—. Eso es lo que hacen las familias.

—Hay que reparar el sistema —protesta Noa—. Y el primer paso es reparar el sistema de clases. Todas las acusaciones están dirigidas a los institutos más exclusivos.

Kersti deja de escucharla y se prepara para irse. La excusa del embarazo es siempre bien

recibida.

—No puedo creer que Bueche haya ignorado lo que aquellas chicas pintaron en la estatua — declara Alison—. En vez de hacer lo que debía, limpió a Helvetia hasta que quedó reluciente y se deshizo de las *chicas*...

Mientras Alison habla, una idea golpea a Kersti como si fuera un rayo.

—¡Mierda! —suelta.

—¿Qué?

—La estatua —señala—. Helvetia.

—¿Qué pasa con la estatua?

Cuando Kersti fue a Boston, Cressida intentó decir «estatua». Era una palabra que en ese momento no tenía sentido y había salido de la nada. Kersti supuso que estaba recordando algo de sus años en el Lycée, pero ¿qué pasaría si hubiera sido un intento de comunicar algo a Kersti sobre la estatua? Quizás Cressida ni siquiera era consciente de qué quería decir, pero sabía que tenía *algo* para decir. Había algo en su mente. ¿Y si lo había recordado?

—Creo que sé dónde está el libro mayor —anuncia Kersti—. Debería haberme dado cuenta cuando Alison dijo que Cressida lo había enterrado.

—¿Lo enterró? —pregunta Raf—. ¿Por qué mierda haría eso?

—Hamidou solía revisar nuestras cosas —explica Alison.

—Os apuesto lo que queráis a que el libro está enterrado junto a la estatua —declara Kersti.

Salen amontonadas del taxi con palas, linternas y guantes de jardinería que compraron en Brico+Loisirs, riendo a pesar de sí mismas. Es casi como en los viejos tiempos: avanzar con sigilo y a oscuras por el terreno del instituto y rodear los edificios para llegar al fondo.

—Kersti, siéntate y deja que nosotras hagamos el trabajo —indica Noa.

—Estoy bien —asegura Kersti, ansiosa por empezar a cavar—. No debe de haberlo enterrado demasiado profundo ni lejos de la estatua. Recordad que planeaba volver a buscarlo de inmediato.

Kersti rodea la estatua e intenta ponerse en el lugar de Cressida. Seguro que tenía prisa, no tenía mucho tiempo para dibujar un mapa o señalar el lugar elegido. Sabía que lo necesitaría en solo un par de días. Debe de haberlo puesto en algún lugar que pudiera recordar con facilidad.

—Cómo me gustaría tener algo de vodka y unos cigarrillos —comenta Raf mientras se quita los zapatos—. Necesito más alcohol para que esto sea divertido.

—No se supone que es divertido —murmura Alison, que ya está de rodillas, cavando con ímpetu al otro lado de Helvetia.

—De acuerdo —acepta Raf—. Para que sea soportable, al menos.

Kersti piensa en la foto que Cressida había encontrado dentro del libro mayor y en las ubicaciones de Brooke Middlewood y Tatiana Greenberg, las dos chicas que habían sido expulsadas. Estaban a ambos lados de Helvetia, dos centinelas de pelo largo y espíritu roto que

usaban su valentía para intentar transmitir un mensaje. Kersti se arrodilla y empieza a cavar del lado izquierdo de la estatua.

—Por lo menos es una noche agradable —observa Noa.

—¿Estamos locas? —pregunta Alison y levanta la mirada de su montaña de tierra.

—De remate —contesta Kersti—. Si Jay supiera que estoy haciendo esto...

—A todo esto, ¿qué esperamos encontrar en el libro mayor? —pregunta Raf.

—A Cressida —responde Kersti—. Estamos buscando una parte de Cressida.

Parte de Kersti sabe que ya tienen todas las pruebas necesarias. Sabe que el libro mayor contendrá más pruebas que, a esta altura, son irrelevantes, que no harán que la balanza se incline para uno u otro lado en una investigación. Pero pertenecía a Cressida. Fue el catalizador que la impulsó a hablar, en defensa propia y de todas las otras chicas abusadas por Hamidou. Esa noche se acercó a cada una de ellas y les dijo que tenía el libro mayor y que iba a acabar de una vez por todas con el abuso. Sean cuales fueran los secretos que escondía, está claro que el libro le dio a Cressida el coraje y las municiones que necesitaba para romper el silencio. Quizás lo único que había necesitado había sido el apoyo de alguien como Amoryn Lashwood, que le dio el consuelo de no estar sola y le mostró que se trataba de un legado espantoso que debía detenerse. Con el libro mayor en sus manos, Cressida había decidido ser quien le pusiera un fin. Así de valiente era.

El libro mayor se ha convertido, para Kersti, en un símbolo de esa valentía; un recordatorio de lo que más adoraba de Cressida.

—¡Ey! —Una pequeña exclamación de Alison, que está al otro lado de la estatua—. ¡Aquí hay algo!

Kersti se acerca a gatas sin que el vestido le importe una mierda y empieza a cavar junto a Alison. Siente algo duro bajo la tierra.

—Hazte a un lado —indica Alison y tira de lo que está enterrado como si fuera maleza. Está envuelto en una bolsa de plástico de Migros.

—Mierda, no me lo puedo creer —exclama Raf.

—*O mijn God* —suspira Noa.

Alison entrega el hallazgo a Kersti. Kersti retira la bolsa y sostiene el contenido entre sus manos de la misma forma que Cressida lo había sostenido hace años, con veneración e incredulidad.

El libro mayor. Es tal cual como Kersti lo recordaba, aunque ahora tiene un olor a moho, humedad y tierra aún más intenso. Lo revisa hoja por hoja, como lo habría hecho Cressida. La imagina sosteniendo el libro, como ahora lo sostiene ella, leyendo todos los renglones de todas las páginas en busca de aquel secreto.

Es consciente de Noa, que sostiene la linterna sobre su hombro, y de Raf, que está detrás de ella con su aliento a vino. Lo primero que encuentra es la foto de la estatua con las dos chicas a los lados.

—Estas son las chicas que fueron expulsadas —indica.

—No llego a leer lo que está escrito con aerosol...

—Lee lo que dice detrás.

Haz lo que quieras con el libro mayor. Decidas lo que decidas, no tengo objeciones, solo cosas de las que me arrepiento.

Amoryn El-Bahz.

Las otras chicas están mudas como una tumba mientras Kersti pasa las hojas e inspecciona cada entrada en busca de algo importante. Septiembre, octubre, noviembre, diciembre. Todo parece bastante inocente.

3 de diciembre de 1973. 23:00. Casa Frei.

Minutas:

Presentes: Amoryn Lashwood – Presidenta

Brooke Middlewood — Vicepresidenta

Tatiana Greenberg – Secretaria

Caris Yaren

Fernanda Manzanares

Karen Kim

Donna Murthy

Agenda:

Bajada a la luz de las velas. 19 de dic.

Cena de Navidad de la SH. (café Le Petit Pont Bessieres). ¿15 de dic.?

Eventos de Caridad para 1974:

Olimpiadas de Invierno — Fondos para el Orfanato de Lausana — 5 votos

Club de Mujeres Internacional de Lausana — 2 votos

—No hay nada interesante —observa Raf decepcionada.

Pero cuando Kersti da vuelta la página, descubre otra Polaroid encajada en la encuadernación del libro.

—Es Amoryn Lashwood —murmura, su voz apenas un susurro.

Saca la foto del libro, y le resulta difícil mirar a Amoryn de joven, desnuda sobre la cama de Hamidou, su expresión aterrada y confundida. En la página siguiente hay otra Polaroid.

—Cressida —señala Alison y aparta la mirada.

La imagen es similar a la que dejaron en el hotel; la pose no es la misma, pero es la misma cama, el mismo ángulo de su cuerpo.

Hay al menos media docena de fotos. Están metidas entre las hojas, fotos de Cressida en varias poses comprometedoras. Desnuda, en ropa interior, tocándose.

Alison se sienta sobre la base de la estatua y se cubre la cara con las manos. Noa y Raf iluminan el libro con sus linternas desde los dos lados de Kersti. Las dos están sollozando. Kersti no puede mirarlas. Da vuelta otra hoja.

—¡Dios mío! —exclama Noa.

Kersti cierra el libro mayor de un golpe antes de que la imagen tenga tiempo de grabarse en su memoria.

—¿Qué? —pregunta Alison desde donde está—. ¿Qué hay?

—Nada —responde Kersti—. Más de lo mismo.

No tiene el valor para decirle que es una foto de Hamidou, explícita, grotesca. Algo que Kersti desearía no haber visto, la evidencia irrefutable que habría acabado con la carrera de Hamidou y habría destruido su vida si alguien la hubiera visto.

Alison, claramente traumatizada, es la primera en irse. Raf y Noa deciden ir a beber algo a una *brasserie* cercana, pero Kersti rechaza la invitación con la excusa de estar exhausta.

Camina un par de manzanas sola para despejar la cabeza. No está para nada exhausta. Ha sido una mentira. Está cargada de adrenalina. En la esquina de Rue Centrale, detiene un taxi que pasaba por allí y, en un arrebato, le dice que la lleve al número 14 de Rue Béthusy.

El apartamento de Hamidou está en uno de esos edificios de principios de los setenta con fachada de estuco blanco y balcones verdes con cristales translúcidos. Estaba segura de que

parecía un diseño futurista en 1972 y ahora parece algo salido de *Los Supersónicos*. Kersti marca el código del apartamento de Hamidou y la toma por sorpresa. La deja entrar a través del portero eléctrico y Kersti sube por el ascensor con una tranquilidad inesperada, como si estuviera poseída.

—¡Kersti! —exclama Hamidou cuando abre la puerta—. Qué sorpresa.

Tiene puesta una bata de *velour* azul marino que deja ver sus piernas blancas y delgadas. Hay una cajetilla de Gauloises que se asoma del bolsillo. Kersti siente escalofríos al imaginar a Hamidou dejando caer su bata delante de Cressida y revelando ese cuerpo de niño escuálido. Intenta apartar esa imagen de su cabeza.

Amoryn, Alison, Lille. ¿Cuántas otras? ¿Cuántas han sido a lo largo de estos cuarenta años?

Kersti entra al apartamento. Apesta a humo. Hay alfombras persas sobre el suelo de linóleo, algunas sillas antiguas que no combinan entre ellas y dos lámparas hechas con samovares de plata apoyadas sobre un aparador de caoba tallada, y nada de eso queda bien en el apartamento pasado de moda, con la pequeña cocina de formica, los techos bajos y las persianas verticales. Un aire acondicionado aparatoso hace ruido al otro lado de un ventanal que da al patio trasero.

—¿Qué te trae por aquí tan tarde? —pregunta Hamidou—. ¿Ha pasado algo malo?

—Sí, ha pasado algo malo —responde Kersti.

—Estaba a punto de cepillarme los dientes...

—He encontrado el libro mayor.

Uno de los ojos de Hamidou tiembla.

—¿Qué libro mayor? —pregunta con un tono que pretende ser informal.

—Sabe de qué libro hablo —insiste Kersti—. ¿Cuántas chicas fueron?

—¿De qué hablas? —dice Hamidou mientras ajusta el cinturón de la bata alrededor de su cintura angosta.

—He visto fotos —declara Kersti, y no reconoce el tono frío y amenazador de su propia voz—. Sé lo que ocurrió con Amoryn, Alison, Cressida, Lille. He leído las cartas asquerosas que escribió a Cressida. Sé lo que aquellas chicas pintaron con aerosol en la estatua y por qué hizo que las expulsaran.

—No sé de qué hablas —responde Hamidou en voz baja y sin inmutarse.

—La he visto a *usted* —señala Kersti—. Desnuda. Tengo la Polaroid.

Hamidou permanece en silencio, y es probable que esté intentando decidir su próximo movimiento.

—No servirá de nada negarlo —añade Kersti, cansada—. Alison ya ha confesado. Hay demasiadas pruebas.

Hamidou se sienta en el sillón. Cruza las piernas, apoya las manos sobre el regazo.

—¿Qué te ha dicho Alison?

—Que ha abusado sexualmente de ella y de muchas otras. Ya le dije que he visto todas las Polaroids.

—¿Te dijo que me quería? —pregunta Hamidou.

—De hecho, sí, eso dijo.

—Entonces, ¿cómo puedes llamarlo abuso?

—Eran niñas —explica Kersti con repulsión después de sentarse en una silla delante de Hamidou—. Usted era adulta. Es la definición de abuso.

—No estoy de acuerdo.

—¿No está de acuerdo? —repite incrédula y sacude la cabeza.

—Yo no fui la que inició los romances.

—¿Los *romances*?

—Eso es lo que fueron —insiste Hamidou sin demostrar arrepentimiento—. Las quise a todas y a cada una de ellas, y ellas me quisieron a mí.

—¡Como a una madre! —señala Kersti—. No como a una amante.

—Es ahí donde te equivocas —responde Hamidou con tranquilidad—. *Sí* éramos amantes, Kersti. Todas mis relaciones fueron mutuas y consensuadas. Ellas me deseaban tanto como yo las deseaba a ellas.

—¡Alison tenía ocho años! —exclama Kersti—. Las manipuló y les lavó el cerebro. Crecieron confundiendo el amor maternal con el sexo. Se sentían solas. Todas nos sentíamos así. Echábamos de menos a nuestras familias, nos sentíamos abandonadas, éramos vulnerables. Y en los momentos en los que se sentían así, usted las acosó.

—Yo no hice nada parecido —responde indignada—. Se sintieron atraídas por mí y lo expresaron; lo único que hice fue responder sus avances. Quizás no debería haberlo hecho...

—«¿Quizás no debería haberlo hecho?» —chilla Kersti.

—Supongo que podría haberlas rechazado —reflexiona—. Pero no quería que se sintieran más heridas de lo que ya estaban. Todas eran muy sensibles y estaban tan ansiosas por complacer.

—Usted está enferma.

—Estaba enamorada de todas ellas. Eran mis amantes. No «abusaba» de estudiantes al azar; si no, te habría pasado a ti también. Eran relaciones con personas por las que sentía algo.

—¡Eran *niñas*!

—No eran niñas —discute Hamidou—. Cressida, Lille, Alison. Todas ellas tenían almas viejas. Eran más sabias de lo que tú podrías entender. El espíritu no tiene edad, Kersti. La sociedad nos etiqueta con un número. Catorce. Cuarenta. Sesenta. Pero el alma no tiene edad.

Kersti no sabe qué decir.

—¿Lo entiendes? El amor tampoco tiene edad —continúa Hamidou—. ¿Debería haberles negado a todas esa pasión? ¿Las experiencias físicas que compartimos? Elegí no hacerlo. Elegí

expresar mi amor por ellas, y dejarlas expresar su amor por mí. —Hace una pausa, cierra los ojos y suspira melancólica—. Sobre todo con Cressida.

—No puedo oír esto...

—Veo lo incómoda que te pone —reconoce Hamidou—. Pero Cressida fue el gran amor de mi vida. Y ella sentía lo mismo.

—Lo dudo.

—Tendríamos que haber estado juntas por siempre —murmura con lágrimas en los ojos.

—Estaba embarazada del bebé del señor Fithern —señala Kersti—. ¿Recuerda? —Hamidou hace una mueca de dolor—. Estaba enamorada de él.

—No es cierto —dice Hamidou con brusquedad—. Lo estaba usando.

—¿Para qué?

—No importa —responde—. Fithern no significaba nada para ella. Cressida me quería a *mí*.

—¡Empezó a abusar de ella cuando estaba en segundo o tercer curso de primaria!

Hamidou frunce los labios.

—Sé que usted sabe que lo que hizo estaba mal —declara Kersti y se inclina hacia adelante—. Cuando dos estudiantes intentaron decir algo, usted hizo que las expulsaran.

—Esas chicas eran dos alborotadoras.

—Estoy segura de que lo eran. —Kersti bebe un poco de agua—. Alison no cree haber sido su novia. Cree que usted destruyó su vida y ahora es el turno de ella de destruir la suya.

—Alison tiene una mirada muy limitada sobre la edad y la sexualidad.

—¿Cuántas fueron?

—¿Qué es lo que quieres de mí? —le pide Hamidou—. Entiendo que hablarás con Bueche y yo perderé mi trabajo.

—Lo que sucederá es que usted irá a la cárcel.

—¿A la cárcel? —pregunta—. ¿Por las cosas que Alison dirá? ¿Por una foto mía que nadie debería haber tomado?

—Por haber empujado a Cressida del balcón.

—¿Tú crees que yo empujé a Cressida? —exclama, los ojos de pronto negros, la voz temblorosa—. La quería más que a... —Se pone de pie de un salto y empieza a caminar nerviosa—. La quería. ¡Nunca le habría hecho daño! ¡Nunca!

—El día que Amoryn Lashwood envió el libro mayor a Cressida —empieza Kersti—, Cressida le contó a Alison, y es probable que a otras de sus víctimas, que pensaba enseñárselo a Bueche. ¿A usted también se lo dijo? ¿La amenazó con el libro?

—No, no me amenazó.

—Mentira.

—Nunca podría haberle hecho daño...

Kersti casi le cree. *Casi*.

—Alguien dejó hoy algo para mí en el hotel —comenta Kersti—. Una nota obscena y un par de Polaroids en un sobre. Una de las fotos es de Cressida, lo cual es bastante raro. ¿Cómo puede ser que alguien tuviera una foto que *usted* le hizo a Cressida?

Hamidou suspira.

—Hay otra persona en Lausana en este momento que tiene pruebas en contra de usted —continúa Kersti—. ¿Sabe quién pudo ser? ¿Y por qué me las entregaría a mí?

En el mismo momento en el que Kersti hace la pregunta, puede ver el horror que transforma la cara de Hamidou y nubla sus ojos.

—¿Por qué a mí? —repite—. ¿Por qué ahora?

Hamidou sacude la cabeza. Está experimentando algo: la sorpresa de que alguien la haya saboteado o la certeza de que su vida está a punto de estallar.

Y entonces una llave gira en la cerradura y se abre la puerta principal.

Capítulo 36



BOSTON — julio de 2001

Kersti sigue a la enfermera a domicilio a través del corredor y tiene una sensación de terror espantosa. Cressida tiene daño cerebral severo y muy poca consciencia. Deirdre le ha advertido para que esté preparada antes de la visita. Es la primera vez desde la caída que Deirdre permite que Kersti la vea, aunque su consentimiento vino acompañado de varios avisos: «No es la Cressida que conoces. Tiene muy poca función cerebral. Espera lo peor».

Kersti solo quiere verla. La última vez que estuvieron juntas fue en el comedor de la Casa Huber, justo después de que Cressida recibiera el libro mayor de Amoryn. Nadie podría haber predicho la catástrofe que se aproximaba, el descarrilamiento absoluto de la vida como la conocían. Han pasado tres años y Kersti todavía no lo ha superado. A pesar de sus grandes esfuerzos, no ha podido seguir adelante o llenar ese vacío. Cressida, por supuesto, nunca seguirá adelante.

Ahora que está a un par de metros de este reencuentro que debería haber sucedido hace tiempo, Kersti está aterrada. Ha estado investigando en internet sobre los estados vegetativos, buscando la información más optimista y lo que ocurriría en el mejor de los casos. Aunque la mayoría de los pacientes no dan señales de estar conscientes, algunos recuperan una «voz interior». Kersti está desesperada por creer que Cressida será uno de esos casos; que quizás todavía está allí dentro.

La enfermera abre la puerta y lo primero que Kersti nota es lo luminosa que es la sala. Las cortinas están abiertas de par en par y la luz del sol inunda el ambiente, como si sus rayos tuvieran el poder milagroso de curar a Cressida. En mitad de la habitación hay una cama de hospital ajustable con una de esas mesas que se deslizan y un orinal en el suelo. El televisor está encendido —están poniendo una telenovela— y Deirdre la está viendo. Cressida está allí acostada, ausente.

Cressida. Kersti apenas puede soportar la visión de Cressida en este estado. Fuerza una sonrisa, lo cual se siente excesivo e inapropiado.

—Kersti —saluda Deirdre cuando la ve en el umbral—. Pasa.

Ella se acerca a la cama. Ha traído barritas de chocolate Villars y Ovomaltine que ha conseguido en la tienda Swissbäkers en Boston. Eran las favoritas de Cressida.

—Puedes apoyar lo que has traído sobre la mesa.

Kersti hace lo que dice y junta coraje para mirar a Cressida, mirarla en serio. Lo primero que piensa es: *no hay nadie allí*. Cressida se ha ido. Es notable que todavía sea tan preciosa. Es un fantasma viviente, etérea y muy muy distante. Está claro que Deirdre todavía cuida su apariencia con mucha diligencia. El pelo está recién lavado —Kersti huele el champú caro— y está maquillada. Quizás Deirdre lo ha hecho a beneficio de Kersti. Es algo que ella haría: arreglarla como si fuera una muñeca para causar una buena impresión. Quizás lo hace todos los días.

—Hola, Cress —saluda Kersti con temor, y sostiene su mano inerte.

Los ojos de Cressida siguen el sonido de la voz de Kersti. Parpadea y la mira con fijeza a la cara.

—Límpiale el mentón, ¿quieres? —indica Deirdre—. Allí tienes un paño.

Kersti se estira para alcanzar el paño y le limpia el mentón a su mejor amiga. Y así como así, las lágrimas empezaron a resbalar por las mejillas de Cressida.

—Está llorando —señala Kersti, y ya puede sentir la formación de sus propias lágrimas.

—Esto debe ser muy doloroso para ella —explica Deirdre y empuja a Kersti hacia un lado—. No ha sido una buena idea. Tenía el presentimiento...

—Me ha reconocido —declara Kersti.

Las lágrimas de Cressida siguen fluyendo libremente, aunque ningún sonido escapa de esos labios preciosos.

—No quiere que la vean así —concluye Deirdre mientras seca las lágrimas de su hija—. No le gustaría ser objeto de lástima.

Kersti no está segura de cómo es que Deirdre sabe eso. ¿Quién puede saber qué es lo hay dentro de la cabeza sellada de Cressida?

—Debes irte ahora, Kersti.

—¿Puedo volver a venir? —pregunta al tiempo que Deirdre la dirige fuera de la habitación con brusquedad.

—Eso espero —responde Deirdre—. Me mantendré en contacto, querida.

Pero Kersti sabe que no lo hará. Y cuando sale a Beacon Street, se desmorona y llora. No está segura de qué es peor: que Deirdre la haya echado o ver lo que ha quedado de Cressida. No está segura de poder recuperarse de ninguna de las dos cosas.

Cuando al fin consigue recomponerse, saca su mapa de Boston y empieza a andar hacia Charles Street, donde Aleks la espera en una cafetería. Camina rápido, quiere alejarse lo más que puede de lo que ha sucedido. Lo único que puede pensar es: *¿por qué Cressida ha llorado al verla?*

Capítulo 37



LAUSANA — junio de 2016

Kersti se gira para ver quién es. Le lleva unos momentos reconocer a la mujer que entra al apartamento y, cuando lo hace, se le para el corazón. Es Angela Zumpt.

—Hola de nuevo, Kersti.

—¿Qué haces aquí? —consigue decir Kersti, paralizada en el sillón.

—Vivo aquí —responde Angela, como si fuera la conclusión más obvia—. Con mi mujer.

—Ha sabido desde el principio quién me ha enviado las Polaroids, ¿verdad? —Kersti mira a Hamidou asombrada.

—La misma persona que empujó a Cressida —declara Hamidou—. La persona que creí que me quería más que nadie. —Kersti alterna la mirada entre Angela y Hamidou—. Te dije que todas mis relaciones han sido consensuadas —continúa Hamidou con un tono petulante—. Angela tiene treinta y seis años. Imagino que no creerás que estoy abusando de ella.

Angela está de pie en el vestíbulo y llena todo el espacio con su altura y ancho, pero no hace ningún movimiento para acercarse. Está bloqueando la única posibilidad que Kersti tiene de huir de forma fácil y rápida.

—Si eso es cierto —comienza Kersti—, ¿por qué me ha entregado las fotos que prueban que usted es una abusadora de menores?

—Debes de haber sabido, cuando lo hiciste, que las dos perderíamos todo. —Hamidou ha fijado sus ojos oscuros y acusadores sobre Angela.

—Ya te había perdido a ti —responde Angela con voz monótona.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Prefiero que nos encierren a las dos antes de que vuelvas al Lycée para estar con Amandine.

Kersti debe controlar una ola de náuseas cuando recuerda a la chica del otro día.

—¿Lo has hecho para castigarme? —murmura Hamidou incrédula.

—Lo he hecho para evitar que estés con Amandine —corrige Angela con un tono irritado que la hace sonar como una niña—. Cuando dijiste que Kersti estaba en Lausana haciendo preguntas sobre Cressida, creí...

—¿Creíste que sería buena idea destruir nuestras vidas? ¿Por una estudiante? ¿Sabes cuántas

otras ha habido?

Angela mira hacia el suelo. Todavía está en el umbral y no se ha movido desde que llegó.

—*Mon Dieu* —exclama Hamidou—. Ahora sabes lo que tengo que hacer, ¿no?

—No me importa.

—¿No te importa? ¿Has pensado en las consecuencias? ¿Acaso entiendes lo que has hecho?

—Quieres a Amandine —declara Angela con la voz temblorosa—. No has querido tanto a alguien desde Cressida.

Las dos se quedan en silencio después de la mención de Cressida, se miran con fijeza, desafiantes, sin retraerse en absoluto. Kersti mira entumecida, absorta, uniendo por fin todas las piezas.

—¿Por eso empujaste a Cressida? —pregunta a Angela—. ¿Por celos?

Angela no dice nada. Tiene la expresión en blanco, los ojos azules curiosamente vacíos, como si toda la esperanza hubiera escapado de ellos.

—Angela y yo tenemos un acuerdo tácito —explica Hamidou y saca un cigarrillo.

Kersti contiene la respiración, preparada para oír la verdad. Su corazón late tan fuerte que siente como si toda la habitación se sacudiera. Lleva las manos al vientre por instinto y mira hacia Angela, consciente de que su cuerpo es una barricada.

—Cressida nunca me amenazó con el libro mayor —asegura Hamidou—. Lo que sí hizo fue hablar con Angela.

Kersti mira fijamente a Angela. Ahora todo tiene sentido. Cressida visitó a todas y cada una de las víctimas de Hamidou —Lille, Alison y Angela— para contarles su plan.

—Vino a mi habitación durante la hora de estudio —recuerda Angela y se sienta sobre una silla de terciopelo verde que está junto a la puerta—. Dijo que tenía algo que nos liberaría. Dijo que Claudine nunca volvería a hacerle daño a ninguna chica. —Sacude la cabeza, tan desconcertada y confundida como debe de haberla visto Cressida en aquel momento—. Le dije que Claudine nunca me había hecho daño y que estábamos enamoradas, pero ella se rio de mí y me entregó la Polaroid de ella en la cama de Claudine. Pregunté de dónde la había sacado. Me dijo que la había encontrado en la habitación de Claudine y que tenía más. Me dijo: «Quédatela. Hay más de donde vino esa».

Al otro lado de la habitación, Hamidou enciende un Gauloises nuevo con la punta del que está fumando y el aire se llena, aún más, de ese olor penetrante.

—Yo estaba furiosa —explica Angela—. Fui a la habitación de Claudine, revisé los cajones y encontré más fotos. —Mira a Hamidou, la cara y el cuello rojos—. Y también encontré las cartas de amor.

—Las quería a todas —interrumpe Hamidou con voz suave.

—Cressida había dicho que planeaba hablar con Bueche —continúa Angela—. Le hablaría

sobre mi relación con Claudine. Le pregunté cómo sabía sobre nosotras y me respondió que solía sentarse en las escaleras y esperar a que yo saliera de la habitación de Claudine.

Kersti recuerda la noche que pillaron a Angela caminando con sigilo en el primer piso. Cressida debía de haber sabido por qué Angela estaba allí. Piensa en Cressida encogida en la escalera con su camión, esperando todas las noches para ver quién salía de puntillas de la habitación de Hamidou, y se le parte el corazón. ¿Lo habría hecho por celos? ¿O solo estaría reuniendo pruebas?

—Le advertí que no fuera a hablar con Bueche —dice Angela levantando la voz—. Ella sabía que destruiría la vida de Claudine, pero no le importaba.

Kersti todavía no se anima a hablar. Angela ve que Kersti mira la puerta. Debe de ser consciente de la incomodidad de Kersti porque se pone de pie, cruza los brazos sobre el pecho y se vuelve a plantar delante de la puerta antes de seguir con su historia.

—Esa noche salió y la esperé en su habitación —continúa Angela sin apartar los ojos de Kersti—. Volvió muy borracha. Y después del toque de queda, por supuesto. Claudine nunca obligó a Cressida a seguir las reglas. ¿No es cierto, Claudine?

Hamidou no responde y Kersti se da cuenta de que está presenciando el final amargo de esa relación enfermiza.

—Cressida bebía de una botella de vodka. Le pedí que me entregara las fotos pero dijo que las había enterrado y que yo nunca las encontraría. Salió a fumar al balcón. Yo la seguí. —Kersti se hunde en el sillón, alterada—. Yo solo quería protegerte —declara Angela a Hamidou y las lágrimas brotan de sus ojos—. Te quiero, Claude. Siempre te he querido y creía que tú también me querías. Si no, ¿por qué seguiríamos juntas?

—¿Por qué? Porque me has tenido secuestrada los últimos casi veinte años.

—Eso no es cierto...

—Las dos sabemos que la situación siempre ha sido clara. Por ese motivo guardaste mis fotos de Cressida. Para que yo no te dejara.

—Pero pensabas hacerlo de todas formas, ¿no es cierto? —responde Angela, herida y resignada.

—Entonces, ¿le diste a Kersti las fotos para castigarme? —Cuando Angela no contesta, Hamidou vuelve su atención hacia Kersti—. Después de empujar a Cressida, vino a mí y confesó todo. La hice escribir la nota y la ayudé a esconderla.

—¿No creyó que alguien se daría cuenta de que no era la letra de Cressida? —pregunta Kersti.

—Pero nadie se dio cuenta —responde Hamidou—. Y yo sabía que no lo harían.

—¿Por qué?

—Porque sabía que no habría ninguna investigación —explica—. Porque conocía a Bueche. Barrieron todo debajo de la alfombra, rápido y en silencio, como sabía que lo harían. Como lo

hacen siempre.

—¿Usted la ayudó para que no la acusaran de intentar matar a Cressida? —susurra Kersti con tristeza—. Creí que la quería...

—Sí, la quería —admite Hamidou y, por primera vez en la noche, suena arrepentida—. Pero Angela tenía mis fotos y mis cartas. Las tuvo guardadas bajo llave durante todos estos años para tener con qué extorsionarme si yo decidía volverme en su contra o dejarla.

—Cressida no murió —señala Angela y parece decepcionada.

—Es como si lo hubiera hecho —responde Hamidou, vieja y derrotada—. ¿Creíste que dejaría de quererla cuando la empujaras del balcón? Lo único que conseguiste fue encadenarnos como si fuéramos prisioneras. Eso es todo lo que somos ahora, Angela.

El móvil de Kersti vibra dentro de la cartera. Lo ignora, pero, de pronto, Angela y Hamidou la miran con expresiones de preocupación. Kersti se da cuenta de que es momento de que pase algo. Una de ellas ha confesado un intento de homicidio, y la otra ha confesado que la ayudó a ocultar ese delito y que ha abusado sexualmente de solo Dios sabe cuántas chicas.

Ahora las dos la miran y están intentando decidir qué hacer con ella. Si Angela se alejara de la puerta y se sentara en el sillón... El móvil de Kersti vuelve a vibrar con nuevas llamadas y mensajes de texto. Lo saca de la cartera y lee el último mensaje de Jay.

¿DÓNDE MIERDA ESTÁS?

Kersti alcanza a escribir «Béthusy 14» antes de que Angela se acerque y le quite el móvil de las manos. Kersti ni siquiera está segura de que el mensaje se haya enviado. Mira a Hamidou en busca de la aliada que solía ser, pero esa persona ya no existe.

Estoy en peligro, piensa Kersti. Darse cuenta de eso es como recibir un puñetazo en la garganta. Cuando decidió venir aquí esta noche, nunca se le cruzó por la cabeza que Hamidou —que tiene casi ochenta años— podría representar algún tipo de riesgo para su seguridad. No había contado con encontrarse con Angela Zumpt.

—Mi marido está en camino —masculla Kersti, que apenas puede respirar.

—¿Qué piensas hacer, Kersti? —pregunta Hamidou.

—A decir verdad, no tengo demasiadas opciones —responde Kersti en voz muy baja—. Y vosotras tampoco...

—¿Claudine? —dice Angela—. *¿Was nun?*

—*Ich weiß es nicht* —contesta Hamidou.

A Kersti no le gusta que estén hablando en alemán. La pone muy nerviosa. Se pone de pie y piensa cómo pasar a Angela y salir del apartamento.

—¿Dónde están las fotos que Angela te ha dado? —pregunta Hamidou a Kersti.

—En mi hotel —indica Kersti, cada vez más cerca de la puerta—. Todos lo saben. Ya he hablado con Bueche, Deirdre, mi marido...

—¿Para qué has venido aquí, entonces? —quiere saber Hamidou—. ¿Si ya tienes todo lo que necesitas?

—Quería que me mirara a los ojos cuando lo admitiera —declara Kersti—. Quería oírla decir que lo siente. Y quería que supiera que yo sé lo que hizo, que todos lo saben.

—¿Y qué ganarías con eso? —inquire Hamidou—. ¿Tranquilidad?

—No lo sé.

—¿Te encuentras más tranquila ahora?

Kersti aparta la mirada.

—Quizás deberías haber pensado más en cuidar de ti misma y de tu bebé —recomienda Angela—. En vez de venir hasta aquí para vengar a Cressida. Pero Cressida siempre fue buena para eso, ¿no? Para hacer que la gente piense en *ella* y haga cosas por *ella*. Ahora mira en lo que te ha metido.

Angela la mira con fijeza. Kersti siente cómo el terror se retuerce y tensa en su pecho. Mira hacia Hamidou con la esperanza de que todavía tenga algo de sentido común.

—Debes de saber que este es el fin —murmura Kersti.

Hamidou enciende otro cigarrillo. Se gira y mira por la ventana sin decir nada. Angela no se mueve. Kersti traga, nerviosa, intentando contener las lágrimas. No quiere que sepan lo asustada que está.

—Tu marido no ha contestado a tu mensaje —observa Angela después de mirar el móvil de Kersti, que todavía está en sus manos—. ¿Es posible que se haya quedado dormido?

Es posible, piensa Kersti con el corazón encogido. Todavía sufre los efectos del *jet lag*. Cree que ella está en algún bar con las chicas recordando los viejos tiempos.

—Puede que tengamos tiempo suficiente —anuncia Angela a Hamidou. Vuelven a hablar en alemán. Kersti distingue las palabras Argelia, París—. *Wir haben Zeit*.

Kersti considera que es posible que consigan escapar.

—Claudine —pide Angela—. Dime qué hacer.

Los ojos de Hamidou se encuentran con los de Kersti. Apaga el cigarrillo y desaparece por la puerta que da al dormitorio sin decir ni una palabra. Angela da un paso hacia Kersti y Kersti retrocede. Solo puede pensar en Jay y en los bebés. ¿En qué se ha metido? Él se lo advirtió. Le dijo que dejara de jugar a ser detective y que dejara que Deirdre se ocupara, pero Kersti no hizo caso. Insistió en abrirse paso a los empujones en la vida de todo aquel que alguna vez ha conocido a Cressida. Empujó y maltrató, hizo todo lo que fue necesario para alcanzar lo que quería. *Jäärapäine*. ¿Y todo para qué? ¿Justicia para Cressida? ¿Curiosidad insaciable? ¿Una historia fantástica para su próximo libro? ¿Vindicación personal?

Sí, piensa Kersti. Fue para todo eso. En algún momento del camino, empezó a dejarse llevar por la aventura, por todo lo que descubriría sobre sí misma.

—A Cressida solo le importaba Cressida —declara Angela y da un paso hacia Hamidou. Suena casi como una niña.

¿Sabía Cressida que estaba en peligro antes de que Angela la empujara? ¿Había sucedido lo mismo que estaba sucediendo en este momento con Kersti?

—Angela, tú eres una víctima —señala Kersti en un intento por evitar que haga algo drástico—. No eras más que una niña al principio. Estabas herida y confundida. A ti no te pasaría nada. Es *ella* quien debería estar detrás de los barrotes...

—Yo no soy una víctima —asegura Angela—. La quiero. Ella es mi vida.

Ahora Angela se eleva imponente por encima de Kersti. Sus ojos son estanques infinitos de azul profundo, implacables. Kersti ojea la puerta, pero el cuerpo de Angela es un muro.

El móvil de Kersti comienza a vibrar en la mano de Angela. Las dos lo miran. Angela frunce el ceño.

—¿Claudine? —dice.

En la esquina de la habitación, un reloj de pie antiguo suena con fuerza mientras mide cada uno de los atroces minutos, segundos, milisegundos. Después de un momento que parece eterno, la voz de Hamidou llama a Angela desde el dormitorio.

Angela no se mueve. Kersti, que no se anima a dejar ver una grieta de debilidad, permanece igual de quieta. Quiere sujetar a Angela del cuello y sacudirla. ¿Todavía cree que puede hacer algo? ¿Que puede salvarse?

Claro que sí, concluye Kersti con una punzada violenta de terror. Vive en su propio mundo, siempre lo ha hecho. No tiene noción de la realidad.

—¡Angela! —vuelve a gritar Hamidou—. *¡Komm hier!*

La expresión de Angela está tan vacía que resulta inquietante. No hay nada allí. No hay furia ni miedo. Ni siquiera arrepentimiento. Quizás solo puede sentir una única emoción auténtica: amor por Hamidou. Tal vez nunca le ha importado otra cosa.

Con una última mirada, Angela devuelve el móvil a Kersti con un movimiento robótico y abandona su posición de centinela junto a la puerta. Desaparece en dirección a la habitación, a dónde ha sido convocada, víctima de una vida de lavado de cerebro en la que no hay vuelta atrás.

Kersti suelta la respiración con un suspiro tembloroso y lee el mensaje de Jay.

¿Estás bien? He pedido un taxi. Estoy en camino.

Ya no le importa si huyen, si consiguen escapar. Lo único que quiere es estar a salvo en los brazos de Jay. Quiere vivir. Se abalanza sobre la puerta y sale del apartamento.

En el mismo momento en el que emerge del edificio, ve un taxi que aparca junto al borde de la acera. La puerta se abre y, de pronto, Jay está corriendo hacia ella.

—¿Qué mierda...? —exclama mientras tira de ella para abrazarla y la sostiene entre sus brazos —. ¿Qué sucede? ¿Qué haces aquí? Estaba tan preocupado que casi pierdo la puta cabeza...

—*Gendarmerie, Place de La Gare 1* —indica Kersti al conductor una vez que están dentro del taxi.

Cuando el conductor está a punto de avanzar, oyen sirenas. Kersti se gira para mirar por la ventana, segura de que las sirenas se acercan a ellos. El sonido es cada vez más fuerte y, al ver asomar una ambulancia y unos camiones de bomberos por la esquina de Béthusy, Kersti ya sabe con exactitud qué es lo que encontrarán: los cuerpos de Hamidou y Angela sobre el concreto. Cuellos fracturados, espaldas torcidas, charcos de sangre. Prisioneras en la vida y en la muerte. A Kersti le parece que toda la situación tiene una simetría trágica.

Los bebés se mueven dentro de ella —esa agitación maravillosa que es ahora más reconfortante que nunca— y Kersti frota su vientre para comunicarles algo sin usar palabras. *Estamos a salvo.*

Capítulo 38



BOSTON — julio de 2016

Kersti sigue a Laylay por el corredor, pasan por delante de la habitación de Sloane, y llegan a la que huele a perfume francés, difusor de vainilla y crema hidratante. *Déjà vu*.

—Hoy está de mal humor —advierte Laylay.

Kersti da un paso tentativo dentro de la habitación. Cressida mira el techo con ojos deshabitados.

—Hola, Cress.

Cressida no se mueve. Kersti se acerca y toma asiento en el borde de la cama. Cressida está pálida hoy. Tiene el pelo recogido en un moño detrás de la cabeza y tiene rímel y pintalabios de color ciruela, pero las mejillas no tienen el brillo de siempre. Huele a Lubriderm.

Deirdre no ha dicho nada a Cressida sobre todo lo que ha ocurrido en Suiza y ha dejado bien claro que Kersti tampoco debe hacerlo.

—No serviría de nada alterarla —explicó Deirdre con un tono que indicaba que se trataba de una orden.

Kersti no está segura de estar de acuerdo. Deirdre subestima a la Cressida de después del accidente. Kersti sospecha que sabe y entiende mucho más de lo que Deirdre cree y es posible que consiguiera algo de paz si supiera cómo terminó todo en Lausana.

—¿Cómo estás? —pregunta Kersti a Cressida.

Cressida parpadea.

Kersti la mira durante mucho tiempo mientras lucha contra el impulso de contarle lo que ha sucedido con Angela y Hamidou. En vez de eso, sujeta su mano, se inclina hasta estar muy cerca y susurra:

—Lo siento mucho.

Cressida no responde.

—Lo sé —añade Kersti, su voz llena de compasión—. Sé qué te ha ocurrido.

Cressida aprieta la mano de Kersti con fuerza. Y después gira la cabeza hacia el otro lado y mira por el ventanal mientras Kersti se pregunta qué está pensando. ¿Significarán algo sus palabras para Cressida?

Quizás muera pronto, piensa Kersti y se siente culpable por la mera idea. Pero ¿qué clase de vida es esta para alguien como Cressida? Está segura de que ella misma debe de desear su fin. Y en todo lo que importa, Cressida siempre consigue lo que quiere.

Su vida ya ha sido demasiado larga. Una vez dijo a Kersti que la vida era corta. ¿Cómo pudo haberlo sabido ya en ese entonces? Kersti había asumido, con la soberbia típica de la adolescencia, que la vida sería eterna. En su ignorancia, había dado por sentado al tiempo, había creído que era descartable y abundante. Cressida, en contraste, poseía una intuición inquietante y parecía entender, en cierto modo, que debía aferrarse a todo lo que pudiera mientras todavía estuviera en la cúspide de la promesa, la belleza, la juventud, la vitalidad; mientras todavía fuera deseable y fértil. Kersti era mucho más indiferente y creía que todo permanecería, tanto su angustia como sus oportunidades.

Pero el Lycée fue apenas un instante en el tiempo, tan efímero como su juventud espléndida y tan sagrado como el encuentro fortuito de un óvulo y un espermatozoide para crear una vida. Un instante preciado y peligroso en el que las circunstancias convergen y se alinean de forma perfecta y divina, hasta el momento de la caída de Cressida.

El día de vuestra llegada se aproxima a toda velocidad y me encuentro muy contemplativa. Cuando miro hacia atrás, hacia el año que ha pasado, tengo la certeza absoluta de que hubo una fuerza divina que, en conjunto con mi nueva tenacidad y persistencia, ha orquestado cada uno de los momentos de este viaje.

Esto es lo que quiero que sepáis: no podéis vivir la vida como si estuviera predeterminada. He sufrido mucho por permitirme ser solo una pasajera en mi vida. Creía que no merecía más, que no lo tenía permitido, que no podía esperarlo. (Y, aun así, veo que la decisión de casarme con tu padre a pesar de la desaprobación de mi familia fue el primer vistazo de coraje y determinación que mostré en la vida. Supongo que lo tuve dentro de mí todo este tiempo).

Cuando comencé a escribir esta carta, os dije que todo lo que he hecho para traeros al mundo ha tenido sentido para mí. Todavía opino lo mismo. Espero que algún día vosotros opinéis igual. Os he querido desde mucho antes de que fuerais concebidos. He amado la idea de vosotros, la posibilidad de que existierais, la promesa que traeríais para mí. Y cuando me di cuenta de que era posible que este amor nunca llegara a ser expresado —que podría morir dentro de mí—, desperté. Supe por instinto que la pasividad y todas las dudas que tenía sobre mí misma ya no servirían, y por fin empecé a actuar con determinación. Empecé a actuar, punto.

Quizás he desafiado al universo, si es que eso es posible. O quizás he respondido a una llamada, he seguido mi instinto, como lo habría hecho Cressida. Ahora que conozco su historia, la echo de menos aún más. He decidido recordarla como alguien noble, con una fortaleza increíble, una superviviente. Ella es la razón de vuestra existencia. No porque hayamos usado sus óvulos, sino porque fue ella quien me enseñó a perseguir mis sueños. Ella fue quien me enseñó a reclamar lo que quiero.

Me llevó mucho tiempo reunir el coraje, pero vosotros me invocasteis para luchar, para hacer lo impensable y ser tenaz en mi ambición. La mejor parte es que, cuanto más lucho —no solo por vosotros, sino también por la verdad—, más me gusto a mí misma.

No me importa lo que los demás opinen de mis decisiones. ¡Qué liberador es decir eso y creerlo! Sí, lo que hicimos fue una locura, pero vosotros fuisteis el resultado de un amor irracional y fantástico. ¿Cómo podría no haber sido lo correcto?

Agradecimientos

Primero y principal, quiero dar muchísimas gracias a Billy Mernit, mi gurú de Hollywood, mentor, profesor de escritura y el hombre que ayudó a dar vida a este libro. Tienes todo el crédito del renacimiento de mi carrera y de haber vuelto a encender mi pasión y entusiasmo con tus observaciones brillantes y tu don para entender cómo contar una buena historia. Todos los escritores deberían tener un Billy.

Gracias a mi paciente e incansable agente, Bev Slopen, que nunca deja de creer en mí. Eres mi mayor defensora y mi mejor cable a tierra, y estoy agradecida de que me hayas acogido cuando aparecí con mi madre hace veinte años. ¡Lo conseguimos!

Gracias a Jennifer Barth, que cambió todo cuando me invitó a formar parte de la familia Harper Collins. Trabajar contigo ha sido una experiencia emocionante y un honor. Gracias por cuidar tan bien de este libro.

Gracias a Jessie y Luke por mantenerme siempre entretenida, hacerme reír —y llorar—, llenar mis días con alegría y dejar que vuestra madre escriba cuando tiene que escribir. Sois una verdadera bendición.

Un agradecimiento especial para mi editor «interno» y autodenominado «coautor» del libro, Miguel. Tus *X* rojas y anotaciones en mis hojas —¡Vergonzoso! ¡Escritura patética! ¡Reescribir!— nunca fallan en hacer que mis libros suban de nivel. Y, además de siempre ser mi primer lector, y el más brutalmente sincero, gracias por ir a buscar a los chicos y llevarlos a todos lados y dejar que yo sea La Escritora. Te quiero.

Por último, gracias a mi madre, Marsheh, a quien echo de menos cada minuto de cada día. Desearía que estuvieras aquí para sostener este libro entre tus manos y leerlo, para venir a todas mis lecturas, para darme el apoyo que siempre me diste y para seguir siendo mi fan número uno. Supiste que yo era una escritora incluso antes que yo, leíste y celebraste cada una de las palabras que escribí desde que tuve cuatro años. Soy escritora gracias a ti. Me gusta imaginar que allí arriba hay un local de Indigo gigante, donde pasas tus días hojeando libros, que encontrarás el mío y lo leerás, y yo lo sabré.



JOANNA GOODMAN es la autora de tres novelas previas. Oriunda de Montreal, Joanna vive ahora en Toronto con su marido y dos hijos, y también es dueña de la empresa de ropa de hogar Au Lit Fine Linens.

Índice

Sobre este libro
Portadilla
Dedicatoria
Citas
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 38
Agradecimientos
Sobre la autora
Índice
Créditos

Título original: *Goodman Finishing School*

Editor original: HarperCollins

Traducción: María Candela Rey

1.^a edición: marzo 2020

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2018 *by* Joanna Goodman

All Rights Reserved

© de la traducción 2020 *by* María Candela Rey

© 2020 *by* Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.umbrieeditores.com

ISBN: 978-84-17981-04-4

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.